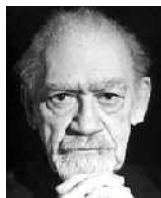


TIEMPO ANTICIPADO



William Tenn



William Tenn

Título original: Time In Advance

Traducción: Antonio Ribera

© 1953 By Bantam Books, Inc.

© by Editora y Distribuidora Hispano Americana, S.A.

Avda. Infanta Carlota. 129 - Barcelona

Depósito legal: B. 27.848-1962

Edición electrónica: Magnus

Revisión: Mr Comic

R6 09/02

A FRUMA
Por estar presente cuando Winthrop
estuvo peor y la vida estuvo mejor.

ÍNDICE

Aguardiente (Firewater, ©1952)
Tiempo Anticipado (Time in Advance, ©1956)
La Enfermedad (The Sickness, ©1955)
La Terquedad de Winthrop (Winthrop Was Stubborn, ©1957)

AGUARDIENTE

El más vellosa, el más sucio y el más viejo de los tres visitantes de Arizona se rascó la espalda con el plástico de la silla de espuma de goma.

—Las insinuaciones son casi espiado — observó como para iniciar la conversación.

Sus dos compañeros — el joven delgado de ojos lacrimosos y la mujer cuya belleza estaba empañada principalmente por una dentadura increíblemente estropeada, sonrieron y se repantigaron en sus asientos. El joven delgado musitó:

—¡Bla, bla, buuuh!

Sus dos compañeros asintieron enfáticamente.

Greta Seidenheim levantó la mirada de la pequeña máquina portátil colocada sobre el par de rodillas más excitantes que su jefe había podido encontrar en el Gran Nueva York. Volviendo su rubia cabeza hacia él, le preguntó:

—¿Esto también, Mr. Hebster?

El Presidente de los Valores Hebster S. A., esperó hasta que el eco de su voz dejó de hacerle cosquillas en los oídos; necesitaba tener la cabeza muy despejada para pensar. Luego asintió y dijo con voz resonante:

—Esto también, Miss Seidenheim. La aproximación fonética mayor que sea posible del bla, bla, buuuh, y acuérdesse de indicar cuándo tiene un tono interrogativo y cuándo parece una exclamación.

Rozo con sus uñas, que acababan de salir de la manicura, el cajón de su mesa que contenía su Parabellum cargada. Había que estar preparado. Los botones de comunicación con los que podía llamar a un número cualquiera de empleados de los Valores Hebster, hasta los novecientos que trabajaban entonces en el Edificio Hebster, estaban a unos veinte centímetros de la otra mano. Había que estar dispuesto. Y además, detrás de aquellas puertas, y de las otras, estaban sus guardaespaldas uniformados preparados para irrumpir al ver la señal que brillaría ante ellos cuando su pie derecho dejase de oprimir el diminuto resorte empotrado en el suelo. Sí, había que estar preparados...

Algernon Hebster, en estas condiciones, podía hablar de negocios... incluso con primates.

Cortésmente, hizo un gesto de asentimiento a cada uno de sus visitantes de Arizona; sonrió tristemente al ver como sus pies envueltos en informes y sucios harapos mancillaban la mullida alfombra, tejida especialmente para su despacho particular y en la que los visitantes se hundían hasta la pantorrilla. Acababa de darles la bienvenida cuando entraron acompañados de Miss Seidenheim. Ellos se rieron en sus barbas.

—¿Y si nos dejásemos de presentaciones? Ustedes ya me conocen. Yo soy Hebster, Algernon Hebster... han preguntado ustedes por mí a la señorita del vestíbulo. De todos modos, si lo consideran importante para la conversación, les diré que mi secretaria se llama Greta Seidenheim. ¿Y usted, señor?

Se dirigía al de más edad, pero el joven se inclinó hacia adelante en su asiento, tendiendo una mano tensa, casi transparente.

—¿Nombres? — preguntó —. Los nombres son redondos si no se revelan. Pensemos en los nombres. ¿Cuántos nombres? ¡Pensemos en los nombres, no dejemos de pensar en ellos!

La mujer también se inclinó hacia adelante y el fétido olor de su aliento alcanzó a Hebster a pesar de las enormes proporciones de su despacho.

—La gentuza alcanza todo el choque superior — declaró, extendiendo ambas manos como si se mostrase de acuerdo con algo evidente —. El vacío se retracta en el infinito...

—En la duración — le corrigió el viejo.

—En el infinito — insistió la mujer.
—¿Bla, bla, buuuh? — interrogó el joven con acritud.
—¡Oigan! — gritó Hebster —. Cuando yo solicité...

El comunicador zumbó, él respiró profundamente y oprimió un botón. La voz de la recepcionista habló con rapidez y temor:

—Recuerdo sus órdenes, Mr. Hebster, pero esos dos hombres de la Comisión Investigadora Especial de la H. U. están aquí de nuevo y preguntan por usted con mucha insistencia. Me parece que no traen buenas intenciones.

—¿Son Yost y Funatti?

—Sí, señor. Por lo que dicen entre ellos, aseguraría que saben ya que usted tiene a tres primates en su despacho. Me han preguntado qué se propone hacer... ¿Irritar deliberadamente a los de la Humanidad Primero? Dicen que van a invocar poderes supranacionales y que se abrirán paso a viva fuerza si usted no...

—Entreténlos.

—Pero, Mr. Hebster, el Comité Especial de Investigación...

—Entreténlos, te digo. ¿Eres una recepcionista o una puerta giratoria? Apela a tu imaginación, Ruth.

Tienes a tu disposición una empresa de novecientos empleados y una sociedad con un capital de diez millones de dólares. Puedes organizar la comedia que te dé la gana en el vestíbulo... incluso contratar a un actor que se me parezca y que entre para caer muerto a sus pies. Entreténlos y haré que te den una prima. Pero entreténlos.

Cerró el contacto y levantó la mirada.

Sus visitantes, al menos, se lo estaban pasando muy bien. Se hallaban los tres enfrascados en un maloliente triángulo de cháchara sin sentido. Sus voces subían y bajaban en tono suplicante, discursivo, decisivo; pero lo único que Algernon Hebster podía discernir de su parloteo eran numerosos sonidos similares a bla, bla y de vez en cuando algún inconfundible buuuh.

Sus labios se plegaron en una mueca de desprecio. ¿Aquellas ruinas humanas, la flor y nata de la Humanidad? Entonces encendió un cigarrillo y se encogió de hombros. ¿Y a él qué le importaba? El negocio es el negocio.

«Recuerda únicamente que no son superhombres, se dijo. Pueden ser peligrosos, pero no son superhombres, ni mucho menos. Recuerda aquella epidemia de gripe que casi no dejó ni uno, y cómo conseguiste engañar a aquellos otros dos primates el mes pasado. No son superhombres, pero tampoco son humanos. Únicamente son distintos.»

Miró a su secretaria e hizo un gesto de aprobación. Greta Seidenheim tecleó en su máquina de escribir como si redactase la más breve y trivial de las cartas comerciales. Él se preguntó qué sistema debía de utilizar para reproducir la entonación. Sin embargo, podía confiar en Greta, pues aquella chica era muy lista.

—¡Bla, buuuh! Bla, bla, bla, buuuh, buuuh... ¿Bla, buuuh, bla, bla, buuuh? Buuuh.

¿Qué habría causado toda aquella conversación? Él sólo les había preguntado cómo se llamaban. ¿No empleaban nombres en Arizona? Mas a buen seguro no debían ignorar que aquí todo el mundo los empleaba. Pretendían saber al menos tanto como él sobre estas cosas.

¿Y si hubiese sido otra cosa lo que esta vez los hubiese traído a Nueva York... tal vez algo acerca de los extraterrestres? Sintió que se le erizaban los pelos de la nuca y se esforzó por alisarlos de nuevo.

Lo peor era que resultase tan fácil aprender su idioma. Era tan sencillo entenderlos cuando se sentían locuaces, como entonces... Casi tan fácil como caerse de un árbol... o saltar desde lo alto de un precipicio.

Bien, tenía los minutos contados. No sabía por cuánto tiempo Ruth podría contener a los investigadores de la H. U. que estaban en el vestíbulo. Tenía que arreglárselas para intervenir en la conversación sin ofenderles de ninguna de las innumerables y peligrosísimas maneras en que se podía ofender a los primates.

Golpeó muy suavemente el tablero de la mesa. El bla, bla, buuuh cesó inmediatamente. La mujer se levantó con lentitud.

—En cuanto a esta cuestión de los nombres — empezó a decir Hebster con terquedad, sin quitar sus ojos de la mujer —, como ustedes pretenden que...

La mujer se debatió agónicamente durante unos momentos y luego se sentó en el suelo, desde donde sonrió a Hebster. Con su dentadura estropeada, aquella sonrisa tenía el brillo de una estrella apagada.

Hebster carraspeó y se dispuso a intentarlo de nuevo.

—Si quiere usted nombres — le dijo de pronto el de más edad —, puede llamarme Larry.

El presidente de Valores Hebster se estremeció y consiguió decir: «Gracias», con una voz algo débil pero que no denotaba excesiva sorpresa. Entonces miró al joven delgado.

—Puede usted llamarme Teseo — dijo el joven con expresión triste.

—¿Teseo? ¡Magnífico!

Lo bueno que tenían los primates era que, una vez uno conseguía seguirles la corriente, se hacían grandes progresos. ¡Pero Teseo, nada menos! ¿Era propio de un primate, aquel nombre? Ahora sólo faltaba la mujer, y ya podrían empezar.

Todos miraban a la mujer, incluso Greta, dominada por una curiosidad que había conseguido desbordar su maquillada belleza.

—Nombre — susurró la mujer para su capote —. Nombra un nombre.

—«Oh, no, gruñó Hebster. No vayamos a encallarnos ahora en esto.»

Evidentemente, Larry llegó a la conclusión de que ya habían perdido demasiado tiempo. Así es que se permitió hacer una sugerencia a la mujer.

—¿Por qué no llámarte Moe?

El joven — a partir de entonces se llama Teseo — también parecía sentir interés por el problema.

—Pirata es un nombre que no está mal — declaró esperanzado.

—¿Qué le parece Gloria? — preguntó Hebster, desesperado.

La mujer meditó, mientras susurraba:

—Moe, Pirata, Gloria... Larry, Teseo, Seidenheim, Hebster, yo.

Parecía estar sacando una cuenta.

Cualquier cosa podía salir de aquello, como sabía muy bien Hebster. Pero al menos había abandonado su aire presuntuoso y hablaban poniéndose a su nivel. No solamente se habían terminado los blas y los buuuh, sino también sus equívocas y burlonas expresiones, que casi eran peores. Al menos todo lo que decían tenía sentido, hasta cierto punto. —Para participar en esta conversación — dijo por último la mujer — yo me llamaré... me llamaré... Lusitania.

—¡Estupendo! — exclamó Hebster, soltando la palabra que tenía preparada y que contenía a duras penas —. Es un nombre estupendo. Larry, Teseo y... ejem, Lusitania. Un grupo magnífico. Unas personas maravillosas. Y ahora hablemos de negocios. Han venido ustedes para tratar de negocios, ¿no es eso?

—Exactamente — dijo Larry —. Nos hablaron de usted otros dos que se marcharon hace un mes para venir a Nueva York. Nos hablaron de usted a su regreso a Arizona.

—¿Ah, sí? Ya suponía que lo harían.

Teseo se deslizó de la silla y se dejó caer al suelo, hasta colocarse en cuclillas junto a la mujer, que parecía tratar de capturar algo en el aire.

—Nos hablaron de usted — repitió —. Nos dijeron que usted los trató muy bien, que les demostró todo el respeto de que es capaz una cosa como usted. También me dijeron que los estafó.

—Verá usted, Teseo — dijo Hebster, extendiendo sus manos manicuradas —. Tenga en cuenta que soy un hombre de negocios.

—Sí, es un hombre de negocios — asintió Lusitania, poniéndose en pie cautelosamente y haciendo un amplio gesto con ambas manos como si quisiera apartar algo invisible que tenía frente a su cara —. Y aquí, en este lugar, y en este momento, nosotros también somos negociantes. Puede usted obtener lo que le traemos, pero tendrá que pagarlo. No crea que puede estafarnos también.

Sus manos, juntadas formando cuenco, descendieron hasta su cintura. De pronto las separó y una diminuta águila salió aleteando. Ascendió hacia los paneles fluorescentes que lucían en el techo. Su vuelo se veía embarazado por el pesado escudo listado que brillaba sobre su pecho, por el haz de flechas que sujetaba en una garra y por el ramo de olivo que empuñaba en la otra pata. Volvió su minúscula cabeza calva y abrió el pico mirando a Algernon Hebster y luego empezó a caer con rapidez hacia la alfombra, desapareciendo antes de llegar al suelo.

Hebster cerró los ojos, viendo aún el trozo de bandera que cayó del pico del águila cuando ésta lo abrió. En el fragmento de banderas había letras, unas letras demasiado pequeñas para verlas desde aquella distancia, pero estaba seguro de que formaban las palabras «E Pluribus Unum». Estaba tan seguro de ello como de la necesidad de no demostrar la menor sorpresa ante el incidente... de aparecer tan despreocupado como los primates. El profesor Kleimbocher decía que los primates eran borrachos mentales. ¿Mas por qué contagiaban a los demás el delirium tremens?

Abrió los ojos y dijo:

—Bien, ¿qué tienen para ofrecernos?

Reinó un momento de silencio. Teseo pareció olvidar lo que iba a decir; Lusitania se quedó mirando a Larry.

—Oh, un método infalible para derrotar a quienquiera que intente reducir al absurdo cualquier proposición razonable que usted le haga.

Bostezó con presunción y empezó a rascarse el costado izquierdo.

Hebster sonrió, contento de verlo de buen humor.

—No. No me sirve.

—¿No le sirve?

El viejo se esforzaba por mostrarse sorprendido. Meneó la cabeza y dirigió una mirada furtiva a Lusitania.

Ésta sonrió de nuevo y se retorció hasta depositarse otra vez en el suelo.

—Larry todavía no emplea un lenguaje que usted pueda entender, Mr. Hebster — ronroneó, como si fuese una fábrica de fertilizantes que quisiera mostrarse amable —. Le traemos algo que sabemos que usted necesita mucho. Muchísimo.

—¿Ah, sí?

«Son como aquellos dos primates del mes pasado, se dijo Hebster, gozoso. No saben distinguir entre lo que es bueno y lo que es malo. Me pregunto si lo sabrán sus amos. Pero aunque lo sepan... ¿Quién es capaz de hacer negocios con los extraterrestres?»

—Nosotros... tenemos — dijo ella, midiendo cuidadosamente sus palabras esforzándose patéticamente por alcanzar un efecto dramático — un nuevo tono de rojo, pero no solamente eso. ¡Oh, no! ¡Un nuevo tono de rojo, y toda una serie cromática que se deriva de él! ¡Una completa serie cromática derivada de este único tono de rojo, Mr. Hebster! ¡Figúrese usted lo que un pintor no figurativo podría hacer con semejante...!

—No haga usted propaganda, señora. ¿Y usted, Teseo, no tiene nada que decir?

Teseo estaba mirando con el ceño fruncido las patas verdes de la mesa. Se inclinó hacia atrás, con aspecto satisfecho. Hebster se dio cuenta súbitamente de que la tensión que notaba bajo el pie derecho había desaparecido. Teseo había descubierto la presencia del resorte que comunicaba con la señal y lo había hecho desaparecer.

Lo había desintegrado sin que funcionase la señal de alarma a la que estaba conectado.

Los primates lanzaron varias risitas y hubo entre ellos un rápido intercambio de blas y buuuhs. Esto significaba que todos sabían lo que había hecho Teseo y cómo Hebster trataba de protegerse. Sin embargo, no parecían enfadados... ni demostraban su triunfo. ¿Quién podía entender la conducta de los primates?

Tampoco era necesario que se alarmase indebidamente... el precio que había que pagar por tratar con aquellos individuos era un estómago nervioso. Las recompensas, sin embargo, eran enormes...

De súbito todos volvieron a interesarse por el negocio.

Teseo lanzó su sugerencia con el tono tajante y definitivo de un mercader de bazar que hiciese su última, absolutamente su última oferta:

—Una serie de índices de población correlativos con...

—No, Teseo — le dijo cariñosamente Hebster.

Entonces, mientras Hebster se recostaba en su asiento, satisfecho y olvidando momentáneamente el resorte que había desaparecido bajo su pie, ellos le ofrecieron más cosas, en tropel, desesperadamente, febrilmente, hablando casi todos a la vez:

—Un estabilizador de neutrones portátil para grandes alti...

—Más de cincuenta maneras de decir «no obstante» sin que..

—...Para que todas las amas de casa puedan hacer un entrechat mientras cocinan...

—...Un tejido sintético con el aspecto de la seda y manufactura...

—...Un dibujo decorativo para calvos empleando los folículos como...

—...Una completa y total refutación de todos los piramidólogos desde...

—¡Muy bien! — gritó Hebster —. ¡Muy bien! ¡Ya basta!

Greta Seidenheim casi se olvidó de sí misma y suspiró aliviada. Su máquina de escribir había estado funcionando como una centrifugadora.

—Ahora — dijo el ejecutivo —. ¿Qué quieren a cambio?

—Una de las cosas que le hemos ofrecido es la que usted quiere, ¿eh? — murmuró Larry —. ¿Cuál es... la refutación de la piramidología? Apostaría a que es ésta.

Lusitania movió las manos con desdén.

—¡Qué va a ser esto, estúpido! Lo que le entusiasmó fueron las nuevas tonalidades cromáticas. Los nuevos...

Sonó la voz de Ruth por el comunicador:

—Mr. Hebster, Yost y Funatti han vuelto. Yo los entretuve y se marcharon, pero la recepcionista de la entrada me acaba de comunicar que han vuelto y que se dirigen a su despacho. Dispone usted de dos minutos, quizá tres. ¡Y están tan furiosos que casi parecen dos fanáticos de la Humanidad Primero!

—Gracias. Cuando salgan del ascensor, haz lo que puedas, sin que sea demasiado ilegal —. Se volvió hacia sus visitantes —. Escuchen...

Ya se habían ido de nuevo por los cerros de Úbeda:

—¿Bla, bla, buuuh, buuuh, buuuh? ¡Bla, buuuh, bla, bla! Bla, buuuh, bla, buuuh, buuuh.

¿Era posible que se entendiesen con semejante galimatías? ¿Era verdaderamente un idioma tan superior a todos los idiomas conocidos del hombre como... como se suponía que los extraterrestres eran superiores a los propios hombres? Bien, al menos ellos podían comunicarse con los extraterrestres por medio de aquel lenguaje. Y en cuanto a los extraterrestres...

Recordó de pronto a los dos furiosos representantes del Estado mundial, que subían como una tromba hacia su despacho.

—Escuchen, amigos. Han venido ustedes aquí a vender algo. Me han enseñado su muestrario y yo he visto en él algo que me gustaría comprar. Ahora no importa lo que pueda ser exactamente. La única cuestión es saber lo que piden por ello. Y cerremos el trato pronto. Tengo otras cosas urgentes que hacer.

La mujer provista de la dentadura de pesadilla pataleó. Una nube no mayor que un puño se formó cerca del techo, estalló y dejó caer un cubo de agua sobre la lujosa alfombra de Hebster, hecha por encargo.

Él pasó su cuidado índice por el interior del cuello de la camisa, pues temía que las hinchadas venas de su cuello fuesen a estallar. Por lo menos, que no lo hiciesen entonces. Miró a Greta y la confianza volvió a él al ver la serenidad con que ella esperaba que siguiesen hablando, para continuar transcribiendo la conversación. ¡Qué modelo para él de precisión comercial! Los primates podían hacer lo que hizo uno de ellos en Londres dos años atrás, antes de que les prohibiesen el acceso a todas las zonas urbanas — aumentó el tamaño de una mosca hasta hacerla tan grande como un elefante —, pero Greta Seidenheim seguiría fijando fragmentos de conversación con los adecuados símbolos fonéticos.

¿Con todo su poder, porque no tomaban lo que deseaban, sin pedirlo? ¿Por qué recorrían cientos de kilómetros para ir a las ciudades e intentar ser recibidos clandestinamente por gatos viejos como Hebster, cuando la mayoría de ellos eran detenidos con facilidad para ser enviados de nuevo a las reservas, y los que no lo eran terminaban siendo estafados ignominiosamente por los seres humanos «normales» con que se tropezaban? ¿Por qué no se limitaban a abrirse paso con su tremendo poder, para apoderarse de sus extraños y patéticos caprichos y regresar junto a sus amos? ¿Y por qué no iban sus propios amos, verdaderamente?... Pero la psicología de los primates era singular... no pertenecía a este mundo ni era para él.

—Le diremos lo que queremos a cambio — dijo Larry a la mitad de uno de sus gorgoteos. Tendió una mano en la cual la longitud de las uñas estaba indicada gráficamente por la suciedad que había bajo ellas y empezó a enumerar los artículos, doblando un dedo a cada uno de ellos —, primero, cien ejemplares en rústica del Moby Dick de Melville. Luego, veinticinco aparatos de radio de galena, con auriculares; dos auriculares para cada aparato. Después, dos Empire State Buildings o tres Radio Cities, lo que resulte más conveniente. Los queremos con los cimientos intactos. Una réplica satisfactoria del Hermes de Praxiteles. Y un tostador eléctrico del año 1941. Esto es todo, ¿verdad, Teseo?

El interpelado se inclinó hasta tocar las rodillas con la nariz.

Hebster lanzó un gruñido. La lista no era tan mala como temía — era curioso el interés que sentían siempre sus amos por los aparatos eléctricos y las obras de arte de la Tierra — pero tenía muy poco tiempo para regatear con ellos. ¡Nada menos que dos Empire State Buildings!

—Mr. Hebster — dijo su recepcionista por el intercomunicador —. Esos agentes de la C.I.E... he conseguido que un grupo muy numeroso de empleados saliese al corredor, para hacerlos retroceder hacia el ascensor cuando lleguen a este piso, y he cerrado con llave la... es decir, intento cerrarla... pero no sé si... ¿No podría...?

—¡Muy bien, chica! ¡Lo estás haciendo muy bien!

—¿Es esto todo lo que queremos, Teseo? — volvió a preguntar Larry —. ¿Buuuh?

Hebster oyó un crujido en el vestíbulo y unos pasos apresurados que se dirigían hacia allí.

—Oiga, Mr. Hebster — dijo Teseo por último — si no desea usted comprar la reducción al absurdo de Larry, si no le gusta mi método para decorar cabezas calvas a pesar de que es tan artístico, ¿qué le parecería un sistema de notación musical?...

Alguien trató de abrir la puerta de Hebster y la encontró cerrada. Llamaron con los nudillos. La llamada se repitió con más apremio casi inmediatamente.

—Ya sabe lo que quiere — saltó Lusitania —. Sí, Larry, la lista era completa.

Hebster se arrancó un mechón de cabello de su cabeza, que ya clareaba bastante.

—¡Magnífico! Ahora bien, yo puedo darles todo lo que piden, excepto los dos Empire State Buildings y los tres Radio Cities.

—O los tres Radio Cities — le corrigió Larry —. ¡No intentes estafarnos! Dos Empire State Buildings o tres Radio Cities. A su elección. ¿Cómo... acaso cree que no vale tanto lo que le ofrecemos?

—¡Abran esta puerta! — gritó una voz furiosa —. ¡Abran esta puerta en nombre de la Humanidad Unida!

Miss Seidenheim, abra la puerta — dijo Hebster en voz alta, haciendo al propio tiempo un guiño a su secretaria. Ésta se levantó, se desperezó e inició un pensativo avance al ralentí en dirección a la puerta cerrada. Se oyó un golpe sordo como el producido por el choque de unos hombros contra ella. Hebster sabía que la puerta de su despacho podía aguantar la acometida de un tanque de tamaño mediano. Pero había un límite incluso para la demora cuando se trataba de la Comisión Investigadora Especial de la H. U., con la que no se podía jugar. Sus agentes conocían a los primates y a quienes tenían tratos con ellos; estaban autorizados a disparar primero y a preguntar después... si es que se les ocurría preguntar.

—No se trata de si vale o no vale — les dijo Hebster apresuradamente mientras los empujaba hacia la salida oculta detrás de su mesa —. Por motivos que estoy seguro que a ustedes no les conciernen, no estoy en disposición de desprenderme en estos momentos de dos Empire State Buildings o tres Radio Cities con los cimientos intactos. Les daré el resto de la lista...

—¡Abran esta puerta o la echaremos abajo!

—Por favor, caballeros, por favor — les dijo con dulzura Greta Seidenheim —. Matarán ustedes a una pobre chica trabajadora que está haciendo lo imposible por franquearles el paso. La cerradura se ha atrancado.

Manoseó con el pestillo, mirando a Hebster con una sombra de ansiedad en sus bellos ojos.

—Y para substituir esos artículos — prosiguió Hebster — estoy dispuesto a darles...

—Lo que yo quería decir — le atajó Teseo —, es esto: Usted ya sabe, sin duda, cual es la mayor dificultad con que se enfrentan los compositores de música dodecafónica...

—Puedo ofrecerles — continuó el hombre de negocios sin hacerle caso, mientras el sudor brotaba de su tez como una crecida primavera — los planos completos del Empire State Building y del Radio City, junto con cinco... no, serán diez... maquetas a escala de cada uno de ellos. Y les daré el resto de las cosas que solicitan. Esto es todo. Pueden tomarlo o dejarlo. ¡Pero dense prisa!

Ellos se miraron mientras Hebster abría la puerta secreta y hacía unas señas a los cinco guardias de corps de librea que esperaban junto a su ascensor particular.

—Trato hecho — dijeron los tres al unísono.

—¡Muy bien! — casi chilló Hebster. Empujándolos a través de la puerta, dijo al más alto de los cinco hombres:

—¡Al piso diecinueve!

Cerró la puerta en el mismo momento en que Miss Seidenheim abría la puerta exterior del despacho. Yost y Funatti, vistiendo el uniforme verde botella de la H.U., irrumpieron en la habitación. Sin detenerse, corrieron hacia donde estaba Hebster y abrieron la salida secreta. Todos pudieron oír perfectamente cómo el ascensor descendía.

Funatti, un hombrecillo de tez olivácea, olfateó el aire.

—Aquí ha habido primates — dijo —. Lo huelo. Esta ralea apesta. ¿No lo hueles tú, Yost?

—Sí — repuso su compañero, que era más corpulento —. Vamos. Por la escalera de socorro. ¡Sabremos adonde va este ascensor!

Enfundaron sus armas de reglamento y bajaron con estrépito por la escalera de metal. Varios pisos más abajo, el ascensor se detuvo.

La secretaria de Hebster se abalanzó al intercomunicador.

—¡Mantenimiento! — dijo. Luego esperó un momento —. Mantenimiento, pongan los cierres automáticos en una salida del piso diecinueve hasta que el grupo que Mr. Hebster acaba de enviar abajo llegue a un laboratorio. Y presenten excusas a esos policías hasta entonces. No olviden que son del C.I.E.

Luego se apartó del aparato.

—Gracias, Greta — dijo Hebster, llamándola por su nombre de pila al hallarse solos. Se dejó caer en su butaca y dijo con aspecto huraño —: ¿No hay medios más fáciles de hacer un millón?

Ella enarcó sus perfectas cejas rubias.

—O de convertirse en monarca absoluto dentro del propio parlamento del hombre.

—Si esperan lo suficiente — le confió él con voz perezosa — yo me convertiré en la H.U., en el gobierno planetario moderno y en todo. Dentro de un año o dos quizá ya lo habré conseguido.

—¿Te olvidas acaso de un tal Vandermeer Dempsey? Sus cachorros también quieren reemplazar a la H.U. Sin mencionar los pintorescos planes que tiene para ti. Y te aseguro que son muy variados.

—No me quitan el sueño, Greta. La Humanidad Primero se disolverá de la noche a la mañana así que ese decrepito y viejo demagogo deje de presentarlo como un fantasma. — Pulsó el botón del comunicador —. ¿Mantenimiento? ¿Está ya a buen recaudo en un laboratorio ese grupo que enviaron?

—No, Mr. Hebster. Pero todo va bien. Los hemos enviado al piso veinticuatro, desviando a los hombres de la C.I.E. hacia abajo, hasta la planta del personal. En cuanto a la C.I.E., Mr. Hebster... Hemos cumplido sus órdenes, desde luego, pero a ninguno de nosotros nos gustaría vernos metidos en dificultades con la Comisión Investigadora Especial. Según las últimas leyes, se considera casi como un delito castigado con la pena capital impedir que cumplan su misión.

—No se preocupen — dijo Hebster —. ¿He abandonado alguna vez a uno de mis empleados? Nuestra divisa es «el jefe lo arregla todo». Llámeme cuando hayan conseguido ocultar en seguridad a esos primates, a fin de que pueda interrogarlos.

Se volvió hacia Greta:

—Pon en limpio esas notas antes de irte, para pasarlas a manos del profesor Kleimbocher. Cree que está a punto de descubrir algo nuevo en toda esa jerigonza.

Ella asintió.

—Ojalá empleases aparatos grabadores, en lugar de hacerme sentar ahí para aporrear esta anticuada máquina de escribir.

—A mí también me gustaría. Pero a los primates les gusta echar la zarpa sobre todos los aparatos eléctricos, para hacerlos trizas... esto cuando no los recogen para los extraterrestres. Cuando ya llevaba algunas docenas de magnetófonos averiados en el curso de entrevistas con los primates, me resolví por fin a utilizar mecanógrafas humanas. Y vete a saber si el mejor día a un primate también se le ocurre meterse con ellas...

—Bonita perspectiva. Me acordaré de soñar en ello alguna noche fría. Pero no puedo quejarme — murmuró, al entrar en su pequeño despacho contiguo —. Han sido los primates quienes han hecho crecer este negocio, quienes pagan mi sueldo y también quienes me proporcionan las cuatro chucherías por las que tengo debilidad.

«Lo que decía su secretaria no era del todo verdad», pensó Hebster mientras permanecía sentado ante su mesa, esperando que el intercomunicador le comunicase

que sus visitantes acababan de llegar sanos y salvos a un laboratorio. Aproximadamente el noventa y cinco por ciento de los Valores Hebster había salido de los aparatos arrancados a los primates en diversas transacciones de fantasía, pero la base de la empresa había estado constituida por la pequeña banca de inversiones que él había heredado de su padre, allá en los días de la Media Guerra... Los días en que los extraterrestres hicieron su aparición en nuestro planeta.

Las motas terriblemente inteligentes que remolineaban en el interior de sus botellas multicolores de diversas formas escapaban completamente a la comprensión humana. No hubo medio de establecer comunicación con ellas durante un tiempo.

Un humorista observó en aquellos lejanos tiempos, que los extraterrestres no venían a enterrar al hombre, ni a conquistarlo ni a esclavizarlo. Su misión era en verdad terrible: ¡Hacerle caso omiso!

Ni siquiera en los momentos presentes se sabía de qué parte de la Galaxia procedían aquellos seres. Ni por qué habían venido. Nadie sabía a cuanto ascendía el número de los que vinieron, que de todos modos parecía reducido. Ni cómo funcionaban sus astronaves, completamente abiertas y silenciosas. Las pocas cosas que se averiguaron sobre ellos en las escasas ocasiones en que se dignaban descender para examinar alguna obra humana, con el altivo y divertido desdén de los turistas supercivilizados, sirvieron para confirmar una superioridad tecnológica sobre el hombre que iba más allá de todo cuanto podía concebir la imaginación más desorbitada. Un tratado sociológico que Hebster había leído recientemente apuntaba la posibilidad de que su técnica se basase en conceptos tan adelantados respecto a la ciencia moderna como lo estaría un meteorólogo que sembrase con hielo seco una región asolada por la sequía, respecto al campesino primitivo que hacía sonar un cuerno de carnero asestado al cielo, en un frenético intento por despertar a los dormidos dioses de la lluvia.

Una serie de prolongadas observaciones, infinitamente peligrosas, revelaron, por ejemplo, que aquellas motas encerradas en sus botellas parecían estar más allá de la necesidad de utilizar herramientas de ninguna clase. Actuaban directamente sobre el material, conformándolo según sus necesidades, sin duda alguna creando y destruyendo la materia á su antojo.

Algunos seres humanos consiguieron comunicarse con ellos...

Y dejaron de ser humanos.

Varios hombres de cerebro superior trataron de estudiar los remolineantes y parpadeantes establecimientos creados por los extraterrestres. Algunos regresaron contando maravillas, que habían comprendido confusamente sin verlas. Sus descripciones daban siempre la impresión de que les habían apartado los ojos en el momento más crucial o que habían hecho estallar una espoleta mental en el lado de acá de su entendimiento.

Otros hombres — celebridades como un Presidente de la Tierra, un ganador por tres veces del Premio Nobel, poetas famosos — habían conseguido atravesar sin duda la barrera. Pero éstos fueron los que no regresaron. Se quedaron en la colonia extraterrestre del desierto de Gobi o del Sahara, o en la del sudoeste norteamericano. Incapaces de defenderse y de abrirse paso en la vida, a pesar de sus flamantes poderes, que resultaban casi increíbles, vagaban en actitud reverente en torno a los extraterrestres hablando, con extrañas contracciones de la laringe y de las fosas nasales, lo que sin duda era una aproximación humana del idioma de sus amos... una especie de pidgin extraterrestre. Hablar con un primate, dijo alguien, era algo así como si un ciego tratase de leer una página de Braille escrita originalmente para un pulpo.

Y que aquellas ruinas barbudas, piojosas y malolientes, aquellos espantajos parlanchines, borrachos y empapados de la lógica de una forma viviente totalmente distinta, fuesen la flor y nata de la especie humana, era algo que no contribuía en absoluto a aumentar el amor propio del hombre.

Los hombres y los primates se despreciaron mutuamente casi desde el primer momento; los hombres despreciaban a los primates por su servidumbre y su desvalimiento desde el punto de vista humano; los primates despreciaban a los hombres por su ignorancia e ineptitud desde el punto de vista extraterrestre. Y con la sola excepción de cuando actuaban bajo las órdenes de los extraterrestres y entraban en contacto con individuos al margen de la ley como Hebster, los primates no se comunicaban con los seres humanos, siguiendo en esto el ejemplo de sus amos.

Cuando los confinaron en instituciones mentales, se consumían sin dejar de farfullar incoherencias hasta que una temprana muerte se los llevaba o, perdiendo de pronto la paciencia se abrían paso hacia la libertad desintegrando las paredes del asilo y a todos los enfermeros que hallasen al paso. Por consiguiente, el entusiasmo de agentes de la ley y enfermeras, de médicos y practicantes, se enfrió considerablemente y el confinamiento por la fuerza de los primates casi había cesado por completo.

Como ambos grupos se hallaban tan separados psicológicamente que las uniones entre ellos eran imposibles, aquellos harapientos milagrosos recibieron los honores reservados a una clase distinta y especial: la Humanidad Escogida. Ello no quería decir que fuesen mejores que la humanidad y tampoco necesariamente peores... pero sí distintos y peligrosos.

¿Qué los hacía ser así? Hebster apartó su butaca y examinó el orificio del suelo del que antes surgía en espiral el muelle de la alarma. Teseo lo había desintegrado... ¿pero cómo? ¿Con el pensamiento? Tal vez telequinesis, aplicada a todas las moléculas del metal simultáneamente, haciéndolas mover con rapidez y al azar. O tal vez se hubiese limitado a desplazar el resorte. ¿Adonde? ¿Al espacio? ¿Al hiperespacio? ¿En el tiempo? Hebster meneó la cabeza y volvió a sentarse, para apoyar los codos en la lisa y pulida superficie de la mesa.

—¿Mr. Hebster? — preguntó bruscamente una voz por el comunicador, produciéndole un ligero sobresalto —. Habla Margritt, del Laboratorio General 23B. Acaban de llegar sus primates. ¿Lo de siempre?

Lo de siempre significaba sondearlos acerca de todos los conocimientos técnicos concebibles por medio de las preguntas que les disparaban los nueve especialistas del laboratorio con la rapidez de un interrogatorio policíaco, para tratar de desconcertarlos y pillarlos desprevenidos, con la esperanza de que soltasen algún útil e inesperado dato de interés científico.

—Sí — repuso Hebster —. Lo de siempre. Pero primero que un técnico textil les tire de la lengua. Mejor dicho, que él dirija el interrogatorio.

Hubo una pausa.

—El único técnico textil de esta sección es Charlie Verus.

—¿Bien, y qué? — dijo Hebster con una ligera irritación —. ¿Por qué lo dice con este tono? Será un técnico competente, supongo. ¿Qué dicen de él en Personal?

—En Personal dicen que es competente.

—Pues no hablemos más. Oiga, Margritt, tengo a esos hombres de la C.I.E. corriendo sueltos por la casa con muy malas intenciones. No tengo tiempo de preocuparme por sus peleas interdepartamentales. Llame a Verus al aparato.

—Sí, Mr. Hebster. ¡Eh, Bert! Di a Charlie Verus que se ponga.

Hebster movió la cabeza, sonriendo. ¡Esos técnicos! Probablemente, Verus sería un hombre inteligentísimo pero insoportable.

Se oyó otra voz por el comunicador:

—¿Mr. Hebster? Soy Verus.

La voz manifestaba un aburrimiento que lindaba con una indudable afectación. Pero aquel hombre debía de ser probablemente bueno a pesar de su neurosis. Valores Hebster, S. A., tenía un departamento de personal de primer orden.

—Oiga, Verus... Quiero que usted se encargue de sondear a estos primates. Uno de ellos sabe fabricar un tejido sintético que tiene la apariencia de la seda. Arránquele eso primero y después procure sacarles más cosas.

—¿Primates, Mr. Hebster?

—Sí, primates, Mr. Verus. Usted es un técnico textil, no lo olvide, por favor, y no un cómico de la legua. Dése prisa. Quiero un informe sobre ese tejido sintético para mañana. Trabaje toda la noche, si es necesario.

—Antes de hacerlo, Mr. Hebster, tal vez le interese saber algo que vale la pena, a saber: ya existe un tejido sintético incluso superior a la seda...

—Lo sé — le atajó su jefe —. El acetato de celulosa. Por desgracia, posee algunas desventajas, como son el bajo punto de fusión, su tendencia a resquebrajarse y la necesidad de utilizar tintes distintos y algo inferiores para él, sin contar con su baja resistencia química. ¿No es eso?

Su interlocutor no respondió de momento, pero Hebster vio cómo asentía, mentalmente estupefacto. Entonces prosiguió.

—También tenemos fibras proteínicas. Se tiñen bien y caen perfectamente, poseen la termoconductividad necesaria que debe tener un vestido, pero les falta el poder tensil de los tejidos sintéticos. Una fibra proteínica artificial representaría tal vez la solución; caería tan bien como la seda, tal vez podríamos emplear con ella los tintes ácidos que utilizamos con la seda y que dan por resultado unos tornasoles que deslumbran a las señoras y les hacen aflojar la mosca sin chistar. Todo esto es aún muy hipotético, ya lo sé, pero uno de esos primates mencionó un tejido sintético parecido a la seda, y no creo que esté lo bastante cuerdo como para referirse al acetato de celulosa. Ni tampoco al nylon, al orlón, al cloruro de vinilo ni a nada de lo que ya conocemos y utilizamos.

—¿Ha estudiado usted los problemas textiles, Mr. Hebster?

—Sí, señor, los he estudiado. Como todo cuanto encierra posibilidades de hacer dinero en grande. Y ahora me hará usted el favor de interrogar a esos primates. Hay varios millones de mujeres que esperan conteniendo el aliento a saber los secretos que se ocultan entre sus barbas. ¿No se cree usted capaz, Verus, de realizar la tarea para la que le pago, contando con todo el personal y los medios científicos que yo le he proporcionado?

—Pues... Sí.

Hebster se dirigió al guardarropa del despacho en busca de su sombrero y su gabán. Le gustaba trabajar bajo la presión de los acontecimientos; le producía gran satisfacción ver como todos saltaban y corrían cuando él les gritaba. Pero a la sazón se complacía en la perspectiva del descanso.

Contempló con una mueca la silla de espuma de goma que había ocupado Larry. No valía la pena hacerla lavar. Era preferible poner una nueva.

—Estaré en la Universidad — dijo a Ruth al salir —. Si me necesitáis para algo, me encontraréis con el profesor Kleimbocher. Pero no me llaméis a menos que sea algo muy importante. El profesor se disgusta mucho cuando lo interrumpen.

Ella asintió. Luego añadió con mucha vacilación:

—¿Ya sabe usted... que esos dos hombres... Yost y Funatti... de la Comisión Investigadora Especial, dijeron que no se permitiría a nadie salir del edificio?

—¿Ah, sí? — dijo él, con una risita — ¿Eso dijeron? Debían de estar muy enfadados. No es la primera vez que lo están. Pero a menos que puedan acusarme de algo concreto... Oye, Ruth, di a mis guardaespaldas que se vayan, excepto el que está con los primates. Tiene que llamarme, esté donde esté yo, cada dos horas.

Salió tranquilamente, teniendo buen cuidado de distribuir benévolas sonrisas a todos los jefecillos y mecanógrafas de la inmensa oficina. Un ascensor particular y una salida

secreta estaban muy bien para los momentos de apuro, pero a Hebster le gustaba saborear sus éxitos tan en público como fuese posible.

Le gustaría volver a ver a Kleimbocher. Tenía mucha fe en la solución lingüística del problema; los donativos de su sociedad habían triplicado la importancia de la Facultad de Filología de la Universidad. Después de todo, el problema fundamental que se planteaba entre hombres y primates y entre hombres y extraterrestres era el de la comunicación. Cualquier intento por aprender su ciencia, por ajustar sus procesos mentales y su lógica a normas humanas, tenía que estar precedido por una mínima comprensión.

Y era Kleimbocher quien tenía que hallar la clave para comprenderlos, no él. «Yo soy Hebster — se dijo —. Yo empleo a la gente adecuada para que me resuelva problemas y me hagan ganar dinero.»

Alguien le cerró el paso. Otra persona lo sujetó por el brazo. Él repitió, maquinalmente, pero en voz alta:

—Yo soy Hebster. Algernon Hebster.

—Exactamente el Hebster que queremos — dijo Funatti, sujetándole fuertemente el brazo —. ¿Le importará acompañarnos?

—¿Es esto una detención? — preguntó Hebster al corpulento Yost, quien se apartó para dejarlo pasar, mientras acariciaba la funda de su pistola como si deseara sacarla.

El agente de la C.I.E. se encogió de hombros.

—¿Por qué hace estas preguntas? — replicó —. Usted límitese a acompañarnos y a mostrarse sociable. Hay quien quiere hablar con usted.

Él permitió que se lo llevaran a través del vestíbulo adornado por pinturas murales que ostentaban la firma de pintores radicales, y saludó con un movimiento de cabeza al portero que, sin fijarse al parecer en sus captores, dijo con entusiasmo:

—¡Buenas tardes, Mr. Hebster!

Luego se acomodó en el asiento trasero del automóvil verde oscuro de la C.I.E., un modelo de última moda tipo Hebster Monorrueda.

—Nos sorprende verle sin sus guardaespaldas — observó Yost, que conducía, sin volverse.

—Oh, hoy les he dado el día libre.

—¿Así que hubo terminado usted con los primates? No — admitió Funatti — no hemos conseguido saber dónde los escondió. Tiene usted un verdadero caserón, amigo. Y la Comisión Investigadora Especial de la H.U. no anda precisamente muy sobrada de personal.

—Sin olvidar que el poco personal que tiene está muy mal pagado — interrumpió Yost.

—Aunque quisiera, no podría olvidar este «pequeño» detalle — le aseguró Funatti —. En su lugar, Mr. Hebster, yo no me hubiera desprendido de los guardaespaldas. En este mismo momento le andan buscando unos elementos cinco veces más peligrosos que los primates. Me refiero a los de la Humanidad Primero.

—¿Ese hatajo de chiflados de Vandermeer Dempsey? Gracias, pero creo que conseguiré sobrevivir.

—De nada. No se fíe demasiado, por si acaso. Esa gentuza han crecido como la espuma. Solamente el periódico que publican, The Evening Humanitarian, tiene una difusión tremenda. Y si tiene usted en cuenta, además, a sus semanarios, sus libros de bolsillo y sus folletos, publican toneladas de propaganda. Día tras día ponen en la picota a todos cuantos hacen dinero a expensas de los extraterrestres y los primates. Naturalmente, no se olvidan de atacar a la H.U., eso es normal, pero si se encontrara usted por la calle con uno de esos energúmenos, el que fuese, lo más probable es que le rebanase el gaznate. ¿Que no le interesa? Lo siento. En este caso, tal vez le gustará saber que The Evening Humanitarian le ha colgado un remoquete muy lindo.

Yost lanzó una risotada.

—Díselo, Funatti.

El presidente de la gran empresa dirigió una mirada inquisitiva al hombrecillo.

—Pues le llaman — dijo Funatti, saboreando sus propias palabras — le llaman... ¡Chorizo interplanetario!

Cuando por fin salieron del paso subterráneo que cruzaba toda la ciudad, embocaron a toda velocidad la última adición a la red de arterias ultramodernas que pretendía descongestionar el tránsito de la ciudad... la Autopista con colchón de aire del East Side, conocida vulgarmente por la pista de los bombarderos en picado. Al llegar a la desviación de la calle Cuarenta y Dos, el punto donde el tránsito era más denso en Manhattan, Yost se olvidó de hacer una señal del tránsito. Maldijo por lo bajo y Hebster, involuntariamente, hizo el gesto de asentimiento que hubiera hecho cualquier pasajero. Vieron cómo la pieza del elevador disminuía hacia abajo mientras los coches que tenían que subir a la autopista ascendían en espiral por la derecha. Entre las dos, subían y bajaban las sólidas plataformas del tránsito portuario mientras, apretados como barajas, las hileras de peatones esperaban turno abajo.

—¡Miren! ¡Allá arriba, enfrente mismo de nosotros! ¿Lo ven?

Hebster y Funatti siguieron con la mirada el largo y tembloroso índice de Yost. A unos sesenta metros al norte de la desviación y a unos cuatrocientos metros de altura, un objeto pardo permanecía suspendido en evidente fascinación. De vez en cuando una brillante mota azul animaba el espeso y lóbrego material aprisionado en el interior de su forma acampanada, para remolinear por aquel lado hasta ser sustituida por otra.

—¿Y si fuesen ojos? ¿No creen que podrían ser ojos? — preguntó Funatti, frotándose inútilmente sus puños pequeños y morenos —. Ya sé lo que dicen los sabios... que cada mota equivale a una persona y que toda la botella es como una familia o tal vez como una ciudad. ¿Pero cómo lo saben? No pasa de ser una teoría. Yo digo que son ojos.

Yost asomó su corpachón por la ventanilla abierta y se protegió de los rayos solares con su gorra.

—Mírenlos — oyeron que decía sin volverse. Un acento nasal, que había conseguido dominar desde hacía mucho tiempo, volvió a sonar en su voz cuando la emoción creciente arrinconó su cultivado acento —. Mírenles allá arriba, sin hacer más que mirar. ¡Parece interesarles mucho nuestro tránsito y los coches que pasan por la autopista! Ni siquiera nos harán caso cuando queramos hablar con ellos, cuando tratemos de averiguar qué pretenden, de dónde vienen, qué son. ¡Oh, no! ¡Son demasiado superiores para hablar con nosotros! Pero eso no les impide observarnos durante horas enteras, día tras día, ya esté claro o sea de noche, invierno y verano... observándonos cómo vamos a nuestros asuntos y, cada vez que nosotros, estúpidos animales de dos patas, queremos hacer algo que nos parece complicado, entonces viene una de esas condenadas botellas llena de motas para observarnos y reírse de nosotros...

—Eh, tú, cuidado — le dijo Funatti, inclinándose hacia adelante para tirar del justillo verde de su compañero —. ¡Calma! Que somos del C.I.E. y estamos de servicio.

—Da lo mismo — gruñó Yost, malhumorado, mientras se dejaba caer de nuevo en su asiento y oprimía el botón de la energía —. Ojalá tuviese ahora la vieja Garand M-1 de papá. — Avanzaron flotando, penetraron suavemente en la siguiente sección del montacargas, que era larguísimo, y empezaron a descender —. Valdría la pena correr el riesgo de que me hiciesen ping.

Y quien hablaba era un agente de la H.U., se dijo Hebster con un agudo desasosiego. No solamente de la H.U., sino miembro de un grupo cuidadosamente escogido por su falta de prejuicios antiprimates, que habían jurado hacer respetar las leyes de reserva sin discriminación y consagrados a la alta empresa de que el hombre alcanzase algún día la igualdad con los extraterrestres.

¿Cuántas patrañas podía tragarse la gente? La gente desprovista de olfato para los negocios, naturalmente. Su padre había subido mano sobre mano desde la brigada de pico y pala, educando a su único hijo con rigor, haciendo que se propusiese alcanzar siempre mayor dominio y conseguir mayores beneficios en todo.

Pero los demás, al parecer, no pensaban lo mismo, y Algernon Hebster, por más que lo lamentase, tuvo que reconocerlo así.

Le resultaba imposible vivir en un mundo en el que sus mayores realizaciones perdían todo valor e interés al lado de lo que eran capaces de hacer los extraterrestres. No podían soportar el conocimiento y la certeza de que las más geniales creaciones de la Humanidad, las obras más complicadas y las creaciones más hábiles y cuidadosas, podían ser duplicadas — y superadas — en un santiamén por los extraterrestres, y aun éstos sólo sentían por ellas el interés que pudiera sentir un coleccionista. La sensación de inferioridad ya es bastante horrible cuando uno se lo imagina; pero cuando deja de ser sensación para convertirse en conocimiento, en algo irrefutable y completamente innegable, que abarca todos los aspectos de la actividad creadora, entonces se hace insoportable y enloquecedora.

No era extraño que los hombres perdiesen la cabeza después de horas enteras de sentirse objeto del impertérrito examen de los extraterrestres... que los observaban mientras desfilaban en una vistosa parada, o pescaban a través de un agujero en el hielo, hacían maniobras trabajosamente a un gigantesco reactor transcontinental para que aterrizase con suavidad o cuando permanecían sentados en hileras apretadas y sudorosas vociferando ante un orador bañado de sudor y pidiéndole que los «echase fuera del parque y los mandase al infierno.»

No era extraño tampoco que empuñasen herrumbrosas carabinas o bruñidos rifles para disparar tiro tras tiro contra el cielo emponzoñado por la desdeñosa curiosidad de una «botella» parda, amarilla o rojiza.

Por otra parte, aquello tampoco servía de gran cosa. Sólo representaba una pequeña válvula de escape para los nervios, acorralados en horribles rincones psíquicos. Pero los extraterrestres no lo advertían, y esto era lo más importante. Seguían observando, como si todos aquellos disparos y alaridos, todas aquellas imprecaciones y amenazas formasen parte del fascinante espectáculo que ellos habían pagado por presenciar y que estaban decididos a ver hasta el fin aunque no fuese más que para regocijarse con los disparates que pudiese cometer algún miembro de la inexperta compañía.

Los extraterrestres no resultaban heridos ni se sentían atacados. Las balas, las granadas, los perdigones, las flechas, las piedras arrojadas con honda... todas las heterogéneas muestras de la ira del hombre los atravesaban como la paciente y eterna lluvia que caía en dirección opuesta. Sin embargo, los extraterrestres debían de poseer cierta solidez en sus extraños cuerpos, a juzgar por la manera cómo interceptaban la luz y el calor. Y también...

También por los pings que se oían de vez en cuando.

Alguna que otra vez, alguien alcanzaba ligeramente a un extraterrestre. O, lo que es más probable, le causaban molestias debido a alguna desconocida coincidencia del fuego de rifle o de los flechazos con algún factor desconocido.

Apenas se oía entonces un levísimo rumor... como si un guitarrista hubiese rozado una cuerda con la yema del dedo, refrenando su impulso de tocarla con un retraso de décimas de segundo. Y después de aquel delicado ping apenas perceptible, de la manera más sencilla del mundo el tirador se quedaba sin su rifle. Permanecía de pie, mirando estúpidamente sus manos vacías, con el brazo doblado por el codo y la mejilla apoyada en el hombro, como un gran niño tonto que no se hubiese acordado de terminar el juego. Ni su rifle ni el menor fragmento del mismo se encontraban en parte alguna. Y los extraterrestres seguían observando, graves, curiosos y atentos.

El ping parecía dirigirse principalmente contra las armas. Así desapareció una vez, haciendo ping, un obús de 155 mm. y en algunas ocasiones, de manera inesperada, fueron brazos que se disponían a arrojar otra piedra los que desaparecieron con el acompañamiento de una delicada nota fantástica. Y algunas veces — ¿no podía ser debido a que los extraterrestres, perdiendo su interés, se mostrasen más descuidados en su irritación? — era el hombre entero, vociferante y animado de ansias asesinas, quien hacía ping y se esfumaba para siempre jamás.

No parecía que utilizasen otro tipo de arma de represalia, sino que se tratase de una respuesta perteneciente a un orden muy superior, como la palmada que nosotros damos a un mosquito que nos pica. Hebster, estremeciéndose, recordó el día en que vio a una negra y tubular nave extraterrestre, repleta de motas ambarinas que remolineaban, cerniéndose sobre las obras de excavación de una nueva subcalle, fascinada al parecer por el espectáculo que ofrecían los hombres cavando la tierra.

Un hercúleo irlandés pelirrojo levantó la vista del duro granito de Manhattan el tiempo suficiente para que se le escurriese el sudor que bañaba sus párpados. Al hacerlo, distinguió al observador con sus puntos remolineantes y se detuvo para refunfuñar y levantar su perforadora neumática, asestándola en un ruidoso pero inútil desafío hacia los cielos. Sus compañeros apenas se dieron cuenta de su acción, cuando el largo, oscuro y moteado representante de una raza que venía de las estrellas giró sobre su eje e hizo ping.

La pesada perforadora permaneció derecha por un momento y luego cayó como si de pronto se hubiese dado cuenta de la desaparición de quien la empuñaba. ¿Desaparición? Casi hubiérase dicho que nunca había existido, tan completa fue su desaparición, tan rápida, tan silenciosamente fue borrado, sin hacer el menor daño a sus compañeros ni llevarse consigo a ninguno de ellos. En realidad, hubiérase dicho que se trataba de un acto de gigantesca y positiva creación al revés.

No, se dijo Hebster, de nada servía amenazar a los extraterrestres. Es más, ello equivalía a un verdadero suicidio. Y como todo cuanto había sido intentado hasta la fecha, era completamente inútil. Por otra parte, ¿no era una completa locura la actitud que había adoptado la Humanidad Primero? ¿Qué se podía hacer?

Buscó en su alma algo fundamental e inmovible, un artículo de fe en el que pudiese creer, y lo encontró. «Puedo hacer dinero — se dijo —. Yo sirvo sólo para esto. Podré hacerlo siempre.»

Cuando se detuvieron ante el achaparrado cuartel de ladrillo pardusco que la C.I.E. se había apropiado, se llevó una sorpresa. En la acera opuesta había un pequeño estanco, el único de la manzana. Los nombres de marcas que habían adornado el escaparate luciendo todos los colores del arco iris habían sido reemplazados recientemente por grandes consignas doradas. Eran consignas que ya resultaban familiares a todo el mundo... pero no dejaba de ser sorprendente que se exhibiesen tan cerca de un local de la H.U., y nada menos frente a la sede de la Comisión Investigadora Especial.

En lo alto del escaparate, el estanquero manifestaba de manera inequívoca sus ideas políticas, por medio de dos enormes palabras que parecían pregonar su odio hasta el lado opuesto de la calle:

¡HUMANIDAD PRIMERO!

Bajo este rótulo, en el centro exacto del escaparate, lucía las grandes iniciales doradas de la organización, formadas por las letras HP entrelazadas, que se alzaban sobre la enorme navaja simbólica.

Y debajo, en letra inglesa, el mismo tema repetido, ampliado y dotado de mayor énfasis:

«¡Humanidad Primero, último y siempre!»

La parte superior de la puerta ya empezaba a resultar cargante:

«¡Deportad a los extraterrestres! ¡Que se vuelvan por donde han venido!»

En la parte inferior de la puerta se podía leer la única concesión al negocio que figuraba en toda la fachada del estanco:

«¡Humanitarios! ¡Comprad aquí!»

—¡Humanitarios! — exclamó Funatti, haciendo un amargo gesto de asentimiento al lado de Hebster —. ¿No ha visto nunca lo que queda de un primate si un grupo de humanitarios puede echarle el guante sin dar tiempo a que intervenga la C.I.E.? Lo que queda puede recogerse con una pala. No creo que le haga mucha gracia ver tiendas con esa propaganda, ¿eh?

Hebster consiguió sonreír cuando pasaron frente a los centinelas de uniforme verde, que los saludaron militarmente.

—No hay muchos aparatos inspirados por los primates que tengan que ver con el tabaco. Y aunque los hubiese, un solo estanco que demuestre esas tendencias no podría hacerme daño.

Pues me lo haría, se dijo con desconsuelo. Me haría daño... si es lo que parece ser. Una cosa es la afiliación a la organización y lo mismo puede decirse del patriotismo planetario, pero el negocio es otra cosa.

Hebster movió lentamente los labios, recordando a medias su catecismo: Sean cuales fueren las creencias o las fobias del propietario, tiene que sacar una determinada cantidad de su negocio si quiere evitar verse acosado por los acreedores. Y esto no lo conseguirá si se dedica a ofender los sentimientos de la gran mayoría de sus posibles clientes.

Por consiguiente, si aquel hombre aún seguía con el negocio en marcha y, a juzgar por las apariencias, en estado floreciente, de ello había que deducir que no tenía que depender del personal de la H.U. que tenía enfrente. Aquello demostraba que el estanco debía de tener mucho despacho y una gran clientela formada por transeúntes totalmente ocasionales que no sólo no ponían reparos a su humanitarismo, sino que estaban dispuestos a prescindir de los interesantes y nuevos artilugios y los precios más bajos en los artículos corrientes que la tecnología de los primates facilitaba a los hombres.

Por consiguiente, era totalmente posible — teniendo en cuenta aquel ejemplo escogido al azar pero extraordinariamente significativo — que los periódicos que él leía mintiesen y los economistas y sociólogos que tomaba a su servicio fuesen incompetentes. Era muy posible que el público consumidor, el único que a él le interesaba, empezase a modificar sus puntos de vista, lo cual no dejaría de afectar profundamente sus tendencias adquisitivas.

Era posible que toda la economía de la H.U. iniciase entonces un largo declive que la pondría bajo la dependencia de la Humanidad Primero, metiéndola en la zona intangible, que se distinguía por su ceguera y su fanatismo y que había sido delimitada por hombres como Vandermeer Dempsey. La economía de la Roma Imperial, que se distinguía por su extraordinaria usura y su carácter especulativo desde el punto de vista comercial, experimentó una transición similar, pero al ritmo mucho más lento, propio de dos mil años atrás para convertirse, en el breve espacio de tres siglos, en un mundo estático y anticomercial en el que la banca era un pecado y la riqueza que no hubiese sido heredada se consideraba inconfesable y escandalosa.

«Entre tanto, es posible que la gente ya haya empezado a considerar los artículos manufacturados según normas éticas y no de acuerdo con su utilidad», se dijo Hebster, mientras sus notas mentales, aún confusas, se iban alineando junto a sus incipientes conclusiones. Se acordó de varios folletos e informes llenos de brillantes explicaciones que le había enviado la semana anterior el departamento de Investigación de Mercados, y que se ocupaban de la inesperada resistencia que encontraban las vajillas Evvakleen entre el público. Pasó por alto las páginas donde se exponían tesis cuidadosamente

desarrolladas y que sostenían que las amas de casa asociaban inconscientemente el nombre de aquel producto con una tal Katherine Evvakios, que había aparecido recientemente en las primeras páginas de todos los tabloides mundiales a causa de la habilidad que demostró para degollar con un cuchillo para cortar el pan a sus cinco hijos y sus dos amantes. No pudo contener un bostezo y una sonrisa después de examinar el primer gráfico de brillantes colores.

—Probablemente no se trata más que de la natural desconfianza del ama de casa ante algo completamente nuevo — murmuró para sus adentros —. Después de lavar platos durante años enteros, ahora le dicen que ya no es necesario. No puede llegar a convencerse de que sus platos Evvakleen son los mismos, después de haberles quitado la película exterior de moléculas que los recubren al terminar las comidas. Tengo que insistir en este aspecto más de lo que hemos hecho... relacionándolo tal vez con la pérdida sin importancia de moléculas que experimenta la epidermis durante una ducha.

Garrapateó algunas notas al margen y pasó todo el problema al inquieto regazo del Departamento de Publicidad y Promoción de Ventas.

Pero luego se produjo aquella baja repentina en las ventas de mobiliario... un mes antes de lo que hubiera sido normal, teniendo en cuenta la estación. ¿A qué se debía aquella sorprendente falta de interés de los consumidores por la Mullisilla Hebster, un artículo que hubiera revolucionado las costumbres de los hombres?

Súbitamente recordó casi una docena de alteraciones inexplicables que habían ocurrido recientemente en el mercado, y todas en artículos de consumo. Esto iba de acuerdo con lo que pensaba y temía; cualquier cambio sobrevenido en las costumbres de los consumidores tardaría por lo menos un año en reflejarse en la industria pesada. Las fábricas de máquinas-herramientas lo notarían antes que la industria siderúrgica; esta, antes que las fundiciones y refinerías; y los bancos y grandes empresas financieras serían las últimas piezas del dominó que caerían.

Con su capital tan completamente invertido en investigaciones y nueva producción, su empresa no sobreviviría ni siquiera a una alteración temporal en los gustos de los consumidores. Valores Hebster, S.A., podrían desaparecer como un plumón al que se quita de un soplo del cuello de la chaqueta.

«Esto es llegar muy lejos, para haber empezado en un estanco de mala muerte. ¡El nerviosismo de Funatti y su aprensión ante los crecientes sentimientos humanitarios de la masa resultan contagiosos!», pensó.

«¡Si Kleimbocher pudiese resolver el problema de la comunicación! ¡Si pudiésemos hablar con los extraterrestres, encontrar sitio para nosotros en su universo! Los humanitarios perderían todos sus triunfos políticos...»

Hebster vio que se hallaban en una espaciosa y descuidada oficina, con mapas colgados de las paredes, y que sus acompañantes se cuadraban ante un corpulento oficial de aspecto aun más desaliñado que su despacho y que con gesto impaciente les hizo cesar en su saludo, para indicarles luego la puerta con un gesto de cabeza. Luego indicó a Hebster que escogiese entre varios asientos. Estos consistían en varios largos y mugrientos bancos de nogal esparcidos por toda la habitación.

En la placa colocada sobre la mesa podía leerse el nombre de P. Braganza, en adornada caligrafía gótica. P. Braganza lucía un largo y retorcido mostacho, de un tremendo grosor. Además, necesitaba con urgencia pasar por la barbería. Parecía como si él y todo cuanto la estancia contenía hubiesen sido cuidadosamente escogidos para afrontar todo lo posible a los de la Humanidad Primero. Esto significaba que, teniendo en cuenta la filosofía que profesaban los humanitarios — sus cabezas casi rapadas, sus caras perfectamente rasuradas, de acuerdo con su divisa «La limpieza es el signo humano de Realeza» — cuando aquella habitación se llenaba de furiosos fanáticos, antisépticamente limpios y vestidos con sencillez y pulcritud, apresados en el curso de

una demostración callejera, la dejadez y suciedad que allí reinaban debían de revolverles el estómago. Y esto era lo que se pretendía.

—¿De modo que le preocupa el efecto que pueda tener la propaganda humanitaria en sus negocios?

Hebster levantó la mirada, sorprendido.

—No tema, no he leído sus pensamientos — dijo Braganza, riendo entre sus dientes manchados de tabaco. Con ademán indicó la ventana que tenía detrás de su mesa —. Le vi dar un respingo al leer esos anuncios del estanco. Y luego se los quedó mirando durante dos minutos. No me fue difícil adivinar lo que pensaba.

—Es usted muy perspicaz — observó secamente Hebster.

El alto funcionario de la C.I.E. movió la cabeza en una violenta negativa.

—No, no lo soy. En absoluto. Comprendí lo que pensaba porque yo me paso aquí día tras día, mirando a ese estanco y pensando exactamente lo mismo. Braganza, me digo, esto es el fin de tu empleo. Es el fin del gobierno científico del mundo. Y ahí lo tiene: en el escaparate de ese estanco.

Su mirada llameante se posó por un momento sobre su mesa, completamente abarrotada de objetos y papeles. Los instintos de Hebster se despertaron... se mascaba una conversación de negocios. Comprendió que aquel hombre había iniciado un gambito coloquial, lo cual resultaba para él un ejercicio insólito. Sintió que el temor le contraía las entrañas. ¿Por qué el C.I.E. cuyo poder estaba casi sobre la ley y desde luego por encima del poder del gobierno, tenía que regatear con él?

Teniendo en cuenta la mala reputación de que gozaba, Braganza se mostraba demasiado amable, hablador y cortés. Hebster se sentía como un ratón caído en la trampa a cuyo desconcertado oído el gato empezaba a verter quejas acerca del perro del primer piso.

—Hebster, dígame una cosa. ¿Cuáles son sus objetivos?

—¿Cómo dice usted?

—¿Qué le pide usted a la vida? ¿Qué planes traza durante el día? ¿En qué sueña por la noche? A Yost le gustan las mujeres y nunca tendría bastante de ellas. Funatti es un hombre de su casa, que ama a la familia y tiene cinco hijos. Le gusta su trabajo porque su empleo es seguro y cuenta con toda clase de pensiones, seguros y retiros para asegurarse la vida.

Braganza inclinó su poderosa cabeza y empezó a pasear lentamente y como a regañadientes frente a su mesa.

—En cambio, verá usted, yo soy un poco diferente. No es que me importe ser un policía importante. Sé apreciar la regularidad con que el pagador me entrega mi paga, naturalmente; hay muy pocas mujeres en esta ciudad que puedan decir que he recibido con desdén una de sus muestras de afecto. Pero la única cosa por la cual yo daría mi vida es la Humanidad Unida. ¿He dicho que daría mi vida? Si pensamos en mi presión sanguínea y en mi gastado corazón, casi podríamos decir que ya la he dado. Braganza, me digo, tienes una suerte enorme al trabajar para el primer gobierno mundial de la Historia. Trata de estar a la altura de este cometido.

Deteniéndose, abrió los brazos frente a Hebster. Su guerrera verde, desabrochada, se abrió, exponiendo el negro vello que cubría su pecho.

—Así soy yo. Así soy yo en el fondo. Ahora, a decir verdad, me gustaría saber cómo es usted. Por esto le pregunto: ¿Cuáles son sus objetivos?

El presidente de Valores Hebster, S. A., se pasó la lengua por los labios.

—Me temo mucho que soy menos complicado.

—No importa — lo alentó su interlocutor —. Dígalo como mejor le convenga.

—Podríamos decir que, ante todo, yo soy un hombre de negocios. Lo que más me interesa es perfeccionarme como tal, lo cual equivale a decir que quiero hacerme más poderoso. Dicho en otras palabras, quiero ser siempre más rico.

Braganza le dirigió una escrutadora mirada.

—¿Nada más?

—¿Le parece poco? ¿No ha oído usted nunca decir que el dinero no lo es todo, pero lo puede comprar todo?

—A mí no me puede comprar.

Hebster lo examinó con ojo crítico.

—No sé si es éste un artículo que valga la pena comprar. Yo sólo compro lo que necesito, haciendo únicamente una excepción de vez en cuando para darme algún capricho.

—Usted no me gusta — dijo Braganza con una voz que se había vuelto pastosa y ronca —. Nunca me han gustado los de su ralea; de nada sirve mostrarse cortés.. Más valdrá que nos dejemos de comedias. Se lo diré sin rodeos: me da usted asco.

Hebster se levantó.

—En este caso, creo que lo mejor que puedo hacer es darle las gracias por...

—¡Siéntese! Le he hecho venir aquí por un motivo. Aunque me parece completamente inútil, tengo que cumplir lo que me había propuesto. Siéntese, le digo.

Hebster se sentó, preguntándose perezosamente si Braganza debía de cobrar siquiera la mitad de lo que él pagaba a Greta Seidenheim. Naturalmente, Greta poseía múltiples talentos y realizaba varios servicios distintos y separados particularmente útiles. No, teniendo en cuenta los impuestos y lo que le deducía el seguro, Braganza podría considerarse afortunado si recibía una tercera parte de lo que ganaba Greta.

Observó que el policía le ofrecía un periódico. El lo tomó. Braganza dio un gruñido, volvió a sentarse al otro lado de la mesa y, haciendo girar su butaca, se volvió de cara a la ventana.

Era un número de hacía una semana de The Evening Humanitarian. Aquel periodicucho había perdido su aspecto selecto y minoritario, recordó Hebster por la última vez que lo había leído, para convertirse en un diario de gran circulación. Aunque se redujese a la mitad la tirada que figuraba en el recuadro de la parte superior izquierda, aún le quedaban tres millones de suscriptores.

En el ángulo superior derecho, un recuadro de filetes rojos exhortaba a los fieles a que leyesen el Humanitarian. En un entrefilete verde que ocupaba toda la parte superior de la primera página podía leerse: «¡HABLAR CON SENTIDO ES HUMANO... FARFULLAR ES PRIMATE!»

Pero lo más importante estaba en el centro de aquella página. Era una caricatura.

Media docena de primates de largas barbas que pendían hasta sus rodillas y que mostraban en sus caras una sonrisa demente, estaban sentados en una carreta desvencijada. En sus manos sujetaban las riendas, que iban hasta un grupo de atildados caballeros de expresión angustiada y que se tocaban con altas chisteras. El más gordo y feo de estos personajes, que iba al frente del tiro, mordía un bocado con los dientes. En el bocado podía leerse «dinero de los locos» y el hombre era «Algernon Hebster».

Las ruedas de la carreta aplastaban y destrozaban cosas tan diversas como un rótulo en el que se leía «Hogar, Dulce Hogar», junto con un trozo de pared, un muchacho atractivo vestido de Boy Scout, una locomotora aerodinámica y una bella joven con dos niños que lloraban bajo el brazo.

El epígrafe de la caricatura se preguntaba: «¿Señores de la Creación... o Esclavos?»

—Este periodicucho parece haberse convertido en un auténtico libelo — musitó Hebster —. No me sorprendería que, gracias a su tono escandaloso, consiguiese hacer dinero.

—Esto me da a entender — dijo Braganza, sin dejar de contemplar la calle — que usted no lo ha leído con mucha regularidad en los últimos meses.

—Afortunadamente, no.

—Pues cometió usted una equivocación.

Hebster se quedó mirando el ensortijado cabello negro de su interlocutor.

—¿Por qué? — preguntó cautelosamente.

—Porque, efectivamente, se ha convertido en un escandaloso libelo, que ha alcanzado un éxito enorme... principalmente gracias a usted. — Braganza lanzó una carcajada. — Esa gente considera que tener tratos con los primates constituye más un pecado que un crimen. ¡Y teniendo en cuenta estas normas morales, a usted lo consideran casi como el mismísimo Satanás!

Cerrando los ojos por un momento, Hebster hizo un esfuerzo por comprender a unas personas capaces de imaginarse algo que causaba tantas satisfacciones al alma y era un concepto tan hermoso como un buen negocio, como algo repugnante y propio de los gusanos. Lanzó un suspiro:

—Sí, ya me había parecido que el humanitarismo era una especie de religión.

Esta observación pareció enfurecer al hombre del C.I.E. Girando súbitamente, lo apuntó con ambos índices, en un ademán furioso y excitado.

—¡Sí, señor, tiene usted razón! Traspasa todas las fronteras...absorbiendo creencias incompatibles y que antes estaban en deuda. Ni era deliberadamente y de una manera irreflexiva un hecho muy doloroso para nosotros... a saber, que existen inteligencias en el Universo superiores a la nuestra. Y esta negativa a reconocerlo cada día se hace más poderosa, a medida que no conseguimos establecer contacto con los extraterrestres. Si como parece evidente, no hay un lugar digno y respetable para la humanidad en esta civilización galáctica, ¿por qué, se preguntan hombres como Vandermeer Dempsey, no podemos salvaguardar nuestro orgullo hasta el fin? Quedémonos y regocijémonos con todas las cosas que son innegablemente humanas. Dentro de unas cuantas décadas, toda la especie humana habrá sido absorbida en este oscuro vacío.

Levantándose, se puso a pasear de nuevo frente a la mesa. Su voz había asumido un tono terriblemente serio, trágico y suplicante. Sus ojos se pasearon sobre la cara de Hebster, como si buscara un punto débil, una brecha en aquella calma helada que tenía su expresión.

—¿Se da usted cuenta? — preguntó a Hebster —. Matanzas periódicas de sabios y de artistas que, a juicio de Dempsey, han ido demasiado lejos, apartándose del centro convencional de los que ellos llaman humanidad. De vez en cuando, un auto de fe en honor de un comerciante al que han atrapado vendiendo artículos primates...

—Desde luego, esto no me gustaría — admitió Hebster, sonriendo. Tras una momentánea reflexión, añadió —: Sí, ya veo la relación que usted intenta establecer con la caricatura de The Evening Humanitarian.

—Esto salta a la vista. Quieren su cabeza al extremo de una pértiga. La quieren porque usted se ha convertido en el símbolo del hombre que realiza saneados beneficios tratando con esos intrusos estelares, o al menos con sus botones y doncellas humanos. Se figuran que tal vez puedan terminar con la nefasta costumbre de negociar con los primates si hacen un sangriento escarmiento con usted. Y debo decirle... que tal vez tengan razón.

—¿Qué me propone usted, exactamente? — le preguntó Hebster en voz baja.

—Que se una a nosotros. Haremos de usted un hombre honrado... oficialmente. Queremos que asuma la dirección de nuestras investigaciones; con la diferencia de que aquí el objetivo no será un dólar más a ganar sino algo mucho más importante: la comunicación entre dos razas distintas y tal vez negociaciones interestelares.

El presidente de Valores Hebster, S. A., reflexionó algunos minutos. Quería que sus respuestas fuesen cuidadosamente calculadas. Y deseaba tiempo... ¡sobre todo, deseaba tiempo!

¡Estaba tan cerca de alcanzar un imperio comercial perfectamente montado y que extendería sobre todo el mundo! Durante diez años, había estado encajando cuidadosamente los diversos reinos industriales, estableciendo la soberanía en su red de producción y apretando un poco más las tuercas de aquella satrapía económica. Encontró

deleitosas migajas de poder en la disolución de su civilización, inacabables oportunidades de amasar riquezas en los fragmentos del amor propio destrozado de su especie. Necesitaba apenas un año más para consolidar y coordinar las cosas. Y de pronto, de repente, Hebster se daba cuenta de que no tendría tiempo para hacerlo. Era un jugador demasiado experimentado para no dejar de darse cuenta de que entraba un nuevo factor en juego, algo que estaba más allá de sus tablas del actuario, con sus cifras, de sus estadísticas de venta y sus índices de carga.

Notaba el amargo sabor de la derrota inesperada en la boca. Haciendo un esfuerzo, respondió:

—Me siento halagado, Braganza. Realmente, me siento muy halagado. Veo que Dempsey nos ha unido... para que nos salvemos o caigamos juntos. Pero... yo siempre he sido un lobo solitario. Para defenderme me basta con las ayudas que me pueden procurar dinero. Lo único que me interesa es ganar un dólar más. Ante todo, por encima de todo, soy un hombre de negocios.

—¡Oh, basta! — exclamó Braganza, midiendo su despacho con pasos enojados —. Está en juego la suerte de todo el planeta. En momentos así, no tiene usted derecho a ser únicamente un hombre de negocios.

—No estoy de acuerdo con usted. Yo no puedo dejar de ser un hombre de negocios.

Braganza lanzó un bufido:

—Ya dejará de serlo cuando lo aten en la hoguera y le prendan fuego. Ya dejará de serlo cuando vea que esos hombres están tan fanatizados, que dejarán de comer el día que su jefe se lo ordene. Ya dejará de serlo, amigo mío, cuando la demanda termine por ser inexistente.

—¡Esto último es imposible! — dijo Hebster, poniéndose en pie de un salto. Con gran sorpresa por su parte, escuchó su propia voz, que ascendía toda la escala hasta llegar a las zonas del histerismo —.

Siempre habrá demanda. ¡Siempre! ¡Todo consiste en saber que nueva forma adoptará y entonces atenderla!

—¡Perdone! ¡No me proponía burlarme de su religión!

Hebster respiró profundamente y se sentó con cuidado infinito. Casi le parecía sentir como hervían sus glóbulos rojos.

¡Calma, muchacho, calma, se dijo! Este hombre tengo que conquistarlo, no hacer de él un enemigo. Las tendencias del mercado están cambiando, Hebster, y necesitarás todos los amigos que puedas comprar.

Era inútil tratar de sobornar con dinero a aquel sujeto. Pero había otros valores...

—Escuche, Braganza. Nos enfrentamos con las consecuencias psico-sociales producidas por el choque de una civilización extraordinariamente avanzada con otra civilización relativamente bárbara. ¿Conoce usted la teoría del aguardiente, que ha presentado el profesor Kleimbocher?

—¿Según la cual la lógica de los extraterrestres nos produce el mismo trastorno mental que produjo el whisky entre los indios de Norteamérica? ¿Y que los primates, que representan a nuestros mejores cerebros, corresponden a aquellos indios que demostraban mayores simpatías por la civilización del hombre blanco? Sí. Es una analogía que impresiona. Incluso puede aplicarse a los indios que yacían en las calles de las ciudades fronterizas, borrachos como cubas, y que contribuían a crear la falacia de los aborígenes traidores, perezosos y capaces de matar para procurarse una copa, pero que en realidad eran objeto de tal desprecio por los miembros de su tribu, que no se atrevían a volver a ella por miedo a que les rebanasen el gaznate. Yo siempre he pensado...

—Lo único que de momento nos interesa — le interrumpió Hebster — es la idea del aguardiente. En las aldeas indias, cada vez era mayor el número de pieles rojas que se hallaban convencidos de que aguardiente y voraz civilización blanca eran sinónimos, que ellos debían levantarse para reconquistar por las armas la tierra de sus antepasados,

matando al propio tiempo a todos los renegados borrachos que encontrasen. Este grupo puede compararse a los partidarios de la Humanidad Primero. Luego había también una minoría que se inclinaba ante la superioridad numérica y de armamento de los rostros pálidos, y se esforzaba desesperadamente por llegar a un acuerdo con aquella civilización... acuerdo que no incluía a los beodos. Estos representaban a la Humanidad Unida. Finalmente, estaba el piel roja como yo.

Braganza enarcó sus espesas cejas y se apoyó en un ángulo de la mesa.

—¿Ah, sí? — dijo —. ¿Y qué clase de piel roja es usted, Hebster?

—Yo soy de los que tenían suficiente sentido común para comprender que los rostros pálidos no tenían el menor interés en salvarlos de una lenta y dolorosa anemia cultural. Yo hubiera sido de esos indios cuyos instintos eran lo suficientemente sanos, además, para sentir un saludable temor por innovaciones como el aguardiente, y no lo hubieran tocado ni aunque hubiese estado en juego su vida. Pero yo hubiera sido de esos indios que...

—¿Ah, sí? ¡Prosiga!

—De esos indios que se sentían fascinados por las extrañas botellas transparentes que contenían el aguardiente. ¡Imagine cómo debían de codiciar los alfareros indios las botellas de whisky, que eran algo que se hallaba totalmente fuera de la capacidad de su técnica rudimentaria! Casi me parece ver a estos alfareros llenos de odio, de desprecio y de un terrible temor por aquel líquido ambarino y oloroso, que derribaba a los guerreros más fuertes... Pero ellos solamente querían poseer una botella vacía. Esto es poco más o menos lo que yo también deseo, Braganza... yo soy el indio cuya codiciosa curiosidad consigue atravesar la barrera de histerismo y de política de clan, y el desprecio de los intrusos, como una llama incontenible. Yo quiero este extraño y nuevo recipiente, pero sin el aguardiente que contiene.

Sin pestañear, los grandes ojos oscuros permanecían fijos en su cara. Una mano se levantó para atusar las dos guías del marcial bigote, con gesto pausado y distraído. Pasaron varios minutos.

—Vaya, Hebster, el noble salvaje de nuestra civilización — dijo con una risita el jefe de la C.I.E. —. Casi me gusta. ¿Pero qué relación tiene esto con el problema en general?

—Solamente desea la botella, ¿eh? Sí, ya lo he oído. Pero usted no es un alfarero, Hebster... no tiene usted ni un adarme de la curiosidad que sentiría un artesano. A pesar de esa novela histórica con que me ha obsequiado... le importa un comino que su mundo se ahogue en su propia salsa. Lo único que usted quiere son beneficios.

—Yo nunca he pretendido que me moviesen motivos altruistas. Dejo la solución general del problema a hombres lo bastante capacitados para sopesar todos sus aspectos complejos y contradictorios... como Kleimbocher.

—¿Cree usted que un hombre como Kleimbocher podría resolverlo?

—Casi estoy seguro que sí. Esta fue la equivocación que cometimos desde el principio... tratar de resolverlo mediante historiadores y psicólogos. Todos ellos son hombres de ideas limitadas a causa de su estudio de las sociedades humanas o bien... se trata de una apreciación personal, claro, pero yo siempre he pensado que la ciencia de la mente atrae todos aquellos que ya han experimentado graves trastornos psicológicos. Es posible que alcancen tal conocimiento de sí mismos en el curso de su trabajo, que terminen por ser capaces de conocer mejor a otros individuos de mentes más sencillas y sin tantos problemas. De todos modos, los continuo considerando demasiado inestables para emprender una experiencia tan turbadora, intrínsecamente, como es establecer contacto con un extraterrestre. A causa de su dinámica interna, terminan convertidos irremediabilmente, en primates.

Braganza se hurgó una muela, mirando la pared que estaba detrás de Hebster.

—¿Y en su opinión, todo esto no se aplica a Kleimbocher?

—No, todo esto no reza para un profesor de Filología. No siente ningún interés por la inestabilidad individual y colectiva, ni tiene relaciones intelectuales con ella. Kleimbocher hace un estudio comparado de las lenguas; en realidad es un técnico, un especialista en medios básicos de comunicación. Yo he estado en la Universidad viendo como trabaja. Enfoca el problema completamente de acuerdo con su especialidad... Trata de comunicarse con los extraterrestres y no de entenderlos. Se han elaborado teorías demasiado complicadas acerca de la consciencia de los extraterrestres, sus actitudes sexuales y su organización social, sobre una serie de cosas que no representarán ningún beneficio tangible ni inmediato para nosotros. Kleimbocher es completamente pragmático.

—Muy bien. Sigo su razonamiento. Pero tal vez no conoce usted un pequeño detalle: Kleimbocher se volvió primate esta mañana.

Hebster se interrumpió, boquiabierto:

—¿El profesor Kleimbocher?. ¿Rudolf Kleimbocher? — preguntó estúpidamente —. Pero si estaba tan cerca de... casi lo había conseguido... un diccionario elemental de signos... estaba a punto de...

—Es como le digo. A eso de las diez menos cuarto. Había pasado toda la noche levantado, con un primate que uno de los profesores de psicología había conseguido hipnotizar y había vuelto a su casa desusadamente optimista. Esta mañana, cuando estaba dando la primera clase, se interrumpió a la mitad de una disertación sobre cirilano medieval para... ponerse a hacer la, la, buuuh. Estuvo cosa de diez minutos haciendo bufidos y visajes a los estudiantes, con la acostumbrada irritación inicial que se apodera de los primates hasta que, dejándolos por idiotas inútiles y sin remedio, levitó de aquella manera tan sobrecogedora que todos ellos hacen al principio. Pero chocó de cabeza contra el techo y perdió el conocimiento. No sé qué sería... tal vez miedo, excitación, respeto por el anciano profesor, pero la verdad es que los estudiantes se olvidaron de atarlo antes de ir en busca de ayuda. Cuando volvieron con el agente de la C.I.E. destacado en la Universidad, Kleimbocher ya había vuelto en sí y disuelto una pared del aula para escaparse. Aquí tiene una instantánea que le tomaron cuando estaba a unos ciento cincuenta metros de altura, tendido de espaldas con los brazos cruzados detrás de la cabeza, dirigiéndose hacia el oeste a unos treinta kilómetros por hora.

El financiero examinó el pequeño rectángulo de cartulina sin dejar de parpadear.

—Supongo que habrán avisado a la Aviación para que lo persiga.

—¿De qué serviría? Eso ya nos ha ocurrido demasiadas veces. Aumentaría su velocidad y originaría un tornado, se dejaría caer como una piedra para quedar hecho papilla, o materializaría café húmedo o barras de oro en el interior de los motores a reacción del aparato que le persiguiese. Nunca se ha conseguido capturar a un primate en los primeros momentos de hallarse en este estado... que ignoramos en qué consiste exactamente. Y nos expondríamos a perder algo valioso, desde un carísimo avión de caza con piloto incluido, hasta varias hectáreas de terreno de Nueva Jersey.

Hebster lanzó un gruñido.

—¡Pero piense usted en los dieciocho años de investigación que representa ese hombre!

—De acuerdo. Pero así estamos. Callejón sin Salida número cien mil y pico, o por ahí. Sea cual sea el número, está ya terriblemente cerca del fin. Si no se pueden quebrantar a los extraterrestres sobre una simple base lingüística, no se los podrá vencer con nada, punto, fin del párrafo. Nuestras armas más poderosas les producen el mismo efecto que si fuesen pompas de jabón, y nuestros mejores cerebros no sirven más que para servirles en una posición subalterna, como serviles idiotas. Pero los primates son lo único que nos queda. Podríamos intentar hacer entrar en razón al Hombre, ya que no podemos hacerlo con el Amo.

—Exceptuando que los primates, por definición, no son razonables.

Braganza asintió.

—Pero teniendo en cuenta que fueron seres humanos — seres humanos corrientes —, representan una esperanza. Siempre supimos que tal vez algún día tendríamos que recurrir nuevamente a nuestro único y auténtico enlace con ellos. Por esto las leyes de protección para los primates son tan rigurosas; y por esto las reservas donde están concentrados los primates en torno a las colonias extraterrestres, están vigiladas por el Ejército. Los afanes de linchamiento se han convertido poco a poco en un espíritu de pogrom a medida que aumentaba el resentimiento y la desazón. Los de la Humanidad Primero ya empiezan a sentirse bastante fuertes para desafiar a la Humanidad Unida. Y debo confesarle honradamente, Hebster, que en este momento ninguna de ambas partes sabe cuál sobreviviría, en caso de enfrenarse en una pelea de verdad. Pero como usted es uno de los pocos que han hablado con los primates, se han relacionado con ellos...

—Sólo en plan de negocios.

—Francamente, lo que ha hecho usted es mil veces más que lo que ha conseguido hasta ahora ninguno de nosotros. Resulta de una ironía tremenda, sin embargo, que los únicos que han conseguido sostener conversaciones con los primates, no sientan el menor interés por el inminente hundimiento de nuestra civilización... Qué se le va a hacer. La verdad es que, en la actual situación política, usted se hundirá con nosotros. Reconociendo esto, nosotros estamos dispuestos a olvidar muchas cosas y convertirle a usted de nuevo en un ciudadano respetable. ¿Qué le parece la proposición?

—Tiene gracia — dijo Hebster, pensativo —. No puede ser el simple conocimiento o que permite a estos sesudos sabios ponerse a realizar milagros de pronto. Todos ellos empiezan a lanzar rayos a sus familiares y a hacer brotar agua de la roca cuando aún es demasiado pronto para que hayan tenido tiempo de aprender nuevas técnicas primates. Parece como si su simple contacto con los extraterrestres, les permitiese ya de inmediato manejar una serie de leyes cósmicas más fundamentales que las de la causalidad.

El rostro del jefe de la C.I.E fue asumiendo un tono violáceo.

—Bien, ¿está usted con nosotros o no? Recuerde usted, Hebster, que en estos tiempos un hombre que insista en seguir realizando sus negocios como siempre, es un traidor para la Historia.

—Creo que Kleimbocher representa el final —dijo Hebster sin hacerle caso—. De nada sirve tratar de sondear la mentalidad extraterrestre, si ello representa la pérdida de nuestros mejores hombres. Más valdrá que olvidemos esa tontería de pretender vivir como iguales en un mismo universo con los extraterrestres. Concentrémonos en problemas humanos y estemos contentos de que no se presenten en nuestros principales centros de población y nos digan que nos larguemos.

Sonó el teléfono. Braganza se había dejado caer de nuevo en su butaca giratoria. Dejó que del auricular surgiesen varias burbujas sónicas penetrantes, mientras él apretaba fuertemente los dientes y miraba de hito en hito a su visitante, con expresión iracunda. Finalmente, se acercó el aparato a la oreja y dijo con laconismo:

—Al habla. Está aquí. Se lo diré. Adiós.

Apretó los labios, los frunció por un momento y luego se volvió de pronto de cara a la ventana.

—Era su oficina, Hebster. Parece ser que su esposa y su hijo están en la ciudad y tienen que verle para hablar de negocios. ¿Es aquélla de quien usted se divorció hace diez años?

Hebster asintió mirando a la espalda de su interlocutor y se puso en pie nuevamente.

—Probablemente quiere su pensión anual a cuenta de los dividendos. Tendré que irme. La presencia de Sonia en mi oficina no causa ningún bien a la moral de mis empleados.

«Esposa e hijo» significan, en su código particular, que algo grave ocurría en Valores Hebster S. A. No había visto a su esposa desde que consiguió que le cediese la educación de su hijo. Aquella mujer se había ganado una renta muy substancial para el resto de su vida al darle un heredero.

—¡Escúcheme! — le espetó Braganza, cuando Hebster se disponía a salir por la puerta. Hablaba sin apartar su mirada atenta de la calle —. Voy a decirle una cosa: ¿No quiere usted unirse a nosotros? ¡Muy bien! ¿Se considera hombre de negocios antes que ciudadano del mundo? ¡Muy bien! Pero mucho cuidado con lo que hace, Hebster. Si comete usted el menor descuido a partir de ahora, caerá sobre usted todo el peso de la ley. No sólo organizaremos el proceso más sensacional que habrá visto nunca este corrompido planeta, sino que hallaremos el medio de echarle a usted y a toda su organización a las fieras. Ya nos ocuparemos de que los de la Humanidad Primero desmoronen el orgulloso edificio Hebster sobre su dueño.

Hebster movió la cabeza, pasándose la lengua por los labios.

—¿Por qué? ¿Qué conseguirían con eso?

—¡Ja, ja, ja! Nos haría volver locos de contento a muchos de los que estamos aquí. Pero también nos aliviaría temporalmente de la tremenda presión popular que se ejerce contra nosotros. Siempre habría la posibilidad de que Dempsey perdiese el dominio de sus fanáticos, que éstos cometiesen algún desafuero, hecho con el escándalo y la furia suficientes para justificar la plena intervención del Ejército. Esto nos permitiría acabar con Dempsey y toda su plana mayor, porque la Humanidad Unida habría podido percatarse entonces de cuan peligrosos son esos energúmenos.

—¡Y esto — comentó sarcásticamente Hebster — esto es el idealista y legalista gobierno mundial!

La butaca de Braganza giró hasta que éste se enfrentó con Hebster, y su puño cayó sobre la mesa del despacho con toda la contundencia autoritaria del mazo de un maestro.

—¡No, no lo es! Es la C.I.E., un organismo plenipotenciario y eminentemente práctico de la H.U., creado especialmente para establecer relaciones entre los extraterrestres y los seres humanos. Además, es la C.I.E. en un estado de excepción nacional, cuando el reinado de la ley y el orden, junto con el gobierno mundial, pueden caer bajo los ataques de un demagogo. ¿No cree usted — dijo, adelantando con gesto de reto la cabeza con los ojos convertidos en dos finas líneas del más puro desprecio — que la carrera y la fortuna, e incluso la vida, por decirlo todo, de una babosa tan egoísta como usted, Hebster, serían puestas por encima del organismo que representa a dos billones de seres humanos, de una importancia auténticamente social?

El jefe de la C.I.E se golpeó su sudoroso pecho cubierto de botones.

—Braganza, me digo ahora, tienes suerte de que sienta demasiada avidez por sus condenados beneficios para aceptar su oferta. ¡Piensa en cómo te divertirás al echarle el guante cuando por último cometa una equivocación, para tirarlo entonces al regazo de la Humanidad Primero, para que entonces esos fanáticos pierdan la cabeza y se precipiten hacia su propia destrucción! Oh, vayase, Hebster. Ya no quiero verle más.

«Había cometido un error», se dijo Hebster mientras salía del cuartel y llamaba con una seña a un girotaxi. La C.I.E. era la localización más poderosa del gobierno en aquel mundo infestado de primates; ofenderla, para un hombre de su posición, equivalía a que un taxista se metiese con los aspectos más dudosos de la ascendencia de un guardia del tránsito, ante las propias narices del agente de la autoridad.

¿Pero qué podía hacer? Colaborar con la C.I.E. equivaldría a trabajar a las órdenes de Braganza... y desde que era un hombre maduro, Algernon Hebster había evitado cuidadosamente recibir órdenes de nadie. Aquello significaría renunciar a un negocio que, con un poco más de tiempo y de trabajo, podía convertirse aún en el combinado dominante del planeta. Y lo que aún sería peor, equivaldría a adquirir una orientación social, que reemplazaría las calculadoras opiniones y puntos de vista del negociante, que eran lo más parecido a un alma que él tenía.

El portero de su edificio le precedió con paso rápido por el corredor lateral que conducía a su ascensor privado y se apartó con una reverencia para dejarle paso. El ascensor se detuvo en el piso veintitrés. Con el corazón en un puño, Hebster avanzó

entre las atónitas miradas de sus empleados, alineados a ambos lados del corredor. A la entrada del Laboratorio General 23B, dos hombres altos que vestían la librea gris de su guardia de corps personal se apartaron para dejarlo pasar. Si los habían llamado después de haberles dado el día libre, ello significaba que algo muy grave ocurría.

Hebster confiaba en que se habrían adoptado las oportunas medidas para evitar que se diese publicidad al asunto.

Efectivamente, así era, le aseguró Greta Seidenheim.

—Yo ya estaba aquí para hacer callar a todo el mundo cinco minutos después de empezar el jaleo.

Cinco plantas, de la veintiuno a la veinticinco inclusive, están incomunicadas y todas las líneas exteriores están intervenidas. Puedes hacer que todos los empleados se queden una hora más después de las cinco... lo cual nos da un tiempo máximo de dos horas y catorce minutos.

Él siguió con la mirada su uña cubierta de laca verde que indicaba al extremo opuesto del laboratorio, donde yacía un cuerpo envuelto en mugrientos harapos. Era Teseo. De su espalda surgía el mango de marfil amarillento de una vieja daga alemana de las S.S., fabricada en 1942. La cruz gamada de plata de la empuñadura había sido sustituida por un símbolo historiado... una H y una P entrelazadas. El largo y ensortijado cabello de Teseo estaba empapado de sangre.

«Un primate muerto», pensó Hebster, contemplándolo consternado. En su empresa, en el laboratorio en el que había escondido al primate cuando tenía a Yost y Funatti casi pisándole los talones. Con aquello podían condenarle a la última pena... si el caso llegaba a presentarse ante un tribunal.

—¡Mirad al asqueroso amigo de los primates! — exclamó con tono sarcástico a su derecha una voz que le resultaba algo familiar —. ¡Mirad que miedo tiene! ¡A ver si haces dinero con esto, Hebster!

El presidente de la Sociedad se acercó al individuo flacucho, de cabeza completamente rapada y cubierta de protuberancias, que estaba atado a un tubo de la calefacción que no se utilizaba. La corbata de aquel hombre, que pendía fuera de su bata de laboratorio, lucía un insólito adorno cerca de su extremidad inferior. Hebster tardó algunos segundos en reconocerlo. Era una navaja de afeitar de oro sobre un «3» negro diminuto.

—Es un tercer grado de Humanidad Primero...

—Es también Charlie Verus, de los Laboratorios Hebster — le informó un hombre bajísimo con la frente cubierta de arrugas —. Yo soy Margritt, Mr. Hebster, el doctor J. H. Margritt. Hablé con usted por el intercomunicador cuando llegaron los primates.

Hebster movió la cabeza con determinación. Con un gesto de la mano, ordenó que se alejasen a los demás técnicos, que se agrupaban a su alrededor, tratando de que les viese.

—¿Desde cuándo los oficiales de tercer grado de la Humanidad Primero, sin hablar de los militantes ordinarios, trabajan a sueldo en mis laboratorios?

—No lo sé — repuso Margritt, encogiéndose de hombros —. En teoría, ningún miembro de esa organización puede trabajar al servicio de Hebster. Consideramos al Departamento de Personal de una eficiencia doble a la de la C.I.E. cuando se trata de hurgar en el pasado de los candidatos. Es probable que lo sea. ¿Pero qué puede hacer Personal cuando un empleado se afilia a la Humanidad Primero después del período de prueba? ¡Con la campaña de proselitismo que han lanzado esa gente, usted necesitaría toda una policía secreta para seguir la pista de los nuevos conversos!

—Cuando hoy hablé con usted, Margritt, no pareció manifestar mucha simpatía por Verus. ¿No cree que su deber era comunicarme que yo tenía un humanitario de alta graduación a punto de crearme complicaciones con los primates?

El hombrecillo denegó enérgicamente con el mentón.

—Me pagan para que dirija la investigación, Mr. Hebster, no para coordinar sus relaciones laborales y para votar por quien usted tenga preferencias políticas.

Detrás de cada una de sus palabras se notaba el desprecio... el desprecio que siente el investigador y el creador por el capitán de industria y el hombre de negocios que le pagaba un sueldo y se veía entonces metido en graves dificultades. ¿Por qué, se preguntó Hebster con irritación, por qué desprecia tanto la gente a los hombres que hacían dinero? Notó aquel desprecio incluso en los primates, cuando habló con ellos en su despacho; también en Yost y Funatti, en Braganza, en Margritt... que trabajaba en sus laboratorios desde hacía años. Era su único talento. Como tal, ¿no podía considerársele tan válido y estimable como el de un pianista?

—Nunca me ha gustado Charlie Verus — prosiguió el jefe del laboratorio — pero de eso a suponer que abrigaba sentimientos humanitarios, media un abismo... Probablemente lo ascendieron a tercer grado la semana pasada, ¿no cree, Bert?

—Sí — asintió el interpelado, desde el otro extremo de la sala —. Fue seguramente el día en que llegó con una hora de retraso, rompió todos los frascos de Florencia de la habitación y nos dijo con aspecto soñador que un día tal vez estaríamos orgullosos de contar a nuestros nietos que habíamos trabajado en el mismo laboratorio que Charles Bolop Verus.

—Por mi parte — comentó Margritt — pensé que tal vez había acabado de escribir un tratado para demostrar que la Gran Pirámide no es más que una profecía en piedra de nuestros modernos dibujos textiles. Verus era de esos. Pero probablemente se hallaba tan eufórico a causa de esa navajita de afeitar. Yo aseguraría que lo ascendieron como una especie de pago adelantado por el trabajo que hoy ha realizado finalmente.

Los dientes de Hebster rechinaron al mirar al pelado cautivo que intentó en vano escupirle al rostro; luego se apresuró a volver a la puerta, donde su secretaria particular estaba hablando con el guardaespaldas que estaba de servicio en el laboratorio.

Más allá, junto a la pared, vio a Larry y a Lusitania conversando en voz baja y en su jerga incomprensible. Ambos aparecían profundamente afectados. Lusitania no hacía más que sacarse diminutos elefantes de entre sus harapos que, pateando y trompeteando débilmente, estallaban como burbujas deformes cuando ella los tiraba al suelo. Larry se rascaba nerviosamente su enmarañada barba mientras hablaba, levantando regularmente la mano hacia el techo, donde ya estaban clavadas cincuenta o sesenta copias de la daga hundida en el cuerpo de Teseo. Hebster no podía dejar de pensar con ansiedad en lo que le hubiera ocurrido a su empresa si los primates hubiesen podido actuar de una manera lo bastante humana como para intentar defenderse.

—Oiga, Mr. Hebster — empezó a decir el guardaespaldas —. Me dijeron que no...

—No hace falta que se disculpe — le atajó Hebster —. No fue culpa suya. Ni siquiera hay que censurar al Personal. Los que merecemos que nos corten el cuello somos yo y mis expertos, por estar tan atrasados. Somos capaces de analizarlo todo, menos lo que puede terminar por liquidarnos. ¡Greta! Que preparen mi helicóptero en el techo y que avisen a mi estratorreactor de La Guardia para que esté a punto de despegar. ¡Anda, muévete! Y usted... Williams — dijo, inclinándose para leer el nombre del guardaespaldas en su brazal —. Usted, Williams, meta a estos dos primates en mi helicóptero y esté preparado para irnos inmediatamente.

Se volvió hacia los demás.

—¡Escúchenme todos! — gritó —. A las seis podrán irse a sus casas. Les pagarán una hora extra. Gracias.

Charlie Verus se puso a cantar cuando Hebster salió del laboratorio. Cuando llegó al ascensor, varios de los empleados que se hallaban en el vestíbulo se pusieron a corear el himno con gesto de desafío. Hebster se detuvo al llegar frente al ascensor, pensando que por lo menos una cuarta parte de su personal masculino y femenino seguía la voz cascada y plañidera de Verus que, sin embargo, cantaba con tono fogoso y entusiasta:

Mis ojos han visto la llagada
gloriosa de los rapados:
La letrina será limpiada
donde los primates son engendrados,
nuestras ropas serán inmaculadas
al llegar las humanas alboradas...
¿Adelante, humanos, adelante!
Gloria, gloria, aleluya,
gloria, gloria, aleluya...

Si así estaban las cosas en Valores Hebster, se dijo tristemente al entrar en su despacho particular, ¿cuáles debían de ser los progresos que hacía la Humanidad Primero entre las masas populares? Naturalmente, muchos de los que cantaban debían de contarse entre los simpatizantes y no entre los conversos... gente que les gustaba cantar en coro y llamar la atención... ¿Pero qué impulso tenía que adquirir una organización política para considerarse irresistible?

El único aspecto alentador era el evidente convencimiento del peligro que demostraba la C.I.E. y las medidas sin precedentes que se disponía a adoptar para afrontarlo.

Por desgracia, aquellas medidas sin precedentes se llevarían por delante a Hebster y a su empresa.

Pensó que apenas le quedaban unas dos horas para librarse de las consecuencias de lo que se consideraba como el delito más grave según la Ley Mundial entonces imperante.

Levantó uno de sus teléfonos.

—Ruth — dijo —. Quiero hablar con Vandermeer Dempsey. Ponme con él personalmente.

Ella obedeció. Pocos momentos después oyó aquella voz famosa, tan rica, pausada y pastosa como oro fundido.

—Hola, Hebster, Vandermeer Dempsey al habla. — Hizo una pausa como para tomar aliento y prosiguió con voz sonora —: ¡La Humanidad... que vaya siempre adelante; pero, delante o atrás, Humanidad! — Luego se rió —. Esto es lo último que hemos lanzado. Lo llamarnos nuestro saludo telefónico. ¿Le gusta?

—Muchísimo — le dijo Hebster respetuosamente, al pensar que aquel antiguo autor de acertijos para la televisión estaba en camino de convertirse en la Iglesia y el Estado juntos —. Oiga... Mr. Dempsey, me he enterado de que ha publicado un nuevo libro y he pensado...

—¿A cuál se refiere? ¿A «Antropolítica»?

—Exactamente. ¡Es un estudio magnífico! En el capítulo titulado «Ni más ni menos humano», tiene usted unas frases antológicas.

Resonó una ronca carcajada que aún tenía mucha energía.

—¡Tiene usted que saber, joven, que yo tengo frases antológicas en todos mis libros! Dispongo de una cadena de montaje de escritores en mi cuartel general, que es capaz de producir hasta cincuenta y cinco epigramas antológicos sobre cualquier tema en menos de diez minutos. ¡Esto sin mencionar su capacidad para la fabricación de metáforas políticas y chistes de dos líneas con segundo sentido picaresco! Pero supongo que no me ha llamado usted para que hablemos de literatura, por bueno que sea el trabajo de ingeniería emocional que yo haya podido hacer en mi pequeño texto. ¿De qué se trata, Hebster? Vamos, hombre, desembuche.

—Verá usted — empezó a decir el financiero, vagamente consolado por la actitud cínica del capitoste de la Humanidad Primero y ligeramente disgustado al sentirse objeto

de su abierto desprecio —. Hoy he estado charlando con nuestro común amigo P. Braganza.

—Lo sé.

—¿Lo sabe? ¿Cómo?

Vandermeer Dempsey volvió a reír con la risa pausada y campechana de un hombre gordo embutido en una mecedora.

—Mis espías, Hebster, mis espías. Los tengo prácticamente en todas partes. La política que yo llevo es un veinte por ciento de espionaje, otro veinte por ciento de organización y un sesenta por ciento de saber esperar el momento adecuado. Mis espías me tienen al corriente de sus menores actos.

—¿Le dijeron por casualidad de qué hablamos Braganza y yo?

—¡Naturalmente, joven, naturalmente! — Dempsey lanzó una carcajada que recorrió toda la escala cromática. Hebster recordó las fotografías que había visto de aquel hombre; su cabeza semejante a una enorme naranja blanda, hendida por una brillante sonrisa. No tenía ni un pelo en su cabeza... todas sus excrecencias capilares eran depiladas regularmente gracias a la electrólisis —. Según me informan mis agentes, Braganza le hizo varias tentadoras ofertas en el nombre de la Comisión Investigadora Especial, que usted rechazó e hizo muy bien. Luego, como al acaso, anunció que si a partir de ahora le sorprenden en alguna de las nefastas transacciones que, como todo el mundo sabe, lo han convertido en uno de los hombres más ricos del planeta, lo utilizaría como cebo para provocar nuestra ira. Debo reconocer que admiro sin reservas este ingenioso plan.

—Pero usted no picará, ¿verdad? — apuntó Hebster. Greta Heidenheim entró en el despacho e hizo un gesto circular en dirección al techo. Él asintió con la cabeza.

—Por el contrario, Hebster, nosotros picaremos. Lo haremos incluso con un poco más de vehemencia de la que ellos suponen. Nos tragaremos este anzuelo que la C.I.E. ha cebado para nosotros y desencadenaremos la revolución mundial gracias al mismo. Lo haremos, amigo.

Hebster se frotó los labios con la mano izquierda.

—¡Pasando por encima de mi cadáver! — Trató de reír pero sólo consiguió carraspear —. Es cierto lo que le han dicho de mi conversación con Braganza, y tal vez tenga usted razón para cuando llegue el momento de levantar adoquines y enseñar garrotes. Pero si quiere que todo resulte mucho más fácil, yo puedo ofrecerle un pequeño acuerdo.

—Lo siento, Hebster, muchacho. No aceptamos ninguna clase de acuerdo. Al menos sobre esto. ¿No comprende que no nos interesa facilitar las cosas? Es por esta misma razón que no pagamos nada a nuestros espías, a pesar de los grandes riesgos que corren y de que Humanidad Primero dispone cada vez de mayores recursos económicos. Hemos comprobado que los espías que trabajan por convicción lo hacen mejor y se arriesgan más que los que pasan a nuestras filas impulsados por motivos económicos. No, necesitamos urgentemente l'affaire Hebster para inflamar al populacho. Nos hace falta que las pasiones se desborden hasta hacerse contagiosas, extendiéndose a la gendarmería y a la soldadesca, hasta que los ciudadanos conservadores que normalmente mueven la cabeza al ver pasar un desfile, tiren sus paquetes y se unan a los desórdenes y al saqueo. Cuando el número de estos ciudadanos sea suficiente, Humanidad Primero gobernará en la Tierra. —Usted gana las cabezas, yo pierdo las colas.

El oro líquido de la risa de Dempsey brotó a raudales.

—Comprendo lo que quiere decir, Hebster. De todos modos, ya sea H.P. o H.U., dejará usted su marca en las arenas del tiempo. Se le presentó una gran oportunidad, hace cuatro años, cuando pedimos la colaboración de los negociantes deseosos de servir al público. Fueron muy pocos los competidores suyos que pudieron ver la importante relación que había entre la economía y la política. Woodran, del Trust de Inversiones

Underwood, es hoy un primer grado. Ni uno solo de vuestros jefes lleva una navaja. Pero, aun así, lo que le ocurra a usted no será nada comparado con la suerte que les espera a los primates.

—¿Y si a los extraterrestres no les gustase que linchasen a sus lacayos?

—¡Los extraterrestres no existen! — replicó Dempsey con una voz completamente alterada. Su cuerpo había adquirido tal rigidez, que parecía como si apenas pudiese mover los labios.

—¿Que los extraterrestres no existen?. ¿Es ésta su última consigna?. ¡Supongo que no lo dirá en serio!

—No hay más que primates... seres que han renunciado a su responsabilidad humana y por lo tanto son capaces de hacer algunas cosas reputadas como milagrosas y que la verdadera humanidad se niega a hacer porque las considera atentatorias a su dignidad. Pero los extraterrestres no existen. No son más que un mito creado por los primates.

Hebster gruñó:

—¡Bonita manera de enfrentarse con los hechos desagradables! Mirando a través de ellos como si no existiesen.

—Si usted insiste en seguir hablando de cosas tan ilusorias como los extraterrestres — le interrumpió la voz ronca y airada de su interlocutor — me temo que no podremos continuar la conversación. No hay duda de que se está usted convirtiendo en un primate, Hebster.

La comunicación se cortó.

Hebster rascó con la uña el reborde interior del micrófono.

—¡Y lo dice convencido! — exclamó con espanto —. A pesar de toda su urbanidad trasnochada, tiene que convencerse, para tranquilizarse de lo mismo que asegura a sus seguidores: ¡de que esos seres horribles y superiores no existen!

Greta Seidenheim lo esperaba a la puerta con su cartera de mano y los abrigos de ambos. Cuando se dirigió a su encuentro, él le dijo:

—No voy a pedirte que vengas, Greta, pero...

—Muy bien — dijo ella, acompañándole —. ¿Crees que llegaremos... adonde sea que vayamos?

—A Arizona. La más antigua y mayor colonia de los extraterrestres. El lugar de donde proceden nuestros amigos, esos de los nombres tan curiosos.

—¿Qué puedes hacer allí que no puedas hacer aquí?

—Francamente, Greta, no lo sé. Pero no es mala idea desaparecer por un tiempo. Además, quiero visitar la zona donde se origina toda esta tragedia y echarle un buen vistazo; yo soy un negociante acostumbrado a seguir sus impulsos; todas las cosas importantes las he hecho así.

Junto al helicóptero les esperaban malas noticias.

—Mr. Hebster — le dijo el piloto sin ninguna entonación, mientras partía con los dientes un bastón seco de goma de mascar — el estratorreactor ha sido intervenido por la C.I.E. ¿Qué hacemos, nos vamos a La Guardia? Si piensa hacer todo el viaje en este cacharro, no iremos muy lejos ni muy de prisa.

—De todos modos, lo haremos — respondió Hebster, tras una momentánea vacilación.

Todos subieron al helicóptero. Los dos primates estaban sentados en la parte posterior del aparato, ambos en cuclillas en el suelo, conversando en su jerigonza. Williams saludó respetuosamente a su jefe.

—Son un par de corderitos — dijo —. En realidad han hecho uno. Tuve que sacarlo de aquí.

El gran helicóptero ventrudo se encaramó por su cuerda de aire y se alejó del Edificio Hebster.

—Tiene que haber habido un soplo — murmuró Greta, colérica —. Se han enterado de la muerte del primate. Existe un confidente en la organización, que todavía no he podido descubrir. La C.I.E. sabe lo del primate muerto y ahora tratarán de apresarnos. ¡Suerte que yo no me chupo el dedo!

Hebster le sonrió, ceñudo. Sí, aquella chica era muy eficiente. Lo propio podía decirse de Personal y de una docena de secciones de su empresa. El propio Hebster también era eficiente. Pero todos ellos eran piezas bien engrasadas de una empresa normal destinada a funcionar en épocas de estabilidad. ¡Espías políticos! Si Dempsey podía tener espías y saboteadores infiltrados en la organización Hebster, ¿por qué no podía hacer lo propio Braganza? Lo apresarían antes de que pudiese emprender la fuga; lo harían volver antes de que pudiese encontrar una escapatoria.

Tal vez lo someterían a juicio, a un juicio que con toda probabilidad sería conocido en la historia bajo el nombre del sangriento caso Hebster. El incidente causante de una revolución mundial.

—Mr. Hebster, empiezan a mostrarse inquietos — le dijo Williams —. ¿Qué hago para tranquilizarlos?

Hebster se incorporó bruscamente, lleno de esperanza.

—¡Nada! — repuso —. ¡Déjeles en paz!

Observó atentamente a los primates, que de pronto se habían mostrado agitados. ¡Se presentaba la ocasión para la cual los había traído consigo! Años enteros de chalanear con los primates le habían enseñado muchas cosas sobre ellos. Servían para algo más que para crear objetos extravagantes.

Dos puntos aparecieron en las ventanillas. Crecieron rápidamente de tamaño hasta convertirse en sendos reactores que ostentaban los emblemas de la C.I.E.

—¡Piloto! — gritó Hebster, sin apartar la mirada de Larry, que se tiraba trabajosamente de la barba —. ¡Apártese de los mandos!. ¡Rápido!. ¿Me oye?. ¡Es una orden!. ¡Apártese de los mandos!

El piloto le obedeció a regañadientes. Apenas tuvo tiempo. El tablero de mandos se disolvió en fragmentos violáceos y en medio de un gran estrépito. Las pínulas del giróscopo parecieron florecer, convirtiéndose en unos saxofones color índigo. En los oídos de los pasajeros vibraron frecuencias supersónicas al cruzar por encima de los aviones de caza arrastrados por una fuerza irresistible.

Cinco segundos después estaban en Arizona.

Descendieron de su sobrenatural vehículo. Se hallaban en medio de una extensión desértica recubierta de salvas.

—Ni siquiera deseo saber qué han hecho con mi molino de viento — observó el piloto — o qué han utilizado para empujarlo hasta aquí... pero... ¿Cómo supieron los primates que la policía nos perseguía?

—No creo que lo supiesen — explicó Hebster — pero notaron que los llevábamos a su casa y que esos reactores querían impedirlo. Entonces fue cuando Larry reaccionó, en defensa de sus intereses, de una manera casi humana. ¡Trató de protegerse!

—Nos llevaban a casa — dijo Larry, que había escuchado atentamente a Hebster, mientras la saliva se le escurría por la comisura derecha de la boca —. Casa, casino, casado. En casa hay una cosa. Mambrú se fue a la guerra. Se fue y cerró la puerta de casa con llave.

Lusitania se sostenía sobre una pierna y les dirigió su sonrisa peculiarmente carnosa.

—La postvisión — indicó con tono picaresco — es mejor que la previsión. ¿Bla, bla, buuuuh?

Larry se fue tras ella, a cosa de un metro de altura sobre el suelo. Andaba por el aire lenta y trabajosamente, como si el camino que seguía estuviese sembrado de pedruscos de cantos agudos.

—Adiós, amigos — dijo Hebster —. Me voy a ver al brujo con esos muchachos vestidos de gris grasiento. Cuando venga la C.I.E. — no os apartéis de vuestra extraña nave ni un momento — decid que yo os obligué a realizar esta fuga. Luego les decís que yo me he ido por el desierto en busca de una solución, convencido de que sería preferible convertirme en un primate que ser un balón de entrenamiento cuya propiedad se disputarían acaloradamente unos personajes tan desagradables como P. Braganza y Vandermeer Dempsey. Volveré con mi cerebro en su sitio o montado sobre él.

Dio unas cariñosas palmaditas en la mejilla de Greta, bañada por el llanto; luego se alejó con paso airoso en persecución de Lusitania y Larry. Volvió la mirada una vez y sonrió al ver su aspecto curiosamente desamparado, especialmente el de Williams, el rechoncho joven que se ganaba la vida guardando las espaldas ajenas.

Los primates seguían una ruta al parecer deliberada, pero cuyo trazado hubiérase dicho dibujado por uno a quien le fascinaban los movimientos de un acordeón. Se doblaba sobre sí misma una y otra vez, se cruzaba, seguía luego un centenar de metros para volver hacia atrás y cruzarse de nuevo.

Estaban en territorio primate... en Arizona, donde se estableció la más antigua y mayor colonia extraterrestre. Había poquísimos seres humanos en esta remota parte del Sudoeste... sólo los extraterrestres y sus servidores.

—Larry — gritó Hebster, cuando una inquietante idea cruzó por su mente —. ¡Larry! ¿Ya saben... ya saben tus amos que he venido?

Dando un traspiés al volverse para responder a la perentoria llamada de Hebster, el primate tropezó y cayó al suelo. Levantándose, hizo una mueca a Hebster y movió la cabeza negativamente.

—Usted no es un hombre de negocios — le dijo —. Aquí no hay negocios. Aquí sólo puede haber lo que en un momento de buen humor podríamos llamar culto. El movimiento hacia lo universal, la naturaleza inferior... La realización, completa y eterna, de lo parcial y fugaz, lo único que permite... lo único que permite...

Entrelazó sus dedos agarrotados, como si se esforzase desesperadamente por arrancar algo con sentido de la palma de sus manos. Movié la cabeza con un lento movimiento giratorio de un lado a otro.

Hebster, sorprendido e impresionado, vio que el viejo estaba llorando. ¡Entonces, volverse primate tenía otro punto de contacto con la locura! Daba al ser humano la percepción de algo que estaba completamente más allá de él, de una cumbre mental que era constitucionalmente incapaz de escalar. Le proporcionaba la fugaz visión de una tierra de promisión psicológica y luego lo ocultaba, anheloso, en su propia incapacidad. Y por último lo dejaba desprovisto de orgullo por sus propias facultades, con una especie de semiconocimiento miope del lugar adonde quería ir, pero sin medios para alcanzarlo.

—Cuando vine — tartamudeó Larry, bizqueando los ojos para escrutar el semblante de Hebster, como si supiese lo que pensaba el negociante — y cuando traté de saber por primera vez... las cartas, gráficos y libros de texto que yo llevaba, mis estadísticas, mis curvas de nivel... todo inútil. Descubrí que no eran más que juguetes, rudimentarios pasatiempos, basados en una sombra de pensamiento. ¡Y después de todo esto, Hebster, contemplar el pensamiento de verdad, el auténtico dominio sobre las cosas! ¡Cuando sientas este gozo inenarrable... estarás contento de servir con nosotros! ¡Oh, qué enorme elevación!...

Su voz se convirtió en una retahíla de incoherencias mientras se mordía el puño. Lusitania se acercó, saltando a la pata coja.

—Larry — apuntó con voz melodiosa —. ¿Bla, bla, blamos a Hebster fuera de aquí?

Larry pareció sorprendido, pero luego asintió. Los dos primates se cruzaron de brazos y subieron trabajosamente al camino invisible del que había caído el viejo. Permanecieron

un momento mirando a Hebster, como dos harapientas, extrañas y surrealistas figuras dalinianas.

Luego desaparecieron y las tinieblas cayeron alrededor de Hebster como si las hubiesen arrojado desde lo alto. Tanteó cautelosamente a sus pies y se sentó en la arena, que aún conservaba todo el calor del tórrido día de Arizona.

¡Ya estaba allí!

¿Y si entonces viniese un extraterrestre y le preguntase lisa y llanamente qué quería? Se encontraría en un aprieto. Algernon Hebster, extraordinario hombre de negocios — que de momento trataba de escurrir el bulto —. no sabía qué deseaba; no sabía qué pedirle a los extraterrestres.

Por otra parte, no deseaba que se fuesen, porque la tecnología primate que había aplicado a más de una docena de industrias era esencialmente una interpretación y adaptación de métodos extraterrestres. Mas tampoco quería que se quedasen, porque los ácidos de su omnipresente superioridad disolvían poco a poco todo cuanto de estable y ordenado había en su mundo.

Sabía también que él, por su parte, no deseaba convertirse en primate.

—¿Qué quedaba, entonces? ¿Los negocios? Aquí venía a cuento la pregunta de Braganza. ¿Qué puede hacer un hombre de negocios cuando la demanda es tan restringida que prácticamente puede darse por inexistente?

¿O qué podía hacerse en un caso como el presente, en que la demanda no existía, puesto que los extraterrestres no parecían desear ninguno de los menguados artículos del Hombre?

—¿Y si el Hombre encuentra algo que ellos desean? — dijo Hebster en voz alta.

¿Cómo? ¿Cómo? Por lo menos, el indio aún tenía el recurso de vender sus decorativos sarapes a los rostros pálidos para ganarse la vida y obtener algún dinerillo. E insistía en que le pagasen en efectivo... no en aguardiente. Sólo con que pudiese encontrar a un extraterrestre, pensó Hebster... no tardaría en saber cuales eran sus necesidades básicas y qué deseaban principalmente.

¡Y entonces, cuando las botellas en forma de retorta, en forma de tubo, en forma de campana, se materializaron a su alrededor, lo comprendió! Eran ellos quienes habían formado aquellas preguntas insistentes en su cerebro. Y no estaban satisfechos con las respuestas que habían encontrado hasta entonces. Les gustaban las respuestas. Les gustaban los chistes. Si él sentía interés, siempre habría manera...

Las motas que llenaban una gran botella rozaron su corteza cerebral y él gritó:

—¡No, no quiero! — explicó desesperadamente. ¡Ping!, hicieron las motas de la botella y Hebster se palpó el cuerpo y al notarlo sólido y real, se tranquilizó. Se sentía como aquella joven de la Mitología griega que pidió a Zeus que se mostrase ante ella con todo el esplendor de su gloria. Pocos momentos después de que el dios accedió a su petición, de la curiosa muchacha sólo quedaba un montón de cenizas.

Las botellas giraban y se entrecruzaban en una extraña e intrincada danza, de la que se irradiaban emociones vagamente parecidas a la curiosidad, pero que participaban de la diversión y el arrobó.

¿Por qué arrobó? Hebster estaba seguro de haber captado aquella nota, incluso concediendo la falta de similaridad que existía entre ambos procesos mentales. Rebuscó apresuradamente en su memoria, tomó un par de artículos y los desechó tras un breve e intenso examen. ¿Qué trataba de recordar... qué quería recordarle su extraordinario instinto de negociante?

La danza se hizo más complicada y rápida. Pasaron algunas botellas entre sus pies y Hebster las veía, ondulando y girando a unos tres metros bajo la superficie del suelo, como si su presencia hubiese convertido a la tierra en un medio transparente además de permeable. A pesar de que desconocía en absoluto las costumbres de los extraterrestres y ni sabía — ni le importaba — si la danza era expresión de sus deliberaciones o un

simple rito social necesario, Hebster podía, empero, darse cuenta de que se aproximaba el momento decisivo. Pequeños rayos verdes y retorcidos empezaron a surgir de una botella a otra. Algo explotó cerca de su oreja izquierda. Él se frotó la cara temerosamente y se apartó. Las botellas lo siguieron manteniéndole dentro del círculo de sus frenéticos movimientos.

¿Por qué arrobo? En la ciudad, los extraterrestres tenían un aspecto terriblemente estudioso mientras se cernían, en una inmovilidad casi completa, sobre las obras y los trabajos de la humanidad. Hubiérase dicho que eran fríos y atentos científicos que no poseían la menor capacidad de... de...

Por lo menos tenía ya algo. ¿Pero qué se puede hacer con una idea, cuando no se la puede comunicar ni servir de norma para nuestras acciones?

¡Ping!

Repetían la invitación anterior, de manera más apremiante aún. ¡Ping! ¡Ping! ¡Ping!

—¡No! — gritó, tratando de mantenerse en pie. Pero notó que no podía —. ¡Yo no quiero convertirme en primate!

Resonó una risa indiferente, casi divina.

Notó la terrible sensación de que le arañaban el cerebro, como si dos o tres seres se lo disputasen. Cerró fuertemente los ojos y trató de pensar. Estaba muy cerca, cerquísima... Tenía una idea, pero necesitaba tiempo para formularla. Un poco de tiempo para descubrir de que idea se trataba y saber exactamente lo que tenía que hacer con ella.

¡Ping, ping, ping!. ¡Ping, ping, ping!

Tenía dolor de cabeza. Parecía como si le sorbiesen los sesos. Trató de retenerlos. No podía.

Muy bien, pues. Relajó de pronto su tensión, sin intentar ya protegerse. Pero gritó con su mente y con su boca. Por primera vez en su vida, y sabiendo sólo a medias a quien dirigía su desesperada llamada, Algernon Hebster gritó pidiendo socorro.

—¡Puedo hacerlo! — gritó, para pararse a reflexionar al instante siguiendo irritado de nuevo —. ¡Para ahorrar dinero, para ahorrar tiempo, para ahorrar lo que queráis ahorrar, quien quiera que seáis y como quiera que os llaméis... yo puedo ayudaros a ahorrar! Ayudadme, ayudadme — nosotros podemos hacerlo — pero daos prisa. Vuestro problema puede resolverse... Economizar. El balance.. Socorro...

Las palabras y sus frenéticos pensamientos giraban como un torbellino, semejantes a los anillos de extraterrestres que le rodeaban y que se iban cerrando. Él seguía gritando, manteniendo enfocadas sus imágenes mentales mientras, de manera insoportable, en su interior una fuerza alegre y jubilosa empezó a cerrar la válvula de su cordura.

De pronto, toda sensación cesó. Súbitamente supo docenas de cosas que él nunca había soñado saber y que había olvidado millares de veces. Bruscamente, sintió que todos los nervios de su cuerpo obedecían los mandatos de su índice. De pronto, él...

¡Ping, ping, ping!. ¡Ping!. ¡Ping!. ¡Ping!. ¡PING!. ¡PING!. ¡PING!. ¡PING!

—...Así — dijo alguien.

—¿Por ejemplo? — preguntó otra voz.

—Verá usted, ni siquiera descansa normalmente. Él ha dormido como un ser humano. Los primates se retuercen y gimen en sueños, de manera muy parecida a los alcohólicos crónicos. Hablando de gemidos, ahora despierta nuestro amigo.

Hebster se sentó en el lecho de campaña, golpeándose la cabeza. El miedo empezaba a abandonarlo, y con el miedo se iba el temor a enloquecer. Braganza, enormemente preocupado y afligido, estaba de pie junto a la cama con un hombre que sin duda era un médico. Hebster les dirigió una sonrisa, resistiendo valientemente la tentación de lanzar una serie de sílabas incoherentes.

—Hola, amigos — dijo —. Aquí estoy, de regreso de mi paseo.

—¡No irá usted a decirme que consiguió comunicarse con ellos — gritó Braganza — sin volverse primate!

Hebster se incorporó sobre un codo y miró por la puerta de la tienda al exterior, donde Greta Seidenheim estaba de pie junto al centinela. La saludó con la mano y ella le dirigió una amplia sonrisa.

—Me encontraron tendido en el desierto como un objeto abandonado, ¿verdad?

—¿Le encontramos? — exclamó Braganza —. ¡Lo trajeron los primates, amigo! Es la primera vez en la historia que hacen semejante cosa. Hemos estado esperando que recuperase el sentido convencidos de que cuando lo hiciese, todo iría bien.

El financiero se frotó la frente.

—Sí, todo irá bien, Braganza, todo irá bien. Sólo primates, ¿eh? ¿No había extraterrestres ayudándolos?

—¿Extraterrestres? — dijo Braganza, tragando saliva —. ¿Qué le hace creer a usted... que le hace suponer que... que los extraterrestres ayudaron a los primates a traerlo?

—Tal vez no debiera haber empleado el verbo «ayudar». Pero estoy convencido de que habían algunos extraterrestres en el grupo que acompañó a mi cuerpo inconsciente. Una especie de guardia de honor, Braganza. Ha sido un verdadero gesto de amistad, ¿no cree?

El jefe de la C.I.E. miró al médico, que seguía la conversación con interés.

—¿Le importaría salir un momento? — le indicó.

Acompañó al galeno hasta la salida y luego bajó la lona que hacía las veces de puerta de la tienda. Después volvió junto al camastro de campaña y se atusó el bigote con energía.

—Vamos a ver, Hebster, si continúa usted haciendo esta comedia, me veré obligado a abrirle el vientre y a tirarle sus propios intestinos a la cara. ¿Quiere decirme que pasó?

—¿Qué pasó? — Hebster lanzó una carcajada mientras se desperezaba lenta y cuidadosamente, como si temiese dislocarse los huesos del brazo —. No creo poder contestar nunca totalmente a esa pregunta. Y hay una parte de mi cerebro que se alegra muchísimo de que no pueda hacerlo. Le diré lo que recuerdo bien: tuve una idea y la comuniqué a la parte interesada. Esta parte y yo concluimos un acuerdo provisional como representantes. Los términos exactos de dicho acuerdo están pendientes de la ratificación de nuestras respectivas casas centrales y su aprobación completa dependerá de su aceptación. Además, ambas partes... ¡Bien, Braganza, muy bien! Se lo diré en pocas palabras, pero deje ese taburete. ¡Tenga en cuenta que acabo de pasar algo sin precedentes!

—No es peor de lo que le espera al mundo — gruñó el funcionario —. Mientras usted se tomaba sus tres días de vacaciones, Dempsey ha organizado la revolución mundial. Ha tenido buen cuidado, empero, en limitarla a desfiles y pirotecnia verbal, para que nuestras fuerzas no pudiesen intervenir, pero todo indica que se dispone a emplear sus grupos de asalto. Tal vez mañana mismo; hoy habla por la televisión para todo el mundo y es la opinión de nuestros mejores expertos que dará la señal de pasar a la acción. ¿Sabe usted cual es su muletilla?. Verus, que está condenado a muerte y que ellos quieren presentar como un mártir.

—Y a ustedes les pillaron completamente desprevenidos. ¿Cuántos hombres de la C.I.E. resultaron pertenecer a la Humanidad Primero?

Braganza hizo un gesto de asentimiento.

—No demasiado, pero más de lo que suponíamos y más de los que podemos permitirnos. Dempsey se saldrá con la suya a menos de que usted haya encontrado el remedio. Mire, Hebster — su gruesa voz asumió un tono suplicante — deje de jugar conmigo. No tenga en cuenta mis amenazas; no había en ellas animosidad personal... sólo una terrible y espantosa preocupación por el porvenir del mundo, de sus pueblos y de su gobierno, que es mi misión proteger. Si aún siente usted algún agravio contra mí, yo,

Braganza, le doy permiso para que me vapulee a placer tan pronto como hayamos resuelto este embrollo. Pero antes quiero saber donde estamos. Dependen muchas vidas y el curso de la historia de lo que usted hizo en ese rincón del desierto.

Hebster se lo contó todo. Principió con el relato de aquella Noche de Santa Walpurgis extraterrestre.

—Al ver como los extraterrestres se entrecruzaban en aquel enrevesado y complicado ritmo, pensé cuan distintos eran de las pensativas motas que se cernían en sus botellas sobre nuestras concentraciones humanas... pensé en lo distintas que resultan todas las criaturas en su medio familiar... y cuan difícil es conocerlas juzgándolas por sus costumbres colectivas. Y entonces comprendí que allí no era su hogar.

—Desde luego. ¿Descubrió de qué parte de la Galaxia proceden?

—No me refiero a eso. Sencillamente, por el hecho de haber acotado esa zona — y otras semejantes en el Gobi, en el Sahara, en el centro de Australia — como reserva para aquéllos de nuestros semejantes cuya mente se ha desmoronado bajo el impacto del claro, consciente y seguro conocimiento de su inferioridad, no podemos pretender que los extraterrestres, en torno a cuyas colonias ellos se han congregado, hayan creado colonias en el verdadero sentido de la palabra.

—¿Cómo? — dijo Braganza, meneando rápidamente la cabeza y parpadeando.

—Dicho en otras palabras, sacamos unas conclusiones basadas en la evidentísima superioridad de los extraterrestres respecto a nosotros. Pero estas conclusiones — y por consiguiente esta superioridad — se establecían en términos de lo que es superior e inferior para nosotros, y no para los extraterrestres. Y especialmente no podía aplicarse a aquéllos que se encontraban en la... en la reserva.

El jefe de la C.I.E. empezó a describir rápidas vueltas por la tienda golpeando con su enorme puño la palma sudorosa de la otra mano.

—Estoy empezando a comprender...

—Esto es lo que entonces me ocurría a mí: estaba empezando a comprender. Las conclusiones sobre las que se edifica una estructura que aquellas no pueden soportar, han causado la ruina de más negociantes de los que a mí me gustaría ver al otro lado de una mesa de conferencias. Los cuatro corredores de Bolsa, por ejemplo, que después del crack financiero de 1929...

—Bien, bien — le interrumpió inmediatamente Braganza, empuñando un taburete por una pata —. ¿Adonde fue a parar, después de esto?

—Aún no estaba seguro de nada; lo único con que contaba era con unos cuantos pensamientos dispares inspirados por secreciones abundantísimas de adrenalina y, naturalmente, la viva sensación de que aquellos extraterrestres no actuaban como yo suponía que todos ellos lo hacían. Me recordaban algo, a alguien. Estaba seguro de que, una vez consiguiese evocar aquel recuerdo, resolvería casi todo el problema. Y tenía razón.

—¿Tenía usted razón? ¿Cuál era ese recuerdo?

—Sí, conseguí evocarlo. Recordé la analogía establecida por el profesor Kleimbocher entre los extraterrestres y el rostro pálido que daba aguardiente al indio. Siempre me había parecido que en esta analogía residía la solución. Y de pronto, mientras pensaba en el profesor Kleimbocher y veía cómo aquellos seres prepotentes se entrelazaban en su misteriosa danza, comprendí de pronto que nos habíamos equivocado. La analogía no estaba mal, pero nosotros la habíamos interpretado erróneamente. Habíamos cogido el martillo por la cabeza y no por el mango. El rostro pálido daba aguardiente al indio, de acuerdo... pero a cambio recibía algo.

—¿Qué?

—Tabaco. Como es sabido, el tabaco no es muy malo si no se hace abuso de él, pero los primeros hombres blancos que fumaron probablemente se marearon tanto como los primeros indios que probaron el alcohol. Y las bebidas alcohólicas y el tabaco tienen una

cosa en común... marean extraordinariamente al neófito que los consume en cantidades excesivas. ¿Comprende usted, Braganza? Esos extraterrestres de la reserva de Arizona están mareados. Han encontrado algo en nuestra cultura que les resulta psicológicamente indigerible como... como lo que ellos tienen, que se atraganta en nuestro cerebro y nos causa úlceras. Los han puesto en una especie de aislamiento en nuestras regiones desiertas, en espera de hallar solución al problema.

—Algo que es psicológicamente indigerible... ¿Qué puede ser, Hebster?

El negociante se encogió de hombros con irritación.

—¡Yo que sé! Y tampoco quiero saberlo. Tal vez sea que no son capaces de dejar un problema hasta que lo han resuelto... y no pueden resolver el problema de la actividad humana a causa de las diferencias fundamentales que los separan del hombre. Por el hecho de que nosotros no podemos entenderlos, no hay ninguna razón para suponer que ellos sí puedan y deban entendernos.

—Esto no es todo, Hebster. Como dicen los cómicos... todo cuanto nosotros podemos hacer, ellos pueden hacerlo mejor.

—¿Entonces, por qué nos envían a un primate tras otro para pedirnos los instrumentos más disparatados y los artilugios más imposibles?

—Tal vez quieran duplicar todo cuanto nosotros fabricamos.

—Tal vez sea eso — dijo Hebster. Pueden duplicarlo, pero ¿serían capaces de inventarlo? Demuestran ser una especie de seres que no tienen que hacer muchas cosas para ayudarse a vivir; tal vez se convirtieron desde muy antiguo en animales que poseían un dominio directo sobre la materia, lo cual les evitaba tener que acudir a la creación de instrumentos. Esto desde nuestro punto de vista, sería una ventaja tremenda; pero de manera inevitable estaría acompañada de grandes desventajas. Entre otras cosas, significaría el arte reducido a su mínima expresión y una falta de conocimientos fundamentales de ingeniería acerca de los propios instrumentos, cuando no del material directamente activado y alterado. La verdad es que yo tenía razón, como pude comprobar más tarde.

»Por ejemplo: la música no está en función de la armonía teórica, de series completas que están en la cabeza de un director o de un compositor... esto viene después, mucho después. La música está en primer lugar y ante todo, en función del instrumento particular... de la flauta de Pan, del tambor con parche de cuero, de la garganta humana... es algo que se basa en cosas tangibles y que una raza que actúa sobre los electrones, los positrones y los mesones nunca descubrirá en el curso de sus realizaciones. Tan pronto como descubrí esto, descubrí el otro defecto que presentaba la analogía... las propias conclusiones.

—¿Se refiere usted a la conclusión de que somos necesariamente inferiores a los extraterrestres?

—Exactamente, Braganza. Ellos pueden hacer muchas cosas que nosotros jamás podremos realizar, pero lo contrario también es cierto. ¿Cuántas facultades y dotes especiales posee nuestra especie que ellos no posean. Esta es una cuestión de pura conjetura... y tal vez lo seguirá siendo durante mucho tiempo. Que los sabios se devanen los sesos tratando de averiguarlo dentro de un siglo, para que nos dejen tranquilos ahora.

Braganza jugueteaba con un botón de su guerrera verde, con la mirada perdida sobre la cabeza de Hebster.

—¿Cree usted, pues, que hay que renunciar a seguirlos estudiando por ahora?

—La verdad es que ahora no podemos. Tenemos que afrontar esta verdad, aunque nos resulte desagradable. Pero nos consolará saber que ellos se encuentran en la misma situación. ¿No comprende? No se trata de una desproporción fundamental. No poseemos datos suficientes ni de momento podemos tenerlos merced a los medios normales de observación científica, a causa de los peligros psicológicos implícitos para ambas razas.

La ciencia, mi previsor amigo, es una red de teorías entrelazadas, todas ellas derivadas de la observación.

»Recuerde que antes de que existiese la ciencia de la navegación de altura, el hombre se dedicaba a la navegación de cabotaje y fluvial, pues los mercaderes que la practicaban sabían como se portaban sus frágiles cascarones de nuez sometidos a las diversas corrientes, y aprendieron los rudimentos de una ciencia astronómica gracias a la observación de la Luna y las estrellas... pero porque servía a sus fines... sin que sintiesen el menor interés por construir grandiosas teorías con sus conocimientos fragmentarios. Sólo cuando se contó con un número suficiente de estos fragmentos y se pudieron distinguir los prejuicios de las observaciones reales, se pudo organizar una ciencia de la navegación sin que se corriese el grave riesgo de ahogarse al realizar los experimentos definitivos.

»A un comerciante no le interesan las teorías. Únicamente le interesa cambiar algo que brille por algo que aún brilla más. En el curso de este proceso, sin el menor esfuerzo y de manera imperceptible, va recogiendo fragmentos de conocimiento que reducen poco a poco la zona de lo desconocido. Hasta que un día ha reunido ya tantos conocimientos dispares, que puede sentar las bases de una comprensión preliminar, de una hipótesis de trabajo. Y entonces algún Kleimbocher del futuro, operando en una zona que ya no está sujeta al súbito e inexpresable desastre mental, puede elaborar meticulosamente unas leyes exactas, utilizando las hipótesis que ofrecen mayor solvencia.

—¡Ya podía suponerse que saldría usted con algo parecido, Hebster!. De modo que nuestros teóricos y los suyos harán mejor en marcharse, para dejar paso libre a los comerciantes, ¿no es eso? La única dificultad es... ¿cómo estableceremos contacto con sus comerciantes... caso de que posean semejante especie de animales?

El presidente de Valores Hebster, S. A., se levantó de la cama como impulsado por un resorte y empezó a vestirse.

—Los tienen. Tal vez no correspondan al tipo Jefe de Consejo de Administración... pero tienen mentalidad de negociante. Así que me di cuenta de que las motas de las botellas actuaban, con respecto a sus equilibrados y reposados colegas científicos, de una manera muy parecida a nuestros inteligentísimos primates, comprendí que necesitaba ayuda. Necesitaba alguien en quien pudiese confiar, alguien de su lado que tuviese tantos deseos de alcanzar una solución factible como yo. Tenía que existir un extraterrestre, en alguna parte, al que le interesasen las cuentas de pérdidas y ganancias, los beneficios que se pueden conseguir con una inversión determinada de tiempo, personal, material y energía. Me figuré que con él podría hablar... de negocios. Plantearía las cosas de manera muy sencilla: ¿Qué tenéis que pueda interesarnos y qué debemos daros a cambio? Nada de intentar comprender unas filosofías completamente incompatibles. Tenía que existir este personaje entre los miembros de la expedición. Entonces cerré los ojos y envié lo que yo confiaba con todas mis fuerzas que fuese una llamada telepática, dirigida a él. Conseguí encontrarlo.

»Desde luego, tal vez no lo hubiera conseguido y él, por su parte, no hubiese estado esperando ansiosamente mi llamada. Se precipitó a mi encuentro como una carga de la Caballería de los Estados Unidos, de esas que ponen en fuga a los pieles rojas... Metió mi psiquis goteante en mi subconsciente y me subió a una de sus naves fantásticas. He estado durante tres días en esta versión interestelar del sepulcro de Mahoma, suspendido entre el Cielo y la Tierra, mientras él regateaba conmigo y pedía instrucciones a la casa central.

»Realizamos nuestras transacciones tal como yo lo hago con los primates... o sea estableciendo una lista de los artículos que cada uno de nosotros podía ofrecer y comparándola con los que necesitábamos, mientras ambos nos esforzábamos por sacar un poco más al contrario, echando agua a nuestro molino, naturalmente. Comprar y vender son en el fondo procesos sencillísimos; no creo que nuestras discusiones

difiriesen gran cosa de las que pudieron sostener un par de marineros fenicios con los celtas pintarrajeados de azul de la antigua Britania.

—¿Y este... este negociante extraterrestre nunca insinuó la posibilidad de que pudiesen tomar lo que deseaban por...?

—¿Por la fuerza? No, Braganza, ni una sola vez. Es posible que sean demasiado civilizados para apelar a medios tan burdos. En mi opinión, creo que la razón principal es que en realidad no saben en absoluto lo que desean de nosotros. Nosotros representamos para ellos un enigma fantástico... somos una especie que emplea la materia para modificar la materia, que produce objetos que, a pesar de estar destinados a cumplir funciones similares, difieren enormemente entre sí. Podríamos decir que nosotros hacemos la pregunta «¿cómo?» acerca de sus actividades; pero ellos creen saber el «porqué» de las nuestras. Sus investigadores sienten mayor interés que los nuestros. Por lo que he podido entender, las especies inteligentes que han encontrado hasta ahora les resultan comprensibles en su totalidad, pues proceden de evoluciones paralelas. Cada vez que uno de sus investigadores está a punto de descubrir la razón de que llevemos ropas de diversos colores incluso en climas donde el vestido es innecesario, la solución se le escapa y se cae de cabeza.

»Naturalmente, ésta era la causa de la preocupación que sentía mi colega extraterrestre. No sé cuál es su situación exacta — puede ser desde el tenedor de libros hasta el jefe comercial de la expedición — pero depende de él que la empresa continúe siendo rentable o sea un fracaso desde el punto de vista económico. Y según pude colegir, no sólo su ocupación le ha impedido realizar las investigaciones que sus trastornados compañeros efectuaron — con el resultado de que ahora se encuentran todos acogidos al asilo que han construido en el desierto, pues se hallan totalmente trastornados — sino que aquéllos que han conseguido conservar su cordura, le hacen objeto de su constante desprecio. Según parece, se hallan convencidos de que su función y la de la expedición son equivalentes. El no es más que un sobrecargo. Pero no crea usted que les preocupe en lo más mínimo — rezongó Hebster — que él tenga que preparar un informe, para demostrar cuál ha sido el balance económico de la expedición...

—Bien, al menos consiguió usted comunicarse con él sobre este punto — dijo Braganza, sonriendo —. Tal vez la solución consista en utilizar comerciantes, que emplearán el vocabulario más sencillo y elemental. De momento, ya nos ha proporcionado usted más datos fundamentales que diez años de investigaciones costosísimas. Hebster, quiero que hable usted por la televisión para referir todo cuanto me ha contado, acompañado de un par de extraterrestres con sus respectivos primates.

—Ajá. Dígaselo usted. Utilice su prestigio. Entre tanto yo pensaré en redactar un mensaje para mi amigo extraterrestre, para enviárselo por la línea privada que tiene a mi disposición, y no dudo que nos enviará un par de botellas con sus motas correspondientes, para la emisión. Tengo que volver inmediatamente a Nueva York, para que toda mi empresa se ponga a trabajar en una obra verdaderamente enciclopédica.

—¿Enciclopédica?

El negociante se apretó el cinturón y luego buscó una corbata.

—¿De qué otro modo llamaría usted a la primera edición del Catálogo Interestelar de Hebster, de toda clase de útiles, actividades y enseres humanos, con precios disponibles a petición, con el bien entendido de que pueden cambiar sin previo aviso?

TIEMPO ANTICIPADO

Veinte minutos después de que la nave penitenciaria aterrizase en el Astropuerto de Nueva York, se permitió que los representantes de la prensa subiesen a bordo. Irrumpieron por el corredor principal, empujando a los guardias armados hasta los dientes que los acompañaban, con los reporteros y gacetilleros al frente, seguidos por los técnicos de la Televisión, que avanzaban lanzando maldiciones, cargados con su equipo portátil pero todavía pesado.

Durante su camino se cruzaron con pequeños grupos de astronautas que vestían el uniforme rojo y negro del Servicio Interestelar de Prisiones. Los astronautas, que andaban con rapidez en dirección opuesta, se disponían a disfrutar de sus cinco días de permiso en el planeta antes de que la nave se elevase de nuevo, rugiendo, con otra carga de condenados.

Los impacientes periodistas apenas dedicaron una mirada a aquellos grises personajes que se pasaban la vida yendo y viniendo del uno al otro confín de la Galaxia. Después de todo, la vida y las aventuras de los hombres del S.I.P. se habían explicado miles de veces, hasta la saciedad. La gran noticia era lo que les esperaba más adelante.

En el mismísimo vientre de la nave, los guardias abrieron dos enormes puertas correderas... y se hicieron rápidamente a un lado para no ser arrollados y pisoteados. Los periodistas se lanzaron de cabeza hacia la reja que iba del piso al techo y aislaba completamente la gran cámara-prisión. Sus miradas ansiosas y excitadas fueron recibidas con algunas miradas de curiosidad de los hombres vestidos con trajes bastos de presidiario, que permanecían sentados o tendidos en las hileras de literas de tipo completamente funcional, que ocupaban todas las paredes de la cámara. Todos los presos tenían en sus manos un paquetito envuelto cuidadosamente en papel marrón de embalar. Algunos lo acariciaban.

El jefe de los guardias se acercó por el lado opuesto de la reja, limpiándose los dientes con un palillo.

—Hola, muchachos — dijo —. ¿A quién buscáis... como si yo no lo supiese?

Uno de los columnistas más antiguos y famosos levantó la palma de la mano en un ademán de advertencia.

—Mire, Anderson, déjese de bromas. La nave ha aterrizado con casi media hora de retraso y en la pasarela nos han detenido durante quince minutos. ¿Quiere decirnos ahora dónde demonios están?

Anderson vio como los técnicos de la Televisión despejaban un lugar para colocarse ellos y su equipo, junto a los mismos barrotes de la reja. Terminó de quitarse los restos de comida que aún tenía entre las muelas.

—Vampiros — murmuró —. Son un hatajo de vampiros sedientos de sangre y de aspecto fúnebre.

Luego sopesó su porra con aire reflexivo un par de veces y golpeó con ella los barrotes.

—¡Crandall! — vociferó —. ¡Henck! ¡Salid al centro y acercaos!

La orden fue repetida por los guardias del interior, que paseaban tranquilamente haciendo molinetes con sus porras.

—¡Crandall! ¡Henck! ¡Salid al centro y acercaos!

Nicholas Crandall estaba sentado con las piernas cruzadas en su litera de la quinta fila, y sonrió. Había estado dormitando y se frotó los ojos con el puño para despabilarse. Mostraba tres cicatrices paralelas en el dorso de la mano. Eran unas viejas cicatrices pardas y rectilíneas, como las que pudiera haber causado la garra de una fiera. Tenía también una curiosa cicatriz en zig zag sobre los ojos, rojiza y que parecía más reciente. Y luego mostraba un diminuto orificio perfectamente redondo en su pabellón auditivo izquierdo que, al despabilarse del todo, se rascó con enojo.

—El comité de recepción — gruñó —. Ya me lo podía figurar. La condenada Tierra no ha cambiado absolutamente nada.

Rodó sobre su estómago y tendió la mano hacia abajo, para dar unas palmadas en la cara del hombrecillo que roncaba en la litera inferior.

—Otto — dijo —. Blotto Otto... ¡Levántate y a ellos! Nos llaman.

Henck se sentó inmediatamente de la misma forma, o sea cruzando las piernas a la moruna, incluso antes de abrir los ojos. Se llevó la mano derecha a la garganta, donde lucía una pequeña red de cicatrices en zig zag del mismo color y tamaño que la que Crandall tenía en la frente. En aquella mano le faltaban los dedos índice y medio.

—Henck presente, señor — dijo con voz pastosa; luego meneó la cabeza y miró a Crandall —. Oh... eres tú, Nick. ¿Qué pasa?

—Hemos llegado, Blotto Otto — respondió el hombre más alto, que ocupaba la litera superior —. Estamos en la Tierra y se disponen a ponernos en libertad. Dentro de media hora, podrás paladear tanto coñac, cerveza, vodka y whisky como te dé la gana a ti y puedas pagar. Se ha acabado el rancho de la prisión, se ha acabado beber agua pura con una lata, Blotto Otto.

Gruñendo, Henck se dejó caer nuevamente de espaldas.

—Dentro de media hora, pero no ahora. ¿Por qué me has despertado, pues? ¿Por quién me tomas? ¿Por un ladronzuelo cualquiera... por un post-criminal que se afana para cumplir la condena con los ojos abiertos y haciendo de tripas corazón? Vamos, Nick, que estaba soñando una nueva manera de liquidar a Elsa... un sistema nuevo, flamante y que te pondría los pelos de punta.

—Los chicos de la Prensa se están desgañitando — le dijo Crandall, con la misma voz baja y paciente —. ¿No los oyes? Quieren que salgamos, tú y yo.

Henck volvió a incorporarse, prestó oído y asintió.

—También oigo gritar a los tripulantes. ¿Por qué será que sólo los astronautas tengan voces así?

—Lo requiere el servicio — le respondió Crandall —. Hay que tener una estatura mínima, una educación mínima y una voz desagradable mínima, de esas que perforan los tímpanos, para ser admitido como astronauta. De lo contrario, por perverso que sea el carácter de uno, no le admitirán y tendrá que quedarse en la Tierra manejando viejos helicópteros conducidos por señoras ancianas.

Un guardia se detuvo al pie de la hilera y golpeó furioso uno de los montantes metálicos que sostenía el armazón.

—¡Crandall, Henck! Todavía sois presos, no lo olvidéis. ¡Si no vais inmediatamente al centro y a la reja, os prometo que subo ahí y os doy una paliza como en los buenos tiempos!

—¡Sí, señor! ¡A la orden, señor! — respondieron ambos al unísono y empezaron a descender de litera en litera, sin soltar los paquetes que contenían las ropas que habían llevado cuando eran hombres libres y que pronto se pondrían de nuevo.

—Escucha, Otto — dijo Crandall, inclinándose mientras bajaba para acercar sus labios a la oreja del hombrecillo y hablarle en el rapidísimo murmullo de la prisión —. Nos llevarán ante los chicos de la televisión y la prensa. Nos harán muchas preguntas. Quiero estar seguro de que no te irás de la lengua en una cosa...

—¿La televisión y la prensa? ¿Para nosotros? ¿Para qué quieren entrevistarnos?

—¡Porque somos celebridades, zoquete! Hemos aguantado toda la condena y hemos llegado hasta el final. ¿Crees que hay muchos hombres que lo hayan hecho? Pero escúchame, por favor. Si te preguntan a quién te propones liquidar, tú límitate a callar y a sonreír, sin responderles. ¿De acuerdo? No les digas por el asesinato de quién te sentenciaron, por más que insistan. No pueden obligarte a hablar. La ley está de nuestra parte.

Henck se detuvo un momento, cuando faltaban una litera y media para llegar al suelo.

—¡Pero, Nick, Elsa sí lo sabe! Se lo dije aquel día, poco antes de entregarme. ¡Ella sabe que yo no cumpliría una sentencia de asesinato más que por ella!

—¡Ella sabe, ella sabe... claro que lo sabe! — dijo Crandall, lanzando un breve juramento casi inaudible —. ¡Pero no puede demostrarlo, mostrenco! Pero una vez lo hayas dicho tú en público, ella tendrá derecho a armarse y a disparar contra ti así que te vea... en legítima defensa. Pero si no lo dices, no puede hacerlo; ante la ley sigue siendo tu pobre esposa que tú prometiste amar, honrar y proteger.

El guardia levantó la porra y les golpeó encolerizado en la espalda. Ambos saltaron al suelo y se encogieron servilmente mientras él vociferaba:

—¿Os he dado permiso para hablar? ¿Decidme, os he dado permiso? Si nos queda tiempo antes de que os suelten, os prometo que os meteré en el cuarto de guardia para tomaros bien las medidas con esta vara. ¡Vamos, recoged los paquetes y andando!

Ambos se escabulleron obedientemente, como un par de gallinas ante un perro del Labrador. Cuando llegaron a la verja que daba paso a la antecámara de la prisión, el guardia saludó y dijo:

—Se presentan los pre-criminales Nicholas Crandall y Otto Henck, señor.

Anderson, el jefe de los guardias, respondió al desgaire al saludo.

—Esos caballeros quieren haceros algunas preguntas, amigos. No os pasará nada por responder. Esto es todo, O'Brien.

Su voz era muy jovial y su cara lucía una enorme y cariñosa sonrisa de media luna. Cuando el subordinado saludó nuevamente y se alejó, la mente de Crandall evocó recuerdos de Anderson, del mes que había durado el viaje desde Próxima Centauri. Anderson asintiendo con aire pensativo mientras el pobre Minelli — ¿no se llamaba Steve Minelli, aquel muchacho? — era obligado a correr entre una doble hilera de guardias que blandían sus cachiporras por haber ido al retrete sin permiso. Anderson sonriendo un momento antes de dar una patada en la ingle a un preso de cabeza canosa por hablar mientras esperaba que distribuyesen el rancho. Anderson...

De todos modos, había que reconocer que aquel sujeto tenía arrestos, sabiendo que en su nave llevaba a dos pre-criminales que habían cumplido una sentencia por asesinato. Pero probablemente sabía también que no malgastarían sus fuerzas en él para asesinarlo, a pesar de los malos tratos de que les había hecho objeto. Nadie se ofrece voluntariamente a pasar una temporada en el infierno para tener la satisfacción de liquidar a uno de los demonios.

—¿Tenemos que responder a esas preguntas, señor? — preguntó Crandall cautelosamente.

La sonrisa del jefe de los guardias perdió una parte imperceptible de su curvatura.

—Os he dicho que no os pasará nada por responder, ¿verdad? Pero os podrían pasar aún otras cosas, Crandall. Me gustaría hacer un favor a estos señores de la prensa, por lo tanto sed amables y colaborad con ellos, ¿eh?

Indicó con un ligero ademán del mentón el cuarto de guardia y luego sopesó su porra.

—Sí, señor — dijo Crandall, mientras Henck hacía violentos gestos de asentimiento —. Seremos amables, señor.

«¡Qué lástima, pensó, que no tenga más remedio que cometer ese asesinato! ¡Acuérdate de Stephanson muchacho, sólo Stephanson! ¡No Anderson, ni O'Brien, ni nadie más: el nombre que a ti te interesa es el de Frederick Stoddard Stephanson!»

Mientras los técnicos de la televisión montaban su equipo al otro lado de la verja, los dos presos respondieron a las preguntas preliminares e inevitables de los periodistas:

—¿Qué les parece estar de vuelta?

—Magnífico, verdaderamente magnífico.

—¿Qué es lo primero que harán cuando estén en libertad?

—Darme un banquete. (Crandall)

—Agarrar una pítima. (Henck)

—Tenga cuidado en no volver a encontrarse entre rejas como post-criminal — dijo uno de los periodistas.

Todos rieron, periodistas, Anderson, Crandall y Henck.

—¿Cómo les trataron en la prisión?

—Oh, muy bien. (Ambos, mirando simultáneamente y con aire pensativo la porra de Anderson.)

—¿No quiere decirnos ninguno de ustedes a quién van a asesinar?

(Silencio.)

—¿Ha cambiado alguno de ustedes de idea, y no piensa ya cometer el asesinato?

(Crandall miró pensativo hacia el techo, mientras Henck miraba pensativo hacia el suelo.) Nueva carcajada general, esta vez un poco nerviosa y sin que Crandall y Henck participasen de la hilaridad.

—Muy bien, ya estamos. Miren hacia aquí, por favor — dijo el locutor de la televisión — . Y sonrían, amigos... una sonrisa de verdad.

Obedientes, Crandall y Henck sonrieron con una sonrisa de verdad, que en realidad eran tres, pues Anderson se había colocado en el centro del risueño grupo.

Las dos cámaras se escaparon de las manos de los técnicos y una se cernió al instante sobre ellos, mientras la otra iba y venía ante sus caras, ambas manejadas a distancia por la cajita de mandos que sostenía el operador en sus manos. Se encendió una bombilla roja en el objetivo de una de las cámaras.

—Aquí estamos con ustedes, señoras y señores — dijo el locutor con volubilidad — para ofrecerles esta magnífico programa. Estamos a bordo de la nave penitenciaria Jean Valjean, que acaba de tomar tierra en el Astropuerto de Nueva York. Hemos venido para recibir a dos hombres... dos de los raros hombres que han conseguido cumplir toda una condena voluntaria por asesinato y que por lo tanto están legalmente autorizados para cometer un asesinato cada uno de ellos.

»Dentro de pocos momentos serán puestos en libertad después de haberse pasado siete años en los planetas penitenciarios, cumpliendo su sentencia... y se hallan en libertad de matar a cualquier hombre o mujer del Sistema Solar sin temer absolutamente que su acción sea castigada. ¡Mírenlos bien, señores telespectadores... podría ser que buscasen a alguno de ustedes!

Después de hacer esta jubilosa advertencia, el locutor guardó silencio durante un momento, mientras las cámaras enfocaban directamente a los dos hombres vestidos con el gris uniforme carcelario.

Luego se acercó a ellos y preguntó al más pequeño:

—¿Quiere decirme, cómo se llama, por favor?

—Soy el pre-criminal Otto Henck, 525514 — respondió Blotto Otto maquinalmente, incapaz de reprimir una expresión de sorpresa al oírse llamar señor.

—¿Qué le parece estar de vuelta en la Tierra?

—Magnífico, verdaderamente magnífico.

—¿Qué es lo primero que hará cuando le pongan en libertad?

Henck vaciló y después de mirar a Crandall dijo:

—Darme un banquete.

—¿Cómo le trataron en la prisión?

—Oh, muy bien. Lo mejor que usted se pueda figurar.

—Lo mejor que se pueda figurar un criminal, ¿eh? Aunque, a decir verdad, usted todavía no es un criminal, sino un pre-criminal.

Henck sonrió como si fuese la primera vez que oía aquella palabra.

—¿No quiere decir al distinguido público quién es la persona que le convertirá a usted en un criminal?

Henck dirigió una mirada de reproche al locutor, quien rió ruidosamente... él solo.

—¿Ni si ha cambiado de idea, acerca de lo que se propone hacer con él... o con ella?

—Hubo una pausa. Entonces el locutor dijo con cierto nerviosismo —: Usted ha cumplido

una condena de siete años en unos planetas lejanos y llenos de peligros, preparándolos para la colonización humana. Esta es la máxima pena que permite la ley, ¿no es verdad?

—Sí, señor. Con el descuento que se hace a los pre-criminales en atención a que cumplen una condena anticipadamente, la máxima pena impuesta por asesinato son siete años.

—Apuesto a que se alegra de que ya no estemos en los días de la pena capital, ¿eh? Si aun estuviese en vigor, resultaría muy poco práctico cumplir la sentencia por anticipado, ¿no cree? Ahora, Mr. Henck (o pre-criminal Henck, como creo que aún debo seguir llamándole), ¿por qué no cuenta a los telespectadores el momento más terrible que pasó mientras cumplía su sentencia?

—Pues verá — dijo Otto Henck tras cuidadosa reflexión —.El momento peor, yo creo, fue el tiempo que pasamos en Antares VIII, el segundo campamento de prisioneros en que estuve, precisamente por la época en que las avispas gigantes empezaban a desovar. Como usted sabe, en Antares VIII hay una avispa de un tamaño cien veces superior a...

—¿Es así como perdió usted los dedos de la mano derecha? — le interrumpió el locutor.

Henck levantó la mano derecha y la observó por un momento.

—No. El dedo medio... lo perdí en Rigel XII. Estábamos construyendo el primer campamento de prisioneros del planeta y, cavando, descubrí una curiosa especie de roca colorada que tenía una serie de bultitos o protuberancias. Yo la toqué con el dedo, para ver si era muy dura, y la punta del mismo desapareció de repente. Más tarde, el dedo se me infectó y tuvieron que amputármelo.

»Después de todo, tuve suerte, pues algunos hombres (los presidiarios, naturalmente) encontraron rocas mayores que la mía, con el resultado de que perdieron piernas y brazos... un desdichado incluso fue tragado entero. En realidad, no eran rocas. ¡Eran criaturas vivas... y hambrientas! Rigel XII estaba rebosante de ellas. En cuanto al índice... lo perdí en un accidente estúpido a bordo de la nave, mientras nos trasladaban a...

El locutor asintió para demostrar su conformidad, luego carraspeó y dijo:

—Volviendo a esas avispas gigantes de Antares VIII. ¿Fueron realmente lo peor?

Blotto Otto parpadeó un momento antes de reanudar el hilo de la conversación.

—¡Oh, desde luego! Solían poner sus huevos en una especie de mono que vive en Antares VIII. Para el mono esto era algo terrible, pero así las larvas de avispa pueden alimentarse durante su crecimiento. Pues bien, cuando nosotros íbamos allí, resultó que las avispas no notaron ninguna diferencia entre nosotros y aquellos monos. Antes de que pudiésemos comprender lo que pasaba, empezaron a caer hombres por todas partes y cuando los llevaron al dispensario para examinarlos con rayos X, los médicos vieron que estaban abarrotados de larvas...

—Muchísimas gracias, Mr. Henck, pero la avispa de Herkimer ya ha sido mostrada y descrita a los telespectadores por lo menos tres veces durante los programas de Viajes Interestelares, que esta red de emisoras realiza y que ofrece al público, como ustedes sin duda recordarán, queridos telespectadores, los miércoles por la tarde, de siete a siete y media, hora terrestre normal. Y ahora, usted, Mr. Crandall, permítame que le haga unas cuantas preguntas: ¿Qué le parece estar de vuelta en la Tierra?

Crandall se adelantó al primer plano, para ser sometido casi a las mismas preguntas que su compañero.

Pero hubo una diferencia importante. Cuando el locutor le preguntó si había esperado encontrar a la Tierra muy cambiada, Crandall esbozó el gesto de encogerse de hombros, pero de pronto sonrió. Tuvo buen cuidado en sonreír de oreja a oreja, exponiendo una cantidad máxima de dentadura y una cantidad mínima de júbilo.

—De momento puedo observar un gran cambio — dijo —. La manera como esas cámaras flotan por el aire, gobernadas desde una pequeña caja de mandos que el

cameraman tiene en la mano. Esto no existía aun cuando yo me marché. Su inventor debe de haber sido un hombre muy listo.

—Ah, sí — dijo el locutor, dirigiendo una rápida mirada hacia atrás —. Se refiere usted al mando a distancia Stephanson. Lo inventó Frederick Stoddard Stephanson hará cosa de cinco años... ¿Son cinco años, Don.

—Seis años — precisó el cameraman —. Salió al mercado hace cinco años.

—Fue inventado hace seis años — repitió el locutor —. Y salió al mercado hace cinco años.

Crandall hizo un gesto de asentimiento.

—Pues sí, este Frederick Stoddard Stephanson debe de ser un hombre inteligente, muy inteligente.

Y sonrió de nuevo, mirando a las cámaras. «Mírame los dientes, pensó. Sé que me estás viendo, Freddy. Mírame los dientes y tiembla.

El locutor parecía estar algo desconcertado.

—Si — dijo —. Exactamente. ¿Querría usted referirnos ahora, Mr. Crandall, el momento más terrible que...?

Cuando los técnicos de TV hubieron recogido su equipo y se hubieron marchado, los dos pre-criminales fueron sometidos a un último bombardeo de preguntas de los periodistas, que buscaban aspectos sensacionales.

—¿Qué mujeres ha habido en su vida?

—¿Qué libros leían, con qué pasatiempos y diversiones mataban el tiempo?

—¿Encontraron a ateos en los planetas penitenciarios?

—¿Si tuviesen que hacerlo de nuevo, lo harían?...?

Mientras respondía de un modo cortés y circunspecto, Nicholas Crandall pensaba en Frederick Stoddard Stephanson, sentado ante su lujoso aparato de televisión, que debía ocupar toda una pared de su residencia.

¿Lo habría desconectado ya? ¿Seguiría sentado, contemplando la pantalla vacía, preguntándose qué planes tendría aquel hombre que había conseguido sobrevivir a peligros que sólo ofrecían una posibilidad entre diez mil de salvación para regresar de siete largos años pasados en los campos de prisioneros de cuatro deletéreos planetas?

¿Estaría Stephanson examinando su pistola desintegradora con los labios fruncidos... la pistola que sólo podría utilizar en acto de legítima defensa? De lo contrario, tendría que cumplir la pena de post-criminal para purgar su asesinato que, sin la reducción del cincuenta por ciento por castigo voluntario y por pena cumplida con antelación al crimen, ascendería a catorce años en el infierno del que Crandall acababa de regresar.

¿O bien Stephanson estaría cómodamente repantingado en una lujosa silla de burbujas, contemplando sombríamente la pantalla aun iluminada, muerto de miedo pero incapaz de desconectar el interesantísimo programa que la TV había organizado con motivo del regreso de dos pre-criminales homicidas? ¡Dos, señores, dos!

En aquel momento, con toda probabilidad, la pantalla mostraba una entrevista con algún funcionario terrestre del Servicio Interestelar de Prisiones, un cordial jefe de relaciones públicas que habría estudiado Sociología y sabía hablar en público.

—Dígame, señor Jefe de Relaciones Públicas — le preguntaría el locutor (un locutor distinto, más serio, más intelectual). — ¿Cuál es el número de pre-criminales que regresan después de cumplir una condena por asesinato?

—Según las estadísticas — rumor de papeles en este momento y una mirada penetrante hacia abajo — según las estadísticas, podemos esperar que un hombre que haya cumplido toda una condena por asesinato, con el cincuenta por ciento de reducción pre-criminal, regrese por término medio una vez cada 11,7 años.

—¿Por lo tanto, en su opinión, señor Jefe de Relaciones Públicas, el regreso simultáneo de dos hombres que se hallan en estas condiciones constituye un acontecimiento verdaderamente insólito, ¿no es verdad?

—Extraordinariamente insólito, o de lo contrario no correrían ustedes tanto para captarlo por las cámaras de la televisión.

Una estruendosa carcajada en este momento, coreada obedientemente por el locutor.

—¿Y qué sucede, señor Jefe de Relaciones Públicas, con los que no regresan?

Un gesto cortés y urbano por parte del importante y orondo personaje:

—Mueren. O renuncian. Estas son las dos únicas alternativas. Siete años son muchos años para pasarlo en esos terribles planetas penitenciarios. El horario de trabajo no es propio para alfeñiques, y las formas biológicas que encuentran tampoco lo son... desde las grandes, devoradoras de hombres, hasta los virus microscópicos.

»Por esta causa el personal de Prisiones cobra unos emolumentos tan elevados y disfruta de permisos tan largos. Hasta cierto punto, tenga usted en cuenta que no hemos abolido la pena capital; la hemos reemplazado por una forma socialmente útil de ruleta rusa. El hombre que ha cometido o precometido uno cualquiera de los varios crímenes particularmente castigados, es enviado a un planeta donde sus servicios beneficiarán a la Humanidad y donde se verá obligado a esforzarse por regresar entero y no hecho pedazos. Cuando más grave es el delito, más larga la condena y, por consiguiente, menores las probabilidades de regresar.

—Comprendo. Ahora, señor jefe de Relaciones Públicas, dice usted que mueren o renuncian. ¿Querría usted explicar a los telespectadores, por favor, cómo es que renuncian y qué sucede en tal caso?

El orondo personaje volvía a sentarse entonces en la butaca, entrecruzando sus gruesos dedos sobre su bien cebada panza.

—Verá usted, cualquier pre-criminal puede solicitar la inmediata anulación de la sentencia. Para ello basta con llenar unos formularios que se le facilitan. Inmediatamente cesa en el trabajo y le envían a la Tierra en la primera nave que parte del penal. Pero esto tiene el siguiente inconveniente: todo el tiempo que ha pasado allí no tiene el menor valor, queda anulado... no se le tiene en cuenta para nada.

»Si cometiese un crimen después de ser puesto en libertad, tendría que cumplir toda la condena impuesta por la ley para penar dicho crimen. Si desea que lo condenen de nuevo como pre-criminal, tiene que empezar a cumplir de nuevo la sentencia, con la reducción, desde el principio. Tres entre cada cuatro pre-criminales solicitan la anulación de la sentencia durante el primer año. La vida en aquellos lugares es espantosa.

—Lo supongo, y supongo que no hay quien la aguante — asintió el locutor —. En cuanto a la reducción, señor jefe de Relaciones Públicas... ¿no constituye quizá una tentación excesiva para el pre-criminal?

Una mueca de ira contrajo las tersas facciones del voluminoso personaje, reemplazada inmediatamente por una cálida y desdeñosa sonrisa.

—Quienes puedan pensar esto, en mi opinión, y por más que se sientan animados de las mejores intenciones, no están versados en la criminología y la legislación penal modernas. Nosotros no nos proponemos disuadir a los pre-criminales; por el contrario, queremos animarlos a que se den a conocer.

»¿Recuerda lo que le dije acerca del número elevado de condenados (tres de cada cuatro) que solicitaban la anulación de la sentencia durante el primer año? Ahora bien: todos estos eran individuos lo bastante sensatos para tratar de conseguir una rebaja en su condena. ¿Y cree usted que cometerán la estupidez de arriesgarse a cumplir una sentencia doble, después de comprobar, sin lugar a dudas, que no son capaces de soportar ni doce meses en el penal? Eso sin hablar de lo que puedan haber descubierto acerca del valor de la vida humana, de la necesidad de cooperación social y de lo deseable que sería que se implantasen procedimientos civilizados en aquellos mundos, en los que la simple supervivencia es un juego de azar.

»¿En cuanto al hombre que no solicita la anulación de la sentencia? Pues éste dispone de mucho más tiempo para dejar que se enfríe su deseo de cometer el crimen... y hay

muchas más probabilidades de que entre tanto resulte muerto. Por consiguiente, son tan pocos los pre-criminales de la categoría que sea que regresan para ejecutar su crimen, que el beneficio social que de ellos se deriva es enorme. Permita que le dé unas cuantas cifras.

»Según la escala Lazarus, se ha calculado que la disminución en los homicidios premeditados, desde que se instituyó la reducción pre-criminal, ha sido del cuarenta y uno por ciento en la Tierra, el treinta y tres y un tercio por ciento en Venus, el veintisiete por ciento...

Buen consuelo sería esto para Stephanson, pensó satisfecho Nicolás Crandall... Buen consuelo, en efecto, le serían aquellos cuarenta y uno por ciento, treinta y tres y un tercio por ciento y todas las demás cifras. Crandall no figuraba en aquella estadística. En ella no estaba el hombre que quería matar, por causas y motivos más que suficientes, a un tal Frederick Stoddard Stephanson. Él no era más que una fracción sobrante en una hoja de reducciones y cancelaciones... era un hombre que había regresado, de manera sorprendente e increíble, después de siete años para recoger la mercancía que había pagado por adelantado.

El y Henck. Dos tiros a larga distancia ridículamente largos. Elsa, la mujer de Henck, debía de estar también sentada como un pájaro hipnotizado por la serpiente, ante su aparato de televisión, esperando confusa y desesperadamente que algún comentario del funcionario del Servicio Interestelar de Prisiones le indicase la manera de escapar a su suerte, de evadirse del desastre ridículamente raro que iba a caerle encima.

Pero Elsa era un asunto de Blotto Otto. Que éste lo resolviese como mejor le pluguiese; había pagado lo bastante por este privilegio. Pero Stephanson pertenecía a Crandall.

«Oh, que sude esa orgullosa pértiga, se dijo. ¡Que sude, mientras yo preparo las cosas con calma!»

El periodista continuó interrogándoles, tratando de arrancarles declaraciones interesantes, hasta que el diafragma de un altavoz situado sobre sus cabezas carraspeó y anunció:

—¡Prisioneros, preparados para salir! Os dirigiréis a la oficina del alcaide de la nave en grupos de diez, a medida que os llamen por vuestros nombres. La disciplina penitenciaria se mantendrá hasta el último momento. Arthur, Augluk, Crandall, Ferrara, Fu-Yen, Garfinkel, Gómez, Graham, Henck...

Media hora después, descendían por el corredor principal de la nave, vistiendo ya sus ropas de paisano. Mostraron su documentación al guardia apostado ante la pasarela, dirigieron una sonrisa a Anderson, que desde una portilla les gritó: «¡Eh, amigos, volved pronto!» y bajaron corriendo por la pasarela para pisar la superficie de un planeta que no habían visto desde hacía siete años de agonía y de horror.

Aún encontraron a algunos periodistas y fotógrafos esperándoles al pie de la pasarela, y un equipo de televisión que se había quedado allí para que el mundo pudiese ver el aspecto que ofrecían en el momento de ser puestos en libertad.

Preguntas, más preguntas que tuvieron que responder, pero que ahora ya podían contestar con brusquedad, aunque les resultaba difícil mostrarse bruscos con personas que no eran compañeros de cárcel.

Afortunadamente, los periodistas tuvieron interés en entrevistar a otro pre-criminal que les acompañaba. Fu-Yen había cumplido la condena rebajada de dos años, por agresión y lesiones con premeditación y alevosía. Además, había perdido ambos brazos y una pierna, disueltos por un musgo corrosivo de Proción III poco antes de expirar el plazo de su condena, y descendió cojeando por la pasarela con una pierna de carne y hueso y otra ortopédica, y sin poder sujetarse a la barandilla.

Mientras le preguntaban, con verdadero interés, cómo se las arreglaría para cometer una agresión con lesiones contando con recursos tan limitados, Crandall dio un codazo a Henck y ambos subieron apresuradamente a uno de los numerosos girotaxis que se

ceñían por los alrededores. Dijeron al conductor que les llevase a un bar de la ciudad... el que fuese, pero tranquilo.

Blotto Otto casi se desmoronó a causa de la impresión que le producía poder escoger lo que quisiera.

—No puedo — susurró —. ¡Nick, hay demasiadas cosas que beber!

Crandall zanjó el asunto pidiendo él las bebidas:

—Dos whiskys dobles — ordenó a la camarera —. Solos.

Cuando les trajeron el whisky, Blotto Otto se quedó mirando su copa con la expresión de asombro afectuoso y triste que suele mostrarse ante un hijo adolescente a quien no se ha visto desde que era un niño de pecho. Tendió hacia ella una mano temblorosa y cautelosa.

—Por la muerte de nuestros enemigos —dijo Crandall, echándose la suya al colete. Observó cómo Otto la paladeaba lenta y cuidadosamente, saboreándola gota por gota.

—Mejor será que no te entusiasmes demasiado.— le advirtió —. So pena que no des más trabajo a Elsa que el de llevarte un ramo de flores todos los días de visita a la sala de alcohólicos.

—No temas — gruñó Blotto Otto, mirando al interior de su copa vacía —. Me destetaron con alcohol. Y de todos modos, es la última copa que bebo hasta que la haya liquidado. Así había planeado las cosas Nick: una copa para celebrarlo, y luego Elsa. No he aguantado estos siete años para echarlo todo a perder al final.

Dejó la copa sobre la mesa,

—Siete años seguidos en aquel infierno abrasador. Y antes, doce años con Elsa. Doce años haciéndome la vida imposible, riéndose en mis barbas, diciéndome que ella era mi mujer y me tenía legalmente, que yo tendría que aguantarla como ella quería que yo la aguantase y que a mí tenía que gustarme. Y si yo me atrevía a plantarle cara, ella se arreglaba para que me detuviesen.

»¡Las semanas que pasé en la fresquera, en el campo de trabajo, hasta que Elsa se sentía magnánima y decía al juez que tal vez ya me había aprendido la lección, y que quería darme otra oportunidad! Y yo le suplicaba de rodillas (¡no, arrastrándome a sus pies!) que me concediese el divorcio, pues no teníamos hijos, a pesar de que ella era sana y joven, pero ella se mofaba de mí. Cuando quería que pasase una temporada a la sombra, entonces se echaba a llorar delante del juez; pero cuando estábamos los dos solos, siempre se reía y se burlaba de mí para ver como yo me humillaba.

»Yo la aguanté, Nick; además, yo la mantenía. Te juro que le daba casi hasta el último centavo que ganaba, pero esto no era bastante. Le gustaba amedrentarme; me lo dijo. Y ahora, ¿quién está amedrentado? — Lanzó un profundo gruñido —. ¡El matrimonio... es para los idiotas!

Crandall miró por la ventana abierta junto a la que se sentaba, hacia los vertiginosos y concurridos niveles del Nueva York Metropolitano.

—Tal vez sí — dijo, pensativo —. No sé. Mi matrimonio fue bueno durante los cinco años que duró. Hasta que de pronto se agrió, como la mantequilla rancia.

—Al menos ella te concedió el divorcio — dijo Henck —. No te obligó a seguir con ella.

—Oh, Polly no era de esa clase de mujeres. Un poco atolondrada, pero tal vez no más que yo. Pequeña Polly, la llamaba yo; Gran Nick, me llamaba ella. El claro de luna se desvaneció y con él se apagó mi amor. Por aquel entonces, yo aún trataba desesperadamente de echar adelante la venta de piezas electrónicas al por mayor con Irv. Saltaba a la vista que yo no había nacido para ser millonario. Tal vez fuese eso. De todos modos, Polly quiso dejarme y yo le concedí la separación. Quedamos amigos. De vez en cuando me pregunto qué habrá sido de ella...

Se oyó un leve chapoteo, como el que causaría la aleta de una foca en el agua. La mirada de Crandall se posó en la mesa un segundo después de que la bola verde, que parecía un melón, hubiese caído sobre ella. Y en el mismo instante, la mano de Henck

levantó la bola y la tiró por la ventana. Cuando los largos filamentos verdes surgieron de la bola, ésta ya caía por el lado del gigantesco edificio y los filamentos no pudieron arraigar en la carne de un ser viviente.

Con el rabillo del ojo, Crandall había visto huir precipitadamente a un hombre que estaba en la barra. Por el modo como el público miraba con expresión asustada de su mesa a la puerta abierta, dedujo que aquel desconocido era quien había arrojado el objeto. Evidentemente, Stephanson creyó que valía la pena hacer seguir a Crandall, para ponerlo fuera de combate.

Blotto Otto no creyó necesario pavonearse de su hazaña. Ambos habían aprendido a reaccionar con rapidez hacía mucho tiempo... pasando por encima de numerosos cadáveres.

—Una bomba vegetal venusiana — observó —. Por lo menos, ese granuja no quiere matarte, Nick; solamente convertirme en un inválido.

—Esto es propio de Stephanson — asintió Crandall, mientras pagaba la cuenta y cruzaban frente a las caras de los asistentes, que sólo entonces empezaban a palidecer —. Sería incapaz de hacerlo él mismo. Habrá alquilado a un rufián. Y lo habrá hecho a través de un intermediario, para el caso de que el rufián resultase apresado y se fuese de la lengua. Pero esto aún no sería bastante seguro; por nada del mundo querría arriesgarse a una condena post-criminal por asesinato.

»Una dosis de diente de león Venusiano, debía decirse, y ya no tendría que preocuparse por el resto de sus días. Incluso sería capaz de ir a visitarme al hogar para incurables... del modo como me enviaba una postal todas las Navidades que pasé en la prisión. Siempre ponía lo mismo: «¿Todavía enfadado? Con amor, Freddy.»

—¡Valiente sinvergüenza, el tal Stephanson! — exclamó Blotto Otto, atisbando cuidadosamente en torno a la entrada antes de salir del bar y pasar a la acera del nivel decimoquinto.

—Sí, es un sinvergüenza, pero el mundo es suyo y hace lo que le da la gana. Me enteré ya de sus métodos cuando éramos condiscípulos y ambos ocupábamos la misma habitación en la Universidad, pero... ¿crees que eso me sirvió de algo? Volví a encontrármelo cuando el negocio de venta de piezas electrónicas al por mayor que había emprendido con Irv, se iba a paseo, unos dos años después de separarme de Polly.

»Yo estaba negro y quería confiar mis cuitas a alguien. Entonces le conté que entre mi socio y yo, que contaba hasta el céntimo, mientras que yo tenía la cabeza en las nubes, estábamos hundiendo un negocio que hubiera podido ser muy saneado. Además, yo quería crear aquella caja de mandos a distancia que había inventado, pero necesitaba tiempo para perfeccionarla.

Blotto Otto dirigía miradas inquietas a su alrededor, no por miedo a que les acechase otro asesino a sueldo, sino por lo inesperado que la resultaba la sensación de andar por su propia voluntad. Algunos transeúntes se volvían para mirar sus túnicas pasadas de moda, que les llegaban hasta la rodilla.

—Y esto es lo que hice — prosiguió Crandall —. Sé que cometí una estupidez, pero te aseguro, Otto, que no puedes imaginarte lo persuasivo que puede llegar a ser un sujeto como Freddy Stephanson. Me dijo que tenía una casa en el campo que no utilizaba, con un laboratorio completo de electrónica en el sótano. Lo puso a mi disposición, por el tiempo que quisiese; podía empezar a la semana siguiente. Únicamente tenía que preocuparme por mi manutención; él no quería alquiler ni nada parecido... lo hacía en recuerdo de nuestros viejos tiempos universitarios y porque quería verme hacer algo realmente importante en el mundo.

»¿Cómo podía yo pretender ser más listo que un artista consumado como aquél? Tuvieron que pasar dos años para que supiese que él debió de instalar el laboratorio de electrónica la misma semana en que yo pedí a Irv que liquidase mi parte en el negocio por doscientos créditos. Si bien se mira, ¿por qué le podía interesar a Stephanson, que dirigía

una empresa de corretaje, la posesión de un laboratorio de electrónica? ¿Pero quién piensa esas cosas cuando un antiguo condiscípulo nos demuestra tanto afecto y tanto interés por nuestros asuntos?

Otto suspiró y dijo:

—Entonces se dedicó a visitarte cada dos o tres semanas. Y luego, cosa de un mes después de que tú ya lo tenías todo a punto y en marcha, te impidió el acceso al laboratorio y trasladó todos tus planos y material a otro sitio. Y entonces tuvo la desfachatez de decirte que lo patentaría antes de que tuvieses tiempo de trazar nuevos planos, y que además allí era su casa... por lo tanto, siempre podría argüir que te había subvencionado, haciéndote trabajar a su servicio. Por último se rió en tus propias barbas, como hizo Elsa. ¿No fue así, Nick?

Crandall se mordió los labios al comprender hasta qué punto Otto Henck se había aprendido la lección. ¿Cuántas veces habían repasado ambos sus mutuas venganzas y las situaciones que las motivaron? ¿Cuántas veces habían dicho y repetido las mismas amargas historias, contándoselas con todo detalle, provocando las mismas respuestas en el que escuchaba, las mismas preguntas, los mismos asentimientos e incluso las mismas disconformidades?

De pronto sintió deseos de apartarse de su menudo compañero y gozar del lujo de la soledad. Vio el techo rutilante de un hotel dos niveles más abajo.

—Creo que me voy a quedar ahí. Tenemos que empezar a pensar en un sitio para pasar la noche.

Otto asintió; su estado de espíritu le sorprendía menos que su afirmación.

—Desde luego. Comprendo tus sentimientos. Pero esto es muy lujoso, Nick: es el Capricorn-Ritz. Por lo menos serán doce créditos al día.

—¿Y qué? Puedo darme la gran vida, durante una semana, si quiero. Y con mis antecedentes, siempre podré encontrar un buen trabajo cuando se me acaben los fondos. Esta noche quiero algo lujoso, Blotto Otto.

—Muy bien, muy bien. Ya tienes mis señas, ¿eh, Nick? Estaré en casa de mi primo.

—Las tengo, Otto. Que tengas suerte con Elsa.

—Gracias. Y tú, que tengas suerte con Freddy. Hasta la vista.

El hombrecillo se apartó bruscamente y se metió en un ascensor callejero. Cuando las portezuelas se cerraron, Crandall se sintió muy desamparado. Henck era para él más que un hermano. La verdad era que había pasado muchos días y muchas noches con él. Y no había visto a su hermano Dan desde hacía por lo menos nueve años.

Pensó en las pocas cosas que lo unían al mundo, si se exceptuaba el deseo más bien negativo de quitar a Stephanson de él. Una cosa que necesitaba, y pronto, era compañía femenina... la que fuese.

Pero, pensándolo bien, había algo que aún necesitaba con más urgencia.

Se acercó con paso precipitado a la droguería más próxima. Era una tienda importante, que formaba parte de una cadena de establecimientos similares. Y en el escaparate, en lugar no visible, estaba exactamente lo que él quería.

En el mostrador donde se despachaban tabacos, dijo al dependiente:

—Es muy barata. ¿Ya funciona bien?

El dependiente se irguió.

—Antes de poner un artículo a la venta, señor, lo comprobamos cuidadosamente. Somos la empresa más importante de venta al por menor de todo el Sistema Solar... por esto podemos ofrecer las cosas tan baratas.

—Muy bien. Démela de tamaño medio. Y dos cajas de cartuchos.

Con la pistola en el bolsillo, se sintió mucho más seguro. Tenía mucha confianza — basada en años de esquivar los ataques de seres que poseían sistemas nerviosos rapidísimos — en su capacidad para dar regates, quites y saltar a un lado. Pero le

gustaría hallarse en disposición de responder, si era atacado. ¿Y cómo podía saber si pasaría mucho tiempo antes de que Stephanson lo intentase de nuevo?

Se inscribió bajo un nombre falso, ardid que se le ocurrió en el último momento. No resultó un ardid muy eficaz, como tuvo ocasión de comprobar cuando el botones, después de recibir la propina, le dijo:

—Gracias, Mr. Crandall. Espero que pueda encontrar a su víctima, señor.

Así, se había convertido en una celebridad. Probablemente, su imagen era famosa en todo el mundo. Esto dificultaría un poco las cosas, para encontrar a Stephanson.

Mientras tomaba un baño, pidió al televisor que mirasen la ficha de aquel hombre en Información. Stephanson era un hombre rico y moderadamente importante siete años atrás; gracias al Mando Automático Stephanson — ¡qué nombre tan bonito, eh! — aún debía ser más rico y más importante en la actualidad.

Lo era, en efecto. El aparato de televisión informó a Crandall de que el mes anterior aparecieron en la prensa dieciséis noticias relativas a Frederick Stoddard Stephanson. Tras una breve reflexión, Crandall pidió la más reciente.

Llevaba la fecha de aquel mismo día:

«Frederick Stephanson, presidente del Trust de Inversiones Stephanson y de la Sociedad Electrónica Stephanson, ha salido a primeras horas de esta mañana con destino a su pabellón de caza del Tíbet Central, donde piensa permanecer al menos durante...»

—¡Ya es bastante! — gritó Crandall por la puerta del cuarto de baño.

¡Stephanson tenía miedo! ¡Al arrogante y altivo Stephanson no le llegaba la camisa al cuerpo! Esto ya era algo; a decir verdad, era una parte muy importante de la satisfacción que tenía que producirle su sacrificio de siete años. Dejaría que se bañase en su propio sudor durante un tiempo, hasta acoger casi con agradecimiento la muerte, cuando ésta llegase.

Crandall solicitó entonces las últimas noticias y le facilitaron inmediatamente un boletín sobre sí mismo, que entre otras cosas decía que se había alojado en el Capricorn-Ritz bajo el nombre de Alexander Smathers. «Pero ninguno de ambos es el nombre verdadero, mis queridos oyentes», decía con voz untuosa el locutor. «Ni Nicholas Crandall ni Alexander Smathers son los nombres que corresponden a nuestro hombre. Sólo hay un nombre para él... y este nombre es... «¡Muerte!» Sí, la muerte con su guadaña se ha instalado en el Capricorn-Ritz Hotel esta noche y sólo ella sabe cual de nosotros no verá la luz de mañana. Ese hombre, ese ceñudo vengador, este enviado de la muerte, es el único de nosotros que sabe...»

—¡Basta! — gritó Crandall, exasperado. Casi se había olvidado ya del tormento que tiene que soportar un hombre libre.

El circuito telefónico privado de la pantalla de la televisión se iluminó. Crandall se secó, se vistió apresuradamente y preguntó:

—¿Quién me llama?

—Su esposa, Mr. Crandall — dijo la voz de la telefonista.

Él se quedó mirando por un momento a la pantalla vacía, completamente estupefacto. ¡Polly! ¿De dónde salía ahora su ex-mujer? ¿Y cómo sabía que estaba allí? No, esto último era fácil... él era una celebridad.

—Póngame con ella — dijo por último.

La cara de Polly ocupó toda la pantalla. Crandall la observó con atención. Había envejecido un poco, pero posiblemente esto sólo podía observarse con aquel aumento.

Como si ella también se diese cuenta, Polly hizo un ajuste en los mandos de su aparato y su cara se hizo más pequeña, hasta ser de tamaño natural. Entonces apareció el resto

de su figura y lo que la rodeaba en la pantalla. Sin duda se hallaba en el living de la casa; parecía un piso amueblado de la clase media inferior. Pero ella estaba estupenda... maravillosa. ¡Qué recuerdos tan cálidos le despertaba su contemplación!...

—Hola, Polly. ¿A qué se debe esto? Eres la última persona a quien esperaba ver.

—Hola, Nick. — Ella se llevó la mano a la boca y lo miró un momento por encima de sus nudillos. Luego dijo —: Por favor, Nick. No juegues conmigo.

Él se dejó caer en una butaca.

—¿Cómo?

Ella empezó a sollozar.

—¡Oh, Nick, por favor! ¡No te muestres tan cruel conmigo! Sé muy bien por qué cumpliste esa condena... esos siete años. Así que oí tu nombre, comprendí por qué lo habías hecho. Pero, Nick, sólo fue uno... ¡sólo uno, Nick!

—¿Sólo uno qué?

—Sólo te fui infiel con un hombre. Y yo creía que él me amaba, Nick. No hubiera pedido el divorcio si hubiese sabido cómo era en realidad aquel sinvergüenza. Pero tú lo sabes, Nick, ¿verdad? Tú sabes cuánto me hizo sufrir. Ya he sido bastante castigada. ¡No me mates, Nick! ¡Por favor, no me mates!

—Escucha, Polly — dijo él, hecho un mar de confusiones —. Vamos, Polly, por el amor del Cielo...

—¡Nick! — dijo ella, haciendo pucheros —. Nick, fue hace más de doce años... diez, por lo menos. No me mates por eso, te lo ruego, Nick. Te aseguro, Nick, que no te fui infiel por más de un año... dos años a lo sumo. ¡Es verdad, Nick! Y créeme, Nick, sólo fue aquel hombre... los demás no contaron. No eran más que... aventurillas. No me importaban en absoluto, Nick ¡Pero no me mates! ¡No me mates!

Se cubrió el rostro con ambas manos y empezó a zarandearse, agitada por sollozos incontinentes.

Crandall la contempló en silencio durante un rato, pasándose la lengua por los labios. Luego exclamó «¡Qué asco!» y desconectó el aparato. Recostándose en la butaca, volvió a exclamar «¡Qué asco!», susurrándolo esta vez entre dientes.

¡Polly! Polly le había engañado durante su matrimonio. Por espacio de un año... No, de dos... Y... ¿qué había dicho de los otros?... ¡Ah, sí, que sólo eran... aventurillas!

La mujer que había amado, que creía haber amado siempre, a la que renunció con infinito pesar y una profunda sensación de culpabilidad cuando ella le dijo que el negocio lo apartaba de ella, pero que ella comprendía que no podía hacerlo renunciar a algo que era tan importante para él...

La pequeña Polly. Su Polly. Él nunca había pensado en ninguna otra mujer durante todo el tiempo que estuvieron juntos. Y si alguien, si alguien hubiese sugerido — o hubiese tan sólo insinuado — que le era infiel hubiera partido la cabeza del atrevido con una llave inglesa. Él le concedió el divorcio sólo porque ella lo solicitó, pero confiaba en que cuando el negocio estuviese en marcha y gracias a la buena administración de Irv él tuviese más tiempo libre, ambos podrían reanudar su vida juntos.

Pero el negocio fue de mal en peor, la mujer de Irv enfermó, por lo que él aún compareció menos por la oficina y...

—Me siento — se dijo, aún aturdido por los efectos de aquel golpe —, me siento como si acabase de descubrir que no existe el Papá Noel. ¡No existe Polly, ni todos aquellos años maravillosos! ¡Tenía un amante! ¡Y los demás eran simples aventurillas!

Se iluminó de nuevo el circuito telefónico.

—¿Quién es? — rezongó.

—Mr. Edward Ballaskia.

(¡Precisamente Polly, su pequeña Polly!)

Un hombre extraordinariamente obeso apareció en la pantalla. Miró a derecha e izquierda cautelosamente.

—¿Está usted seguro, Mr. Crandall, de que esta línea no está intervenida?

—¿Qué demonios quiere?

Crandall deseó por un momento convertirse en aquel hombre gordo. Le hubiera gustado pasar al interior de otra persona, para olvidarse de sus desdichas.

Mr. Edward Ballaskia movió la cabeza con desaprobación, mientras sus flácidos carrillos temblaban al compás del movimiento.

—Bien, si usted no quiere darme seguridades sobre este punto, me veré obligado a arriesgarme. Le llamo, Mr. Crandall, para pedirle que perdone a sus enemigos y les ofrezca la otra mejilla. Le pido que no olvide la fe, la esperanza y la caridad... y que piense que la mayor de estas tres virtudes cardinales es la caridad. Dicho en otras palabras, señor, abra su corazón a aquél o a aquella que intente matar, trate de comprender la debilidad que les impulsó al mal... y perdónelos.

—¿Y por qué tengo que perdonarlos? — preguntó Crandall.

—Porque eso redundará en su propio beneficio, señor mío. No solamente en su propio beneficio moral (aunque no debemos olvidar ni un momento la vida del espíritu), sino financiero. Económicamente provechoso, Mr. Crandall.

—¿Quiere usted tener la bondad de decirme de qué está hablando?

El hombre grueso se inclinó hacia él con una sonrisa confidencial:

—Si usted puede perdonar a la persona que le obligó a sufrir siete largos y terribles años de grandes penalidades, Mr. Crandall, estoy dispuesto a hacerle una proposición muy seductora. Tiene usted derecho a cometer un asesinato. Yo deseo que se cometa uno. Soy un hombre muy rico. En cambio usted, según colijo (le ruego que no se ofenda), es muy pobre.

»Puedo solucionarle el resto de su vida, haciendo que no le falte nada, Mr. Crandall, con la sola condición de que usted renuncie a sus indignas ideas de odio y venganza personal. Tiene usted que saber que tengo un competidor comercial que ha sido...

Crandall desconectó el aparato.

—Vete a cumplir tus siete años — dijo con cólera y desprecio a la pantalla apagada. Pero de pronto le hizo gracia. Se recostó en la butaca y rió hasta desternillarse.

¡Aquel asqueroso viejo de rostro mantecoso! ¡Mira que venirle con citas de textos religiosos!

Pero aquella llamada había tenido una utilidad, al poner todo cuanto le había dicho Polly bajo la perspectiva del ridículo. ¡Qué grotesca resultaba aquella mujer, sentada en su desaliñado pisito, temblando de pies a cabeza al recordar sus sucios devaneos de hacía más de diez años! ¡Pensar que ella se había imaginado que él había soportado aquellos siete años a causa de aquello! ¡Qué idea tan ridícula!

Pensó en ello un momento y luego se encogió de hombros.

—Bien, de todos modos, no le ha estado mal.

Y de pronto sintió hambre.

Pensó en pedir que le subiesen la cena, para evitar que otro de los sicarios de Stephanson le arrojase otra bola, pero cambió de idea. Si Stephanson lo perseguía de verdad, no le costaría mucho hacer que echasen algo en la comida que le servirían. Resultaría mucho más seguro comer en un restaurante escogido al azar.

Además, unas cuantas luces brillantes, un poco de alegría, le harían realmente bien. Aquella era su primera noche en libertad... y tenía que enjuagarse de la boca el mal sabor que le había dejado Polly.

Examinó cuidadosamente el corredor antes de salir. No había nadie, pero la acción le recordó un pequeño planeta próximo a Vega donde había que adoptar exactamente las mismas precauciones cada vez que se salía de uno de los túneles formados por las largas hileras paralelas de húmedos helechos semejantes a los del Período Carbonífero.

Porque si uno se olvidaba de mirar... corría el riesgo de encontrarse con un enorme molusco parecido a una sanguijuela que podía ocultarse allí. Era un ser que arrojaba

pedazos de concha con una fuerza prodigiosa. El proyectil solamente aturdió a sus víctimas, pero esto daba tiempo a la sanguijuela de aproximarse a ellas.

Y aquellos vampiros podían dejar a un hombre sin una gota de sangre en menos de diez minutos.

Una vez resultó alcanzado por un fragmento de concha y mientras yacía tendido en el suelo, Henck... ¡El bueno de Blotto Otto! Crandall sonrió. ¿Era posible que ambos recordasen un día aquellas espeluznantes aventuras, con verdadera nostalgia, como suelen hacer los soldados frente a sendos vasos de cerveza incluso después de la peor de las guerras?. Pues sí, así era, no habían salido indemnes de ellas en beneficio de individuos orondos y satisfechos como Edward Ballaskia y sus píos sueños de maldad.

Ni tampoco, pensándolo bien, a causa de una mujerzuela casquivana y voluble como Polly.

Frederick Stoddard Stephanson. Frederick Stoddard...

Alguien le puso una mano en el hombro y él se volvió, dándose cuenta de que estaba en el centro del vestíbulo.

—Nick — le dijo una voz familiar.

Crandall escrutó la cara que se veía al extremo de aquel brazo. Aquella barbita puntiaguda... no conocía a nadie con una barbita como aquella... pero los ojos le eran terriblemente familiares...

—Nick — repitió el desconocido de la barba. No puedo hacerlo.

Aquellos ojos... ¡Desde luego, era su hermano menor!

—¡Dan! — gritó.

—Sí, soy yo. Toma, ahí va eso.

Algo cayó con estrépito al suelo. Crandall miró a sus pies y vio una pistola sobre la alfombra, una pistola mayor y mucho más cara que la que él había comprado. ¿Por qué llevaba Dan una pistola? ¿Quién perseguía a Dan?

Con esta pregunta vino casi la comprensión. Y también el miedo... el temor a las palabras que podían salir de la boca de un hermano a quien no había visto desde hacía tantos años.

—Hubiera podido matarte, así que entraste en el vestíbulo — dijo Dan —. Te tuve encañonado constantemente. Pero quiero que sepas, Nick, que la causa de que no oprimiese el botón de disparo no fue el temor a la condena post-criminal.

—¿No? — dijo Crandall, en un soplo exhalado lentamente durante toda una vida retroactiva.

—No podía, sencillamente, añadir más culpas a las que ya tengo. Desde que te engañé con Polly...

—Con Polly. Sí, naturalmente, con Polly. — Sentía como si le colgase un peso de la mandíbula, que le hacía bajar la cabeza y abrir la boca —. Con Polly. Me engañaste con Polly.

Dan golpeó dos veces la palma de la mano izquierda con el puño derecho.

—Sabía que vendrías a buscarme tarde o temprano. La espera casi me hizo enloquecer... y la culpa también. Pero nunca me hubiera figurado que escogieses este camino, Nick. ¡Siete años esperando a que volvieses!

—¿Es por esto que no me escribías, Dan?

—¿Qué hubiera podido decirte? ¿Qué puedo decirte? Yo me figuré que la amaba, pero descubrí lo que yo era para ella tan pronto como se divorció. Creo que fue porque yo siempre había querido todo lo tuyo, porque tú eras mi hermano mayor, Nick. Esta es la única excusa que puedo ofrecer y sé exactamente lo que vale. Porque sé lo que era Polly para ti, lo que yo destruí con mi acción irreflexiva, como si te gastase una enorme broma. Pero te digo una cosa, Nick: no te mataré ni trataré de defenderme. Estoy harto. Me abrumba el sentimiento de culpabilidad. Ya sabes donde puedes encontrarme. Cuando quieras, Nick.

Dio media vuelta y se alejó con paso rápido por el vestíbulo, mientras en sus pantorrillas lucían las lentejuelas metálicas que entonces constituían la última moda masculina. No volvió la cabeza ni una sola vez, ni siquiera cuando dio la vuelta a la pared de plástico transparente que rodeaba el vestíbulo.

Crandall le vio alejarse, refunfuñó algo ininteligible para sus adentros, sintiéndose muy solo. Inclínándose, recogió la otra pistola y salió en busca de un restaurante.

Mientras permanecía sentado a su mesa, revolviendo el plato Venusiano cargado de especias y que no le supo ni la mitad de bueno de lo que él suponía, no hacía más que pensar en Polly y Dan. Y en aquellos incidentes... ahora podía recordar un montón de incidentes, pues ya disponía de un par de clavijas para colgarlos. Y pensar que nunca lo había sospechado... ¿pero quién iba a sospechar de Polly y de Dan?

Se sacó del bolsillo el documento con su libertad y lo examinó. «Habiendo cumplido como está prescrito una condena máxima de siete años, deducción de una condena de catorce años, Nicholas.

Crandall queda en libertad en el estado de pre-criminal...»

¿Para asesinar a su ex-esposa, Polly?

¿Para asesinar a su hermano menor Daniel?

¡Qué ridículo!

Pero ellos no lo habían encontrado tan ridículo. Ambos, tan seguros en su culpa, tan egoísticamente convencidos de que solamente ellos podían ser el objeto de un odio lo bastante intenso para soportar lo peor que podía ofrecer la Galaxia para alcanzar la venganza... Sí, y ambos habían estado tan convencidos de que su astucia normal, que ya había sido demostrada brillantemente, les había abandonado y se equivocaron de medio a medio al interpretar la mirada cálida y afectuosa de sus ojos. De haberlo hecho ambos podían haber interrumpido su confesión a la mitad, arreglando las cosas. ¡Si no hubiesen estado tan obsesionados por su propia culpa y hubiesen notado a tiempo su asombro, tal vez ambos seguirían aún engañándolo!

Con el rabillo del ojo vio a una joven de pie junto a su mesa. Había estado leyendo el documento por encima del hombro. Él se volvió para mirarla y entonces ella le sonrió.

Era fantásticamente hermosa. Esto quiere decir que poseía todo cuanto necesita una mujer para tener una belleza arrebatadora — figura, facciones correctísimas, tez, porte, ojos, cabello, todo perfecto —, pero completado por esos toques finales que, como en todas las artes, representan la diferencia que hay entre una gran obra y una obra maestra de todos los tiempos. Entre estos toques finales se contaban una fortuna suficiente para permitir que su poseedora luciese la última moda en peinado y vestido, así como una maravillosa piedra paeaea de Saturno que brillaba con su inapreciable resplandor negro sobre su atrevidísimo escote; la suficiente inteligencia femenina que brillaba en su firme mirada; y aquella cualidad refinadísima, de niña mimada y mal criada que emanaba de su persona y que constituía el último y más picante aliciente de una extraordinaria composición humana.

—¿Me permite que me sienta con usted, Mr. Crandall? — le preguntó con una voz de la que no podía decirse más, sino que correspondía al resto de su persona.

Bastante divertido, pero aún más jubiloso, él se hizo a un lado en el diván del restaurante. La maravillosa joven se sentó como una emperatriz que ocupase su trono ante los ojos de cien reyes vasallos.

Crandall sabía, dentro de límites aproximados, quién era y qué quería. O bien era una joven recién presentada en sociedad y que pertenecía a las más elevadas esferas sociales de todo el Sistema, o una estrella de la pantalla recién llegada y que aún se hallaba en el estado de nova.

Y él, en su calidad de presidiario recién liberado, y con el poder de dar la vida o la muerte en sus manos, representaba para ella un sabor que aún no había probado, pero que estaba decidida a saborear a toda costa.

Hasta cierto punto, aquello no resultaba halagador, pero una mujer como aquélla sólo muy raramente tocaba en suerte al común de los mortales; por lo tanto haría muy bien en aprovecharse de su situación. Satisfaría su capricho, mientras ella, por su parte, en su primera noche de libertad...

—Le dieron este documento al ponerlo en libertad, ¿no es cierto? — le preguntó ella, mirándolo de nuevo. Mientras lo observaba él vio que tenía el labio superior húmedo... ¡Qué pátina tan extraña y reveladora, en aquella joven tan espléndida!

—Dígame, Mr. Crandall — le preguntó al fin, volviéndose hacia él con los puntitos húmedos de su labio superior aun más brillantes que nunca —. Ha cumplido usted una condena pre-criminal por asesinato. ¿Es verdad que la pena que corresponde al asesinato y a la forma más brutal de estupro es exactamente la misma?

Tras un largo silencio, Crandall pidió la nota y salió del restaurante.

Se había calmado lo suficiente cuando llegó al hotel para dar la vuelta con cuidado alrededor del vestíbulo transparente. No se vislumbraba por las inmediaciones a nadie con facha de asesino pagado por Stephanson, aunque éste era un jugador muy cauto. Después de haber fallado su primer intento, no era fácil que lo repitiese por algún tiempo.

¡Pero aquella joven!. ¡Y Edward Ballaskia!

Había una nota en su casillero. Alguien había estado allí, dejándole únicamente un número para que le llamase.

¿Qué será esto, ahora?, se preguntó al subir a su habitación. ¿Stephanson echándome un cable? ¿O una madre infeliz que desea pedirme que estrangule a su hijo incurable?

Dio el número al aparato y se sentó para observar la pantalla con una viva curiosidad.

La pantalla se iluminó... una cara adquirió forma en ella. Crandall apenas pudo reprimir un grito de alegría. ¡Aún tenía un amigo en aquella ciudad de sus días en que aun no era un condenado! Era el bueno de Irv, siempre tan ocupado, tan realista y en quien se podía confiar a ciegas. Su antiguo socio.

Y entonces, en el mismo instante en que iba a lanzar un grito entusiasta de salutación, cerró la boca. Después de las cosas que acababan de pasarle aquel mismo día... Y había algo en la expresión de Irv que...

—Escucha, Nick — dijo Irv finalmente —. Sólo quiero hacerte una pregunta.

—¿Qué pregunta, Irv? — dijo Crandall, tratando de conservar la calma.

—¿Cuándo lo supiste? ¿Cuándo lo averiguaste?

Crandall rebuscó varias respuestas en su cerebro y finalmente escogió una.

—Lo sé desde hace mucho tiempo, Irv. Sólo que no estaba en situación de hacer nada. Irv asintió.

—Es tal como yo me figuraba. Pues bien, escucha, no voy a suplicarte. Sé que después de siete años de lo que tú has pasado, de nada me servirían las súplicas. Pero, me creas o no, yo no empecé a sisar mucho hasta que mi mujer se puso enferma. Me había quedado sin blanca. No podía pedir dinero prestado y tú estabas demasiado absorbido por tus preocupaciones domesticas para notarlo. Entonces, cuando el negocio empezó a ir bien, quise evitar que se descubriese una súbita discrepancia en la contabilidad.

»Así es que continué ordeñando la vaca, no para engañarte, Nick, te lo aseguro, sino para que no pudieses saber cuanto te había robado anteriormente. Cuando tú me dijiste que estabas completamente desanimado y querías salir del negocio... entonces, sí, reconozco que me porté como un canalla. Debiera habértelo dicho. Pero teniendo en cuenta que no nos habíamos llevado muy bien como socios, vi la ocasión de poner todo el negocio a mi nombre y darle un buen empujón y entonces...

—Entonces me diste la miserable cantidad de trescientos veinte créditos para echarme del negocio —dijo Crandall, terminando la frase por él —. ¿Qué capital tiene ahora la empresa, Irv?

Su interlocutor esquivó su mirada.

—Casi un millón. Pero escucha, Nick. Este año pasado ha sido buenísimo para el comercio al mayor. ¡Yo no te quité un negocio tan floreciente como es ahora! Escucha, Nick...

Crandall resopló con una especie de tétrica satisfacción.

—¿Qué, Irv?

Irv se sacó un pañuelo limpio y se secó la frente.

—Nick — le dijo, inclinándose hacia él y esforzándose por sonreírle —. ¡Escúchame, Nick! No pienses más en ello, deja de perseguirme, y te haré una proposición. Necesito un hombre con tus conocimientos técnicos para dirigir el negocio. Te daré un veinte por ciento de los beneficios, Nick... No, un veinticinco por ciento. Mira, estoy dispuesto a darte un treinta por ciento... hasta un treinta y cinco...

—¿Crees que eso me compensaría por estos siete años?

Irv agitó sus manos temblorosas en ademán conciliador.

—No, claro que no, Nick. Nada lo puede compensar. Pero escucha, Nick. Estoy dispuesto a darte un cuarenta y cinco por...

Crandall desconectó el aparato. Permaneció un rato sentado, luego se levantó y empezó a pasear por la sala. Deteniéndose, examinó sus pistolas, la que había comprado y la que había pertenecido Dan. Luego tomó de nuevo el documento de su libertad y lo releyó cuidadosamente, metiéndolo a continuación en el bolsillo de su túnica.

Notificó al aparato que quería solicitar una conferencia internacional.

—Muy bien, señor. Pero aquí hay un caballero que quiere verle. Mr. Otto Henck.

—Dígale que suba. Y pásame la conferencia así que se la den, señorita.

Pocos momentos después, Blotto Otto penetraba en su habitación. Había soplado de lo lindo, pero, como siempre, llevaba la borrachera con notable dignidad.

—¿En qué piensas, Nick?. ¿Puede saberse que demonios...?

—Chitón — le advirtió Crandall —. Espero una conferencia. ¡Ya está aquí!

La telefonista tibetana dijo:

—Su conferencia con Nueva York.

Inmediatamente la efigie de Frederick Stoddard Stephanson apareció en la pantalla. Aquel hombre había envejecido más que todos los otros que Crandall había visto aquella noche. Aunque nunca podía asegurarse nada con Stephanson: siempre parecía más viejo cuando se hallaba preocupado por algo.

Stephanson no dijo nada; sencillamente, se limitó a adelantar los labios, haciendo un hociquito y esperó a que Crandall dijese algo. Rodeándole, se hallaba lo que la Televisión considera como lo más espectacular en materia de pabellones de caza.

—Bien, Fredy — le dijo Crandall —. Lo que tengo que decirte no será muy largo. Será mejor que digas a tus sabuesos que no sigan intentando matarme o convertirme en un inválido. La verdad es que en estos momentos, ni siquiera me siento agraviado contra ti.

—¿Que ni siquiera te sientes agraviado?... — dijo Stephanson, readquiriendo su rígido aplomo —. ¿Por qué no?

—Porque... oh, por muchas cosas. Porque matarte no representaría siete años infernales de satisfacción... lo comprendo ahora que me dispongo a hacerlo. Y porque he visto que tú no te portaste peor conmigo que los demás... por lo que veo, todos me engañaron casi desde la cuna. Porque he llegado a la conclusión que soy un incauto innato: estoy hecho así. Lo único que tú hiciste fue aprovecharte de mis características innatas.

Stephanson se inclinó adelante, mirándolo con intensidad. Luego aflojó su tensión y se cruzó de brazos.

—¡Y lo extraordinario es que estás diciendo la verdad!

—¡Claro que digo la verdad! ¿Ves esto? — le mostró las dos pistolas —. Esta misma noche me libero de ellas. A partir de ahora estaré desarmado. No quiero seguir pesando las vidas ajenas en la balanza.

Su interlocutor se pasó la uña del índice bajo la uña del pulgar un par de veces, con aire pensativo.

—Voy a decirte una cosa. Si hablas en serio — y estoy convencido de que sí — tal vez podamos hacer algo. Llegar a un acuerdo, por ejemplo, para indemnizarte un poco por... Veremos.

—¿Ahora, cuando ya no es necesario que lo hagas? — dijo Crandall, estupefacto —. ¿Por qué no me lo ofrecías antes?

—Porque no me gusta que me obliguen a hacer las cosas contra mi voluntad. Hasta ahora me oponía a la fuerza con la fuerza.

Crandall pareció reflexionar.

—No lo entiendo. Pero tal vez es tu manera de ser. Bien, veremos, como tu dices.

Cuando se levantó para hablar con Henck, el hombrecillo aún seguía moviendo la cabeza lentamente, aturdido, concentrado en su propio problema.

—¿Qué te parece, Nick? Elsa participó en una excursión colectiva a la Luna el mes pasado. El tubo que llevaba el oxígeno a su casco se obturó y ella murió asfixiada antes de que nadie pudiese evitarlo. ¿No te parece una terrible ironía, Nick? ¡Un mes antes de que yo cumpliese mi condena... no pudo esperar a que volviese! ¡Estoy seguro de que murió riéndose de mí!

Crandall le rodeó los hombros con el brazo.

—Salgamos a dar un paseo, Blotto Otto. Ambos necesitamos ejercicio.

Era curioso las reacciones que provocaba la posibilidad de asesinato en las presuntas víctimas, se dijo. Unas reaccionaban como Polly... y como Dan. Otras, como Irv, que regateaba frenéticamente para salvar la piel, pero sin perder su astucia de comerciante. Luego Mr. Edward Ballaskia... y la joven del restaurante. Y por último, Fredy Stephanson, el que hubiera sido la verdadera víctima... y el único que no le pidió clemencia.

No le pidió clemencia, pero estaba dispuesto a demostrarle su esplendor. ¿Podía Crandall aceptar lo que equivalía a una limosna de manos de Stephanson? Se encogió de hombros. ¿Quién sabía lo que él o cualquiera podían o no podían hacer?

—¿Qué hacemos ahora, Nick?—le preguntó Blotto Otto cuando salieron del hotel —. Esto es lo que yo quería saber... ¿Qué hacemos ahora?

—Pues yo voy a hacer esto — repuso Crandall, tornando una pistola en cada mano —. Sólo esto.

Arrojó las brillantes armas, primero una, después otra, a las paredes transparentes que rodeaban el lujoso vestíbulo del Capricorn-Ritz. Resonaron dos golpes casi simultáneos y las paredes-ventana se rompieron en largas y puntiagudas esquirlas. El público elegante que llenaba el vestíbulo se volvió con sorpresa.

Un policía acudió corriendo, mientras su placa tintineaba al chocar con su uniforme metálico. Se acercó a Crandall y lo detuvo.

—¡Le vi hacer esto! ¡Le costará treinta días de arresto!

—¿Ah, sí? — dijo Crandall —. ¿Treinta días? Sacando del bolsillo el documento de su libertad, lo tendió al policía —. Mire, agente, le diré lo que tiene que hacer... Perfore este documento con el número correspondiente de agujeros o arranque la parte que le parezca proporcional. O ambas cosas a la vez si lo desea. A mí me da lo mismo.

LA ENFERMEDAD

Para la posteridad, diremos que fue un ruso, Nicolai Belov, quien la recogió y la trajo a la nave. La encontró durante una exploración geológica que efectuaba a unos diez kilómetros de la astronave, al día siguiente de su aterrizaje. Como detalle

complementario, diremos que conducía un jeep oruga, construido por más señas en Detroit, U.S.A.

Casi inmediatamente estableció comunicación radiofónica con la nave. Preston O'Brien, el oficial de derrota, se encontraba en aquellos momentos en la cámara de mando, como de costumbre, comprobando un rumbo de regreso figurado en los calculadores electrónicos. Fue él quien recibió la llamada. Belov, por supuesto, hablaba en inglés; y O'Brien, en ruso.

—O'Brien — dijo Belov muy excitado, una vez se hubo dado a conocer —. ¿Sabes que he encontrado? ¡Marcianos! ¡Una ciudad entera!

O'Brien cerró de golpe los relés de la calculadora, se recostó en el asiento de pilotaje y pasó los dedos por su pelo rojo, casi cortado al cero. No tenían ningún motivo para suponerlo, desde luego... pero todos ellos daban por descontado que eran los únicos seres vivos en aquel helado, polvoriento y seco planeta. La comprobación de que no era así, le produjo un súbito ataque agudo de claustrofobia. Aquello era como levantar la mirada de la tesis que estaba preparando en una vasta y silenciosa biblioteca de la facultad, para descubrir que se había llenado de parlanchines estudiantes de primer año que acababan de salir de una clase de composición inglesa. O como aquel desagradable momento al principio de la expedición, cuando aun estaban en Benarés, en que despertó de una pesadilla durante la cual había estado flotando en un negro vacío desprovisto de estrellas, para descubrir el musculoso brazo derecho de Kolevich colgando de la litera superior, mientras la atmósfera resonaba con tremendos ronquidos esclavos. Estas cosas sólo le sucedían porque estaba nervioso, se dijo para tranquilizarse; aquellos días todos estaban nerviosos.

Nunca le había gustado encontrarse en lugares estrechos, o que le pillasen desprevenido. Se frotó las manos con irritación sobre las ecuaciones que había garrapateado un momento antes. Desde luego, si bien se pensaba, si alguien tenía derecho a sentirse estrecho, eran los marcianos...

O'Brien carraspeó antes de preguntar:

—¿Marcianos vivos?

—No, eso no. ¿Cómo quieres que existan marcianos vivos con la ridícula atmósfera que le queda a este planeta? Los únicos seres vivos que hay aquí, como tú sabes, son líquenes y algún que otro gusano plano del desierto, como los que encontramos cerca de la nave. El último de los marcianos debió de perecer hace un millón de años por lo menos. ¡Pero la ciudad está intacta, O'Brien, intacta y maravillosamente conservada!

A pesar de su desconocimiento de la geología, el oficial de derrota no pudo ocultar su incredulidad.

—¿Intacta? ¿Debo entender que los agentes atmosféricos no la han reducido a polvo en un millón de años?

—En absoluto — repuso Belov —. Tienes que saber que es subterránea. Vi la boca de una gran caverna en declive y no comprendí lo que era. Pero me llamó mucho la atención, porque no estaba de acuerdo con el paisaje circundante. Además, de la boca de la caverna surgía una corriente continua de aire, que impedía la acumulación de arena. Entonces dirigí el jeep hacia la entrada, descendí por una rampa que tendría unos cincuenta o sesenta metros... y me encontré en una espaciosa y vacía ciudad marciana, que parecía Moscú dentro de miles de años. ¡Es maravillosa, O'Brien, maravillosa!

—No toques nada — le advirtió O'Brien. ¡Como Moscú! ¡Aquellos rusos!...

—¿Crees que estoy loco? Voy a tomar unas fotografías con mi Rollei. La maquinaria que mantiene en funcionamiento ese sistema de ventilación, también mantiene encendidas las luces; aquí abajo hay casi tanta luz como durante el día en la superficie. ¡Pero qué sitio! Bulevares como telarañas coloreadas. Casas como... como... ¡Piensa en el Valle de los Reyes, o en Harappa! No son nada, nada al lado de esto. ¿No sabías que soy muy aficionado a la Arqueología, verdad, O'Brien? Pues sí, lo soy. Y permíteme que

te diga que Schliemann hubiera dado un ojo — ¡sí, un ojo! — por este descubrimiento!. ¡Es magnífico!

O'Brien sonrió ante el entusiasmo del muchacho. En momentos así no podía evitar la idea de que los rusos eran excelentes y que al final todo iría bien...

—Te felicito — le dijo —. Toma esas fotografías y regresa en seguida. Entre tanto yo advertiré al comandante Ghose.

—Pero escucha, O'Brien, esto no es todo. Los que construyeron esta ciudad... los marcianos... eran como nosotros. ¡Eran seres humanos!

—¿Humanos? ¿Has dicho humanos? ¿Como nosotros?

La jubilosa risa de Belov desbordó los auriculares.

—Yo también estoy maravillado. Es pasmoso, ¿verdad? Eran seres humanos como nosotros. Incluso más que nosotros. En el centro de una plaza que se abre después de la entrada se alzan un par de estatuas, de las que no se hubieran avergonzado Fidias, ni Praxiteles ni Miguel Ángel. ¡Y fueron esculpidas en el Pléistoceno o el Flioceno, cuando el tigre de dientes de sable aún merodeaba por la Tierra.

Con un gruñido, O'Brien cortó el contacto. Luego se dirigió a la portilla de la cámara de mandos, que era una de las dos que poseía la astronave, y contempló el rojo desierto que se perdía en suaves ondulaciones por todos lados, hasta desaparecer en una niebla borrosa en los límites extremos de la visibilidad.

Esto era Marte. Un planeta muerto. Muerto, con excepción de las formas más rudimentarias de vida vegetal y animal, formas capaces de sobrevivir con las escasas cantidades de agua y de aire que su mundo hostil e inhóspito les concede. Pero antaño hubo hombres allí, hombres como él y Nicolai Belov. Hombres que poseyeron un arte y una ciencia y también, sin duda, filosofías contrapuestas. Vivieron antaño en el planeta rojo pero ya se habían extinguido. ¿Tuvieron que resolver también un problema de coexistencia... y no consiguieron resolverlo?

Dos figuras revestidas de trajes espaciales aparecieron a la vista, saliendo de un costado de la nave. O'Brien reconoció sus facciones a través de la burbuja transparente de su casco. El hombre más bajo era Fiodor Guranin, primer maquinista; el otro era Tom Smathers, su primer ayudante. Ambos habían estado sin duda examinando los chorros de popa, repasándolos cuidadosamente en busca de los daños que hubiesen podido sufrir en el viaje de ida. Dentro de ocho días, la primera expedición terrestre a Marte emprendería el regreso; antes de esta fecha, todas las partes de la nave debían hallarse en perfecto estado de funcionamiento.

Smathers vio que O'Brien le miraba por la portilla y lo saludó con la mano. El oficial de derrota le devolvió el saludo, Guranin levantó la mirada con curiosidad, vaciló un momento y también hizo un amistoso gesto de saludo. Entonces le tocó el turno de vacilar a O'Brien. ¡Qué tontería, se dijo! ¿Por qué no? E hizo un largo y amistoso gesto de saludo a Guranin.

No pudo contener una sonrisa. ¡Si entonces pudiese verles Ghose! El alto comandante de la nave contraería su rostro aristocrático de color café con una sonrisa de satisfacción indecible. ¡Pobre hombre! Vivía a base de migajas emocionales como aquella.

Y esto le recordó lo que acababa de oír. Saliendo de la cámara de mando, se asomó para echar una mirada a la cocina donde Semion Kolevich, el ayudante del oficial de derrota y primer cocinero, estaba abriendo latas de conserva para preparar el almuerzo.

—¿Tienes idea de dónde se encuentra el comandante? — le preguntó en ruso.

El interpelado lo miró fríamente, terminó de abrir la lata que tenía entre manos, tiró la tapa redonda por el orificio de la basura, que se abría en la pared, y replicó con un lacónico «no» inglés.

Saliendo de nuevo al corredor, se tropezó con el Dr. Alvin Schneider, que se dirigía a la cocina para su turno de lavaplatos.

—¿Ha visto usted al comandante Ghose, doctor?

—Está esperando en la sala de máquinas, para conferenciar con Guranin — respondió el rechoncho y menudito médico de a bordo. Ambos sostuvieron su breve conversación en ruso.

O'Brien hizo un gesto de asentimiento y prosiguió su camino. Pocos minutos después, abría la puerta de la sala de máquinas y vio al comandante Subodh Ghose, del Instituto Politécnico de Benarés, en la India, examinando un enorme plano mural del sistema de reactores de la nave. A pesar de su juventud — como los restantes hombres que se hallaban a bordo de la nave, Ghose aún no había cumplido veinticinco años — las fantásticas responsabilidades que llevaba sobre sus hombros habían creado dos profundas ojeras en su rostro, que le prestaban un aspecto de cansancio perpetuo. Que por otra parte era cierto, se dijo O' Brien, sin discusión posible.

Transmitió al comandante el mensaje de Belov.

—Hum — refunfuñó Ghose, frunciendo el ceño —. Confío en que tendrán suficiente sentido común para no... —. Se interrumpió de pronto al darse cuenta de que hablaba en inglés —. ¡Lo siento mucho, O'Brien! — dijo en ruso, con su mirada más sombría que nunca—. Como estaba aquí esperando a Guranin, tal vez me he imaginado que hablaba con él. Disculpeme.

—No vale la pena — murmuró O'Brien —. Para mí fue un gusto oírlo.

Ghose sonrió y desechó inmediatamente aquel tema.

—Debemos evitar que ocurra de nuevo. Como le decía, confío en que Belov tenga suficiente sentido común para dominar su curiosidad y no tocar nada.

—Me aseguró que lo hará. No se preocupe, mi comandante; Belov es un chico muy inteligente. Como todos nosotros; todos somos chicos inteligentes.

—Una ciudad en funcionamiento... — dijo el alto hindú con tono reflexivo —. Quizá aún exista vida en ella... tal vez Belov haya dado la alarma sin saberlo y ahora ocurra algo inimaginable. Por lo que sabemos, puede haber armas automáticas en ese lugar... bombas, cualquier cosa. Belov puede saltar por los aires y nosotros con él. Puede haber lo suficiente en esa sola ciudad para volar todo Marte.

—Oh, no creo — dijo O'Brien —. ¿No es ir demasiado lejos suponer todo esto? Me parece que usted hasta sueña con bombas, mi comandante.

Ghose le miró muy serio.

—Efectivamente, Mr. O'Brien. Sueño con ellas.

O'Brien notó que se sonrojaba. Para cambiar de tema, dijo:

—Me gustaría disponer de Smathers durante un par de horas. Las calculadoras parecen funcionar bien, pero me gustaría comprobar un par de circuitos para estar más tranquilo.

—Preguntaré a Guranin si puede cedérselo. ¿No le sirve su ayudante?

El oficial de derrota hizo una mueca.

—Kolevich no sabe ni la mitad de electrónica que Smathers. Es un matemático buenísimo, eso sí...

Ghose lo observó, como si tratase de adivinar si era este el único inconveniente.

—Es posible. Pero esto me recuerda una cosa. Tengo que pedirle que no abandone la nave hasta que regresemos a la Tierra.

—¡Oh, no, mi comandante! Me gustaría estirar las piernas. Y tengo tanto derecho como otro cualquiera a... a pisar la superficie de otro mundo.

Su fraseología hizo que O'Brien se sintiese un poco pomposo, pero qué diablo, se dijo, no había recorrido setenta millones de kilómetros para contemplar el planeta por una ventanilla.

—Puede usted estirar las piernas dentro de la nave. Usted sabe tan bien como yo que pasear embutido en un traje del espacio no es un ejercicio particularmente agradable. Y en cuanto a eso de pisar la superficie de otro mundo, ya lo hizo usted, O'Brien, durante la ceremonia de colocación del monumento conmemorativo.

O'Brien miró por la portilla de la sala de máquinas. A través de ella pudo distinguir la pequeña pirámide blanca que habían erigido en el exterior. Sobre cada uno de sus tres lados figuraba el mismo mensaje escrito en tres idiomas, inglés, ruso e indostani: Primera Expedición Terrestre a Marte. En Nombre de la Vida Humana.

Bonito detalle, pensó. Y típicamente hindú. Pero patético. Como todo lo referente a aquella expedición, sencillamente patético.

—Es usted demasiado valioso para que nos arriesguemos a perderlo, O'Brien — le explicó Ghose —. Lo pudimos comprobar durante el viaje de ida. Ningún cerebro humano puede calcular los cambios de rumbo repentinos con la rapidez y precisión de esas calculadoras. Y como usted participó en su creación, nadie más indicado para manejarlas. Por lo tanto, mi orden es irrevocable.

—Oh, vamos, no lo pinte tan mal; siempre podrá utilizar a Kolevich.

—Como usted mismo ha observado hace un momento, Semion Kolevich no sabe la suficiente electrónica. Si las calculadoras se estropeasen, tendríamos que llamar a Smathers y utilizar los servicios de ambos en equipo... lo cual, como usted sabe muy bien, no es muy de desear. Y aún así, sospecho que ni Smathers ni Kolevich, pero no podemos arriesgarnos: le considero a usted casi indispensable.

—Muy bien — dijo O'Brien con blandura —. La orden es irrevocable. Pero permítame que disienta de usted en una cosa, mi comandante. Usted y yo sabemos muy bien que sólo hay un hombre indispensable a bordo de esta nave. Y ése no soy yo.

Ghose lanzó un gruñido y se volvió. Entraron Guranin y Smathers, después de dejar sus trajes del espacio en la esclusa del vientre de la nave. El comandante y el primer maquinista sostuvieron una breve conversación en inglés, como resultado de la cual, después de oponer una resistencia mínima, Guranin accedió a prestar Smathers a O'Brien.

—Pero tiene que devolvérmelo a las tres lo más tarde.

—Lo tendrá usted — le prometió O'Brien en ruso, llevándose a Smathers consigo. Guranin se quedó para hablar con el comandante de algunas reparaciones que había que hacer en el motor.

—Me sorprende que no te haya hecho llenar una solicitud para eso — comentó Smathers —. ¿Qué demonios se figura que soy... un trabajador forzado de la Siberia?

—El tiene las preocupaciones inherentes a su cargo, Tom. Y por amor de Dios, habla en ruso. ¿Y si nos oyese el capitán o algunos de los esclavos? Supongo que no desearás crear complicaciones estando las cosas tan adelantadas.

—No lo hacía deliberadamente, Pres. Sencillamente, me olvidé.

Era algo muy fácil de olvidar, como sabía O'Brien. ¿Por qué el gobierno de la India no había permitido que los siete norteamericanos y los siete rusos aprendiesen indostani para que los miembros de la expedición pudiesen entenderse en un solo idioma, que en este caso sería el de su capitán? Aunque, pensándolo bien, la lengua materna de Ghose era el bengalí...

Sin embargo, sabía porque los hindúes habían querido añadir el estudio de aquellos dos idiomas al ya difícil curriculum del programa de adiestramiento de la expedición. La finalidad que se proponían con ello era la de que si los rusos hablaban inglés entre ellos y con los norteamericanos, mientras éstos hablarían y les contestarían en ruso, por lo menos se podría conseguir algo útil en aras de la convivencia dentro del microcosmo de la nave, aunque los objetivos políticos macrocósmicos fallasen. Y luego, cuando los tripulantes abandonasen la nave a su regreso a la Tierra, cada uno de ellos continuaría difundiendo en su patria las ideas de amistad y de cooperación para la supervivencia que habría adquirido en el viaje.

Esta era la verdadera finalidad. Era hermosa... y patética. ¿Pero había algo más patético que el estado del mundo en aquellos días? Había que hacer algo, y aprisa. Cuando menos los hindúes lo intentaban. No se limitaban a pasarse las noches en vela

con la mágica cifra seis, bailando y trazando horribles arabescos ante sus ojos: seis bombas, seis de las últimas bombas de cobalto y no quedarían trazas de vida en la Tierra.

Era de conocimiento público que Norteamérica poseía por lo menos nueve de estas bombas, Rusia, siete; Inglaterra, cuatro; China, dos, y que por lo menos había otras cinco bombas en existencia en los arsenales de sendas naciones libres y soberanas. Lo que eran capaces de hacer estas bombas había quedado demostrado de manera concluyente en los nuevos campos de pruebas que los Estados Unidos y la Unión Soviética poseían en la cara oculta de la Luna.

Seis... Bastarían seis bombas para aniquilar a todo el planeta... Todo el mundo lo sabía, y también que en caso de guerra estas bombas serían empleadas tarde o temprano por el bando que llevase las de perder, por el bando que considerase inminente la ocupación por el enemigo y la celebración de juicios para sus presuntos criminales de guerra.

Y todo el mundo sabía que la guerra era inevitable.

Una década tras otra se había ido aplazando, pero una década tras otra se había ido acercando de una manera sigilosa e irresistible. Era como una enfermedad persistente y tenaz contra la que el paciente lucha con fuerzas cada vez más menguadas, contemplando el termómetro con horror, escuchando su propia respiración sibilante con desesperación creciente, hasta que la enfermedad lo domina y da cabo de él. De todos modos, la Humanidad conseguía ir superando las crisis... pero éstas eran seguidas por ligeros empeoramientos, cada vez que se producían. Las conferencias internacionales seguidas por nuevas alianzas sucedían a las conferencias internacionales y la guerra se iba acercando inexorablemente.

Casi la tenían encima. Estuvo a punto de estallar hacía tres años, a causa de Madagascar, precisamente, y sólo la evitó un verdadero milagro. El año anterior estuvo a punto de producirse, por una disputa a causa de derechos territoriales en la cara opuesta de la Luna, pero un supermilagro, bajo la forma de un arbitraje del último minuto realizado por el gobierno de la India, volvió a evitarla. Pero a la sazón el mundo se hallaba definitivamente al borde del abismo. Dos meses, seis meses, un año... no tardaría más. Todos lo sabían. Todos esperaban con excitación, preguntándose estremecidos, cuando tenían tiempo para preguntárselo, por qué no hacían más que esperar, por qué tenía que suceder aquello. Pero sabían que era inevitable.

Así las cosas, mientras tanto la Unión Soviética como los Estados Unidos de América competían furiosamente en la carrera de los cohetes y de la Astronáutica — con el fin de que cuando llegase el momento de lanzar las bombas, esta operación pudiese efectuarse con la mayor eficacia y celeridad — así las cosas, la India hizo pública su proposición: que los dos gigantes que se enfrentaban, colaborasen en una empresa que ambos acariciaban, y en la que ambos podrían aprovechar sus mutuos conocimientos. Si uno de ellos llevaba una ligera ventaja en la realización de los vuelos espaciales, se sabía que el otro había conseguido crear un cohete atómico ligeramente superior. Que ambos uniesen sus recursos para realizar una expedición a Marte bajo el mando de un comandante hindú y bajo los auspicios de la India, en nombre de toda la Humanidad. Y que supiese el mundo de una vez y para siempre cuál era el bando que regateaba su colaboración.

Era imposible negarse, teniendo en cuenta la naturaleza de la proposición y el momento delicadísimo en que fue hecha. Por lo tanto allí estaban, pensaba O'Brien; habían conseguido llegar a Marte y probablemente conseguirían volver. Pero si bien esto había quedado demostrado, con su viaje no habían evitado nada. La explosiva situación política seguía igual; el mundo entraría en guerra antes de un año. Los hombres que tripulaban la astronave lo sabían muy bien... quizá mejor que el resto de sus contemporáneos.

Cuando atravesaron la esclusa, para dirigirse a la cámara de mandos, vieron a Belov quitándose trabajosamente el traje del espacio. Se acercó desmayadamente, dando saltos para quitarse la parte inferior del traje.

—Que descubrimiento, ¿eh? — gritó —. Al segundo día y en medio del desierto. ¡Esperad a ver las fotografías!

—Me muero de ganas de poder verlas — le dijo O'Brien —. Entre tanto será mejor que vayas corriendo a la sala de máquinas y te presentes al comandante. Tiene miedo que hayas oprimido un botón, cerrando un circuito y poniendo en marcha una máquina que hará saltar a Marte en pedazos y a nosotros con él.

El ruso les dirigió una amplia sonrisa.

—Este Ghose y sus explosiones planetarias...

Se pasó la mano por la frente y movió la cabeza de un lado a otro con expresión preocupada.

—¿Qué te pasa? — le preguntó O'Brien.

—Una ligera migraña. Me ha empezado hace unos momentos. Será de haber estado tanto rato encerrado en el traje.

—Yo he pasado el doble de tiempo en el traje espacial — dijo Smathers, hurgando distraídamente el equipo que se había quitado Belov — y no tengo dolor de cabeza. Tal vez sea porque en Norteamérica hacemos mejores cabezas.

—¡Tom! — le reconvinó O'Brien —. ¡Por amor de Dios!

Belov juntó los labios apretadamente, hasta que formaron una línea blanca. Luego se encogió de hombros.

—¿Echamos una partidita de ajedrez, O'Brien, después de comer?

—De acuerdo. Y por si te interesa te diré que voy a poner toda la carne en el asador. Sigo asegurando que las negras aún pueden ganar.

—Estás listo sin remedio — dijo Belov, sonriendo, y se dirigió a la sala de máquinas frotándose suavemente la cabeza.

Cuando estuvieron solos en la cámara de mando y Smathers empezó a desmontar la calculadora, O'Brien cerró la puerta y dijo encolerizado:

—¡Tu chistecito ha sido muy peligroso e inoportuno, Tom!. ¡Y tenía la misma gracia que una declaración de guerra!

—Ya lo sé. Pero ese Belov me crispera los nervios.

—¿Belov? Es el ruso más decente que está a bordo.

El segundo ingeniero destornilló un panel lateral y se puso en cuclillas a su lado.

—Tal vez lo sea para ti. Pero conmigo es muy grosero.

—¿De qué modo?

—Oh, de muchas maneras. Con el ajedrez, por ejemplo. Cada vez que yo le pido si quiere hacer una partida, responde que no jugará conmigo a menos que yo acepte que él prescindirá de la reina. Y entonces se echa a reír... con esa asquerosa risa suya.

—Comprueba esa conexión de arriba — le dijo el oficial de derrota —. Bueno, mira, Tom, Belov es un jugador formidable. Quedó séptimo en el último campeonato del distrito de Moscú, jugando contra una serie de maestros y primeras figuras. Es un resultado buenísimo en un país que siente por el ajedrez una veneración idéntica a la que sentimos nosotros por la pelota base y el rugby juntos.

—Oh, ya sé que es bueno. Pero yo no soy una nulidad. ¡Mira que perdonarme la vida de esta manera, prescindiendo de la reina!

—¿Estás seguro de que no hay algo más? Me parece mucha antipatía, la que tú sientes por él, considerando los motivos que tienes.

Smathers no contestó de momento, ocupado examinando un tubo.

—Y tú — dijo sin levantar la mirada —, tú parece sentir por él una gran simpatía, considerando los motivos que tienes para sentirla.

A punto de estallar, O'Brien recordó de pronto una cosa y se calló. Después de todo, podía ser cualquiera de ellos. ¿Y por qué no Smathers?

Poco antes de que hubiesen partido de los Estados Unidos para unirse con los rusos en Benarés, celebraron una última sesión ultrasecreta con los Servicios de Información Militar. Los oficiales del S.I.M. pasaron revista ante ellos a la delicada y peligrosísima situación en que iban a encontrarse. Por un lado, era necesario que los Estados Unidos no se hiciesen el remolón ante la propuesta india, participando en aquella expedición científica conjunta, ante los ojos del mundo, con tanto entusiasmo y espíritu de colaboración con la U.R.S.S., por lo menos. Por otro lado, era igualmente importante, posiblemente incluso más, que el enemigo potencial no utilizase aquel conjunto de conocimientos y técnicas para adquirir una ventaja que podía resultar decisiva. Para ello, por ejemplo, podía apoderarse de la nave durante el viaje de regreso, para hacerla aterrizar no en Benarés, sino en Bakú.

Fue entonces cuando les dijeron que uno de los miembros de su equipo había sido adiestrado especialmente por el Servicio de Información Militar del Ejército de los Estados Unidos, recibiendo al propio tiempo especiales instrucciones. Su identidad se mantendría en secreto hasta que él comprendiese que los rusos se disponían a hacer algo. Entonces se daría a conocer con una frase cifrada especial y a partir de aquel momento asumiría el mando del grupo norteamericano, el cual dejaría de acatar las órdenes de Ghose.

¿Y la frase cifrada, cuál era? Preston O'Brien sonrió al recordarlo. Era la siguiente: «Fuerte Sumter ha sido cañoneado» (2).

Pero lo que sucedería cuando uno de ellos se levantase para pronunciar la frase de marras, no tendría nada de divertido...

El estaba seguro de que entre los rusos había un hombre que ostentaba las mismas prerrogativas. Esto era tan seguro como que Ghose sospechaba que ambos grupos confiaban en esta medida de seguridad, con grave menoscabo del sueño ya muy precario e intranquilo del comandante de la nave.

¿Qué frase cifrada emplearían los rusos? «¿Fuerte Kronstadt ha sido cañoneado?» No... probablemente algo así como «¡Trabajadores de todo el mundo, uníos!» Sí, no había duda, la situación podía ser extremadamente grave, sí alguien cometía el menor error.

El oficial del S.I.M. podía ser muy bien Smathers. Sobre todo teniendo en cuenta su último exabrupto. Así es que O'Brien comprendió que más valía callarse la boca. En aquellos días, todos tenían que andar con pies de plomo y esto era especialmente cierto de los hombres que tripulaban aquella astronave.

Aunque sabía muy bien qué era lo que consumía interiormente a Smathers. Lo mismo, en sentido general, que impulsaba a Belov a pedir al oficial de derrota que jugase al ajedrez con él, a pesar de que era un jugador de tal categoría, que en la Tierra, no hubiera considerado a O'Brien digno de participar en un torneo con él.

O'Brien tenía el cociente de inteligencia más elevado de a bordo. No era nada especial ni que sobresaliese de forma espectacular. Simplemente, era que entre un grupo de jóvenes superdotados elegidos entre la flor y nata de la minoría científica de sus respectivos países, alguien tenía que poseer un cociente de inteligencia superior a los demás. Y resultaba que este alguien era Preston O'Brien.

Pero O'Brien era norteamericano. Y la preparación del viaje se había debatido en conferencias de alto nivel, en medio de laboriosas negociaciones diplomáticas y maniobras de entre bastidores, que por lo general acompañan al trazado de nuevas fronteras de gran importancia estratégica. Por lo tanto el hombre que poseía el cociente de inteligencia más bajo de la nave tenía que ser también un norteamericano. Y éste era Tom Smathers, ayudante del primer ingeniero.

Esto tampoco significaba nada excepcionalmente malo; sólo un punto o dos por debajo del siguiente.

Y en realidad, era un cociente considerablemente elevado por sí mismo.

Pero todos convivieron durante mucho tiempo antes de que la nave despegase de Benarés. Así intimaron extraordinariamente y sabían muchas cosas unos de otros, tanto por su contacto personal como por los informes oficiales. ¿Pero cómo podían saber ninguno de ellos qué clase de dato acerca de un compañero podría evitar el desastre en las crisis increíbles e imprevisibles en que pronto se podían ver envueltos?

Y así fue como Nicolai Belov, que poseía unas facultades para el ajedrez tan naturales e ingentes como las que poseía Sara Bernard para la escena, sentía un placer especial e inextinguible en derrotar a un hombre que apenas había conseguido participar en los campeonatos escolares. Y Tom Smathers alimentaba un constante sentimiento de inferioridad que podía convertirse en una actitud hostil y agresiva a causa de cualquier pretexto.

Aquello le parecía ridículo a O'Brien. Pero él no podía comprenderlo, en su privilegiada situación. Para él era muy fácil ser magnánimo.

¿Ridículo? Tan ridículo como seis bombas de cobalto. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis... y ¡bum!

Tal vez, se dijo, tal vez la solución residiese en el hecho de que eran una especie ridícula. Bien. Pero pronto habrían desaparecido. Como los dinosaurios.

Y como los marcianos.

—Me muero de ganas de ver esas fotografías que ha tomado Belov — dijo a Smathers, tratando de llevar la conversación a un terreno neutral, que no provocase discusiones —. ¡Imagínate a seres humanos paseando por este trozo de desierto, edificando ciudades, amando, investigando fenómenos científicos... hace un millón de años!

Su ayudante, con las manos hundidas hasta la muñeca en una maraña de hilos y alambres, se limitó a lanzar un gruñido pero negó que su imaginación se fuese en la mala compañía que para él era todo cuanto se relacionase con Belov.

O'Brien insistió:

—¿Qué debió de ser... de los marcianos? Si se hallaban tan adelantados en una época tan remota, es posible que tuviesen una astronáutica y partiesen en busca de un mundo más habitable. ¿Crees que visitaron la Tierra, Tom?

—Sí. Y están todos enterrados en la Plaza Roja.

Aquel hombre era imposible, pensó O'Brien; más valdría no insistir. Smathers aún estaba furioso al pensar que Belov quería jugar en igualdad de condiciones con el oficial de derrota.

Pero de todos modos, seguía deseando ver las fotografías. Y cuando bajaron a almorzar, en la gran cámara del centro de la nave, que hacía las veces de dormitorio, rancho, sala de recreo y almacén, a quien buscó primero fue a Belov.

Pero Belov no estaba allí.

—Está en el dispensario con el doctor — le dijo su compañero de mesa Layatinsky, con voz grave y preocupada —. No se encuentra bien. Schneider lo está examinando.

—¿Aquella jaqueca le aumentó?

Layatinsky asintió:

—Muchísimo. Y muy de prisa. Además siente dolores articulares. Y tiene fiebre. Guranin dice que le parece que es meningitis.

—¡Vaya!

Viviendo todos tan juntos, una enfermedad como la meningitis se difundiría entre ellos como la tinta por un secante. Aunque Guranin era ingeniero, no médico. ¿Qué sabía de medicina, y cómo se atrevía a diagnosticar?

Y entonces O'Brien se dio cuenta de que en el comedor reinaba un insólito silencio. Todos comían sin apartar la mirada del plato, mientras Kolevich les servía la comida... con aspecto un poco hosco, debido probablemente a que, después de haber tenido que preparar la comida le disgustaba tener que servirla, pues el encargado de hacerlo, que

era el doctor Alvin Schneider, había sido llamado de pronto para que atendiese a otros menesteres más urgentes.

Pero mientras los norteamericanos se limitaban a guardar silencio, los rusos parecían asistir a un funeral. Todos tenían la cara tan tensa y preocupada como si los fuesen a fusilar. Todos respiraban afanosamente, con breve y entrecortado resuello, como el que produce una extremada preocupación al debatir arduos problemas.

Era natural. Si Belov estuviese enfermo de cuidado, no se podría contar con él y esto los colocaba en una situación de grave desventaja respecto a los norteamericanos, reduciendo sus fuerzas casi en un quince por ciento. Y en caso de que la situación en ambos grupos se hiciese verdaderamente tensa...

Por consiguiente, el diagnóstico de aficionado de Guranin debía interpretarse como un resuelto intento al optimismo. ¡Sí, al optimismo! Si aquella enfermedad era meningitis y por lo tanto terriblemente contagiosa, era muy probable que otros la contrajesen, y éstos podían ser tanto rusos como norteamericanos. De esta manera, la balanza podía equilibrarse nuevamente.

O'Brien se estremeció. ¿Qué clase de locura era aquella...?

Pero entonces pensó que si hubiese sido un norteamericano y no un ruso quien se hubiese puesto enfermo de cuidado y se hallase en aquellos momentos en el dispensario, probablemente él estaría pensando lo mismo que Guranin. Y la meningitis le hubiera parecido entonces casi como un don del cielo.

El capitán Ghose descendió al comedor. Sus ojos parecían más oscuros y más pequeños que nunca.

—Escuchen todos. Tan pronto como hayan terminado de comer, preséntense a la cámara de mando, que hasta nueva orden, servirá de anexo del dispensario.

—¿Para qué, comandante — preguntó uno. — ¿Para qué tenemos que presentarnos?

—Para que les pongan inyecciones preventivas.

Reinó silencio. Ghose se dispuso a marcharse. Entonces el primer ingeniero carraspeó.

—¿Cómo está Belov?

El comandante hizo una momentánea pausa, sin volverse.

—Todavía no sabemos nada. Y en cuanto a lo que tiene, le diré, anticipándome a su pregunta, que tampoco sabemos lo qué es.

Todos guardaron un largo silencio mientras esperaban en fila, sumidos en sus propias cavilaciones, frente a la puerta de la cámara de mando, entrando y saliendo uno por uno. Le llegó el turno a O'Brien.

Entró y se arremangó el brazo derecho, como le ordenaron. En el fondo, Ghose miraba por la portilla, como si esperase la llegada de una expedición de socorro. La mesa de derrota estaba cubierta de trozos de algodón, recipientes llenos de alcohol y frasquitos que contenían un fluido opaco.

—¿Qué es esto, doctor? — preguntó O'Brien cuando le hubieron puesto la inyección y pudo bajarse la manga.

—Duoplexina, el nuevo antibiótico que los australianos lanzaron al mercado el año pasado. Su valor terapéutico aún no está plenamente comprobado, pero es lo más parecido a un curallotodo general que ha encontrado la Medicina hasta la fecha. No me gusta emplear una cosa que aún está sujeta a discusión, pero antes de que partiésemos de Benarés, recibí órdenes de ponerles una inyección de duoplexina al menor síntoma de gravedad que se presentase.

—Guranin dice que padece meningitis — apuntó el oficial de derrota.

—No es meningitis.

O'Brien esperó un momento, pero el facultativo estaba llenando otra jeringuilla hipodérmica y no parecía dispuesto a hacer nuevos comentarios. Preguntó entonces a Ghose, que se había vuelto de espaldas.

—¿Qué tal esas fotografías que tomó Belov? ¿Las han revelado ya? Me gustaría verlas.

El comandante se separó de la portilla y empezó a pasear por la cámara de mando con las manos a la espalda.

—Todo cuanto llevaba Belov — dijo en voz baja — está en cuarentena en el dispensario, junto con el propio Belov. Son órdenes del doctor.

—Oh, qué lástima. — O'Brien comprendía que debía marcharse, pero la curiosidad le hacía seguir hablando. Había algo que preocupaba a aquellos dos hombres, mayor incluso que el temor que atenazaba a los rusos —. Me dijo por la radio que los marcianos eran completamente humanoides. Es sorprendente, ¿verdad? ¡Se puede hablar de una evolución paralela!

Schneider dejó la jeringuilla con mucho cuidado.

—Evolución paralela — murmuró —. Evolución paralela y patología paralela. Aunque no parece actuar como ningún microbio terrestre. También podríamos hablar de susceptibilidad paralela. De eso no cabe duda.

—¿Quiere usted dar a entender que Belov ha sido atacado por un microbio marciano? —. O'Brien rumió cuidadosamente esta idea —. Pero esa ciudad es muy antigua. ¡Ningún germen podría sobrevivir tanto tiempo!

El doctorcito se dio unas palmadas en su pequeña panza.

—Nada nos impide pensar lo contrario. En la Tierra hay gérmenes que podrían sobrevivir. Como las esporas... de diversas maneras.

—Pero si Belov...

—Ya es bastante — intervino el comandante —. Doctor, acostúmbrese a no pensar en voz alta. Guarde silencio sobre esto, O'Brien, hasta que acordemos comunicarlo a todos. ¡El siguiente!

Entró Tom Smathers.

—Hola, doctor — dijo —. No sé si es importante, pero se me ha declarado la peor jaqueca de mi vida.

Los otros tres hombres se miraron en silencio. Schneider sacó un termómetro de un bolsillo de su camisa y lo introdujo en la boca de Smathers, maldiciendo por lo bajo mientras efectuaba esta operación. O'Brien suspiró profundamente y se marchó.

Se les ordenó a todos que se reuniesen aquella noche en el rancho-dormitorio. Schneider, con aspecto fatigado, se subió sobre una mesa, se secó las manos en el blusón y dijo:

—La situación es ésta, amigos. Nicolai Belov y Tom Smathers están enfermos. Belov está muy grave. Los síntomas parecen iniciarse con una ligera jaqueca y un aumento de temperatura.

»Estos síntomas empeoran rápidamente, yendo acompañados de agudos dolores dorsales y articulares. Esta es la primera fase de la enfermedad. Smathers se encuentra ahora en ella. En cuanto a Belov...

Nadie decía nada. Todos permanecían sentados en diversas posiciones de descanso, escuchando y mirando al doctor. Guranin y Layatinsky habían levantado la mirada de su tablero de ajedrez como si tuviesen que escuchar algunos comentarios relativamente de poca importancia que, por simple cortesía, tenían que considerarse como más importantes que el regio juego. Pero cuando Guranin derribó al rey con el codo, al cambiar de posición, ninguno de ellos se molestó en recogerlo para colocarlo luego en su lugar.

—En cuanto a Belov — prosiguió el Dr. Alvin Schneider tras un silencio —, Belov se encuentra en la segunda fase, caracterizada por terribles oscilaciones de la temperatura, delirio y una pérdida substancial de la coordinación... todo lo cual indica, desde luego, un ataque al sistema nervioso. La pérdida de la coordinación es tan aguda que afecta incluso la perístole, haciendo necesaria la alimentación intravenosa. Una de las cosas que

haremos esta noche será una demostración práctica sobre la alimentación intravenosa, para que cualquiera de vosotros pueda ocuparse de los enfermos. Hay que estar prevenidos.

O'Brien vio a Hopkins, el radiotelegrafista, que estaba al otro extremo de la cámara, haciendo con la boca un silencioso gesto de interjección.

El médico prosiguió:

—Hablemos ahora de lo que tienen. A decir verdad, no sé que es, y con esto está dicho todo. Sin embargo, estoy seguro de que no se trata de una enfermedad terrestre, aunque sólo sea porque parece tener uno de los periodos de incubación más cortos que conozco, así como una fase de desarrollo de una rapidez fantástica. Creo que Belov contrajo esta enfermedad en su visita a la ciudad marciana, y luego la trajo a la nave. No tengo la menor idea de si es mortal y de cuál sea su gravedad, aunque en tales casos, lo más prudente es pensar lo peor. La única esperanza que tengo en estos momentos es pensar que los dos hombres que la han contraído manifestaron sus síntomas antes de que yo tuviese ocasión de ponerles unas buenas dosis de duoplexina. El resto de nosotros — incluso yo — hemos tomado ya una inyección preventiva. Y esto es todo. ¿Alguna pregunta?

Nadie hizo preguntas.

—Muy bien — dijo el Dr. Schneider —. Quiero advertiros, de todos modos, aunque no creo que sea necesario en vista de las circunstancias, que aquél que sienta cualquier clase de jaqueca o de dolor de cabeza se presente inmediatamente, para ser hospitalizado y sometido a cuarentena. No hay duda de que nos enfrentamos con una enfermedad muy infecciosa. Ahora, si tenéis la bondad de acercaros un poco, os demostraré como se realiza la alimentación intravenosa con el comandante Ghose. Comandante, tenga la bondad.

Una vez terminada la demostración y cuando todos hubieron demostrado su suficiencia, practicando con sus compañeros, el médico recogió sus instrumentos, que olían a antiséptico, y dijo:

—Bien, esto ya está. Ahora estamos protegidos para cualquier eventualidad. Buenas noches a todos.

Cuando se disponía a marcharse, lo pensó mejor y se detuvo. Volviéndose, su mirada se fijó con atención en todos y cada uno de los presentes.

—O'Brien — dijo por último —. Venga conmigo.

Al menos ahora estamos empatados, pensaba el oficial de derrota mientras seguía al médico. Un ruso y un americano. ¡Con tal de que la igualdad continuase!

Schneider echó una mirada al interior del dispensario e hizo un gesto de asentimiento.

—Smathers ya ha entrado en la segunda fase — comentó —. La enfermedad progresa a un ritmo increíble. Es posible que estos gérmenes encuentren en nosotros un terreno abonado.

—¿No supo ya usted lo que es? — le preguntó O'Brien descubriendo, con gran sorpresa de su parte, que le costaba seguir al pequeño doctor.

—No sé. Esta tarde me he pasado dos horas al microscopio. Ni la menor traza. Preparé una buena cantidad de portaobjetos, con muestras de sangre, líquido cefalorraquídeo, esputos, etc., y tengo todo un estante con frascos llenos de muestras. Resultarán útiles para los médicos de la Tierra si nosotros... Bien. Tanto puede ser un virus filtrante, como un bacilo que requiera un tinte especial para hacerse visible. Puede ser cualquier cosa. Pero yo confiaba en descubrirlo... pese a saber que no tendremos tiempo de encontrar un remedio.

Penetró en la cámara de mando, llevando aún la delantera a su corpulento acompañante, se apartó a un lado y, cuando O'Brien hubo entrado, cerró la puerta con llave. O'Brien contemplaba desconcertado las acciones del doctor.

—No veo por qué se desanima usted tanto, doctor. Abajo tenemos a esas ratas blancas, que trajimos para hacer pruebas en el caso de que Marte hubiese tenido una atmósfera medianamente respirable. ¿No podría utilizarlas como animales de experimentación, para tratar de encontrar una vacuna?

El médico sonrió débilmente.

—En veinticuatro horas, ¿eh? Como en las películas. No, y aunque me hubiese propuesto hacerlo, ahora ya no hay tiempo.

—¿Qué significa este ahora?

Schneider se sentó con circunspección, poniendo su equipo médico sobre la mesa, a su lado. Luego sonrió.

—¿Tiene usted una aspirina, Pres?

Maquinalmente, O'Brien metió la mano en el bolsillo de su cazadora.

—No, pero creo que... — Entonces lo entendió y le pareció que una toalla húmeda se desenrollaba en su abdomen. — ¿Cuándo le empezó? — preguntó con voz ahogada.

—Debió de empezar hacia el final de mi conferencia, pero yo estaba demasiado ocupado entonces para darme cuenta. Lo noté por primera vez en el momento de salir del comedor. Entonces se había convertido en un dolor de cabeza espantoso. ¡No, no se acerque! — exclamó, cuando O'Brien se adelantó solícito —. Probablemente no servirá de nada, pero al menos manténgase a distancia. Quizá disponga así de un poco más de tiempo.

—¿Quiere que llame al comandante?

—Si lo necesitase, ya se lo hubiera comunicado yo mismo. Voy a hospitalizarme dentro de pocos momentos. Pero antes, deseo transmitirle mi autoridad.

—¿Su autoridad?. ¿Es usted el, el...?

El doctor Alvin Schneider asintió, para proseguir... en inglés:

—Sí, yo soy el oficial de Servicios de Información Militar. Lo era, debería decir. A partir de ahora, lo será usted. Suponiendo que no estemos todos muertos dentro de una semana, y suponiendo que se decida intentar el regreso a la Tierra a pesar del riesgo consiguiente de extender la infección por todo el planeta (cosa que yo, por mi parte, no recomendaría como médico), usted mantendrá su situación tan en secreto como yo, y en el caso de que surgieran dificultades con los rusos, usted se dará a conocer con la frase cifrada que ya conoce.

—«Fuerte Sumter ha sido cañoneado» — dijo O'Brien hablando lentamente. Aún no acababa de comprender plenamente el hecho de que Schneider fuese el oficial del SIM. Naturalmente, sabía que tenía que ser uno cualquiera de los siete americanos. ¡Pero Schneider!

—Muy bien. Si entonces usted consigue hacerse dueño de la nave, intentará aterrizar con ella en White Sands, California, donde seguimos nuestro curso de adiestramiento. Explicará a las autoridades cómo yo le transmití el mando. Es decir, excepto en el caso de que surjan dos eventualidades. Si usted contrae la enfermedad, dejo a su propia discreción designar a la persona que le sucederá... en este momento prefiero no pasar de usted. Y... es posible que me equivoque, pero tengo la impresión de que quien ocupa un cargo similar al mío entre los rusos es Fiodor Guranin.

—Completamente de acuerdo.—Y entonces O'Brien se percató plenamente de algo terrible—. Pero, doctor, ha dicho que se puso usted mismo una inyección de duoplexina. ¿No debiera bastar eso para...?

Levantándose, Schneider se frotó la frente con el puño.

—Pues me temo que no baste. Por esto la ceremonia que ahora estamos realizando me parece bastante estúpida. Pero yo tenía que traspasar mi responsabilidad. Ya lo he hecho. Ahora, si quiere usted disculparme, voy a acostarme. Le deseo buena suerte.

Cuando se dirigía a la cámara de mando para comunicar la baja de Schneider al comandante, O'Brien comprendió los sentimientos que debían de animar a los rusos al

comenzar aquella jornada. A la sazón, eran cinco americanos contra seis rusos. La cosa se ponía fea. Y el responsable era él.

Pero cuando ya tenía la mano en la puerta de la cámara, se encogió de hombros. ¡Tampoco era muy grande la diferencia! Y, después de todo, como había dicho el rechoncho médico: «Suponiendo que no estemos todos muertos dentro de una semana...»

La verdad era que la situación política de la Tierra pese a las tremendas consecuencias que podía tener para dos billones de seres, apenas les afectaba ya a ellos. No podían correr el riesgo de propagar la enfermedad en la Tierra y, si no conseguían volver a ella, había muy pocas probabilidades de que hallasen remedio para la misma. Se hallaban encaminados a un planeta extraño, esperando caer víctimas de la misteriosa enfermedad, que los abatiría uno tras otro... ¡Una enfermedad que había hecho sus últimas víctimas hacía cientos de miles de años!

Sin embargo... Seguía sin gustarle pertenecer al bando que estaba en minoría.

A la mañana siguiente, ya no lo estaba. Durante la noche, otros dos rusos cayeron víctimas de lo que ahora ya todos llamaban la enfermedad de Belov. Así quedaban cinco norteamericanos y cuatro rusos en pie... con la diferencia de que, en aquel momento, ya habían dejado de tener en cuenta la nacionalidad de las víctimas.

Ghose ordenó que convirtiesen la cámara que hacía las veces de rancho y dormitorio en hospital y que todos los hombres sanos durmiesen en la sala de máquinas. También hizo que Guranin instalase una cámara de irradiación frente a la entrada de la sala de máquinas.

—Todos los hombres que actúen como enfermeros en el hospital llevarán trajes espaciales — ordenó —. Antes de que pasen de nuevo a la cámara de máquinas, someterán el traje a un baño de radiaciones de la máxima intensidad. Solamente entonces podrán unirse al resto de nosotros y quitarse el traje. No es mucho y espero en que un germen tan virulento como este, sea detenido por tales precauciones, pero no podemos dejar de adoptarlas, aunque sólo sea para creer que seguimos luchando.

—Mi comandante — preguntó O'Brien —. ¿Qué le parece si tratásemos de ponernos en contacto con la Tierra por algún medio? Aunque sólo fuese para comunicar lo que nos sucede, para guía de futuras expediciones. Ya sé que no poseemos una emisora de radio lo bastante potente, pero... ¿No podríamos preparar un cohete con un mensaje, que tuviese probabilidades de ser recogido?

—Ya he pensado en eso. Resultaría muy difícil, pero admitiendo que pudiésemos hacerlo, ¿sabe usted de algún sistema para asegurarnos de que no enviaríamos el contagio junto con el mensaje? Y teniendo en cuenta las condiciones en que se halla la Tierra en estos momentos, no creo que valga la pena confiar en que se efectúe otra expedición, si no volvemos. Saben ustedes tan bien como yo que dentro de ocho o nueve meses a lo sumo... — El capitán se interrumpió —. Me parece que tengo una ligera migraña — dijo mansamente.

Incluso los hombres que habían estado trabajando sin descanso en la improvisada sala del hospital y que entonces estaban tendidos en sus literas, se incorporaron al oír esto.

—¿Está usted seguro? — le preguntó Guranin con, desesperación —. ¿No podría ser sólo una...?

—Estoy seguro. Bien, esto tenía que suceder, tarde o temprano. Espero que todos ustedes conozcan sus deberes en esta situación y sepan colaborar perfectamente. Cada uno de ustedes es capaz de asumir el mando de la expedición. Por lo tanto, si se presentase el caso y se tuviese que tomar una decisión importante, asumirá el mando aquel de ustedes cuyo apellido comience con la letra más baja del orden alfabético. Traten de convivir pacíficamente... durante el tiempo que aún pueda quedarles. Adiós a todos.

Dando media vuelta, salió de la sala de máquinas y penetró en el hospital. Todos siguieron con la mirada a aquel hombre delgado de tez oscura, que parecía llevar la corona del sufrimiento y del cansancio sobre su cabeza.

A la hora de cenar, aquella noche, sólo dos hombres aún no se habían hospitalizado: Preston O'Brien y Semion Kolevich. Realizaron con el mayor cuidado la operación de alimentar mediante inyecciones endovenosas a los pacientes, de limpiarlos y de arreglarlos, dominados por el abatimiento y la apatía. Era sólo cuestión de tiempo. Y cuando ellos cayesen, no habría nadie para cuidarlos.

De todos modos, realizaban su tarea con diligencia sometiendo cuidadosamente a la irradiación sus trajes del espacio, antes de regresar a la sala de máquinas. Cuando Belov y Smathers penetraron en la fase tercera, que era un completo estado comatoso, el oficial de derrota la describió en una nota que apuntó en el diario del Dr. Schneider, bajo la columna de temperaturas, que parecían cifras de la Bolsa de Valores de un día particularmente agitado en Wall Street.

Ambos cenaron en silencio. Nunca se habían tenido mucha simpatía y el hecho de verse obligados a soportar su mutua compañía parecía hondarla.

Después de cenar, O'Brien vio como Deimos y Fobos, las dos lunas marcianas, salían y se ponían en el negro cielo a través de la ventanilla de la sala de máquinas. A sus espaldas. Kolevich leía Puchkin, hasta que se quedó dormido.

A la mañana siguiente, O'Brien encontró a Kolevich ocupando ya una cama en el hospital. Su ayudante ya deliraba.

—Y entonces sólo quedó uno — se dijo Preston O'Brien —. ¿Adonde vamos ahora, muchachos, adonde vamos ahora?

Mientras realizaba sus tareas de enfermero, empezó a hablar solo. ¡Qué diablos, más valía esto que nada! Le permitía olvidar que era la única mente consciente que quedaba en aquel mundo rojo barrido por las tempestades de polvo. Le permitía olvidar el hecho de que pronto estaría muerto. Le permitía, de una manera más bien desquiciada, conservar su juicio.

Porque la catástrofe era irremediable. Aquella nave había sido construida para una tripulación de quince hombres. En un caso de emergencia, con cinco hombres se la podría gobernar. Incluso podía admitirse que dos o tres hombres, corriendo de un lado a otro como locos y haciendo prodigios de ingenio, podrían devolverla a la Tierra para hacer un aterrizaje forzoso. Pero un hombre solo...

Aunque la suerte le siguiese acompañando y no contrajese la Enfermedad de Belov estaba en Marte para siempre. Se quedaría en Marte hasta que se le terminasen los víveres, el oxígeno se agotase y la astronave se convirtiese en un mohoso panteón. Y si antes sentía dolor de cabeza... bien, el fin inevitable llegaría más de prisa.

Esta era la situación. Y no podía hacer nada para remediarla.

Se puso a vagar por la nave, que de pronto le pareció enorme y vacía. Se había criado en un rancho del norte de Montana, y nunca le había gustado la multitud. La forzosa convivencia en un espacio reducido que imponían los viajes por el espacio, había irritado siempre a Preston O'Brien como una piedrecilla en el zapato, pero esta inmensa y última soledad le resultó abrumadora. Cuando descabezó un sueñecito, se puso a soñar en el abarrotado graderío de un estadio durante las Series Mundiales de pelota base, en las sudorosas multitudes que salían del metro en Nueva York... Cuando se despertó, la soledad cavó de nuevo sobre él.

Para evitar volverse loco, se obligó a realizar pequeñas tareas. Escribió un breve relato de su expedición para una hipotética revista popular; calculó una docena de rumbos de regreso en la calculadora de la cámara de mando; registró los efectos personales de los rusos para saber — por simple curiosidad, pues ya no podía serle de utilidad alguna — quién era el oficial de información soviético.

Era Belov. Esto le sorprendió. Sentía una gran simpatía por Belov. Aunque, pensándolo bien, también había sentido simpatía por Schneider. Esto tenía cierto sentido, mirando las cosas desde muy arriba.

Con gran sorpresa por su parte, notó que echaba de menos la compañía de Kolevich. ¡Debiera haber hecho algo por conquistarse las simpatías del hombre antes del final!

Ambos experimentaron una viva antipatía mutua desde el principio. Por parte de Kolevich, sin duda, había que tener en cuenta el hecho de que O'Brien fuese el primer oficial de derrota, aunque el ruso tenía buenas razones para considerarse indiscutiblemente el mejor matemático que había a bordo. Y a O'Brien su ayudante le pareció un hombre falto de humor en grado notable, que alardeaba de una especie de truculencia embozada que nunca terminaba por convertirse en una abierta insubordinación, de todos modos.

Una vez que Ghose lo reprendió por la abierta hostilidad con que trataba a aquel hombre, él exclamó:

—Tal vez tenga usted razón. Creo que debería disculparme. Pero ningún otro ruso me inspira estos sentimientos. Me llevo muy bien con todos los demás. El único que me saca de quicio constantemente, lo reconozco, es Kolevich.

El comandante suspiró:

—¿No se da cuenta usted de lo que puede representar esta antipatía? Por un lado, usted encuentra a sus compañeros rusos muy agradables y decentes, personas de buen trato e incluso simpáticas, lo cual no puede ser, pero usted sabe que los rusos son todos unas bestias que debieran ser exterminados hasta el último. Por lo tanto, todos los temores, todas las cóleras y las frustraciones que lógicamente debe usted alimentar contra ellos, se canalizan en una sola dirección. Convierte usted a un solo hombre en cabeza de turco psicológica, para hacerle pagar las pretendidas culpas de toda una nación, y vierte usted sobre Semion Kolevich todo el odio que usted hubiera deseado dirigir contra los demás rusos, sin poder hacerlo porque, al ser usted una persona inteligente y sensata, los encuentra demasiado simpáticos.

»Todos odian a alguien en particular, a bordo de esta nave. Y todos creen tener sus buenas razones para detestar cordialmente al objeto de su odio. Hopkins aborrece a Layatinsky, pretendiendo que éste siempre está metiendo las narices en la cámara de comunicaciones; Guranin no puede ver ni en pintura al Dr. Schneider, por motivos que no alcanzo a comprender... y así sucesivamente.

—No estoy de acuerdo, mi comandante. Kolevich ha hecho lo imposible por fastidiarme. Lo sé positivamente. ¿Y qué me dice usted de Smathers, que odia a todos los rusos en bloque?

—Smathers es un caso especialísimo. Mucho me temo que, en primer lugar, sufra una inestabilidad emocional y la situación peculiar que ocupa en esta expedición — el hombre del índice de inteligencia más bajo — no contribuya a realzar su aplomo, precisamente. Usted podría hacerle mucho bien, convirtiéndose en su amigo particular. Sé que lo está deseando.

—Verá... — dijo O'Brien, encogiéndose de hombros con inquietud —. Yo no soy un apóstol de la psicología social. Me llevo bastante bien con él, pero sólo puedo soportar a Tom Smathers en pequeñas dosis.

Y esta era otra de las cosas que él lamentaba. Nunca había hecho ostentación del hecho de que fuese absolutamente indispensable como oficial de derrota y además el hombre más inteligente de a bordo; estaba seguro de no dedicar apenas un pensamiento a ello, por lo general. Pero entonces comprendió, al verlo sobre el resplandor mortecino de su próxima extinción, que casi diariamente se había complacido al pensarlo, regodeándose a causa de ello en el fondo de su espíritu. Era innegable que se había complacido en acariciar aquel pensamiento. Y lo había hecho con más frecuencia de lo que él mismo suponía.

Era como una enfermedad. Como la que se había apoderado de Hopkins, haciéndole odiar a Layatinsliý, Guranin. Schneider, Smathers y todos los demás. Como la dolencia que afligía a la Tierra en aquellos mismos momentos, en que dos de las mayores naciones del planeta y que como tales no necesitaban codiciar sus respectivos territorios, se disponían a regañadientes y sin mucho entusiasmo, a declararse la guerra, para enzarzarse en una lucha que las destruiría a ellas junto con las demás naciones aliadas y neutrales, una lucha que hubiera podido evitarse tan fácilmente y sin embargo era tan totalmente inevitable...

Tal vez, no habían contraído ninguna enfermedad en Marte, se dijo entonces O'Brien; tal vez se habían limitado a traer consigo una dolencia — que podría llamarse la Enfermedad Humana — a aquel arenoso planeta, limpio y esterilizado, dolencia que entonces los estaba matando porque allí no había encontrado a nadie más en quien cebarse.

O'Brien se estremeció.

Sería mejor que tuviese cuidado. Aquello podía conducirlo a la locura.

—Valdrá más que vuelva a hablar conmigo. ¿Cómo estás, chico?. ¿Te encuentras bien?. ¿No tienes dolor de cabeza?. ¿No sientes dolores, calambres ni experimentas fatiga?. ¡Entonces, es que debes estar muerto, chico!

Cuando aquella tarde fue a hacer la cura de rigor a los enfermos, observó que Belov había alcanzado lo que podía describirse como la fase cuarta. A diferencia de Smathers y Ghose, que aún estaban sumidos en el coma de la fase tercera, el geólogo parecía completamente despierto. Movía incansablemente la cabeza de un lado a otro y en su mirada había una expresión terrible, que helaba la sangre en las venas.

—¿Cómo te encuentras, Nicolai? — le preguntó O'Brien cautelosamente.

El enfermo no contestó. En lugar de ello, volvió lentamente la cabeza y le miró de hito en hito. O'Brien se estremeció. Aquella mirada era para asustar al más pintado, pensó mientras penetraba en la sala de máquinas y se quitaba el traje del espacio.

Tal vez la enfermedad no iba más allá. Quizá no mataba a sus víctimas. Schneider había dicho que atacaba el sistema nervioso; por lo tanto, tal vez el resultado final fuese la demencia.

—Estamos arreglados — murmuró O'Brien —. En buen lío estoy metido.

Después de comer, se dirigió a la portilla de la sala de máquinas. La pirámide que habían erigido el primer día atrajo su mirada; era la única cosa digna de verse en aquel paisaje de monótonas lunas. «Primera Expedición Terrestre a Marte. En Nombre de la Vida Humana.»

Si Ghose no hubiese tenido tanta prisa por levantar aquel monumento conmemorativo... El texto de la inscripción debiera de haberse cambiado: «Última Expedición Terrestre a Marte. En Recuerdo de la Vida Humana... Aquí y en la Tierra.» Así hubiera estado mejor.

Sabía lo que ocurriría cuando la expedición no volviese... y no se recibiese ningún mensaje de ella. Los rusos estarían seguros de que los norteamericanos se habían apoderado de la nave y aprovechaban los datos obtenidos por la expedición para perfeccionar sus técnicas de bombardeo atómico. Los norteamericanos estarían igualmente convencidos de que los rusos...

Ello sería el incidente.

—A Ghose seguramente le haría mucha gracia — se dijo Brien con acerba ironía.

Oyó un tintineo a sus espaldas. Se volvió rápidamente.

¡La taza y el plato que acababa de utilizar para el almuerzo flotaban en el aire!

O'Brien cerró los ojos, para abrirlos luego lentamente. ¡Si, no había la menor duda... estaban flotando! Parecían realizar una lenta y perezosa danza uno alrededor de otro. De vez en cuando se tocaban suavemente, como besándose, para separarse acto seguido.

De pronto, cayeron sobre la mesa y quedaron en reposo, como un par de globos, después de rebotar suavemente una o dos veces.

¿Habría contraído sin saberlo la Enfermedad de Belov?, se preguntó. ¿Era posible llegar hasta la última fase alucinatoria sin tener dolores de cabeza ni fiebre?

Oyó una serie de extraños ruidos en el hospital y salió de la sala de máquinas, olvidándose de ponerse el traje del espacio.

Varias mantas danzaban por el aire, como habían hecho la taza y el platillo. Remolineaban como bajo los efectos de un fuerte viento. Mientras miraba, mudo de asombro, otros objetos se unieron a aquella fantástica danza... un termómetro, una caja de inyecciones y unos pantalones.

Pero los hombres seguían tendidos silenciosamente en sus literas. Era evidente que Smathers había alcanzado también la fase cuarta. Movía la cabeza de la misma manera incansable y en su mirada había la misma expresión terrible, cada vez que sus ojos se fijaban en O'Brien.

Era algo alucinante...

¡Y entonces, cuando se volvió para mirar la litera de Belov, vio que estaba vacía! ¿Y si el ruso se hubiese levantado en su delirio para irse a vagar por la nave? ¿Y si se encontrase mejor? ¿Adonde había ido?

O'Brien empezó a registrar metódicamente la nave sin dejar de llamar al ruso. Sección por sección, compartimento tras compartimento, llegó por último a la cámara de mando. También estaba vacía.

¿Dónde se había metido Belov?

Mientras rondaba estupefacto por la reducida cámara, pasó frente a la portilla y miró casualmente al exterior. Y allí, fuera de la nave, vio a Belov... ¡sin traje del espacio!

¡Aquello era imposible... nadie hubiera podido sobrevivir ni un momento, sin gozar de la adecuada protección, en la helada y tenuísima atmósfera de Marte... sin embargo, allí estaba Nicolai Belov, paseando tranquilamente, como si la arena que pisaba fuese el pavimento de la Perspectiva Nevsky! Y de pronto sus contornos se hicieron huidizos y temblorosos, como si se hubiese convertido en una figura de vidrio... y desapareció.

—¡Belov! — gritó O'Brien —. ¡Por amor de Dios! ¡Belov! ¡Belov!

—Se ha ido a inspeccionar la ciudad marciana — dijo una voz a sus espaldas —. No tardará en volver.

El oficial de derrota se volvió como una exhalación. En la cámara no había nadie. Debía de estar completamente loco.

—No lo estás — dijo la misma voz. Y Tom Smathers surgió lentamente del piso sólido.

—¿Qué os pasa a todos vosotros? — consiguió articular O'Brien —. ¿Qué es todo esto?

—La fase quinta de la Enfermedad de Belov. Quinta y última. Hasta el momento, sólo Belov y yo hemos llegado a ella, pero los demás la están iniciando ya.

O'Brien consiguió llegar hasta un asiento, sobre el que se dejó caer. Trató de hablar un par de veces, pero no consiguió pronunciar palabra.

—Te imaginas que la Enfermedad de Belov nos convierte a todos en unos magos, ¿eh? — comentó Smathers —. No. En primer lugar, hay que advertir que no es una enfermedad.

Por primera vez, Smathers le miró directamente y O'Brien tuvo que apartar la vista. Ya no era aquella mirada horrible que le había visto cuando estaba en el hospital. Era... como si Smathers ya no fuese Smathers y se hubiese convertido en otra cosa.

—Está causada por un bacilo, eso sí, pero no del tipo parasitario. Es un bacilo simbiótico.

—Simbi...

—Como la flora intestinal, cumple funciones útiles. Funciones altamente útiles.

O'Brien tuvo la impresión de que a Smathers le costaba mucho hallar las palabras adecuadas, que elegía cuidadosamente como si... como si hablase con un niño de corta edad...

—Es exactamente así — le dijo Smathers —. Pero a pesar de todo, creo que conseguiré hacérselo entender. El bacilo de la Enfermedad de Belov se alojaba hace un tiempo inmemorial en el sistema nervioso de los antiguos marcianos, del mismo modo como nuestras bacterias estomacales viven en el aparato digestivo humano. Ambas son bacterias simbióticas; ambas permiten que los sistemas en que viven funcionen con mayor eficacia. El bacilo de Belov hace las veces de transformador neural dentro de nuestro organismo, multiplicando casi mil veces las facultades mentales.

—¿Quieres decir que eres mil veces más inteligente que antes?

Smathers frunció el ceño.

—Es muy difícil explicarlo. Sí, podríamos decir que soy mil veces más inteligente, si quieres expresarlo de otra manera. A decir verdad, las facultades mentales aumentan un millar de veces. La inteligencia no es más que una de dichas facultades o poderes. Hay muchos otros, como la telepatía y la telequinesis, que antes sólo existían en estado embrionario y apenas podían observarse. Yo estoy en comunicación constante con Belov, por ejemplo, esté donde esté. Belov domina casi completamente su medio ambiente físico y los efectos que el mismo produce sobre su cuerpo. Los objetos en movimiento que tanto te asustaron fueron el resultado de los primeros y torpes experimentos que hicimos con nuestras nuevas mentes. Aún tenemos mucho que aprender antes de que nos acostumbremos plenamente a nuestro nuevo estado.

—Pero... pero... — O'Brien rebuscaba una idea coherente en su tumultuoso cerebro, consiguiendo encontrarla al fin. — ¡Pero tú parecías gravemente enfermo!

—La simbiosis no se realizó sin dificultad — tuvo que reconocer Smathers —. Y nuestra fisiología no es idéntica a la de los marcianos. No obstante, ahora todo ha terminado. Regresaremos a la Tierra, contagiaremos a nuestros semejantes la Enfermedad de Belov (si es que quieres seguir llamándola así), e iniciaremos nuestra exploración del espacio y el tiempo. Por último, incluso conseguiremos entrar en contacto con los marcianos en el... en el lugar adonde se han dirigido.

—¡Y tendremos guerras más terribles de lo que podamos imaginar!

El ser que había sido Tom Smathers, segundo ingeniero auxiliar, movió negativamente la cabeza.

—No habrá más guerras. Entre las facultades mentales que se han hecho mil veces más poderosas, se encuentra una que posee relación con lo que tú denominarías conceptos morales. Los que nos encontramos a bordo de esta nave nos bastamos para evitar la guerra que ahora amenaza a la Humanidad; pero cuando la población del globo haya establecido conexión neural con los bacilos de Belov, el peligro habrá pasado totalmente. No, no habrá más guerras.

Reinó silencio. O'Brien se esforzó por rehacerse de la impresión.

—Bien — dijo —. Según parece, hemos encontrado en Marte algo que vale la pena. Y puesto que vamos a volver a la Tierra, será preferible que vaya preparando un rumbo basado en las presentes posiciones planetarias.

De nuevo apareció aquella mirada en los ojos de Smathers, más intensa que antes.

—No será necesario, O'Brien. No utilizaremos el mismo sistema que empleamos para venir. Haremos el viaje de una manera... más rápida.

—Tanto mejor — dijo O'Brien con voz temblorosa, poniéndose de pie —. Así, mientras vosotros preparáis los detalles, yo me pondré el traje del espacio y me iré a la ciudad marciana. Quiero conseguir una buena dosis de la Enfermedad de Belov.

El ser que había sido Tom Smathers lanzó un gruñido. O'Brien se detuvo. De pronto comprendió el significado de la espantosa mirada que había visto primero en Belov y entonces en Smathers.

Era una mirada de piedad infinita.

—Sí, eso es — dijo Smathers, con extraordinaria dulzura —. Tú nunca podrás contraer la Enfermedad de Belov. Posees una inmunidad natural a ese bacilo.

LA TERQUEDAD DE WINTHROP

Aquella era la gran dificultad, que lo resumía todo:

La terquedad de Winthrop.

Mrs. Brucks miró consternada a sus tres compañeros que habían venido con ella desde el siglo XX.

—¡Pero no puede hacerlo! — exclamó —. ¡Él no es el único... tiene que pensar en nosotros! ¡No puede dejarnos abandonados en este mundo de locos!

Dave Pollock se encogió de hombros dentro del correcto terno gris que chocaba de manera tan detonante con el decorado de la habitación del siglo XXV en que los cuatro estaban sentados. Era un joven flaco y nervioso cuyas manos tenían tendencia a sudar. En aquellos momentos, las tenía empapadas.

—Y aún tiene la desfachatez de decir que deberíamos estar contentos y agradecidos. Pero esto, a decir verdad, no le importa. Él se queda.

—Lo cual significa que nosotros también tendremos que quedarnos — comentó Mrs. Brucks, afligida —. ¿Pero es que él no lo comprende?

Pollock extendió sus sudorosas palmas con gesto desvalido.

—¿Y eso qué importa? Está absolutamente decidido a quedarse. Le gusta el siglo XXV. Yo discutí con él durante dos horas; pero es más terco que una mula. No pude hacerle cambiar de opinión, y entonces desistí.

—¿Por qué no habla usted con él, Mrs. Brucks? — apuntó Mary Ann Carthington —. Con usted siempre se ha mostrado amable. Tal vez consiga hacerle entrar en razón.

—Hum — rezongó Mrs. Brucks arreglándose el peinado que, después de dos semanas de estancia en el futuro, empezaba a perder su línea —. ¿Usted cree? ¿Le parece una buena idea, Mr. Mead?

La cuarta persona que ocupaba la estancia ovalada, un rechoncho caballero de media edad, cuyas facciones mostraban la expresión de un gato dispuesto a zamparse un canario para defender los intereses de la Decencia, reflexionó un momento antes de responder afirmativamente:

—No veo que pueda ser perjudicial. Quizá dé resultado. Y tenemos que hacer algo.

—Muy bien. Lo intentaré.

Mrs. Brucks dio un profundo suspiro con su alma de abuela. Sabía lo que pensaban sus compañeros, aunque no lo dijese. Ante sus ojos, Winthrop y ella eran los «viejos»... pues ambos pasaban de la cincuentena. Por consiguiente, debían tener algo en común que establecería entre ambos una corriente de simpatía.

El hecho de que Winthrop tuviese diez años más que ella apenas significaba nada para Mr. Mead, con sus cuarenta y seis años auestas, menos aún para Dave Pollock, con sus treinta y cuatro, y probablemente no tenía el menor significado para Mary Ann Carthington, con sus veinte abries. Seguramente todos pensaban que la «vieja» conseguiría convencer al «viejo».

¿Cómo podían comprender, viendo las cosas desde la burbujeante distancia de la juventud, el foso que separaba a Winthrop de Mrs. Brucks, que aún era más insalvable que el que los separaba de los demás? Para ellos poco importaba que él fuese un empedernido e impenitente solterón, que no se emocionaba por nada, mientras ella era la afectuosa y chismosa madre de seis hijos y abuela de dos, que ya había dejado atrás

orgullosamente sus bodas de plata. Ella y Winthrop apenas habían cambiado una docena de frases desde que llegaron al futuro, y habían experimentado una mutua y profunda antipatía desde el momento en que los presentaron en Washington para los exámenes finales del viaje por el tiempo.

Pero la terquedad de Winthrop era incuestionable. Mr. Mead había desplegado ante él todos los recursos de un gerente encolerizado. Mary Ann Carthington había tratado de hacer mella en su senilidad con sus encantos juveniles, su figura esbelta y su voz seductora. Incluso Dave Pollock, hombre culto, profesor de ciencias en un Instituto con el título de doctor en no recordaba qué disciplina, el propio Dave Pollock le había hablado de una manera muy persuasiva, sin conseguir conmoverlo ni sacarlo de sus trece.

Así, tenía que ser ella la encargada de convencer a aquel tozudo de Winthrop. De lo contrario, todos se quedarían en el futuro, en aquel horrible siglo XXV. No importaba que aquella misión le resultase más aborrecible que todo cuanto había tenido que afrontar en su agitada vida... tenía que ser ella.

Levantándose, alisó las arrugas del costoso vestido negro que con tanto orgullo su marido le había comprado en Lord & Taylor's, la víspera de su partida. ¡Quién podía convencer a Sam de que la escogieron por pura casualidad, sólo porque cumplía los requerimientos físicos que solicitaba el mensaje del futuro! Sam no hubiera prestado oídos a semejante afirmación; probablemente se pavoneó ante todo el taller, ante todos y cada uno de los demás grabadores con los que trabajaba, hablándoles de su esposa... una de las cinco personas seleccionadas en todos los Estados Unidos de América para realizar un viaje de quinientos años hacia el futuro. ¿Seguiría Sam pavoneándose cuando pasasen las seis de aquella mañana sin que ella regresara?

Esta vez el suspiro ascendió por su opulento pecho hasta estallar débilmente en su nariz.

Mary Ann Carthington le manifestó simpatía:

—¿Llamo al saltador, Mrs. Brucks?

—¿Crees que estoy loca? — le dijo Mrs. Brucks sin reprimir su enojo —. ¿Para ir al otro lado del vestíbulo necesito este espantoso aparato? Todavía soy capaz de andar un poco.

Se dirigió rápidamente a la puerta antes de que la joven pudiese llamar al inquietante artefacto que transportaba en un santiamén a las personas de un lugar a otro, dejándolas mareadas y con la cabeza dándoles vueltas. Pero se detuvo un momento y paseó su mirada triste por la habitación antes de abandonarla. A pesar de que no tenía nada en común con un íntimo y recogido piso de cinco habitaciones del Bronx, ella había pasado casi todos los minutos de sus quince días en el futuro allí, y a pesar de su peculiar mobiliario y sus paredes extrañamente coloreadas, lamentaba tenerla que dejar. Al menos allí no había nada que ondulase en el suelo ni nada se tendía hacia ella desde las paredes; en aquella estancia había toda la cordura que se podía encontrar en el siglo XXV.

Luego tragó saliva con dificultad, lanzó un suspiro y cerró la puerta detrás de ella. Acto seguido avanzó rápidamente por el corredor, teniendo buen cuidado de mantenerse en el centro exacto, guardando la mayor distancia posible con las paredes ondulantes de ambos lados, de las que a veces salían cosas.

Llegada a un punto del corredor en que una pared violácea parecía fluir incesantemente en torno a un cuadrado amarillo fijo, se detuvo. Con un mohín de disgusto, se dirigió al cuadrado para preguntarle con aprensión:

—¿Mr. Winthrop?

—¡Vaya vaya, si es Mrs. Brucks! — dijo el cuadrado con voz atronadora —. ¡Cuánto tiempo sin verla! Haga el favor de pasar, Mrs. Brucks.

El cuadrado amarillo tenía un diminuto orificio en el centro que se dilató rápidamente, convirtiéndose en una puerta. Ella entró con andar precavido, como si del otro lado la esperase una caída de varios pisos.

La habitación tenía forma de un largo y estrecho triángulo isósceles. No tenía mobiliario ni otras salidas, a no ser las que parecían indicar algún que otro cuadrado amarillo. Unas fajas coloreadas se perseguían ondulando por las paredes, techumbre y piso, en diversos matices del tono predominante del interior, con el que jugaban subiendo y bajando por la gama del espectro, desde un gris rosado hasta un azul marino oscuro y denso. Y con los colores iban aparejados los olores, que llenaban la estancia un momento, algunos agradables, otros intrigantes, pero todos ellos dotados de algo poco familiar y extraño. De detrás de las paredes y del techo brotaba la música, cuyos tonos servían de eco suave de los colores y los olores, reforzándolos y subrayándolos. Aquella música también resultaba extraña para unos oídos del siglo XX. Las series de disonancias eran seguidas por un silencio breve o largo durante el cual apenas se oía una melodía casi inaudible, como una isla de armonía en un océano de extraña sonoridad.

En el extremo más alejado de la estancia, en el ángulo agudo del triángulo, un vejete yacía tendido sobre una porción elevada del piso. De vez en cuando, aquella porción elevada alzaba o bajaba una de sus partes, de manera muy semejante a una vaca que tratara de acomodarse bien sobre la hierba.

El traje de una sola pieza que llevaba Winthrop se ajustaba continuamente y de manera similar a su cuerpo. Tan pronto era una túnica listada de blanco y de rojo, que lo cubría desde los hombros hasta las rodillas, como se alargaba lentamente hasta convertirse en una hopalanda verde que le cubría los dedos de los pies; o de pronto se contraía para transformarse en unos pantalones cortos de color marrón claro, decorados con un complicado dibujo de conchas de un brillante azul.

Mrs. Brucks observaba todo este espectáculo dando muestras de desaprobación casi religiosa. Ella intuía confusamente que un hombre debía vestir de la misma manera de un momento a otro, sin cambiar de atavío como una serie de planos fundidos y encadenados en una película.

No le importaba que llevase pantalones cortos, aunque su alma púdica y recatada consideraba que aquella indumentaria era sumaria en exceso para recibir la visita de una señora. En cuanto a la hopalanda verde, si bien no cuadraba con el sexo de Winthrop — según a ella le habían enseñado —, ya la toleraba más; después de todo, si él quería llevar lo que en el fondo era un traje, allá él. Incluso la túnica rojiblanca que tanto le recordaba a su añorada nietecita Debbie y su traje veraniego, le inspiraban sentimientos más indulgentes. ¡Pero al menos se quedase con uno de aquellos atavíos, mostrando cierta fuerza de voluntad!...

Winthrop dejó en el suelo el enorme huevo que sostenía en las manos.

—Tome usted asiento, Mrs. Brucks. Quítese el peso de sus pies — le indicó jovialmente.

Estremeciéndose al ver el bulto que se formó en el suelo cuando Winthrop hizo aquella indicación, Mrs. Brucks dobló finalmente las rodillas y se sentó, formando prudentemente por su parte posterior una línea tangente con aquel asiento.

—¿Cómo... cómo está usted, Mr. Winthrop?

—¡Pues muy bien, gracias! No puedo estar mejor, Mrs. Brucks. Oiga, ¿ha visto mi dentadura nueva? Me la han puesto esta mañana. Mire.

Abriendo la boca, se apartó los labios con los dedos.

Mrs. Brucks se inclinó hacia él, de veras interesada, para inspeccionar aquella exhibición de piezas blancas y brillantes.

—Buen trabajo — dijo por último, asintiendo —. Por lo visto, el dentista de aquí se la ha hecho muy de prisa.

—¿El dentista? — Abrió sus huesudos brazos en un amplio y jubiloso ademán. — En el año 2487 no hay dentistas. Me hicieron crecer estos dientes, Mrs. Brucks.

—¿Crecer? No le comprendo.. ¿Cómo lo hicieron?

—¿Cómo quiere que yo lo sepa? Son muy listos, esto es todo. Mucho más listos que nosotros en todos los aspectos. Resulta que oí hablar de la clínica de regeneración. Es un sitio donde si usted pierde un brazo, va usted allí y se lo hacen crecer a partir del muñón. Es un servicio gratuito, como todo. Pues yo me fui allí y dije: «Quiero una dentadura nueva» a la máquina que está en el vestíbulo. La máquina dijo que me sentase, yo conté uno, dos y tres y ¡bum!, ya está. Aquí estoy yo, exhibiendo mi nueva dentadura. ¿Quiere usted probarlo?

Ella se agitó inquieta en su improvisado asiento.

—Tal vez más adelante... esperaré a que lo perfeccionen.

Winthrop volvió a reírse.

—Tiene usted miedo — declaró —. Es usted como los demás... todos tienen miedo del siglo XXV. Su reacción ante todo lo nuevo, todo lo que es diferente, es echar a correr como un conejo en busca de una madriguera. Solamente yo, sólo Winthrop tengo valor. Soy el más viejo, pero eso no importa... soy el único que tiene valor.

Mrs. Brucks le dirigió una trémula sonrisa.

—Pero, Mr. Winthrop, usted también es el único, no deja a nadie. Yo tengo una familia, Mr. Mead también la tiene, Mr. Pollock es recién casado y Miss Carthington está prometida. A todos nosotros nos gustaría volver, Mr. Winthrop.

—¿Dice usted que Mary Ann está prometida?—El vejete exhibió una impúdica sonrisa—. Nunca lo hubiera supuesto, por la manera con que coqueteaba con aquel supervisor temporal. Esa rubia se irá con el primero que llegue.

—A pesar de todo, Mr. Winthrop, está prometida. Con un tenedor de libros de su propia oficina, por más señas. Un muchacho muy serio y trabajador. Y ella quiere volver para casarse con él.

El viejo levantó la espalda y su lecho formó una protuberancia entre sus paletillas y se puso a rascarlo nuevamente.

—Pues que vuelva. ¿Quién se lo impide?

—Pero, Mr. Winthrop... — Mrs. Brucks se pasó la lengua por los labios y juntó las manos en ademán de súplica —. Ella no puede volver, ni nosotros tampoco... si no lo hacemos todos juntos. ¿No se acuerda lo que nos dijeron al llegar los supervisores temporales? Todos tenemos que estar ocupando nuestros asientos en el edificio donde se halla la máquina del tiempo a las seis en punto, hora en que se realizará lo que ellos llaman la transferencia. Si no estamos todos allí a esa hora, dijeron que la transferencia no podría hacerse. Por lo tanto, si uno de nosotros, usted, por ejemplo, no se presenta...

—No me venga usted con problemas — le interrumpió Winthrop con brusquedad. Tenía el rostro congestionado y contrajo los labios, exhibiendo su flamante dentadura. Se percibió un acre olor en la habitación y aparecieron manchas carmesíes en las paredes, cuando la estancia se adaptó al talante de su ocupante. A su alrededor la música se convirtió en un murmullo repetido y amenazador.

—Todo el mundo pide favores a Winthrop. Pero nunca nadie ha hecho nada por Winthrop..

—¿Cómo? — inquirió Mrs. Brucks —. No le entiendo.

—Claro que me entiende. Pero de todos modos, se lo voy a explicar. Cuando yo era niño, mi padre volvía a casa borracho todas las noches y me daba unas palizas fenomenales. Yo era pequeño y por lo tanto todos los demás niños del barrio se dedicaban también a vapulearme. Cuando fui mayor, conseguí un mísero empleo que me permitía ir malviviendo. ¿Se acuerda usted de la depresión y de aquellas fotografías de gente que hacía cola para que les diesen pan? ¿Pues quién cree usted que estaba en aquellas colas, en todas las que se formaban en este condenado país? Pues yo, señora.

Y luego, cuando volvió la época de las vacas gordas, yo era ya demasiado viejo para que me diesen un empleo decente. Guardia de noche, recolector de bayas, lavaplatos, todo eso he sido yo. Siempre viviendo en pensiones baratas y en habitaciones llenas de chinches. Los demás tuvieron la salsa, pero Winthrop tuvo que conformarse con la basura.

Recogió el objeto en forma de huevo que estaba examinando cuando ella entró y se puso a observarlo con semblante adusto. Bajo el rojizo resplandor que llenaba la estancia, su rostro parecía haber adquirido un tinte aún más oscuro. Una gruesa vena de su flaco pescuezo latía coléricamente.

—Sí. Y, como usted dice, todos dejan a alguien, todos tienen a alguien que les espera... todos, menos yo. ¿Se entera usted? Todos, menos yo. Yo nunca he tenido un amigo, ni mujer, ni siquiera una amiguita que se quedase conmigo por más tiempo del necesario para gastar las cuatro perras que encontraba en mis bolsillos. Entonces, ¿para qué tengo que volver? Aquí soy dichoso, tengo todo cuanto quiero y sin tener que pagarlo. Ustedes quieren regresar porque se encuentran inadaptados... se sienten distintos e incómodos, fuera de su ambiente. Yo, no. Yo ya estoy acostumbrado a ser un inadaptado: por lo tanto, aquí estoy muy bien. Por fin sé lo que es ser dichoso. O sea que me quedo.

—Escuche, Mr. Winthrop — dijo Mrs. Brucks inclinándose hacia él con gesto ansioso, para dar un salto cuando notó que el asiento le seguía. Entonces se levantó, pensando que de pie disfrutaría al menos de un control mínimo sobre su medio ambiente inmediato —. Escuche, Mr. Winthrop; todos tenemos nuestros problemas y dificultades. Con mi hija Annie por ejemplo, pasé una temporada que no se la desearía ni a mi peor enemigo. Y con mi Julius... Pero el hecho de que yo tenga dificultades y problemas no me autoriza a traspasarlos a los demás. ¿Cree usted que estaría bien que les impidiese volver a sus casas cuando se encuentran mal, y están cansados de las máquinas transportadoras, de las máquinas alimenticias y... qué sé yo... de las máquinas, máquinas y...

—Hablando de máquinas alimenticias — la atajó Winthrop, levantando la cabeza —. ¿Ya ha visto usted mi nuevo fonógrafo alimenticio? Es del último modelo. Me hablaron de él anoche, yo dije que quería uno y, sí, señor, esta misma mañana me han dejado uno flamante a la puerta. Sin complicaciones, molestias, ni dinero. ¡Qué mundo!

—Pero no es su mundo, Mr. Winthrop. Usted no ha hecho nada en él, usted no trabaja en él. Aunque todo sea gratis, usted no tiene derecho a disfrutar de sus ventajas. Hay que pertenecer a este mundo, haber nacido en él.

—Las leyes de este mundo no dicen nada al respecto — comentó Winthrop con tono ausente, abriendo el enorme huevo y examinando la colección de esferas, interruptores y llaves que había en su interior.

—Mire, Mrs. Brucks... mandos para duplicar el volumen, mandos para duplicar la intensidad, mandos para triplicar las vitaminas. ¡Qué aparato! Con éste, se puede elevar el contenido en grasas de una comida, por ejemplo, reduciendo al propio tiempo su dulzura con esta llavecita... y si se pulsa este botón se puede comprimir toda la comida hasta las proporciones de un solo bocado, y así aun se pueden probar otras dos composiciones. ¿Quiere hacer una prueba? Le pongo la última creación de Unni Oehele, este nuevo compositor de Aldebarán: Recuerdos de un Soufflee Marciano.

Ella movió la cabeza con decisión.

—No, para mí, una comida se sirve en plato. No quiero probarlo. De todos modos, muchas gracias.

—No sabe usted lo que se pierde. Créame, señora, se pierde usted algo sin igual. El primer plato es un movimiento ligero... un allegro formado con hierbas de Aldebarán IV mezcladas con un vinagre picante de Aldebarán IX. El segundo plato, Grand Consommé, es mucho más lento y majestuoso. Oehele lo basa en un caldo preparado con el chund blanco, un animal oriundo de Aldebarán IV y parecido a un conejo. Fíjese que emplea sólo ingredientes propios de Aldebarán para sugerir un plato típicamente marciano. ¿Se da

cuenta? Es lo mismo que hizo Kratzmeier en Un Larguísimo Postre en Deimos y Fobos, sólo que éste es mucho mejor. Más moderno, si es que usted me comprende. Luego, en el tercer plato, Oehele alcanza su mayor altura. Él...

—¡Por favor, Mr. Winthrop! — le suplicó Mrs. Brucks —. ¡Basta! ¡Esto es demasiado! No quiero seguir oyendo más.

Lo fulminó con la mirada esforzándose porque sus labios no se frunciesen en una mueca de desdén. Ya había tenido demasiado con su hijo Julius, hacía unos años, cuando le llenaba la casa con una serie de amigos y amigas entusiastas del arte abstracto, estudiantes como él. Durante aquella época, su hijo, que se las daba de artista de vanguardia, le largaba discursos en una jerga incomprensible, que aprendía en las críticas musicales de los periódicos y en las notas impresas que figuraban en los álbumes de discos. Por amarga experiencia supo desde entonces reconocer sin equivocarse a un snob estético.

Winthrop se encogió de hombros.

—Muy bien, muy bien. Pero por lo menos podía usted probarlo. Sus compañeros lo hicieron. Comieron un poco de Kratzmeier clásico o de Gura-Hok; no les gustó y lo escupieron... muy bien. Pero usted no ha querido probar más que la asquerosa bazofia del siglo XX desde que llegamos aquí. Desde el primer día no ha querido salir de la habitación. Y hay que ver cómo ha pedido a la habitación que se decorase... ¡Jesús! Queda tan anticuada que me revuelve el estómago. ¡Deje usted de vivir en el siglo XX, señora, y despierte!

—Mr. Winthrop — le dijo ella con seriedad —. ¿Sí, o no? ¿Se quiere usted mostrar amable conmigo o no?

—Se acerca usted a los sesenta — continuó él, sin hacerle caso —. A los sesenta, Mrs. Brucks. En nuestra época, ¿cuánto puede esperar vivir aún? Diez o quince años a lo sumo. Aquí, usted podría vivir otros treinta años, tal vez cuarenta. Yo aún confío en vivir por lo menos otros veinte. Con las máquinas médicas que tienen, pueden hacer maravillas. Y no hay que preocuparse por las guerras, por las epidemias, por las depresiones económicas, por nada. Todo es gratuito, hay infinidad de cosas interesantes que hacer y que ver, Marte, Venus, las estrellas... ¿Por qué demonios están ustedes tan empeñados en volverse?

Mrs. Brucks, que a duras penas podía ya dominarse, se desmoronó completamente.

—Porque allí tengo mi casa — sollozó — y todo cuanto entiendo. Porque quiero estar con mi marido, mis hijos y mis nietos. Y porque este mundo no me gusta, Mr. Winthrop... ¡No me gusta, ea!

—¡Pues vayase al diablo! — vociferó Winthrop. La habitación, que durante los últimos momentos había adquirido un color dorado pálido, se volvió de nuevo de color de rosa, en simpatía con el humor de su ocupante —. ¡Vayase donde le dé la gana! Todos ustedes juntos tienen menos valor que una cucaracha. Incluso ese joven... cómo se llama..., ah, sí, Dave Pollock, aunque de momento pensé que tendría arrestos. Salió conmigo durante la primera semana y lo probó todo. Pero también se asustó y volvió a encerrarse en su cuartucho. Esta época es demasiado decadente — dijo —, demasiado decadente. Pues que se vaya con usted... ¡Y vuélvanse todos a su condenado siglo XX!

—Pero no podemos volver sin usted, Mr. Winthrop. ¿No recuerda que dijeron que la transferencia tenía que ser completa por ambos extremos? Si uno se queda, todos los demás tendrán que quedarse; por eso no podemos volver sin usted.

Winthrop sonrió, acariciándose la vena palpitante de su cuello.

—Desde luego, no pueden ustedes volver sin mí. Pero yo me quedo. Esta vez será el viejo Winthrop quien llevará la batuta.

—Por favor, Mr. Winthrop, no sea usted tan terco. No nos obligue a imponerle nuestra voluntad.

—No podrán imponerme nada — le dijo con una sonrisa de triunfo —. Sé perfectamente cuales son mis derechos. Según las leyes de la Norteamérica del siglo XXV, no puede obligarse a ningún ser humano a hacer nada contra su voluntad. Así es. Me he tomado la molestia de comprobarlo. Si ustedes tratan de sacarme de aquí por la fuerza, yo me pongo a gritar que me obligan a hacer algo contra mi voluntad y en menos que canta un gallo seré puesto en libertad por las máquinas del gobierno. Así van las cosas en esta época. ¡Meta esto en su vieja calabaza y fúmelo!

—Escuche — dijo ella cuando ya se disponía a marcharse —. A las seis estaremos todos en el edificio de la máquina del tiempo. Tal vez para entonces haya cambiado de idea, Mr. Winthrop.

—No habré cambiado — respondió él —. De esto puede usted estar segura... No pienso cambiar de idea.

Entonces Mrs. Brucks volvió a su habitación para decir a sus compañeros que Mr. Winthrop seguía sin dar su brazo a torcer.

Oliver T. Mead, vicepresidente encargado de las relaciones públicas en Depósitos Asépticos Dulcefondo, S. A., de Gary, Indiana, tamborileaba impacientemente con sus dedos sobre el brazo de la butaca de cuero rojo que la habitación de Mrs. Brucks había creado especialmente para él.

—¡Es ridículo! — exclamó —. Además de ridículo, es una solemne estupidez. Que un Don Nadie, un vago, sea capaz de evitar que unas personas serias vayan a sus ocupaciones... ¿Ya saben ustedes que habrá una conferencia de ventas de alcance nacional para la gran liquidación de saldos de Dulcefondo dentro de pocos días? Yo tengo que asistir a ella. Es absolutamente necesario que vuelva esta misma noche a nuestra época, tal como estaba planeado, sin excusas de ninguna clase. Les aseguro a ustedes que se armará la gorda si las personas a quienes incumbe nuestro regreso no procuran que éste se realice.

—Desde luego que sí — dijo Mary Ann Carthington, mirándoles con sus ojos redondos, respetuosos y cubiertos de rimmel —. Una gran empresa como la suya puede crearles graves dificultades, ¿verdad, Mr. Mead?

Dave Pollock le dirigió una cansada sonrisa.

—¿Una empresa que existió hace quinientos años? ¿A quién se quejarán... a los libros de Historia?

Cuando el elegante caballero se enderezó y dio media vuelta, muy disgustado, Mrs. Bruck extendió ambas manos y exclamó:

—¡No se enfaden, no se peleen! Hablemos, tratemos de hallar una solución, pero sin pelearnos. ¿Creen ustedes que es cierto eso de que no podemos obligarle a volverse?

Mr. Mead se repantingó en la butaca, con la vista perdida por una ventana inexistente.

—Tanto puede ser cierto, como mentira. Estoy dispuesto a creerlo todo, ¡sí, todo!, del año 2458; nada me sorprende ya, pero esto, de ser cierto, demuestra una irresponsabilidad criminal. Que nos inviten a visitar su época y luego no hagan todos los esfuerzos imaginables para hacernos regresar sanos y salvos después de dos semanas como estaba previsto... además, ¿qué pasará con las cinco personas que han enviado a visitar nuestra época, las cinco personas con las que hicimos la transferencia? Si nosotros nos quedamos aquí, esas personas tendrán que quedarse en 1958, tal vez para siempre.

Cualquier gobierno digno de este nombre tiene que extender su protección a los súbditos de su país que viajan por el extranjero. Si no es capaz de dispensarles esta protección, vale menos que nada y no es más que una máquina de cobrar impuestos, una burocracia inepta... ¡Sí, les aseguro que esto sería algo positivamente criminal!

La linda carita de Mary Ann Carthington hacía gestos de asentimiento, a compás de los puñetazos que daba Mr. Mead sobre el brazo del sillón de cuero rojo.

—Esto es lo que digo. Sin embargo, aquí el gobierno parece estar constituido únicamente por máquinas. ¿Y cómo se puede discutir con máquinas? El único hombre perteneciente al gobierno que hemos visto desde que estamos aquí, es ese Mr. Storku que nos dio la bienvenida oficialmente a los Estados Unidos de América del año 2458. Y no parecía sentir mucho interés por nosotros. Al menos, no lo demostró.

—¿Se refiere usted al jefe de protocolo del Departamento de Estado? — preguntó Dave Pollock —.

¿Aquél que bostezó cuando usted le dijo que era muy distinguido?

La joven hizo un ligero ademán como si quisiera abofetearle, acompañado por una sonrisa de reproche.

—¡No sea usted malo!

—Bien, ahora voy a decirles lo que tenemos que hacer: primero — Mr. Mead se levantó y empezó a extender los dedos de la mano derecha uno tras otro —. Tendremos que conformarnos con el único ser humano del gobierno que conocemos personalmente, o sea Mr. Storku. Segundo, tendremos que designar a un representante calificado entre nosotros. Tercero, este representante calificado tendrá que visitar oficialmente a Mr. Storku para exponerle los hechos sin ambages. Del primero al último y sin que puedan existir equívocos. De cómo su gobierno consiguió comunicarse con el nuestro, para notificarle que el viaje por el tiempo era posible, aunque sólo teniendo en cuenta ciertas leyes físicas,, especialmente la ley de... la ley de... ¿Qué ley, Pollock?

—La ley de la conservación de la materia. La materia, o su equivalente en energía, no puede crearse ni destruirse. Si se desean transferir a cinco personas del cosmos del año 2458 al cosmos del año 1958, hay que sustituirlas simultáneamente en su propia época con cinco personas que posean exactamente su misma masa y estructura, procedentes de la época a la cual se dirigen. De lo contrario, se tendría una solución de continuidad en la masa del continuo de espacio-tiempo y un sobrante correspondiente en el otro. Es como una ecuación química...

—Esto es todo cuanto deseaba saber, Pollock. No soy un alumno que asiste a una de sus clases; por lo tanto, no tiene usted que impresionarme, Pollock — observó Mr. Mead.

—¿Quién dice que trataba de impresionarlo? ¿Acaso puede usted hacer algo por mí?... Como no sea darme un empleo en su imperio de depósitos asépticos... Únicamente intenté aclarar algo que al parecer le costaba mucho comprender. Esto es el fondo de nuestro problema: la ley de la conservación de la materia. Y tal como ha sido preparada la máquina para nosotros cinco y para las cinco personas que ellos han escogido, la transferencia no se podrá realizar hasta que todas las personas seleccionadas se hallen presentes a ambos extremos de la conexión y en el mismo momento.

Mr. Mead asintió lentamente y con sarcasmo, diciendo:

—Muy bien, muy bien. Muchísimas gracias por su lección, pero ahora, si no le importa, me gustaría continuar. Algunos de nosotros no somos funcionarios del Estado y, por lo tanto, nuestro tiempo es precioso.

—Escuchen al mago de las finanzas — dijo Dave Pollock con fruición —. Dice que su tiempo es precioso. Pues mire, Ollie, amigo mío, mientras Winthrop siga en sus trece, aquí nos quedaremos todos. Y mientras aquí sigamos, no pasaremos de ser unos palurdos en el año 2458, unos salvajes procedentes de las bárbaras edades pasadas. Para que esté usted enterado, le diré que mi tiempo es tan precioso como el suyo, ¿sabe usted?

—¡A callar! — ordenó Mrs. Brucks —. Sean buenos chicos y no se peleen. Y usted continúe, Mr. Mead. Es muy interesante lo que está diciendo. ¿No es verdad, miss Carthington?

La joven rubia asintió, arrobada.

—Desde luego. No se eligen a los gerentes por nada. ¡Dice usted las cosas tan... tan bien, Mr. Mead!

Oliver T. Mead, algo ablandado, le dirigió una débil sonrisa de gracias.

—Estábamos en el punto tercero, ¿no es cierto? Decía que hay que exponer los hechos sin ambages a Mr. Storku. Hay que decirle que vinimos de buena fe, después de ser elegidos por un concurso de alcance nacional que se proponía descubrir las cinco réplicas exactas de las cinco personas de esta época. Decirle que lo hicimos en parte llevados por una natural y comprensible curiosidad de ver como es el futuro, y en parte por patriotismo. ¡Sí, señor, por patriotismo! ¿No sigue siendo nuestra patria esta Norteamérica del 2458? ¿No continúa siendo nuestra tierra natal, por extraños e inexplicables los cambios que hayan sobrevenido en ella? Como patriotas no podíamos tomar otro partido, como patriotas debíamos...

—¡Vamos, que esto ya es el colmo! — estalló el maestro de escuela, sin poderse contener —. ¡Oliver T. Mead predicando la fidelidad a la bandera!

Ya sabemos que usted moriría por su patria bajo un fuego graneado de cotizaciones de Bolsa. No es usted un hombre subversivo, ¿verdad? Y díganos, ¿cuál es su idea?

Reinó un largo silencio en la habitación, mientras el rechoncho hombre de negocios gesticulaba, haciendo ver que trataba de dominarse. Terminada la pantomima, golpeó con la palma de la mano el costado de su traje oscuro hecho a medida y dijo:

—Pollock, si no le interesa lo que tengo que decir, puede salir a darse una vuelta por el vestíbulo. Como estaba diciendo, después de explicar el quid de la cuestión a Mr. Storku, se le expone el callejón sin salida en el que nos encontramos. Y con esto llegamos al punto cuarto, o sea el hecho de que Winthrop se niega a regresar con nosotros. Y entonces es el momento de pedirle — ¿entienden ustedes? — de pedirle que el gobierno norteamericano de esta época adopte las medidas adecuadas para asegurar nuestro regreso sanos y salvos a nuestra época aunque esto represente... la aplicación de la ley marcial a Winthrop. Es así como hay que exponerle la situación a Storku: lisa, llanamente y sin rodeos.

—¿Esta es su idea? — le preguntó Dave Pollock en tono de mofa —. ¿Y qué pasa si Storku dice que no?

—No puede decirlo, si se le plantean bien las cosas. Hay que revestirse autoridad; esto es lo fundamental. Exponerle la situación de una forma autoritaria. Somos ciudadanos norteamericanos... aunque sea en extensión temporal. Apelamos a nuestros derechos inalienables. Por otra parte, si él se negase a reconocer nuestra ciudadanía, exigiríamos que nos devolviesen a nuestro lugar de origen. Este es un derecho que ampara a todos los extranjeros en Norteamérica. No podrá negarse. Le haremos ver los riesgos a que se expone su gobierno: pérdida de la buena voluntad, un daño irreparable a las futuras relaciones entre las dos épocas, si su gobierno comete una transgresión tan flamante de las normas de la convivencia ínter... temporal... etc., etc. En estas cosas, todo consiste en hallar las palabras adecuadas y pronunciarlas de una manera convincente y enérgica.

Mrs. Brucks manifestó su aprobación asintiendo.

—Yo también lo creo así. Usted lo conseguirá, Mr. Mead.

El rechoncho hombre de negocios pareció desinflarse.

—¿Yo...?

—Naturalmente — intervino Mary Ann Carthington, entusiasmada —. Es usted el único que puede hacerlo, Mr. Mead; el único capaz de exponer las cosas tan... tan bien. Como usted ha dicho, hay que exponerlas de una forma convincente y enérgica. Y de esta forma hablará usted.

—Pues yo... a decir verdad... preferiría no hacerlo. No me considero el más calificado para esta gestión. Mr. Storku y yo no hemos simpatizado excesivamente. Podría ir otro, uno de ustedes, creo yo... sería más...

Dave Pollock se rió:

—No se haga usted el modesto, Ollie. Usted se lleva tan bien con Storku como uno cualquiera de nosotros. Queda usted elegido. Además, se trata de una labor de relaciones públicas, y usted es un as de las relaciones públicas.

Mr. Mead intentó concentrar todo el odio del universo en la larga mirada que le dirigió. Luego tiró de los puños de su camisa y sacó el pecho.

—Muy bien. Si ninguno de ustedes se siente capaz de hacerlo, yo me encargaré de ello. Regresaré pronto.

—¿Un saltador, Ollie? — le preguntó Pollock cuando salía de la habitación —. ¿Por qué no toma un saltador? Es más rápido.

—No, gracias — le atajó Mr. Mead —. Iré a pie. El ejercicio me conviene.

Avanzó rápidamente por el corredor en dirección a la escalera. Aunque bajó por ella con el paso enérgico y vivo propio de un gerente, los peldaños pensaban, al parecer, que no iba bastante de prisa. Entonces la escalera empezó a moverse, cada vez con mayor rapidez, hasta que él tropezó y estuvo a punto de caerse.

—¡Párate, condenada! — gritó —. ¡Ya sé andar solo!

La escalera dejó de correr hacia abajo inmediatamente. Él se secó la cara con un gran pañuelo blanco y reanudó el descenso. A los pocos momentos la escalera se puso de nuevo en movimiento.

Una y otra vez él se vio obligado a ordenarle que se parase; una y otra vez, la escalera le obedeció y luego intentó transportarlo a hurtadillas. Aquello le recordó un corpulento y afectuoso San Bernardo que había tenido, que se empeñaba en traer gorriones muertos y musarañas a la casa como regalos de un corazón desbordante de amor. Cuando ellos tiraban aquellas porquerías, a los cinco minutos el perrazo las había vuelto a traer, para depositarlas sobre la alfombra con un gesto que quería decir: «No, yo quiero ofrecérselo. No os preocupéis por los gastos y el trabajo que esto representa. Consideradlo como una insignificante expresión de mi estima y de mi agradecimiento. Tomadlo, tomadlo y sed dichosos.»

Por último él renunció a ordenar a las escaleras que se parasen y cuando llegó a la planta baja, iba tan de prisa que salió disparado de la entrada vacía del edificio a una velocidad tremenda. Si entonces se hubiese caído, hubiera podido fracturarse una pierna o dislocarse la columna vertebral.

Afortunadamente, la acera empezó también a moverse bajo sus pies. Mientras él se tambaleaba como si estuviese ebrio, la acera seguía solícita su vaivén, manteniendo expertamente su equilibrio. Finalmente consiguió estabilizarse y lanzó dos profundos suspiros.

A sus pies, la acera temblaba ligeramente, esperando poder impulsarlo en la dirección que él eligiese.

Mr. Mead miró en derredor con desesperación. No se veía un alma en la amplia avenida, en ninguna dirección.

—¡Qué mundo! — gimió —. ¡Qué mundo más estúpido! ¡Mira que no haber ni un policía a la vista!

De pronto hubo uno. Se oyó el pop-pop de un saltador que funcionaba sobre su cabeza y un hombre se materializó a unos cuatro metros de altura. Detrás de él se veía un objeto extraño que parecía un seto de color anaranjado, cubierto de ojos.

Una porción de la acera se elevó formando un montículo bajo los dos aparecidos. Luego los bajó suavemente hasta el nivel de la superficie.

—¡Escuche! — gritó Mr. Mead —. ¡Ha sido una suerte encontrarle! ¿Podría usted indicarme donde se encuentra el Departamento de Estado?

—Lo siento — respondió el desconocido —. Klap-Lillth, tenemos que estar de regreso en Ganimedes dentro de media hora. Y en realidad ya llegamos tarde a una cita. ¿Por qué no llama usted a una máquina del gobierno?

—¿Quién es? — preguntó el seto anaranjado, mientras ambos se dirigían con rapidez hacia la entrada de un edificio, transportados por la acera, que parecía un río risueño —. No me narga como uno cualquiera de los otros.

—Es un viajero del tiempo — le explicó su compañero —. Procede del pasado. Es uno de los turistas que intercambiamos hace dos semanas.

—¡Ah! — dijo el seto —. Del pasado. No me extraña que yo no pudiese nargarlo. Tanto mejor. Como tú sabes, en Ganimedes no creemos en los viajes por el tiempo. Es algo que va contra nuestra religión.

El terrestre rió y clavó un dedo entre las ramitas del seto.

—¡No me hables de tu religión, pillín! Eres un ateo tan empedernido como yo, Klap-Lilth. ¿Cuándo asististe por última vez a una ceremonia shkoot-seem?

—Pues desde el último syzygy de Júpiter y el Sol — tuvo que reconocer el seto —. Pero no es esa la cuestión. Mi reputación aún es inmejorable. Lo que vosotros los humanos no podéis entender en la religión ganimedeana...

Su voz se perdió cuando ambos desaparecieron en el interior del edificio. Mead tuvo que contenerse para no escupir en su dirección. Luego pensó que no tenían mucho tiempo que perder... y además se hallaba en un mundo extraño, de costumbres extravagantes muy distintas que las que él conocía. ¿Y si escupir estuviese muy castigado?

—¡Una máquina del gobierno! — dijo con resignación al aire vacío —. ¡Quiero una máquina del gobierno!

Se sentía un poco ridículo, pero esto era lo que le habían dicho que hiciese en un caso de apuro. Y efectivamente, una resplandeciente máquina, recubierta de alambres, bobinas y placas multicolores se materializó a su lado, surgiendo de la nada.

—¿Diga? — preguntó una voz desprovista de entonación —. ¿Necesita mis servicios?

—Tengo que ver a Mr. Storku, en el Departamento de Estado — explicó Mr. Mead, dirigiendo una mirada de perspicacia a la bobina de mayor tamaño más próximo. Y no sé andar por estas aceras. Siempre me parece que voy a caerme y matarme si no paran de moverse bajo mis pies.

—Disculpe usted, señor, pero nadie se ha caído en una acera desde hace por lo menos doscientos años, y se trataba de una acera extraordinariamente neurótica cuyas dificultades por desgracia, nos pasaron desapercibidas durante la revisión psicológica semanal. ¿Por qué no toma usted un saltador? ¿Quiere que llame a uno?

—No quiero tomar un saltador. Prefiero andar. Lo único que usted tiene que hacer es ordenar a esta maldita acera que se esté tranquila y quietecita.

—Lo siento, señor — replicó la máquina — pero la acera tiene que cumplir su misión. Además, Mr. Storku no está en su oficina. Está realizando ejercicios espirituales en el Campo del Chillido o en el Estadio del Pánico.

—Oh, no — gimió Mr. Mead. Sus peores temores habían tenido confirmación. Temblaba ante la idea de tener que volver a aquellos sitios.

—Lo siento, señor, pero allí está. Un momento, mientras lo compruebo. — Saltaron cegadoras chispas azules entre las bobinas —. Mr. Storku participa hoy de un chillido. Piensa que últimamente se ha mostrado demasiado agresivo. Le invita a usted a que vaya.

Mr. Mead reflexionó. No le interesaba en lo más mínimo ir a uno de aquellos sitios donde las personas cuerdas perdían el juicio durante un par de horas; por otra parte, el tiempo apremiaba y Winthrop seguía en sus trece.

—Muy bien — dijo desolado —. Iré a verle allí.

—¿Llamo a un saltador, señor?

El atildado caballero dio un paso atrás.

—¡No! Prefiero... prefiero ir a pie.

—Lo siento, señor, pero así no conseguirá usted llegar antes de que comience el chillido.

El vicepresidente de Dulcefondo, que tenía a su cargo las relaciones públicas de la empresa, se cubrió la cara con las húmedas palmas de sus manos, y empezó a frotársela suavemente para calmarse. Debía tener en cuenta que aquel chisme no era un botones del que pudiese quejarse a la gerencia, ni un estúpido polizonte que pudiese motivar una carta a los periódicos, ni una secretaria chapucera a la que pudiese poner de patitas en la calle, ni una esposa nerviosa a la que pudiese gritar... no era más que una máquina en cuyos circuitos se habían creado unas determinadas reacciones vocales. Si le daba un ataque de apoplejía en su presencia, la máquina no se inmutaría, limitándose a llamar a otra máquina, un aparato médico esta vez. Lo único que se podía hacer era darle informaciones o recibirlas.

—Los saltadores no me gustan — musitó entre dientes.

—Lo siento, señor, pero usted ha manifestado deseos de ver a Mr. Storku. Si está dispuesto a esperar a que termine el chillido, no habrá ningún problema, excepto que tendrá que ir usted entonces al Festival del Olor que se celebra en Venus, y a donde Mr. Storku se dirigirá inmediatamente. Pero si usted desea verle ahora mismo, no tiene más remedio que tomar su saltador. No hay otra alternativa, señor, a menos que usted crea en mis circuitos mnemotécnicos son inadecuados o desee añadir un nuevo factor a la discusión.

—Me gustaría añadir un nuevo... Oh, me rindo — dijo Mr. Mead, tambaleándose —. Llame a un saltador, llame a un saltador.

—Sí, señor. Aquí lo tiene, señor.

El cilindro vacío que de pronto se materializó sobre la cabeza de Mr. Mead le hizo dar un respingo, pero cuando abrió la boca para decir que había cambiado de idea, el cilindro cayó sobre él, encerrándolo.

Una oscuridad absoluta lo rodeó. Le pareció que tiraban suavemente pero con insistencia de su estómago, para sacárselo por la boca. Su hígado, bazo y pulmones parecían correr la misma suerte.

Luego todos los huesos de su cuerpo cayeron hacia el centro de su abdomen vacío, y disminuyeron de tamaño hasta desaparecer. Entonces él se plegó como un globo desinflado.

De pronto se sintió entero y sólido de nuevo y se encontró de pie en un gran prado verde, con docenas de personas a su alrededor. Su estómago pareció volver a su sitio, ocupando su antigua posición.

—...Cambiado de idea. Prefiero ir a pie — dijo y se interrumpió desconcertado.

Mr. Storku, un joven rubio, alto y de aspecto campechano, estaba frente a él, esperando que sus espasmódicos movimientos cesasen y las lágrimas se secasen en sus ojos.

—Es algo muy sencillo, Mr. Mead. Todo consiste en mostrar una gran placidez y serenidad durante el salto.

—Sí, muy fácil de decir... — articuló Mr. Mead pasándose el pañuelo por los labios. ¿Por qué motivo Storku siempre lo trataba con aquella exactitud de desprecio protector? — ¿Por qué ustedes... por qué no tratan de encontrar otro medio de transporte? En mi época, la comodidad en los viajes era la piedra fundamental de toda la industria. Cualquier línea de autocares o de aviones que no procure que sus pasajeros gocen de las máximas comodidades durante su viaje, perderá la clientela en un abrir y cerrar de ojos. O esto, o la dirección tendrá que dimitir para dar paso a otra nueva.

—¿No resulta curioso? — comentó una joven a su acompañante —. Habla como en una de esas novelas históricas.

Mr. Mead la miró con acritud y tragó saliva. La joven estaba desvestida. En realidad, también lo estaban todos cuantos le rodeaban, incluyendo a Mr. Storku. ¿Qué debía de

ocurrir durante aquellos chillidos, se preguntó con nerviosismo? Después de todo, él sólo los había presenciado desde lejos, sin moverse del estrado. Y a la sazón se encontraba en medio de aquellos locos voluntarios.

—Creo que es usted un poco injusto — observó Mr. Storku —. Tenga usted en cuenta que si un hombre del tiempo de Shakespeare o un griego de la época clásica montasen en uno de sus carruajes sin caballos o caballos de acero — por emplear sus expresiones vernáculas — se sentirían muy mal y los efectos físicos serían mucho más marcados que en usted. Se trata únicamente de adaptarse a lo que no es familiar. Algunos se adaptan, como su contemporáneo Winthrop; otros no, como usted.

—Ya que ha mencionado usted a Winthrop... — empezó a decir Mr. Mead atropelladamente, contento de la oportunidad que esto le daba y también de la posibilidad de cambiar de tema.

—¿Ya estamos todos? — preguntó un joven atlético, dando un salto —. Yo voy a dirigir este chillido. Todos de pie, vamos a estirar los músculos para hacernos pasar los calambres. Este chillido será verdaderamente estupendo.

—Quítese las ropas — dijo el funcionario del gobierno a Mr. Mead —. No puede usted participar en un chillido vestido, y especialmente tal como va.

Mr. Mead se encogió, intimidado.

—Yo no pienso... Sólo vine para hablar con usted. Haré de espectador.

Resonaron estentóreas carcajadas por todos lados.

—¡No se puede ser espectador en el centro de un Campo del Chillido! Además, así que se unió a nosotros, quedó apuntado automáticamente para el chillido. Si ahora usted se retirase, desbarataría el programa.

—¿De veras?

Storku asintió:

—Naturalmente. Hay que aplicar cantidades distintas de estímulos a cantidades distintas de personas, si se desea desarrollar la deseada intensidad de chillido en cada una de ellas. Desnúdese, hombre, y únase a los demás. Un poco de este ejercicio tonificará magníficamente su psiquis.

Tras pensarlo mejor, Mr. Mead empezó a desvestirse. Se sentía embarazado, aturdido y bastante asustado ante aquella perspectiva, pero tenía que cumplir una urgente misión de relaciones públicas cerca de aquel joven rubio.

En su época había ronroneado de satisfacción al chupar puros gruesos como un cabo que le habían regalado sus amigos políticos, se había achispado en bares hediondos e increíblemente estrechos con importantes periodistas, soportando además las flechas envenenadas de las ultrajantes entrevistas televisadas... todo en aras de Depósitos Asépticos Dulcefondo, S. A. El lema del que se dedicaba las relaciones públicas era: «Adonde fueres, haz lo que vieres...»

No había duda de que quienes lo habían acompañado de este 1958 eran un hatajo de ineptos y chapuceros. Si tenía que esperar volver a su época gracias a ellos, estaba apañado... pronto conseguiría volver a un mundo donde existía un sistema distributivo basado en la ley de la oferta y la demanda que tenía una lógica, en lugar de aquel sistema tan sin pies ni cabeza en las pocas partes donde era visible y comprensible. Un mundo donde un importante hombre de negocios como él era tratado con respeto y deferencia, y no como un niño entrometido y caprichoso que apenas sabía hablar. Un mundo donde los objetos inanimados permanecían inanimados, donde las paredes no ondulaban alrededor de uno, el mobiliario no se ajustaba constantemente debajo de uno y donde las ropas que uno llevaba encima no cambiaban de un momento para otro, como si las hiciesen girar en un caleidoscopio.

No, era él quien tenía que hacerlos volver a todos a aquel mundo, y el único medio de conseguirlo estaba en manos de Storku. Por consiguiente, había que seguirle la corriente y hacerle creer que Oliver T. Mead era uno de sus compinches.

Además, se le ocurrió pensar mientras empezaba a despojarse de sus ropas, algunas de aquellas chicas eran una monada. Le recordaban las que asistieron a la Convención de los Depósitos Asépticos celebrada en Des Moines en el mes de julio. ¡Si no se afeitasen la cabeza!

—Ahora todos juntos — declamó el jefe del chillido —. Formemos pina. Todos juntos en un grupito bien apretado para empezar a dar vueltas.

Mr. Mead fue introducido a empuellones entre la multitud. Todos corrían hacia adelante, hacia atrás, a la derecha, a la izquierda, formando un grupo cada vez más pequeño de acuerdo con las instrucciones y empujones del jefe del chillido. Brotó la música a su alrededor, más ruido que música, en realidad, pues no tenía relaciones armónicas discernibles y se hizo cada vez más fuerte hasta ser casi ensordecedora.

Alguien que trataba de conservar el equilibrio entre la masa de cuerpos desnudos dio un tremendo codazo en el estómago a Mr. Mead. Éste exclamó «¡Uf!» y luego otro «¡Uf!», cuando uno que tenía detrás dio un traspiés y cayó sobre su espalda.

—¡Cuidado! — gritó una joven cuando él le pisó el pie.

—Perdón — dijo él —. Ha sido sin...

Y entonces otro codo se le clavó en el ojo y él se alejó tambaleándose unos cuantos pasos, hasta que el grupo, al cambiar de dirección, lo arrastró consigo.

Rodó de una parte a otra por la hierba, empujado y empujando, mientras aquel horrible ruido casi le rasgaba los tímpanos. Desde lo que parecía ser una distancia cada vez más lejana, oía declamar al jefe del chillido:

—¡Vamos, por aquí, daos prisa! No, por allá, en torno a ese árbol. Vuelve al grupo, tú, todos juntos. Permaneced juntos. Ahora atrás, eso es, atrás. Más de prisa, más de prisa.

Todos volvieron atrás y la enorme masa de gente se precipitó sobre Mead, aplastándolo contra la enorme masa que tenía a sus espaldas. De pronto, todos fueron de nuevo hacia adelante, mientras en el seno de la multitud se formaba hasta una docena de corrientes entrecruzadas de humanidad, de modo que al avanzar hacia delante, también lo echaron unos cuantos metros a la derecha, para verse atraído de nuevo al centro e impedido en diagonal hacia la izquierda. Una o dos veces fue escupido a la periferia del grupo, pero, con gran sorpresa por su parte, cuando después lo recordó, él luchó como un condenado para abrirse paso nuevamente, con manos y uñas, hasta el abarrotado centro del grupo.

Se sentía unido indisolublemente a aquel torbellino de seres enloquecidos. Una rapada cabeza femenina chocó contra su pecho y esto le indicó que el grupo había cambiado de nuevo de dirección. Saltó hacia atrás, haciendo caso omiso de los gruñidos y los gritos de dolor que su acción provocaba. Él formaba parte de aquello... fuera lo que fuese. Estaba dominado por el histerismo, lleno de cardenales y con el cuerpo resbaladizo de sudor, pero únicamente pensaba en seguir de pie en el centro del grupo.

Formaba parte de la multitud y esto era cuanto sabía.

De pronto, en algún lugar fuera del remolino de cuerpos desnudos que corrían y chocaban, alguien lanzó un chillido. Era un grito prolongado, lanzado por una robusta garganta masculina, y se mantuvo, dominando la ruidosa música. Una mujer que estaba frente a Mr. Mead lo recogió, lanzando un chillido ensordecedor. El hombre que gritaba se calló y la mujer hizo lo propio al poco rato.

Entonces Mr. Mead oyó de nuevo el grito, al que la mujer se unió de nuevo, y no experimentó la menor sorpresa al notar que su propia voz se añadía a aquella algarabía. Puso en aquel alarido toda la frustración de los últimos minutos, junto con todas las frustraciones, odios y desengaños de toda su vida. Una y otra vez se elevó el salvaje alarido y cada vez Mr. Mead lo coreó. A su alrededor otros participantes lo coreaban también, hasta que por último surgió un seguido y unánime alarido de la apretada multitud que resbalaba, caía y se perseguía a todo lo ancho y lo largo del enorme prado. Mr.

Mead, en el fondo de su mente, experimentaba una infantil satisfacción en adaptarse al ritmo que estaban elaborando... y en participar en su elaboración.

Era un latido, otro latido, un chillido, un latido, otro latido, un chillido, un latido, otro latido, un chillido.

Todos al unísono. Todos juntos. ¡Qué bueno!

Después no pudo saber cuanto tiempo habían estado corriendo y vociferando. De pronto se encontró casi solo... ya no estaba en el centro del apretado grupo. Sus componentes se habían desparramado por todo el prado en largas hileras que serpenteaban y gritaban.

El se sentía algo aturdido. Sin perder un latido del ritmo, se esforzó por acercarse a un hombre y una mujer que estaban a su derecha.

Los chillidos cesaron. La estrepitosa música también cesó. Miró frente a él, allí donde nadie miraba. Entonces lo vio.

Era un animal pardo y peludo del tamaño de una oveja. Había vuelto la cabeza para dirigirles una mirada de sorpresa y temor. Luego dobló las patas y echó a correr desenfrenadamente por el prado.

—¡A él! — gritó la voz del jefe del chillido, pareciendo brotar de todas partes —. ¡A él! ¡Todos a una! ¡A él!

Alguien se adelantó y Mr. Mead se apresuró a seguirlo. El alarido se elevó de nuevo, continuo, incesante, y él participó. Luego echó a correr por el prado en persecución del animal de pelo castaño, chillando locamente, dándose cuenta de una manera confusa que otros seres humanos corrían también lanzando alaridos a ambos lados.

A él!, gritaba su cerebro. ¡A él!, a él!

Cuando estaban a punto de atraparlo, el animal hizo un brusco regate y, volviéndose sobre sus pasos, consiguió atravesar la hilera de perseguidores. Mr. Mead se arrojó sobre él y consiguió sujetarlo.

Pero sólo le quedó un mechón de pelo castaño en la mano, mientras caía dolorosamente de rodillas y el animal se alejaba al galope tendido.

Se levantó sin dejar de gritar y partió de nuevo en su persecución. Todos habían dado media vuelta y corrían con él.

—¡A él! ¡A él! ¡A él!

El animal corría en zig-zag por el prado, acosado por la jauría de sus perseguidores. Hacía quites y regates, consiguiendo escapar de los diversos grupos convergentes.

Mr. Mead llevaba la delantera a todos los perseguidores y corría vociferando como un poseído.

A pesar de las maniobras del peludo animal, sus perseguidores le iban a los alcances. Cada vez estaban más cerca.

Finalmente, lo apresaron.

La muchedumbre lo encerró en un gran círculo desigual que se fue cerrando. Mr. Mead fue el primero en alcanzarlo.

Su puño se abatió sobre él, derribándolo de un solo golpe. Una muchacha saltó sobre el animal postrado y empezó a desgarrarlo con las uñas, con el rostro convulso. Poco antes de que todos cayeran sobre el animal, Mr. Mead consiguió asir una de sus velludas patas. Le dio un tremendo tirón y se quedó con la pata en la mano. Contempló con una sorpresa contusa los alambres sueltos y los engranajes que salían de la pata arrancada.

—¡Ya es nuestro! — murmuró, mirando fijamente la pata. Ya es nuestro, repitió su mente, bailando locamente. ¡Ya es nuestro, ya es nuestro!

De pronto se sintió muy cansado, casi a punto de desfallecer. Se alejó a rastras de la multitud y se sentó pesadamente sobre la hierba, donde continuó mirando embozado los alambres sueltos que salían de la pata.

Mr. Storku se la acercó jadeando.

—Hola — le dijo —. ¿Tuvo usted un buen chillido?

Mr. Mead levanto la peluda pata.

—Ya es nuestro — dijo, aturdido.

El joven rubio lanzo una carcajada.

— Necesita usted una buena ducha y un sedante. Venga.

Ayudo a Mr Mead a levantarse y, sujetándolo por el brazo, cruzo el prado en dirección a un amplio cuadrado amarillo situado bajo el estrado. A su alrededor los demás participantes en el chillido parloteaban alegremente mientras se limpiaban y ajustaban de nuevo su metabolismo.

Cuando llego su turno de penetrar en una de las numerosas cabinas que ocupaban el interior del estrado, Mr. Mead sintió que volvía a ser el. Lo cual no quiere decir que se sintiese mejor.

Le parecía haber perdido algo durante aquellos últimos instantes mientras desgarraba el animal mecánico... algo que hubiera deseado infinitamente que no se hubiese movido del húmedo fondo de su alma. Hubiera preferido no conocer nunca su existencia.

Se sentía vagamente anonadado, como un hombre que, al hojear las paginas de un tratado de aberraciones, se tropieza con un caso particularmente repugnante que es igual por todos respectos con la historia de su vida y entonces comprende — a la luz de un solo relámpago cegador que lo deja horrorizado — cual era el exacto significado de aquellos recovecos y matices de su personalidad, que le parecían tan inocentes...

Trato de recordarse que aun era Oliver T. Mead, un buen padre y un buen marido, un hombre de negocios respetado, uno de los pilares fundamentales de la comunidad y de la iglesia local..., pero de nada le sirvió. A partir de entonces, y para el resto de su vida, seria también... aquello.

Tenia que procurarse ropas. Inmediatamente.

Mr. Storku hizo un gesto de asentimiento cuando le expuso su acuciante necesidad.

—Probablemente, estaba usted muy cargado. Ya era hora que se librase de todas esas toxinas anímicas. Yo no me preocuparia: es usted tan cuerdo como cualquier persona de su edad. Pero sus ropas han sido quitadas del campo junto con toda la basura de nuestro chillido; los encargados ya están preparando el próximo.

—¿Y ahora que hago? — se quejo Mr. Mead —. No puedo volver a mi alojamiento de esta manera.

—¿No? — pregunto el funcionario del gobierno, demostrando bastante curiosidad —. ¿De veras no puede?. ¡Hum... es fascinante!. Bien, pues póngase bajo ese vestido. Supongo deseara ropa del siglo XX. ¿No es eso?

Mr. Mead asintió y acto seguido se coloco con cierto recelo bajo el mecanismo indicado, despues de esperar que saliese de el con paso alegre y vivo un ciudadano de la Norteamérica del siglo XXV, al cual el aparato acababa de proporcionarle un flamante traje.

Contemplo a su amigo, mientras este hacia rápidos ajustes en algunas esferas. Sonó un ligero zumbido procedente de la maquina y un traje completo de etiqueta, formada por un smoking blanco y negro, se materializo sobre el rechoncho cuerpo de Mr. Mead. Pero en un instante se convirtió en otro traje: los zapatos crecieron hacia arriba y se convirtieron en botas de caucho que le llegaban a la cadera, el smoking se alargo hasta convertirse en un capote. Mr. Mead estaba perfectamente ataviado para pasearse por el puente de un ballenero.

—¡Alto! — grito consternado, cuando el capote empezó a mostrar síntomas de convertirse en una camisa de sport... — ¿Porque cambia continuamente?

—Es culpa de usted — observo Mr. Storku — y de su subconsciente, que esta completamente desorientado.

Sin embargo, su talante benévolo le hizo ajustar de nuevo los mandos de la maquina y el traje de Mr. Mead se convirtió en una chaqueta de cheviot y unos pantalones de golf... la última moda de los felices veinte. Esta vez su atavío no cambió.

—¿Le gusta éste?

—Pues... no está mal — dijo Mr. Mead, frunciendo el ceño al pensar en su catadura, vestido de aquella manera. Desde luego, no era el traje apropiado ni el que debía llevar el vicepresidente de los Depósitos Asépticos Dulcefondo, S. A., para regresar a su propia época... pero al menos era un traje. Y tan pronto como volviese a su casa...

—Ahora escúcheme, Storku — dijo, frotándose vivamente las manos y tratando de olvidar sus recientes y obscenos recuerdos, con toda la determinación que pudo reunir —. Ese Winthrop nos está creando grandes dificultades. Se niega a regresar con nosotros.

Ambos salieron juntos y se detuvieron al borde del prado. A lo lejos, un nuevo chillido estaba tomando cuerpo.

—¿Ah, sí? — dijo Mr. Storku con bastante indiferencia. Luego señaló a la confusa muchedumbre de figuras desnudas que empezaban a apiñarse en otro apretado grupo —. Con dos o tres sesiones más, su psiquis quedaría como nueva. Aunque creo que el Estadio del Pánico aún le iría mejor. ¿Por qué no lo prueba? ¿Por qué no va ahora mismo al Estadio del Pánico? Un pánico de primer orden, que le hiciese gritar y tirarse de cabeza, y quedaría usted absolutamente...

—¡No, gracias! Ya he tenido bastante con esto, se lo aseguro. Mi psiquis es cuenta mía.

El joven rubio asintió gravemente.

—Desde luego. «La psiquis del individuo adulto no reconoce otra jurisdicción que la del propio adulto a quien concierne.» El Pacto de 2314, adoptado por acuerdo unánime de toda la población de los Estados Unidos de América. Ampliado más tarde, naturalmente, por el plebiscito internacional de 2337 para incluir al mundo entero. Pero sólo le hacía una sugerencia personal y amistosa.

Mr. Mead se esforzó por sonreír. Estaba consternado al ver que cuando sonreía, las solapas de su chaqueta se levantaban y le acariciaban afectuosamente la barbilla.

—No me ha ofendido usted en lo más mínimo. Como ya he dicho, la verdad es que ya tengo bastante de esta estupidez. ¿Pero qué piensa usted hacer con Winthrop?

—¿Quién, yo? Pues nada, naturalmente. ¿Qué quiere usted que haga?

—¡Pues obligarle a volver! ¿No representa usted al gobierno? Fue el gobierno quien nos invitó... por tanto, es responsable de cuanto nos ocurra y debe velar por nuestra seguridad.

Mr. Storku no podía ocultar su sorpresa y desconcierto.

—¿Acaso no están ustedes seguros?

—Sabe usted a que me refiero, Storku. Me refiero a nuestro regreso sanos y salvos. El gobierno es el responsable de que regresemos.

—No, si esa responsabilidad representa inmiscuirse en los deseos y actividades de un individuo adulto. Acabo de citarle el Pacto de 2314, amigo mío. Toda la filosofía del gobierno que se deriva de dicho pacto se basa en la creación y el mantenimiento de la perfecta soberanía del individuo sobre sí mismo. La fuerza nunca podrá aplicarse contra un ciudadano adulto e incluso la persuasión oficial sólo puede utilizarse en casos muy especiales y cuidadosamente detallados. Y el que nos ocupa no es ciertamente uno de ellos. Cuando un niño ha pasado por nuestro sistema pedagógico, se convierte en un miembro equilibrado de la sociedad al que puede confiarse cualquier tarea que sea socialmente necesaria. A partir de este momento, el Estado deja de intervenir activamente en la vida de los individuos.

—Sí, una verdadera utopía iluminada por el neón — dijo Mr. Mead con sarcasmo —. No hay policías para defender las vidas y los bienes, para preguntarles direcciones o siquiera para... Oh, bien, es vuestro mundo y buen provecho os haga. Pero la cuestión no es esa. ¿No comprende usted — estoy seguro que lo comprenderá, a poco que se esfuerce — que Winthrop no es un ciudadano de vuestro mundo, Storku? No se ha

beneficiado de vuestro sistema educativo, no se somete a esos cursos bienales de reajuste psicológico, no hace...

—Pero vino invitado por nosotros — le interrumpió Mr. Storku —. Y como tal, goza de la plena protección de nuestras leyes.

—Y nosotros no, por lo visto — estalló míster Mead —. El puede hacer lo que le de la gana sin que nadie se lo impida.

—¿A esto llama usted ley? ¿A esto llama usted justicia? Vamos, hombre. Yo lo llamaría burocracia, sí, señor. ¡Papeleo y burocracia, y nada más!

El joven rubio puso la mano sobre el hombro de Mr. Mead.

—Escuche, amigo mío — le dijo cariñosamente — e intente comprender. Si Winthrop tratase de hacerle algo a usted, se lo impediría. No actuando contra Winthrop directamente, sino alejándolo a usted de su lado. Pero para que nosotros nos decidiésemos a efectuar una acción de carácter tan limitado, él tendría que hacer algo. Esto sería la comisión de un hecho que atentaría a sus derechos individuales; pero de lo que usted acusa a Winthrop es de omisión de un acto. Dice que se niega a regresar con ustedes. Pues bien: tiene perfecto derecho a negarse a hacer lo que sea con su cuerpo y con su espíritu. El Pacto de 2314 así lo manifiesta con estas mismas palabras. ¿Quiere usted que le cite detalladamente el párrafo en cuestión?

—No, no quiero que me cite el párrafo en cuestión. De modo que usted dice que nadie puede hacer nada, ¿no es eso? Winthrop puede evitar que todos volvamos a nuestra época, pero usted no puede hacer nada y nosotros tampoco. Bonita situación.

—¡Qué frase tan interesante! — comentó Mr. Storku —. Si en su pequeño grupo hubiese figurado un etimologista o un filólogo, me hubiera gustado comentarla con él. No obstante, la conclusión a que usted ha llegado respecto a esta situación particular, es substancialmente correcta. Solamente puede usted hacer una cosa: tratar de persuadir a Winthrop. Hasta el último momento del regreso siempre existirá esta posible solución.

Mr. Mead alisó con gesto enérgico las solapas de su chaqueta, que se mostraban excesivamente afectuosas.

—Y si no lo conseguimos, habremos fracasado ¿no? Claro que nos queda siempre el recurso de agarrarlo por el cogote y...

—Mucho me temo que esto no sea posible. Inmediatamente aparecería una máquina del gobierno o un funcionario manufacturado para ponerlo en libertad. Sin hacerles el menor daño a ustedes, desde luego.

—Por supuesto. Sin hacernos el menor daño — comentó Mr. Mead, sombrío —. Dejándonos únicamente en este asilo para el resto de nuestros días, sin más ni más.

Mr. Storku parecía afligido.

—Oh, vamos, vamos, amigo mío, que después de todo no está tan mal. Es posible que le parezca muy diferente de su propia cultura en muchos aspectos, puede parecerle extraño y desconcertante en sus creaciones y en su filosofía, pero a buen seguro existen compensaciones. Aunque ustedes hayan perdido lo antiguo entre lo que están sus familias, sus amigos y sus recuerdos, han ganado lo nuevo e interesante. Su amigo Winthrop así lo ha descubierto... asiste casi diariamente al Estadio del Pánico o al Campo del Chillido. Me lo he encontrado en seminarios y salones por los menos tres veces durante los últimos diez días, y según me comunica el Departamento de Artículos Domésticos del Ministerio de Economía Interior, es un consumidor regular, entusiasta y fiel. Ha sido capaz de...

—Sí, ya sé que se procura todos esos chismes — dijo Mr. Mead, zumbón —. Claro, no le cuestan nada. Un haragán como él no podía pedir nada mejor. ¡Qué mundo... donde todo es de balde!

—En mi opinión — prosiguió Mr. Storku sin perder su compostura — quedarse «en este asilo», como usted describe con frase vivida y pintoresca, tiene sus ventajas positivas. Y como existe la posibilidad casi segura de que así será, creo que lo lógico por parte de

ustedes sería comenzar a estudiar los aspectos positivos que ofrece con mayor entusiasmo, en lugar de encerrarse en su mutua compañía y rodearse de anacronismos del siglo XX.

—Lo que todos nosotros queremos es volvernos a casa, y seguir viviendo en nuestro mundo. En resumen: ni usted ni nadie pueden ayudarnos para convencer a Winthrop, ¿no es así?

Mr. Storku llamó a un saltador y levantó una mano para parar al enorme cilindro en el aire, tan pronto como apareció.

—Pues veré. Esta afirmación me parece muy osada. Yo no querría llevar las cosas tan lejos sin realizar antes una investigación a fondo del asunto. Es muy posible que en alguna parte del Universo haya alguien o algo que pueda ayudarlos si le exponen el problema y si éste consigue despertar su interés. Tiene usted que saber que nuestro universo es muy grande y está densamente poblado. Lo único que puedo decirle en concreto y de forma definitiva es que el Departamento de Estado no puede hacer nada por ustedes.

Mr. Mead se clavó profundamente las uñas en la palma de la mano y sus dientes rechinaron con tal fuerza, que notó que el esmalte le saltaba a trozos.

—¿Tendría usted la bondad — preguntó por último, hablando muy lentamente — en ser algo más concreto e indicarnos a donde podríamos recabar ayuda? Disponemos de menos de dos horas... y en ese tiempo no podremos recorrer una gran extensión de la Galaxia.

—Observación muy juiciosa — dijo Mr. Storku, con gesto de aprobación —. Muy juiciosa, en verdad. Me alegra ver que ya se ha calmado usted y que por fin puede pensar con calma y coherencia. Vamos a ver... ¿quién podría ayudarles (que no esté muy lejos) para hallar una solución a un problema insoluble? Pues en primer lugar tenemos a la Embajada Temporal, que fue quien se ocupó del intercambio y les trajo a ustedes aquí. La Embajada Temporal está muy bien relacionada; si se lo propone, puede sondear los recursos de toda la especie humana durante los próximos cinco mil años. La única dificultad, para mi gusto, es que son demasiado previsores. Luego tenemos a los Oráculos, que son unas máquinas que responden a todas las preguntas que tienen respuesta. El problema consiste entonces en interpretar correctamente la respuesta. Después, en Plutón, se celebra esta semana un Congreso de psicólogos vectoriales. Si hay alguien que pudiese hallar un medio de persuadir a Winthrop de que cambie de idea, son ellos. Por desgracia, actualmente la psicología vectorial está interesada sobre todo por la educación fetal: mucho me temo que encontrasen a su amigo Winthrop demasiado desarrollado para merecer su atención. Por último, en un planeta que gravita en torno a Rigel, existe una raza de setas que poseen unos notables poderes adivinatorios del futuro que puedo recomendarle por experiencia personal. Tienen un talento extraordinario para...

Mr. Mead atajó aquel torrente de explicaciones con una mano frenética.

—¡Basta, basta! ¡De momento ya tenemos bastante! Recuerde que sólo disponemos de dos horas..

—No lo he olvidado. Y como es muy improbable que usted pueda hacer nada en tan poco tiempo... ¿por qué no deja de preocuparse por este asunto, toma este saltador conmigo y me acompaña a Venus? No celebrarán allí otro Festival del Olor hasta dentro de sesenta y seis años; es algo que no debiera perderse, amigo mío. En Venus siempre saben hacer muy bien estas cosas; estarán reunidos los mayores emisores de olores de todo el universo. Y yo tendré mucho gusto en explicárselo todo a usted. ¿Nos vamos?

Mr. Mead se apartó del saltador, que Mr. Storku hacía descender con gestos invitadores.

—¡No, muchas gracias! ¿A qué es debido — se quejó desde una saludable distancia — que siempre estén ustedes de vacaciones, o dispuestos a ir a alguna parte para descansar y divertirse? ¿Quién demonios trabaja en este mundo?

—Oh, ya hay quien trabaja — dijo riendo el joven rubio, mientras el cilindro empezó a deslizarse en torno a él —. Cuando se trata de un trabajo que sólo puede realizar un ser humano, uno de nosotros, el individuo responsable más próximo que posea las calificaciones requeridas, se encarga de ejecutarlo. Pero los objetivos que proponemos a nuestra personalidad son distintos de los vuestros. Como dice el refrán: «Jugar y no trabajar hace de Juan un holgazán.»

Y desapareció.

Entonces, a Mr. Mead no le tocó más remedio que regresar al alojamiento de Mrs. Brucks y decir a sus compañeros que el Departamento de Estado, personificado por Mr. Storku, no podía hacer nada por apearse de sus trece a Winthrop.

Mary Ann Carthington se sujetó una greña rebelde de su rubio cabello con un dedo atareado, mientras meditaba sobre lo que Mr. Mead había dicho.

—¿Le dijo usted todo cuanto nos expuso a nosotros? ¿Y a pesar de eso no quiso hacer nada, míster Mead? ¿Ya sabe quién es usted?

Mr. Mead ni siquiera se molestó en responderla. Tenía otras cosas en que pensar. No sólo su espíritu estaba vapuleado y lleno de rasguños a causa de lo que acababa de pasar, sino que sus pantalones de golf se estaban animando. Y mientras la chaqueta únicamente había querido demostrar el vivo afecto que sentía por su persona, tratando de hacerle cosquillas en el mentón, los pantalones iniciaron una especie de acción de reconocimiento, subiendo y bajando en movimientos ondulantes por sus piernas y dando vueltas en torno a sus nalgas. Solamente por un esfuerzo de concentración y apretándolos fuertemente contra su cuerpo con ambas manos, pudo mantener a raya la sensación de que se lo había tragado una anaconda.

—Claro que sabe quien es — dijo Dave Pollock a la joven —. El amigo Ollie le pasó su vicepresidencia por las narices, pero como Storku sabía que las acciones preferentes de los Depósitos Asépticos Dulcefondo cayeron al fondo del mercado de valores hace la friolera de cuatrocientos ochenta y un años, prefirió no hacerle caso. ¿No es verdad, Ollie?

—La cosa no tiene ninguna gracia, Dave Pollock — le dijo Mary Ann Carthington, moviendo la cabeza con un gesto de «¡Vamos, hombre!» Sabía que aquella estantigua de profesor estaba celoso de míster Mead, pero ya no estaba tan segura de si era porque no ganaba tanto como él o porque su aspecto no era tan distinguido. Lo único que ella sabía era que si un hombre de negocios tan experimentado como Mr. Mead no podía sacarlos de aquel atolladero, nadie podría hacerlo. Y esto sería horrible, verdaderamente espantoso.

Ella no volvería a ver jamás a Edgar Rapp. Y si bien Edgar no era precisamente el hombre ideal para una joven como Mary Ann, ella estaba bien dispuesta a aceptarlo. Era muy trabajador y se ganaba bien la vida. Sus piropos eran desvaídos y pedestres, pero al menos podía estar segura de que no era de esos que se complacen torturando a los demás y haciendo pedazos a sus semejantes por afán de destruir. No era como cierta persona que ella conocía. Y cuanto antes dejase el siglo XXV y perdiese de vista para siempre a dicha persona, tanto mejor.

—Vamos, Mr. Mead — dijo, melosa —. Estoy segura de que le habrá dado alguna solución. Supongo que no le habrá dicho que abandonemos por completo toda esperanza, ¿verdad?

El digno hombre de negocios sujetó el extremo suelto de sus pantalones de golf, que se habían desatado y se arrollaban con alegría por su pierna, la fulminó con la mirada de unos ojos que ya habían visto demasiado y creían que las cosas ya habían llegado demasiado lejos.

—Sí, me dijo que podíamos hacer aún algo — dijo malévolamente —. Dijo que la Embajada Temporal podría ayudarnos si encontrábamos alguien que tuviese influencia

allí. Lo único que necesitamos, pues, es una persona con influencia en la Embajada Temporal.

Mary Ann Carthington casi arrancó de un mordisco la punta del lápiz para los labios que se estaba aplicando en aquel momento. Sin necesidad de levantar la mirada, sabía que Mrs. Brucks y Dave Pollock se habían vuelto simultáneamente para contemplarla. Y sabía, hasta el fondo de su anonadado corazón, exactamente lo que estaban pensando.

—Verán, yo, desde luego, no...

—Vamos, no se haga la modesta, Mary Ann — la atajó Dave Pollock —. Esta su gran oportunidad... y me parece que también es nuestra única ocasión. Nos queda poco menos de una hora y media. ¡Métase en un saltador, trasládese allí y apele a todo su hechizo, vampiresa!

Mrs. Brucks tomó asiento junto a ella, pasando un brazo maternal en torno a sus hombros.

—Escuche, Miss Carthington, a veces todos tenemos que hacer cosas que no nos gustan. ¿Pero qué otra solución tenemos? ¿Cree que es mejor quedarse aquí? ¿Usted lo prefiere? — Entonces extendió ambas manos —. Vamos, un poco de polvos aquí, un retoque con el lápiz en los labios, una miradita al espejo y le aseguro que él se desvivirá por atenderla. Ahora ya está chiflado por usted... ¿Y cree que no será capaz de hacerle un pequeño favor, si usted se lo pide?

Se encogió de hombros con gesto de desdén, para rechazar aquella idea tan disparatada.

—¿Lo dice usted de veras? No sé... tal vez...

La joven empezó entonces a acicalarse, y luego se revolvió satisfecha, desde su pecho delicado y firme hasta su cintura esbelta y elegante.

—Lo digo muy de veras — le dijo Mrs. Brucks, tras una cuidadosa reflexión —, Estoy completamente convencida. Un hombre como él no puede decirle que no a una joven tan linda como usted. Siempre ha sido así, Miss Carthington, siempre ha sido así. Lo que no consigue un hombre como Mr. Mead, sólo puede conseguirlo una joven bonita. Y usted lo conseguirá sin mover un dedo.

Mary Ann Carthington hizo un gesto de asentimiento para demostrar su conformidad con aquella visión eminentemente femenina de la Historia y se levantó poseída de una gran determinación. Dave Pollock llamó inmediatamente a un saltador. La muchacha dio un salto cuando el gran cilindro se materializó en la estancia.

—¿De veras tengo que meterme ahí? — preguntó, con un mohín de disgusto —. Estos chismes me producen mareos.

Él la tomó por el brazo y tiró de ella suavemente, tratando de colocarla bajo el saltador.

—No puede ir a pie; ya no hay tiempo. Créame, Mary Ann, estamos en el día D y en la hora ello. Por lo tanto, sea buena chica, métase ahí y... Eh, oiga. No estará de más que le recuerde al supervisor temporal que sus compatriotas se tendrán que quedar también para siempre en nuestra época si Winthrop no da su brazo a torcer. El es responsable de lo que suceda a esas personas. Así, tan pronto como usted llegue allí...

—¡No necesito que usted me diga cómo tengo que tratar al supervisor temporal, Dave Pollock! — exclamó ella con altivez, metiéndose bajo el saltador—. ¡No olvide usted que es amigo mío, no suyo... se trata de un buen amigo mío!

—De acuerdo — rezongó Pollock —, pero de todos modos, aún tiene que convencerlo. Y lo único que yo le sugería...

Se interrumpió cuando el cilindro descendió hasta el suelo y desapareció con la joven en su interior.

Se volvió hacia los demás, que contemplaban la escena con ansiedad.

—La suerte está echada — declaró, golpeándose los brazos en un amplio ademán de desaliento —Esta es nuestra última esperanza. ¡Mary Ann!

Mary Ann Carthington se sentía exactamente como una Última Esperanza cuando se materializó en la Embajada Temporal.

Luchó contra las náuseas que siempre parecían acompañar los viajes en saltador e, irguiendo la cabeza con decisión, consiguió respirar profundamente.

Como un medio para llegar rápidamente a los sitios, el saltador daba desde luego ciento y raya al humeante y viejo Buick de Edgar Rapp... aunque este último no hacía que se sintiese como un batido de chocolate. Esto era lo malo que tenía aquella época: todas sus cosas buenas producían unos efectos muy desagradables.

El techo ondulaba sobre su cabeza en la gran rotonda donde ella se encontraba entonces. Del techo surgió una enorme protuberancia violácea que descendía hacia ella y que a la nerviosa joven le recordó la gran araña del teatro a punto de caer.

—¿Qué desea? — preguntó cortésmente la protuberancia violácea —. ¿A quién desea ver?

Ella se pasó la lengua por los labios, luego se irguió y pensó que no era la primera vez que se encontraba en semejante situación. Había que mantener las apariencias; no estaba bien demostrar nerviosismo en presencia de un techo.

—He venido a ver a Gygyo... es decir, ¿está visible Mr. Gygyo Rablin?

—Mr. Rablin no está en tamaño en este momento. Volverá dentro de un cuarto de hora. ¿Quiere usted esperarlo en su oficina? Tiene allí a otra visita.

Mary Ann pensó con rapidez. No le gustaba en absoluto que hubiese otra visita, pero tal vez sería mejor así. La presencia de un tercero actuaría como factor moderador para ambos y atenuaría un poco la violencia que para ella representaba volver ante Gygyo para pedirle un favor después de lo que había pasado entre ellos.

¿Pero qué significaba eso de que no estaba «en tamaño»? Aquellas personas del siglo XXV hacían cosas verdaderamente extrañas...

—Sí, le esperaré en su oficina — contestó al techo —. Oh, no se moleste — dijo al piso cuando éste empezó a ondular bajo sus pies —. Ya conozco el camino.

—No es ninguna molestia, señorita — contestó alegremente el piso, que continuó transportándola por la rotonda hasta el despacho particular de Rablin —. Es un placer servirla.

Mary Ann suspiró y movió la cabeza. ¡Algunas de aquellas casas eran tan obstinadas! Relajando su tensión, dejó que el piso la llevase, sacando el espejito del bolso mientras tanto para una última y rápida revisión de su cara y su cabello.

Pero la mirada que dirigió al espejito evocó de nuevo aquel recuerdo. Entonces se sonrojó y casi llamó a un saltador para que la devolviese al alojamiento de Mrs. Brucks. Pero no podía hacerlo... aquella era su última ocasión de irse de aquel mundo y regresar al suyo. ¡Pero eso no impedía que estuviese furiosa con aquel atrevido de Gygyo Rablin... sí, muy furiosa!

Cuando el cuadrado amarillo de la pared se hubo dilatado lo suficiente, el piso la hizo entrar en el despacho particular de Rablin y entonces volvió a alisarse. Ella miró a su alrededor, asintiendo ligeramente ante aquel escenario familiar.

Allí estaba la mesa de Gygyo, si es que se podía llamar mesa a aquel extraño objeto que ronroneaba. Allí estaba aquel diván que se retorció de una manera tan peculiar y que...

Ella contuvo el aliento. Una joven estaba recostada en el diván, una de aquellas horribles mujeres calvas de aquella época.

—Discúlpeme — dijo Mary Ann atropelladamente —. No tenía idea... no pretendía...

—No tiene usted por qué disculparse — dijo la joven, sin dejar de mirar al techo —. No molesta en absoluto. Yo también vine a ver a Gygyo. Siéntese.

Como obedeciendo a la indicación, el piso lanzó una proyección a espaldas de Mary Ann, cuando ésta estuvo bien instalada, descendió hasta la altura de un asiento.

—Usted debe de ser esa chica del siglo XX... — la joven calva se interrumpió, corrigiéndose rápidamente —, la visita que Gygyo ha recibido últimamente. Yo me llamo Fleureet. Soy una vieja amiga de la infancia... nos conocimos en el Grupo Tercero de Responsabilidad.

Mary Ann hizo un circunspecto gesto de asentimiento.

—Encantada. Yo me llamo Mary Ann Carthington. Y realmente si puedo de algún modo... En fin. sólo entré para...

—Ya le he dicho que no molesta. Entre Gygyo y yo no hay absolutamente nada. Su trabajo en la Embajada Temporal le ha hecho encontrar insípidas a las mujeres actuales: para él tienen que ser atavismos o precursoras. Anacrónicas de algún modo, en fin. Yo estoy esperando la transformación (la transformación principal), así es que es natural que ahora no experimento sentimientos muy profundos. ¿Está satisfecha? Así lo espero. Y ahora, hola, Mary Ann.

Fleureet flexionó el brazo por el codo varias veces, en el que Mary Ann reconoció con desdén como el saludo normal de aquella época. ¡Qué mujeres! Parecían hombres exhibiendo los bíceps. ¡Y sin dirigir siquiera una mirada de cortesía hacia la persona a quien saludaban!

—El techo ha dicho — empezó a decir con indecisión — que Gyg... Mr. Rablin no está en tamaño en este momento. ¿Equivale esto a lo que nosotros llamamos no estar en casa?

La joven de cabeza rapada asintió.

—En cierto sentido, sí. Está en esta habitación, pero su tamaño es tan reducido que usted no podría hablar con él. El tamaño de Gyg en estos momentos es de (a ver, ¿qué tamaño dijo?) oh, sí, 35 micrones. Está dentro de una gota de agua, en el campo visual de ese microscopio que tiene usted a la izquierda.

Volviéndose, Mary Ann examinó el objeto negro y esférico colocado sobre una mesa arrimada a la pared. Con excepción de los dos oculares colocados a nivel de la superficie, tenía muy poco en común con las fotografías de microscopios que ella había visto en las revistas.

—¿Está... ahí? ¿Y qué hace ahí dentro?

—Está de microcaza. Es extraño que aún no conozca usted a Gygyo. Es un romántico sin remedio. ¡Mire usted que ir de microcaza, ahora que ya no va nadie! Y en un caldo de cultivo de amibas intestinales, por más señas. Y su espíritu osado no se conforma con menos que con matar a esas asquerosas bestias a mano, en lugar de hacerlo por psicorutinaria o por lo menos mediante la quimioterapia. Pero él es así. Vamos, Gygyo, le digo yo: esos juegos son para niños... en realidad para niños del Cuarto Grupo de Responsabilidad. Pues esto molestó su amor propio y respondió que se estaría así un cuarto de hora. ¡Un cuarto de hora! Cuando me dijo eso, yo resolví venir para observar la lucha, por si acaso.

—¿Es que... puede resultar peligroso un cuarto de hora ahí dentro? — preguntó Mary Ann, algo enfurruñada, pues le había molestado aquella observación de que era extraño que aún no conociese a Gygyo. Esta era otra de las cosas de aquel mundo que no le gustaban: a pesar de que siempre estaban hablando del derecho a la intimidad y el carácter sagrado que tenía la personalidad del individuo, había hombres como Gygyo que no lo pensaban dos veces antes de contar las cosas más íntimas acerca de sus relaciones a quien quisiera oírlos.

—Figúreselo usted misma. Gygyo ha reducido su tamaño hasta 35 micrones. Este tamaño es casi el doble del que tienen la mayoría de los parásitos intestinales con los que tendrá que luchar... amibas como la Endolimax nana, Iodarnoeba butschlii y la Dientamoeba fragilis. Pero suponga que se encuentra con un grupo de Endamoeba coli, sin hablar de nuestra amiga que produce la disentería tropical, o sea la Endamoeba histolytica. ¿Qué pasará entonces?

—¿Sí, qué pasará entonces? — repitió la joven rubia como un eco. No lo sabía ni por asomo. En San Francisco no surgían problemas como éste.

—Pues que estará metido en un buen aprieto. Eso es lo que pasará. Los colii pueden ser tan grandes como él, y las hystolyticae incluso mayores, 36, 37 micrones y a veces más. Ahora bien, como usted sabe, el factor más importante en una microcaza está representado por el tamaño. Especialmente cuando el cazador ha cometido la estupidez de limitar su armamento a una espada y ni siquiera ha tomado un arma automática como precaución. Pues bien, en estas condiciones, a ese loco se le ocurre encerrarse ahí durante quince minutos, sin poder salir ni sin que nadie pueda sacarlo. No me extrañaría que le ocurriese algún contratiempo desagradable. ¡No, no me extrañaría nada!

—¿De veras? ¿De veras podría ocurrir algo?

Sin responder, Fleureet le indicó el microscopio con un ademán.

—Eche un vistazo. Yo he ajustado mi retina a los aumentos, pero ustedes aún no son capaces de hacerlo, según creo. Necesitan auxiliares mecánicos para todo. Vamos, eche un vistazo. Ahora está luchando con la Dientamoeba fragilis. Es un bicho pequeño, pero rápido. Y muy maligno.

Mary Ann corrió hacia el microscopio esférico y miró ávidamente por los oculares.

Allí, en el centro exacto del campo de visión, estaba Gygyo. Un casco esférico y transparente le cubría la cabeza y llevaba el resto del cuerpo oculto bajo un traje de una pieza, grueso pero flexible. A su alrededor correteaba una docena de amibas grandes como perros, que extendían pseudópodos romos y translúcidos en dirección a su cuerpo. Él les asestaba tremendos mandobles con una gran espada que empuñaba con ambas manos. Uno de sus tajos consiguió cortar en dos a la amiba que lo hostigaba con más insistencia. Pero por su jadeante respiración, Mary Ann comprendió que estaba muy fatigado. De vez en cuando dirigía una rápida mirada por encima de su hombro izquierdo, hacia algo que se hallaba fuera del campo de visión y que él no quería perder de vista.

—¿De dónde obtiene el aire? — pregunto ella.

—El traje contiene siempre el oxígeno suficiente para el tiempo que durará la lucha — le explicó Fleureet, algo sorprendida ante aquella pregunta —. Aún le quedan cinco minutos, y creo que conseguirá acabar bien. Sin embargo, se llevará un buen escarmiento. A ver si así... ¿No ve usted eso?

Mary Ann se quedó boquiabierta. Un ser alargado y fusiforme, terminado por una especie de látigo, acababa de atravesar el campo visual como una exhalación pasando muy por encima de la cabeza de Gygyo. Tenía una vez y media el tamaño de éste. El hombre se agazapó cuando pasó la extraña bestia y las amibas que lo rodeaban huyeron en desbandada. Sin embargo, volvieron inmediatamente al ataque, una vez hubo pasado el peligro. Ya muy cansado, él continuó esgrimiendo la espada.

—¿Qué era eso?

—Un tripanosoma. Ha pasado con demasiada rapidez para que pudiera identificarlo bien, pero tiene que ser el Trypanosoma gambiense o el Trypanosoma rhodisiense... el protozoario africano que produce la enfermedad del sueño. Aunque, mirándolo bien, su tamaño era algo excesivo para que fuese uno de esos dos. Podría haber sido... ¡Oh, qué loco, qué loco!

Mary Ann se volvió hacia ella, verdaderamente asustada.

—¿Por qué... qué ha hecho Gygyo?

—Pues no quiso procurarse un caldo de cultivo puro, eso es lo que ha hecho. Enfrentarse con diversas clases de amibas intestinales ya es bastante peligroso, pero si con ellas hay además tripanosomas, constituye una verdadera locura. ¡Y él reducido a 35 micrones!

Al recordar las miradas de temor que Gygyo dirigía hacia atrás, Mary Ann volvió a observar por el microscopio. El hombre seguía luchando desesperadamente, pero los mandobles que asestaba con la espada eran mucho más lentos y espaciados. De pronto

otra amiba, distinta a las que atacaban a Gygyo, entró nadando pausadamente en el campo visual. Era casi transparente y su tamaño era como de la mitad del hombre.

—Esta es nueva — dijo a Fleureet —. ¿Es peligrosa?

—No. La Yodamoeba butschlii no es más que una masa perezosa e inofensiva de protoplasma. ¿Pero qué debe de haber a la izquierda de Gygyo, que le causa tanto temor? No hace más que mirar hacia ahí como si... ¡Oh!

Esta última exclamación parecía casi un simple comentario, hasta tal punto estaba cargada de desesperación. Un monstruo ovalado, cuya longitud era triple de la altura de Gygyo y su anchura doble, penetró en el campo visual por la izquierda, como si saliese al escenario en respuesta a su pregunta. Los cirros vibrátiles de que estaba recubierto parecían darle una velocidad fantástica.

Gygyo le asestó un tajo, pero el microbio hizo un regate y salió del campo visual, para volver inmediatamente, como un bombardero en picado. Gygyo se apartó de un salto, pero una de las amibas que lo había estado atacando no se dio suficiente maña y desapareció, debatiéndose desesperadamente, por la boca en forma de embudo que tenía en un extremo el monstruo de forma ovoide.

—Es el *Balantirium coli* — explicó Fleureet antes de que Mary Ann pudiese formular la pregunta con sus temblorosos labios —. Tiene 100 micrones de largo por 65 de ancho. Es rápido, mortífero y terriblemente voraz. Yo ya temía que terminase encontrándose con algo así tarde o temprano. Bien, éste es el fin de nuestro amigo microcazador. No conseguirá mantenerlo a raya hasta salir. Además,

no puede matar a un animal de ese tamaño.

Mary Ann tendió hacia ella sus manos implorantes y temblorosas.

—¿No puede usted hacer nada?

La mujer de la cabeza rapada apartó su mirada del techo. Haciendo lo que parecía un intenso esfuerzo, enfocó sus ojos en la joven. Esta vio que brillaban de asombro.

—¿Qué puedo hacer? Aún tendrá que estar encerrado ahí durante otros cuatro minutos; no puede hacer nada para salir. ¿Cree usted acaso que yo... que yo voy a ir ahí dentro para rescatarlo?

—¡Naturalmente..., si esto es posible!

—¡Pero esto sería una interferencia en sus derechos soberanos como individuo! ¡Mi querida amiga! Aun admitiendo que su deseo de destruirse es inconsciente, de todos modos es un deseo que se origina en una parte esencial de su personalidad y que hay que respetar. Se halla protegido por los derechos subsidiarios... estipulados en el pacto de...

—¿Y cómo sabe usted que él desea su propia destrucción? — dijo llorosa Mary Ann —. ¡Nunca había oído nada semejante! ¡Yo suponía que él... era amigo suyo... tal vez se ha encontrado metido en una situación más apurada de lo que suponía, y ahora no puede salir de ella. ¡Oh... pobre Gygyo... nosotras aquí hablando y él con su vida en peligro!

Fleureet reflexionó.

—Admito que en esto tal vez tenga usted algo de razón. Él es un romántico, y desde que la conoce a usted, se le han metido una serie de ideas descabelladas en la cabeza. Nunca había corrido estos riesgos, antes de conocerla. Pero dígame: ¿Cree usted que vale la pena arriesgarse a interferir en los derechos soberanos e individuales ajenos, sólo para salvar la vida de un viejo y querido amigo?

—La verdad, no la entiendo — dijo Mary Ann, consternada —. ¡Naturalmente, mujer! ¿Por qué no permite que yo... haga lo que sea y vaya a buscarle? ¡Por favor, iré yo, si usted no quiere ir!

La otra joven se levantó y denegó con la cabeza.

—No, creo que mi intervención será más eficaz. Desde luego, este romanticismo es contagioso. Y además — dijo, riendo —, resulta un poco intrigante. ¡Vivían ustedes de una manera tan distinta y arriesgada en el siglo XX!

Ante los propios ojos de Mary Ann, se fue empequeñeciendo rápidamente. En el mismo instante en que desapareció, hubo un movimiento y un susurro, como la llama de una vela que se inclinase, y su cuerpo se dirigió como un hilo de luz hacia el microscopio.

Gygyo tenía una rodilla apoyada en tierra, tratando de ofrecer la menor superficie posible a los ataques del monstruo ovalado. Las amibas que antes lo rodeaban habían huido o habían sido engullidas por el monstruo. Gygyo hacía rápidos molinetes con la espada sobre su cabeza, mientras el *Balantidium coli* se abatía por un lado y luego por otro, pero se le veía muy cansado. Tenía los labios fuertemente apretados y en sus ojos brillaba una mirada de desesperación.

Y entonces la enorme criatura se abatió como una flecha, hizo una finta y, cuando él le asestó un golpe con la espada, la amiba lo esquivó y, rodeándolo lo atacó por la espalda. Gygyo cayó y la espada se escapó de su mano.

Agitando rápidamente sus cirros, el monstruo giró a su alrededor, dio media vuelta y descendió como una exhalación con su boca en forma de embudo abierta, dispuesto a zamparse a su víctima.

Pero una mano enorme, una mano que tenía las dimensiones de todo el cuerpo de Gygyo, apareció en el campo visual y apartó de un manotazo al monstruo. Gygyo se puso en pie, recuperó la espada y miró hacia lo alto con una expresión de incredulidad. Lanzó un suspiro de alivio y después sonrió. Sin duda alguna, Fleureet se había detenido en su empequeñecimiento para alcanzar un tamaño de varios cientos de micrones. Su cuerpo no se veía en el campo del microscopio, pero sin duda alguna el *Balantidium coli* lo distinguía perfectamente, pues dio media vuelta y se alejó a todo correr.

En cuanto a los minutos que aún faltaban para que Gygyo saliese, no hubo ni un solo ser que se atreviese a merodear por los alrededores del hombre.

Ante la estupefacción de Mary Ann las primeras palabras que dirigió Fleureet a Gygyo cuando ambos reaparecieron a su lado a su tamaño natural, fueron de disculpa:

—Siento mucho lo que ha ocurrido, pero tu amiga comedora de fuego aquí presente consiguió preocuparme tanto por tu seguridad, Gygyo, que no sé lo que hice. Si quieres acusarme de violación del Pacto y de haberme entrometido en los planes individuales que habías preparado cuidadosamente para tu destrucción...

Gygyo la ordenó callar con un ademán.

—No pienses más en ello. Como dijo el poeta: Pacto, Tracto. Tú me has salvado la vida y, por lo que sé, yo deseaba salvarla. Si yo te llevase ante los tribunales por haber intervenido en lo que hacía mi subconsciente, para ser justos habríamos de citar como testigo a mi mente consciente en tu defensa. La vista podría durar meses, y yo estoy demasiado ocupado para perder tiempo con esas cosas. La joven asintió.

—Tienes razón. No hay nada más lleno de complicaciones y de palabreo que un pleito esquizoide. Pero de todos modos, te estoy agradecida... pues yo no debiera haber intervenido para salvar tu vida. No sé qué me pasó ni qué se apoderó de mí.

—He aquí lo que se apoderó de ti — dijo Gygyo señalando a Mary Ann —. El siglo del racionamiento, de la guerra total, de la chismorrería absoluta. Lo sé: ¡Es algo contagioso!

Mary Ann estalló.

—¡Vamos, hay que ver! ¡Les aseguro que en toda mi vida... la verdad... no puedo creerlo! ¡En primer lugar, ella dice que no quiere salvarte la vida, porque eso sería inmiscuirse en tu subconsciente... sí, tu subconsciente! Después, cuando por último se decide a hacer algo, termina pidiéndote disculpas... ¡disculpas! ¡Y tú, en lugar de darle las gracias, hablas como si quisieras excusarla por... por haber cometido una agresión con nocturnidad y alevosía! Y por si aún no fuese bastante, luego te pones a insultarme y a... y a...

—Perdóname — dijo Gygyo — No me proponía insultarte, Mary Ann, ni a ti ni a tu siglo. Después de todo, no debemos olvidar que fue el primer siglo de la época moderna, la

crisis de juventud que marcó el inicio de la convalecencia. Y bajo muchos aspectos fue un período verdaderamente grande y lleno de aventuras, durante el cual el Hombre se atrevió a realizar por última vez muchas cosas que ya no ha vuelto a intentar.

—Bien, si es así...

Mary Ann tragó saliva y empezó a sentirse mejor. En aquel momento vio cómo Gygyo y Fleureet se miraban cambiando una débil sonrisa. Entonces dejó de sentirse mejor. ¡Vaya! ¿Quién se pensaban que eran, aquel par?

Fleureet se dirigió al cuadrado amarillo de la salida.

—Tengo que irme — dijo —. Sólo vine para despedirme antes de mi transformación. ¿No me deseas suerte, Gygyo?

—¿Tu transformación? ¿Tan pronto? Bien, pues que tengas mucha suerte. Me ha alegrado mucho conocerte, Fleureet.

Cuando la joven se hubo marchado, Mary Ann observó la expresión de profunda preocupación que mostraba el semblante de Gygyo y le preguntó vacilante:

—¿Qué significa eso de la... «transformación»? Y ella ha dicho que era una transformación principal. Es la primera vez que oigo mencionar tal cosa.

El joven moreno observó detenidamente la pared por un momento.

—Será mejor que no lo diga — dijo por último, como hablando consigo mismo —. Esta es una de las ideas que a vosotros os trastornan, como nuestra comida activa, por ejemplo. Y hablando de comida... tengo un hambre atroz. Tengo hambre, ¿te enteras? ¡Hambre!

Una sección de la pared tembló violentamente cuando él elevó la voz. Luego de la pared surgió un brazo, que sostenía una bandeja. Gygyo empezó a comer de pie.

No dijo si gustaba a Mary Ann, lo cual no molestó a la joven, sino todo lo contrario. Le bastó una mirada para ver que era una comida formada por aquella especie de espagueti violáceo, por los que él sentía una enorme debilidad.

Tal vez eran excelentes. Tal vez eran asquerosos. Ella nunca lo sabría. Sabía tan sólo que nunca sería capaz de comer un alimento que se levantaba solo, para meterse en la boca, ya que luego, en el interior de ella, se debatía como un haz de gusanos vivos.

Esta era otra de las cosas que la sacaban de quicio en aquel mundo. ¡Lo que aquella gente comía!

Gygyo levantó la mirada y vio su cara.

—Me gustaría que lo probases aunque sólo fuese una vez — dijo tristemente —. Descubrirías toda una nueva dimensión en el terreno de los alimentos. Además de sabor, solidez y aroma, notarías movilidad. Piénsalo bien: no tendrías la comida inerte y quieta en la boca, sino expresando de manera elocuente su deseo de que la comieses. Incluso tu amigo Winthrop, que es un verdadero gourmet, tuvo que reconocer el otro día que el libalilil del Centauro se lleva la palma y es mucho mejor que sus sinfonías alimenticias favoritas. Tienes que saber que se trata de alimentos un poco telepáticos que pueden ajustar su sabor a los deseos de la persona que los consume. De esta manera, se obtiene...

—Te lo agradezco mucho, pero, por favor, no sigas. ¡Me produce náuseas sólo pensar en ello!

—Muy bien. — Terminó de comer e hizo una seña a la pared. El brazo se hundió en ella, llevándose las bandejas —. Me rindo. Lo único que yo quería era que probases nuestra comida antes de regresar. Sólo probarla.

—Ya que hablamos de regresar, este es precisamente el motivo de mi visita. Han surgido dificultades.

—¡Oh, Mary Ann! Y yo que me figuraba que sólo habías venido por mí —dijo, inclinando con desconsuelo la cabeza.

Ella no hubiera sabido decir si Gygyo se mofaba de ella o hablaba en serio; le pareció que el medio más sencillo de hacer frente a la situación consistía en enfadarse.

—Tienes que saber, Gygyo Rablin, que tú eres el último hombre de la Tierra — pasado, presente o futuro — que yo quisiera volver a ver. ¡Y sabes muy bien por qué! Después de decirme las cosas que me dijiste... y en aquel momento...

Contra su voluntad — cosa que le produjo un gran disgusto —, su voz se quebró y las lágrimas brotaron de sus ojos, descendiendo por sus mejillas. Apretando fuertemente los labios, ella se esforzó por no llorar.

Gygyo parecía estar muy violento e inquieto. Se sentó en un ángulo de la mesa, que se ajustó bajo él con una indecisión desacostumbrada.

—Lo siento, Mary Ann. Estoy verdaderamente muy apenado. En primer lugar, debiera haber empezado por no cortejarte. Aun sin tener en cuenta nuestras diferencias temporales y culturales tan importantes, estoy seguro que te darás perfecta cuenta, como yo, que tenemos muy poco en común. Pero es que yo te encontré... enormemente atractiva, de una fascinación extraordinaria. Me atraíste como ninguna mujer de mi época me ha atraído, y me has hechizado como no ha conseguido hacerlo ninguna de las mujeres que he conocido en mis visitas al futuro. No pude resistir tu atracción. Lo único que no podía prever era el efecto deprimente que tus cosméticos particulares producirían sobre mí. Las sensaciones táctiles me resultaron extremadamente turbadoras.

—Esto no es lo que tú dijiste, ni como lo dijiste. No hacías más que pasarme los dedos por la cara y los labios, diciendo: «Grasiento... grasiento!»

Ya completamente dueña de sí misma, ella imitó sus gestos con perversidad.

Gygyo se encogió de hombros.

—He dicho que lo siento, y puedes creerlo. ¡Pero si tú supieses, Mary Ann, qué efecto producen esas porquerías para un hombre que posee un sentido del tacto refinadísimo! ¡Esos labios pintarrajeados de rojo... y ese polvillo que llevas en las mejillas! Ya sé que no hay excusa para mí, pero quiero hacerte comprender por qué me porté tan estúpidamente.

—¡Sí, supongo que me encontrarías mucho más bonita si me afeitase la cabeza como esas mujeres... como esa horrible Fleureet, por ejemplo!

Sonriendo, él hizo un ademán de negación.

—No, Mary Ann, ni tú puedes ser como ellas, ni ellas podrían ser como tú. Se trata de conceptos totalmente distintos de la femineidad y de la belleza. En tu época, se concede mayor importancia a una especie de similaridad física, para lo cual se emplean diversos ingredientes artificiales que permiten que la mujer se acerque a un tipo ideal de carácter universal, y que está constituido por rasgos determinados, como unos labios rojos, una tez suave y una silueta determinada. En cambio, nosotros buscamos la diferencia, principalmente la diferencia emocional. Cuantas más emociones pueda exhibir una mujer, y cuanto más complejas éstas son... más consigue llamar la atención de sus semejantes. Esto explica las cabezas afeitadas. Su finalidad es mostrar las leves arrugas que aparecen de pronto y que no se verían si el cráneo estuviese cubierto por una mata de pelo. Y por esto llamamos a la cabeza calva de la mujer su mayor atributo de belleza.

Mary Ann inclinó abrumada los hombros y fijó la vista en el suelo, una parte del cual empezó a elevarse interrogadoramente, para volver a hundirse, cuando comprendió que no hacía falta.

—No lo entiendo ni creo que conseguiré entenderlo jamás. Lo único que sé es que no puedo estar en el mismo mundo en que tú vives, Gygyo Rablin... la sola idea de ello me hace sentir todos los males.

—Comprendo — dijo él, asintiendo gravemente —. Y por si puedo servirte de consuelo... te diré que me produces el mismo efecto. Nunca había cometido la solemne estupidez de ir de microcaza en un cultivo impuro, antes de conocerte. Pero las emocionantes aventuras de tu amigo Edgar Rapp, que tú me contaste, han terminado subiéndoseme a la cabeza. Me pareció que tenía que demostrar que era también un hombre ante tus ojos, Mary Ann.

—¿Edgar Rapp? — preguntó ella, enarcando las cejas y mirándole con incredulidad —. ¿Las emocionantes aventuras de Edgar? ¡Si el único deporte que practica, si es que puede llamarse deporte, consiste en pasarse la noche jugando al póker con sus amigos de la sección de contabilidad!

Gygyo se levantó y empezó a pasear sin rumbo fijo por la estancia, al tiempo que movía la cabeza.

—¡Y encima lo dices de este modo desdeñoso, y sin darle importancia! ¿No representan nada para ti el constante riesgo psíquico que corre, los choques inevitables entre diversas personalidades — subliminales y abiertos —, mientras juegan mano tras mano, una hora tras otra, con no, dos, ni tres, sino hasta cinco, seis y hasta siete seres humanos diferentes y terriblemente agresivos en torno a la mesa?... ¡Los faroles, las pujadas, las jugadas, la lucha fantástica que esto representa! ¡Y para ti estas cosas apenas representan nada; son lo que tu esperas que haga cualquier hombre normal! Yo no sería capaz de afrontarlo; en realidad, no hay ni un solo hombre en nuestra época capaz de resistir un cuarto de hora de esta terrible lucha psicológica.

La mirada de Mary Ann era muy tierna y cariñosa mientras lo contemplaba paseando afligido por la estancia.

—¿Y por esto te metiste en ese espantoso microscopio, Gygyo? ¿Para demostrarme que eras tan hombre como Edgar cuando éste juega al póker?

—No se trata sólo del póker, Mary Ann, aunque reconozco que es algo que pone los pelos de punta. Son muchas otras cosas. Ese coche de segunda mano que tiene, por ejemplo, y con el que te saca a pasear. Un hombre que se atreva a conducir uno de estos toscos y peligrosos automóviles teniendo en cuenta el tránsito que encuentra y las estadísticas de accidentes que hay en tu mundo... ¡Y eso todos los días, de la manera más natural! ¡Y sé que la microcaza es algo artificial y que da risa, en realidad, pero es lo único que he podido encontrar que se parezca, aunque sea remotamente, a vuestra circulación urbana del siglo XX!

—A mí no tienes que demostrarme nada, Gygyo Rablin.

—Tal vez no — dijo él, sombrío —. Pero ha llegado un momento que he tenido que demostrármelo a mí mismo. Lo cual es una tontería, bien mirado, pero no por ello deja de ser así. Y he conseguido demostrar algo después de todo: que dos personas que poseen normas completamente distintas respecto a lo que debe ser un hombre y a lo que debe ser una mujer, normas que llevan arraigadas desde la infancia, no tienen la menor posibilidad de acuerdo, por más atractivos que se encuentren. Yo no puedo vivir tranquilamente, sabiendo cuáles son tus gustos y preferencias y tú... ya hemos visto el efecto que te producen los míos. No encajamos, no hay correspondencia entre nosotros, no somos el uno para el otro. Como has dicho antes, no podemos vivir en el mismo mundo. Esto es doblemente verdad desde... bien, desde que descubrimos el gran atractivo que sentimos el uno por el otro.

Mary Ann asintió.

—Lo sé. Cuando tú dejaste de cortejarme y... dijiste aquella horrible palabra, cuando temblaste de aquel modo, como si sintieses asco, al limpiarte los labios... Gygyo... ¡Me miraste como si yo apestase! Esto me destrozó; me hizo pedazos. Entonces comprendí que tenía que salir de tu época y de tu universo para siempre. ¡Pero mientras Winthrop siga en sus trece... no sé que hacer!

—Explícame lo que ocurre.

Pareció hacer un esfuerzo para sobreponerse, al sentarse junto a ella sobre una sección del piso elevado.

Cuando la joven hubo terminado su relato, él ya estaba totalmente repuesto. El prodigioso efecto igualitario que ejercía la mutua corriente emocional, ya no actuaba. Consternada, Mary Ann vio cómo se convertía de nuevo en un joven del siglo XXV, extremadamente cortés, inteligentísimo y algo altivo, y sintió como aumentaba su propia

torpeza, su llamativa y poco inteligente primitivismo ascendía a la superficie, pasando a primer plano.

—No puedo hacer nada por ti — dijo él —. Ojalá pudiese.

—¿Ni siquiera respecto a nuestros propios problemas? — preguntó ella con desesperación —. ¿Ni siquiera considerando lo terrible que será que yo me quede aquí, que no me marche a tiempo?

—Ni siquiera teniendo en cuenta todo esto. Dudo que consiguiese hacértelo entender por más que lo intentase, Mary Ann, pero yo no puedo obligar a Winthrop a irse, mi conciencia me impide darte cualquier consejo para obligarlo... y no se me ocurre nada que pueda hacerle variar de idea. Ten en cuenta que está en juego toda una estructura social que es mucho más importante que nuestros pequeños sufrimientos personales, por enormes que éstos nos puedan parecer. En mi mundo, como Storku señaló, estas cosas no se hacen. Y esto, cariñito, es así.

Mary Ann se recostó en su asiento. No necesitaba escuchar el tono ligeramente burlón y conmisero de las últimas palabras de Gygyo, para saber que él se había hecho el amo de la situación y que de nuevo la contemplaba como un ejemplar intrigante pero muy distanciado, culturalmente hablando.

¿Era de verdad esto, lo que Gygyo sentía por ella entonces? Con el corazón henchido de cólera y desesperación, Mary Ann comprendió que tenía que herirlo de nuevo, herirlo en lo vivo. Quería borrar aquella sonrisa burlona de su rostro.

—Desde luego — dijo, escogiendo la primera flecha que le vino a mano —, no te hará ningún bien que Winthrop no vuelva con nosotros.

Él la miró con expresión interrogadora.

—¿Te refieres a mí?

—Pues verás, si Winthrop no vuelve, nosotros nos quedaremos aquí Y si nosotros nos quedamos, tus contemporáneos que visitan a los nuestros se quedarán en el siglo XX. Teniendo en cuenta que tú eres el supervisor temporal... tuya es la responsabilidad de lo que les ocurra. Incluso podrías perder el empleo.

—¡Mi querida niña! Yo no puedo perder mi empleo; es mío hasta que me canse de él. La idea del despido no cabe en nuestro mundo. ¡Sólo falta que me digas que me expongo a que me corten las orejas!

Ante la consternación de Mary Ann, rompió en una estruendosa carcajada. Bien, al menos ella había conseguido ponerlo de buen humor; no se podía negar que había contribuido a su hilaridad. ¡Pero aquello de «Mi queridita niña»! ¡Que le tratase como a una criatura!...

—¿Ni siquiera te sientes responsable por su suerte? ¿Es que no sientes nada?

—Verás, si algo me siento, no es ciertamente responsable. Las cinco personas de este siglo que se ofrecieron voluntariamente para efectuar el viaje al tuyo eran seres humanos muy cultos, extremadamente inteligentes y dotados de un gran sentido de la responsabilidad. Todos ellos sabían que se exponían a algunos riesgos inevitables.

Ella se alzó con agitación.

—¿Pero cómo podían prever que Winthrop demostraría tal terquedad? ¿Y cómo podíamos saberlo nosotros, Gygyo?

—Aún suponiendo que dicha posibilidad no se les ocurriese a ninguno de ellos — señaló el joven, tomándola del brazo con suavidad para obligarla a sentarse de nuevo a su lado —, debemos presumir razonablemente que la transferencia a un período situado a cinco siglos de distancia del nuestro tiene que ir acompañada de ciertos peligros. Uno de ellos es la imposibilidad de regresar. Entonces, nos vemos obligados a admitir también que uno o más de uno de los que efectuaba la transferencia reconocían la existencia de este peligro — al menos de una manera inconsciente — y deseaban someterse a sus consecuencias. Si la situación es ésta, toda interferencia resultaría un crimen, no sólo contra los deseos conscientes de Winthrop, sino también contra los impulsos

inconscientes de dichas personas... ¡y ambos poseen casi la misma importancia de acuerdo con la ética de nuestra época! ¡Ahí tienes! Te lo he expuesto de la manera más sencilla que me ha sido posible. ¿Lo comprendes ahora, Mary Ann?

—Pues... un poco — confesó ella —. ¿Significa eso que es como lo que ocurrió con Fleureet cuando no quería salvarte, a pesar de que corrías el riesgo de perecer en aquella microcaza, porque tú deseabas, tal vez de una manera inconsciente, que te matasen?

—¡Exactamente! Y te aseguro que Fleureet no hubiera levantado un dedo para salvarme, a pesar de que yo soy un viejo amigo suyo y a pesar de tu romántico influjo, si no hubiese estado en el umbral de la transformación principal...

—¿En qué consiste esa transformación?

Gygyo denegó profundamente con la cabeza.

—No me preguntes eso. No lo entenderías, no te gustaría... y de nada te serviría saberlo. Es un concepto y una práctica tan peculiar de nuestra época como lo eran, por ejemplo, los periódicos murales y las jaranas de la noche de elecciones para vosotros. Lo que me interesa que comprendáis es esto otro... la manera como protegemos y fomentamos el impulso excéntrico individual, aunque resulte suicida. Voy a decirlo de otro modo. La Revolución Francesa trató de resumir sus propósitos en la divisa Libertad, Igualdad y Fraternidad; la Revolución Norteamericana acuñó la frase Vida, Libertad y la Búsqueda de la Felicidad. Nosotros creemos que todo el concepto de nuestra civilización se encierra en estas palabras: el Carácter Profundamente Sagrado del Individuo y el Impulso excéntrico individual. La segunda parte es la más importante, porque sin ella nuestra sociedad tendría tanto derecho a inmiscuirse en la vida del individuo como la vuestra; un hombre no tendría ni siquiera la elemental libertad de disponer de su propia vida sin llenar antes los correspondientes formularios que le facilitaría el correspondiente funcionario del Estado. Una persona que quisiese...

Mary Ann se levantó con determinación.

—¡Ya tengo bastante! No me interesan en lo más mínimo estas paparruchas. ¡Lo único que veo es que tú no quieres ayudarnos de ninguna manera y no te importa que nos quedemos aquí por el resto de nuestra vida! Lo mejor que puedo hacer es marcharme.

—En nombre del Pacto, chica, ¿qué esperabas que dijese? Yo no soy el Oráculo. No soy más que un hombre.

—¿Un hombre? — dijo ella con sarcasmo —. ¿Un hombre? ¿Tú te consideras un hombre? Vaya, un hombre de verdad hubiera... ¡Oh, déjame salir de aquí!

El joven moreno se encogió de hombros y se levantó a su vez, llamando a un saltador. Cuando éste se materializó a su lado, se lo indicó con un gesto de cortesía. Mary Ann se encaminó hacia él, se detuvo y tendió una mano al joven, diciéndole:

—Gygyo, tanto si nos quedamos como si nos vamos, no volveré a verte nunca. Estoy completamente decidida sobre este particular. Pero quiero que sepas una cosa.

Como si comprendiese lo que ella iba a decirle, él bajó la mirada, con la cabeza inclinada sobre la mano que estrechaba entre las suyas.

Al ver su devota actitud, la voz de Mary Ann se hizo más cariñosa y tierna.

—Quiero que sepas... quiero que sepas, oh, Gygyo que tú eres el único hombre que he amado. Te he amado con toda mi alma y con todo mi corazón. Quiero que lo sepas, Gygyo.

Él no contestó. Continuaba estrechándole fuertemente la mano y ella no podía verle los ojos.

—Gygyo — dijo ella, sintiendo que se le quebraba la voz —. ¡Gygyo! Dime que sientes lo mismo por mí...

Finalmente, Gygyo levantó la mirada. En su cara había una expresión de sorpresa. Señaló a los dedos de la mano que había sujetado. Las uñas de la joven estaban pintadas con un brillante esmalte.

—¿Por qué te pintas únicamente las uñas? — le preguntó —. La mayoría de pueblos primitivos se pintaban otras partes del cuerpo y en mayor extensión. Por lo menos podías haberte tatuado toda la mano... ¡Mary Ann! ¿He vuelto a decir alguna inconveniencia?

Conteniendo a duras penas sus sollozos, la joven retiró bruscamente su mano y entró en el saltador.

Se trasladó inmediatamente a la habitación de Mrs. Brucks donde, cuando estuvo suficientemente calmada, explicó por qué Gygyo Rablin, el supervisor temporal, no podía o no quería ayudarlos a deponer la actitud terca de Winthrop.

Dave Pollock paseó su mirada por la habitación oval.

—¿Así, nos damos por vencidos? ¿No hay ni una sola persona en todo este resplandeciente y rutilante futuro lleno de aparatos que quiera levantar un dedo para ayudarnos a regresar a nuestra época y a nuestras familias?... y nosotros, por nuestra parte, no podemos hacer nada. Un mundo feliz, desde luego. Es maravilloso. El colmo del progreso.

Mr. Mead rezongó algo desde el fondo de la habitación, donde estaba hundido en una poltrona. De vez en cuando su corbata se enrollaba y trataba de alcanzarle los labios; con gesto cansado y petulante él volvía a alisarla de un golpe.

—No sé a qué vienen sus comentarios, joven — dijo —. Al menos, nosotros tratamos de hacer algo. Pero usted no se ha movido de aquí.

—Ollie, mi querido amigo, dígame usted lo que puedo hacer y lo haré. Aunque yo no pago un tremendo impuesto sobre la renta, me han enseñado a servirme de mi cabeza. Nada me gustaría más que comprobar los resultados que podría tener un enfoque completamente racional de este problema.

—¿Pero qué importa ya todo? — dijo Mrs. Brucks, extendiendo el brazo para mostrar el pequeño reloj de pulsera de plata chapada que llevaba en la muñeca —. Sólo faltan cuarenta y cinco minutos para las seis. ¿Qué podemos hacer en cuarenta y cinco minutos? ¿Un milagro? ¿Magia? Lo que yo sé, es que no volveré a ver a mi Barney.

El joven delgado se volvió, encolerizado:

—Yo no hablo de magia ni de milagros. Hablo de lógica. De lógica y de un examen racional de los hechos. Las gentes de esta época no sólo disponen de una recopilación histórica que se extiende hasta más allá de nuestra época en el pasado, sino que están en contacto regular con el futuro... con su futuro. Esto significa que también disponen de recopilaciones históricas que se extienden hacia atrás hasta incluir su propia época.

Mrs. Brucks se animó a ojos vistas. Siempre le había gustado escuchar a las personas cultas. Hizo un gesto de asentimiento y preguntó:

—¿Y entonces?

—¿No resulta evidente? Las cinco personas que cambiaron con nosotros debían de saber por anticipado que Winthrop no querría, regresar. Pudieron consultarlo en las recopilaciones históricas del futuro. No hubieran realizado el viaje, para pasarse el resto de sus días en un ambiente tosco y primitivo para ellos, si no hubiesen sabido que todo se solucionaría, que la situación tenía remedio. Pero corresponde a nosotros hallar esta solución.

Oliver T. Mead había estado escuchando con suma atención, como si tratase de localizar un hecho escondido al extremo de un largo túnel de amargura. Enderezándose de pronto, exclamó:

—¡Ya está! ¡Ahora me acuerdo de lo que dijo Storku! La Embajada Temporal. Pero no creerá que valiese la pena acudir a ella... allí sólo les preocupan problemas históricos de gran alcance y no nos harían caso. Pero habló de algo más... de otra cosa que podríamos hacer. Vamos a ver... ¿qué era?

Todos lo miraban con ansiedad, mientras él meditaba con el ceño fruncido. Dave Pollock había empezado a decir algo sobre «recuerdos con recargo» cuando el rechoncho financiero se puso a palmetear alegremente.

—¡Ya me acuerdo! ¡El Oráculo! Dijo que podíamos consultar el Oráculo, que por lo visto es una máquina. Añadió que tal vez nos costaría un poco interpretar lo último que me preocupa. Nuestra situación es la respuesta, pero tal como están las cosas, esto es desesperada, y no podemos elegir. Necesitamos una respuesta, la que sea...

Mary Ann Carthington levantó la mirada del pequeño laboratorio de cosmética que utilizaba para reparar los estragos causados a su maquillaje por las lágrimas.

—Ahora que usted lo menciona, Mr. Mead, recuerdo que el supervisor también me dijo algo a ese respecto. Quiero decir que también me habló del Oráculo.

—¿Ah, sí? ¡Magnífico! Esto acaba de remachar el clavo. Quizá aún tengamos una esperanza, señoras y señores. Ahora hablemos de quién lo hará. Estoy seguro de que no hay que trazar un diagrama para escoger a aquel de nosotros más preparado para enfrentarse con una complicada máquina del futuro.

Las miradas de todos convergieron en Dave Pollock, quien tragó saliva y preguntó con voz ronca:

—¿Se refiere usted a mí?

—Claro que me refiero a usted, joven — dijo Mr. Mead con serenidad —. Usted es el sabio melenudo de la reunión. Es profesor de Física y Química.

—Soy un maestro, nada más que un maestro de escuela, que enseña ciencias. Y ya saben ustedes la repugnancia que me inspira tener tratos con esa máquina del Oráculo. La sola idea de acercarme a ella me revuelve el estómago. La considero como uno de los aspectos más horribles y decadentes de esta civilización. Antes preferiría...

—¿Mi estómago no se revolvió también cuando tuve que ir a discutir con ese chiflado de Mr. Winthrop? — le interrumpió Mrs. Brucks —. Hasta aquel momento yo no había salido de esta habitación... ¿y cree usted que me gustó ver como tan pronto llegaban unos pantalones cortos, y al instante siguiente una sotana, y después qué sé yo qué? Y las tonterías que tuve que escuchar... que oiese esto de Marte, que probase aquello de Venus... ¿cree usted, Mr. Pollock, que fui a divertirme? Pero como alguien tenía que hacerlo, fui yo. Lo único que le pedimos es que lo intente. No se negará usted a hacerlo.

—Y en cuanto a mí, puedo asegurarle — se apresuró a intervenir Mary Ann — que Gygyo Rablin es absolutamente la última persona de la Tierra a la que yo acudiría para pedirle un favor. Se trata de una cuestión personal, que preferiría no comentar aquí, si a ustedes no les importa, pero les aseguro que preferiría morirme a pasar de nuevo por este calvario. Y sin embargo lo hice porque existía la remota posibilidad de que este hombre nos ayudase a volver a casa. No creo que sea pedirle demasiado que haga usted ahora lo que pueda.

Mr. Mead asintió:

—Estoy completamente de acuerdo con usted, señorita. Storku no es un santo de mi devoción y he hecho todo lo posible por rehuirlo desde que llegamos, por tener que participar en aquella especie de aquelarre del Campo del Chillido... — Tras una breve pausa, continuó —: En lugar de hablar tanto, Pollock más valdría que hiciese algo. La teoría de la Relatividad de Einstein no nos devolverá a nuestro viejo y querido 1958, y tampoco lo conseguirán Nacional o lo que sea. Lo que ahora necesitamos es su título de doctor en Filosofía y Letras, de Maestro acción, acción con A mayúscula y nada de andarse por las ramas.

—Bien, bien, lo haré.

—Y otra cosa —. Mr. Mead acarició satisfecho un perverso pensamiento, antes de soltarlo —. Tomará usted un saltador. Usted mismo ha dicho que no tenemos tiempo de ir a pie, y esto es doblemente verdad ahora, en que falta tan poco para el momento fatal. No

me venga usted ahora con remilgos ni pucheros. Si Miss Carthington y yo hemos podido tomar el saltador, también podrá tomarlo usted.

En medio de su aflicción, Dave Pollock irguió la cabeza.

—¿Me considera usted incapaz de hacerlo? — preguntó con desdén—. Tiene usted que saber que desde que estoy aquí, he realizado casi todos mis desplazamientos en saltador. Mientras el progreso mecánico sea auténtico progreso, no me asusta. Por supuesto que tomaré el saltador.

Llamó a uno, notando que volvía a él una dosis microscópica de su antigua jactancia. Cuando el aparato apareció se colocó bajo el cilindro con postura arrogante, para que todos viesan como hacía las cosas un hombre de espíritu científico y racional. De todos modos, el empleo del saltador no le producía los mismos trastornos que a sus compañeros. En realidad, ya se había acostumbrado a aquel medio de transporte.

No podía decir ciertamente lo mismo respecto al Oráculo.

Por esta razón, se materializó frente al edificio que albergaba la máquina. Le convenía andar un poco para ordenar sus ideas.

La única dificultad consistía en que la acera sustentaba otras opiniones. Silenciosa, obsequiosa, pero de manera firme, empezó a moverse bajo sus pies cuando empezó a dar la vuelta en torno al achaparrado edificio, que temblaba ligeramente.

Dave Pollock paseó su mirada por las calles vacías, sonriendo con resignación. Aquellas aceras sensibles, que se afanaban por servir a los peatones, tampoco le molestaban. Ya había esperado algo así en el futuro, como las casas cuyas habitaciones y dependencias estaban al servicio del hombre, los trajes que cambiaban de color y de corte según el capricho de quien los llevaba... todo esto era ya era más o menos de esperar, bajo una forma u otra, por un hombre que hubiese estudiado el progreso humano. Incluso los progresos culinarios... desde la comida telepática que se debatía en el interior de la boca hasta las complicadísimas composiciones que podían haber costado más de un año de trabajo a un experto chef interestelar... todo esto era lógico, teniendo en cuenta la sorpresa que hubiera producido en el ánimo de un antiguo colono norteamericano la contemplación de la fantástica y cosmopolita variedad de alimentos naturales y en conserva que se ofrecen en uno cualquiera de los grandiosos supermercados del siglo XX.

Cuando llegó el telegrama a la población tejana de Houston, notificándole que, entre todos los habitantes de los Estados Unidos, él era el que reunía mayor parecido físico y características más similares con uno de los visitantes del 2458, casi se volvió loco de alegría. La celebridad que de pronto gozó en el comedor de la Facultad le dejó frío, lo mismo que los grandes titulares de los periódicos.

Ante todo, aquello representaba su desquite, y una oportunidad única. Cuando conoció en Washington a sus cuatro compañeros de viaje — un vagabundo, una ama de casa del Bronx, un pomposo hombre de negocios del Middle West, y una linda dactilógrafa de San Francisco, que a pesar de su belleza era de lo más vulgar — comprendió que él era el único que poseía cierta cultura científica.

¡Él sería el único capaz de comprender los grandes avances tecnológicos! ¡Él sería el único que podría relacionar entre sí todos los innumerables cambios de menor importancia, hasta tener una visión coherente de la época! ¡Y así él sería el único capaz de sacar consecuencias apreciables y enseñanzas útiles de su visita al futuro!

Al principio, todo se realizó conforme a sus esperanzas. Todo cuanto veía era maravilloso, emocionante y constituía un descubrimiento. Hasta que empezaron a deslizarse en este hermoso cuadro algunas cosas desagradables... La comida, el vestido, las viviendas... todo esto podía ignorarse o prescindir de ello. La gente era muy hospitalaria y fértil en recursos. Las mujeres, con sus brillantes calvas y su extraña actitud hacia las relaciones entre los dos sexos... bien, él era recién casado y aún se consideraba en plena luna de miel.

Pero el Campo del Chillido y el Estadio del Pánico ya eran otra cosa. Dave Pollock se enorgullecía de su calidad de ser racional. También se había sentido orgulloso del futuro, cuando llegó a él, considerando casi como una reivindicación personal el hecho de que sus moradores fuesen entes tan completamente dados a la razón y que sólo de ésta hacían su norma. Pero cuando fue por primera vez al Campo del Chillido, casi sintió náuseas. Que las mentes soberbias que él había conocido se transformasen voluntariamente en una jauría de animales histéricos que vociferaban y lanzaban espumarajos por la boca, y que esto lo hiciesen de manera regular, casi por prescripción facultativa...

Ellos se tomaron un gran trabajo para explicarle que no serían unas mentes tan soberbias ni unos seres tan racionales, si de vez en cuando no utilizasen aquella válvula de escape. Desde luego, aquella tenía su lógica, pero verlo era algo espantoso. Él sabía que no podría verlo por segunda vez.

La máquina del Oráculo. Consultó su reloj. Sólo quedaban veinticinco minutos. Ya podía apresurarse. Hizo de tripas corazón y subió por los solícitos peldaños de la escalinata principal.

—Me llamo Stilia — le dijo una jovencita calva de facciones bastante agradables, adelantándose a su encuentro en la espaciosa antesala —. Hoy soy yo la ayudante de la máquina. ¿En qué puedo servirle?

—Se trata de un asunto particular — dijo él, mirando con inquietud hacia una lejana pared palpitante. Al otro lado del cuadrado amarillo que había en el centro de ella, él sabía que se encontraba el cerebro interior de la máquina del Oráculo. ¡Con qué gusto le haría un agujero a aquel cerebro! Pero en lugar de ello, se sentó en una porción elevada del suelo y se secó cuidadosamente sus manos sudorosas. Luego refirió a la joven el aprieto en que se hallaban, hablándole de lo poco que faltaba para la hora del regreso, de la terquedad de Winthrop y de la decisión que había adoptado de consultar el Oráculo.

—¡Oh Winthrop! Se refiere usted a ese vejete tan encantador, ¿verdad? Me lo presentaron en un dispensario de sueños la semana pasada. ¡Qué hombre tan listo y despabilado! ¡De qué manera ha asimilado nuestra cultura! Todos estamos muy orgullosos de Winthrop. Desearíamos ayudarlo como fuese.

—Si no le importa, señorita — dijo Dave Pollock ceñudo —, somos nosotros quienes estamos necesitados de ayuda. Tenemos que volver.

Stilia se echó a reír.

—Pues no faltaba más. A nosotros nos gusta ayudar a todo el mundo. Sólo que Winthrop es un caso... especial. Él ha puesto mucho de su parte. Ahora tenga la bondad de esperar un momento aquí, mientras yo voy a plantear su problema al Oráculo.

Flexionó el brazo derecho en gesto de despedida y se encaminó al cuadrado amarillo. Pollock vio cómo se ensanchaba ante ella y cuando la joven hubo traspuesto la abertura, se contrajo nuevamente.

A los pocos minutos ella regresó.

—Ya le avisaré cuando pueda entrar, Mr. Pollock. La máquina está rumiando ahora su problema. La respuesta que le dará será la mejor posible, teniendo en cuenta los datos que se le han facilitado.

—Gracias. — Luego reflexionó un momento —. Dígame una cosa. ¿No le parece que le quita algo a la vida, a su vida pensante, saber que puede usted presentar absolutamente cualquier problema, ya sea personal, científico o de trabajo, a la máquina del Oráculo, que lo resolverá mucho mejor que usted pudiera hacerlo?

La pregunta pareció desconcertarla.

—En absoluto. En primer lugar, la solución de problemas constituye una parte muy pequeña de la vida intelectual de hoy. Lo que usted ha dicho tiene la misma lógica que afirmar que el hecho de hacer un orificio con un berbiquí manual, le quita sabor a la vida. No dudo de que en su época hay personas que piensan así, pues tienen el evidente

privilegio de no emplear berbiquíes eléctricos. Pero los que los utilizan, pueden emplear su energía física para tareas que consideran más importantes. La máquina del Oráculo es la principal herramienta de nuestra cultura; ha sido concebida para alcanzar una finalidad... barajar todos los factores de un problema determinado, relacionándolos con la totalidad de los datos pertinentes que posee la especie humana. Pero a veces sucede que los que consultan el Oráculo, no son capaces de entender ni de aplicar su respuesta. Y otras veces, aunque la entiendan, prefieren no aplicarla.

—¿Dice usted que a veces prefieren no aplicarla? Pero esto no tiene pies ni cabeza. ¿No acaba usted de decir que las respuestas que da el Oráculo son las mejores, teniendo en cuenta los datos disponibles?

—No es necesario que las actividades humanas tengan pies ni cabeza. Esta es la opinión que prevalece en la actualidad y que resulta bastante consoladora, Mr. Pollock. No olvide usted el impulso excéntrico individual.

—Sí, me olvidaba de esto — gruñó él —. Uno puede renunciar a su personalidad particular y distinta corriendo con una multitud de energúmenos que vociferan en el Campo del Chillido, perdiendo su identidad entre un hatajo de locos... pero sin olvidar el impulso excéntrico individual...

Ella asintió gravemente.

—Esto lo resume todo, efectivamente, a pesar del inconfundible sarcasmo con que usted lo dice. ¿Por qué le cuesta tanto...?

En la pared distante se produjo un zumbido. Stilia se interrumpió y se puso en pie.

—El Oráculo está dispuesto a darle la respuesta a su problema. Entre ahí, siéntese y repita la pregunta de la forma más sencilla. Buena suerte.

«Yo también me la deseo», se dijo Dave Pollock mientras atravesaba el cuadrado amarillo y penetraba en una diminuta estancia cúbica. A pesar de todas las explicaciones de Stilia, se sentía extraordinariamente incómodo en aquel mundo de instintos gregarios satisfechos tan sumariamente y de impulsos excéntricos individuales contrapuestos. Él no era un inadaptado; tampoco era un Winthrop; lo único que quería era regresar a su ambiente familiar y conocido.

Sobre todo, no quería seguir ni un día más en un mundo donde casi todas las preguntas imaginables podían ser respondidas a la perfección por las paredes azuladas, reducidas y palpitantes que lo rodeaban.

Pero la verdad era que él tenía un problema insoluble. Y aquella máquina podía solucionarlo.

Sentándose, preguntó:

—¿Qué hacemos con el testarudo de Winthrop?

Se sintió como un salvaje interrogando a un montón de huesos sagrados.

Una voz profunda, que no era masculina ni femenina por su timbre, resonó surgiendo al parecer de las cuatro paredes, del techo y del piso:

—Presentaos al departamento de viajes por el tiempo de la Embajada Temporal a la hora convenida.

Esperó. El Oráculo guardó silencio.

Por lo visto, la máquina del Oráculo no había entendido su pregunta.

—Será inútil que vayamos allí — señaló —. Teniendo en cuenta lo terco que es Winthrop, no querrá acompañarnos. Y si no volvemos los cinco juntos, no podremos regresar. Por lo tanto, lo que yo quiero saber es cómo podemos persuadir a Winthrop sin...

De nuevo retumbó la tremenda voz:

—Presentaos al departamento de viajes por el tiempo de la Embajada Temporal a la hora convenida.

No había manera de que dijese nada más.

Dave Pollock salió del cubículo y contó a Stilia lo que había sucedido.

—En mi opinión — comentó malévolamente — la máquina ha encontrado el problema demasiado difícil y se ha salido por la tangente.

—De todos modos, yo seguiría su consejo. A menos, naturalmente, que ustedes hallen una interpretación distinta y más sutil de la respuesta.

—O a menos que mi impulso excéntrico individual me ordene otra cosa.

Esta vez ella no percibió el sarcasmo. Abriendo mucho los ojos, exclamó:

—¡Esto sería lo mejor de todo! ¡Imagínese que por fin aprendiese a practicarlo!

Entonces Dave Pollock volvió a la habitación de Mrs. Brucks y, completamente exasperado, comunicó a sus compañeros la ridícula respuesta que le había dado el Oráculo.

Con todo, cuando faltaban pocos minutos para las seis, los cuatro se hallaban ya en el departamento de viajes por el tiempo de la Embajada Temporal, donde llegaron más o menos mareados por su viaje en saltador. Apenas tenían ninguna esperanza; fueron allí porque no había otra cosa que hacer.

Muy alicaídos, los cuatro se sentaron en sus asientos de transferencia, con la vista fija en sus relojes.

Y precisamente cuando faltaba sólo un minuto para las seis, un grupo numeroso de ciudadanos del siglo XXV entró en la sala de transferencia. Entre ellos se encontraba Gygyo Rablin, el supervisor temporal, como también Stilia, la ayudante del Oráculo; Fleureet, con el aspecto demudado de quien espera la transformación principal; Mr. Storku, que había vuelto temporalmente del Festival del Olor que se celebraba en Venus, y muchos otros. Entre todos transportaron a Winthrop hasta su asiento y luego se apartaron con gesto reverente, como si trataran de realizar una ceremonia religiosa...

Comenzó la transferencia.

Winthrop era un hombre de edad. Tenía exactamente sesenta y cuatro años. Durante los últimos quince días había ido de emoción en emoción. Había participado en microcazas, cazas submarinas, viajes teletransportados a planetas increíblemente distantes, en numerosas y fantásticas excursiones... Había sometido su cuerpo a toda clase de pruebas y experimentos, haciendo otro tanto con su espíritu. Había corrido locamente en el Campo del Chillido, para ocultarse lleno de temor en el Estadio del Pánico. Y sobre todo había comido en abundancia y repetidamente los manjares procedentes de distintos sistemas estelares, platos preparados por seres extraterrestres, alimentos cuya composición era totalmente extraña para su metabolismo de hombre maduro. No se había acostumbrado paulatinamente a estas cosas y a estos alimentos, como las gentes del siglo XXV: los efectos que produjeron estas novedades sobre su organismo fueron devastadores.

No era extraño, pues, que todos hubiesen observado con tal complacencia y asombro cómo se manifestaba su impulso excéntrico individual. No era extraño que hubiesen contemplado con tal amor cómo se desplegaba.

Pues Winthrop ya no era un hombre terco. Winthrop era un cadáver.

FIN